El hombre que amaba a Franco Battiato

Juan Bosco Castilla

Copyright © 2021 Juan Bosco Castilla Fernández
Todos los derechos reservados.

Duermo siempre dentro de un saco,
porque no quiero perder el contacto con la tierra.

En *Mesopotamia*, del disco *Fisiognomica*. 1988
Franco Battiato

Capítulo 1

Un muchacho tímido y pusilánime

Buscar trabajo es mi trabajo, se dijo Orlando López nada más apagar el despertador, como cada mañana desde hacía ocho meses. Eran las siete y cuarto de un día cualquiera de febrero y la luz que entraba tímidamente por la ventana de su habitación todavía tenía el amarillo pálido del alumbrado público. Orlando encendió la lamparita de la mesilla, apartó de un manotazo el edredón, salió por el lado izquierdo de la cama (en el otro estaba la pared) y metió los pies en las zapatillas de paño que había dejado perfectamente emparejadas poco antes de acostarse, cuando eran las doce en punto de la noche. Antes de incorporarse, se demoró unos segundos con las manos en la cara y los codos apoyados sobre los mulos y luego, como ayudado por un suspiro, se puso de pie, anduvo unos pasos hasta la percha de árbol que había junto al armario y descolgó de él una bata, que se puso y anudó mientras iba por el pasillo.

–He oído el susurro de la sartén. ¿Qué estabas friendo? –le dijo a su madre nada más aparecer en la cocina.

Rosa, su madre, se había quedado encallada en la palabra susurro y tardó en contestar: susurro, su hijo había dicho susurro en lugar de ruido, pensó, llena de admiración y orgullo, intuyendo en la descripción de Orlando un matiz que lo elevaba sobre el común de sus conocidos.

–Tostones, hijo. Quería ponerte un desayuno especial –respondió luego—. ¿No recuerdas qué día es hoy?

Hasta entonces, Orlando no había caído en que acababa de cumplir veinticinco años.

–Anda, ven y dame un achuchón –le pidió su madre abriendo los brazos y sonriendo.

Orlando se acercó a su madre y se dejó abrazar.

–Sobre estas horas, ya habías nacido. Mi niño, mi primogénito, lo más bonito de mi casa.

Orlando era mucho más alto que su madre y debía agacharse para procurar el abrazo de Rosa, al que contestaba simplemente dejándose querer.

–Achúchame –lo urgió su madre–. Achúchame fuerte, que lo necesito.

Rosa puso la cara en el pecho de su hijo y apretó aún más. Era baja y gorda, difícil de abrazar para alguien que debía ceñirla desde arriba. Orlando intentó seguir la petición de su madre como estaba y luego se soltó para volver a estrecharla más alto, sobre los hombros, con la nariz hundida entre los rizos que ella misma se había aderezado un par de días antes poniéndose unos rulos.

–Así, así, fuerte.

El abrazo de Orlando mantuvo su intensidad en tanto existieron los ánimos que lo incitaban y luego continuó flojo, casi indolente, hasta que Rosa dio un paso atrás para poder coger la cabeza de su hijo, acercársela y darle un sonoro beso en la mejilla.

–¿Por qué lloras, mamá?

Rosa se había apartado para ver mejor a su hijo y sonreía, mientras dos gruesas lágrimas corrían sobre su cara pálida.

–Porque soy muy feliz, por eso.

Porque soy muy feliz, se quedó pensando Orlando, que correspondió a la sonrisa de su madre con otra sonrisa.

–Anda, siéntate, que se te van a enfriar los tostones.

Su madre no era feliz, pero se sentía feliz con él allí, disfrutando de sus emociones y agasajándolo, lo que tal vez fuera lo mismo. Orlando era capaz de captar esas sutilezas y su madre, que no era tonta, intuía esa capacidad de su hijo como un triunfo propio y disfrutaba con ello.

–Veinticinco años, mamá, son muchos.

–Veinticinco años no son nada. Ahora estás empezando la vida, como quien dice.

El día que cumplía veinticinco años, Orlando se levantó temprano, como siempre, para mandar currículos, pero tenía pensado dejar esa tarea pronto y a

las nueve y media se dirigió al Archivo Municipal, donde pensaba encontrar información con la que fundamentar el artículo que estaba escribiendo para la revista cultural del pueblo.

–Estoy escribiendo un artículo sobre los conflictos entre Aleda y Los Charcos a cuenta de la Virgen del Regato y me gustaría consultar el archivo – explicó Orlando al secretario del Ayuntamiento poco después.

Jacinto, el secretario, emitió un bufido y se pasó la mano por la calva antes de contestar.

–Te vas a meter en un berenjenal de cuidado. Lo sabes, ¿no?

–¿Las rencillas continúan? –preguntó Orlando.

–No han cesado nunca. Y ahora tienen más virulencia porque, aunque resulte paradójico, hay menos religiosidad y más sentimiento aldeano.

El secretario no quiso aclararle más, no podía, según le manifestó, sin faltar al secreto profesional.

–Me limitaré a los pleitos antiguos –le aseguró Orlando–. Después de todo, era lo que tenía pensado hacer.

El archivo ocupaba una superficie considerable de la planta alta del ayuntamiento. Según el reglamento que lo regulaba, no era posible consultarlo sin la presencia de un operario municipal, pero no había ninguno adscrito específicamente a él, así que el secretario, fatigado aún por el esfuerzo de haber subido los escasos escalones que conducían hasta allí, encendió el ordenador que había sobre una mesa instalada en el único espacio libre entre los estantes, abrió el programa que gestionaba los registros y, tras dar unas cuantas explicaciones, dejó a Orlando solo.

Llevaba un buen rato estudiando las actas del pleno del Ayuntamiento, cuando el título de un asunto incluido en el orden del día le llamó la atención: «Solicitud de don Feliciano Abril Acuña de nombramiento como Cronista Oficial de la Villa». El acta incluía la transcripción de la extensa carta de solicitud, en la que el interesado hacía mención a la ausencia de una persona en la localidad que desempeñara ese «honorífico cargo» desde el fallecimiento del «muy ilustre don Ramón Báez Baeza», que lo había desempeñado con gran mérito durante

más de treinta años, la referencia a que Aleda era el único pueblo de Los Pedroches que no contaba con cronista y una recopilación de sus méritos, entre los que se encontraban el de estar casado con una mujer natural de la villa y conocerla muy bien, el título de licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Sevilla, varios libros de poemas, dos artículos en la revista Demófilo sobre cultura popular y una novela pendiente de edición. En el debate que se sucedió intervinieron, contra lo que era costumbre, casi todos los concejales, y lo hicieron para apuntar distintos nombres de vecinos del pueblo que podían desempeñar con el mismo o mayor lucimiento el cargo para el que el solicitante se postulaba, pero la intervención que tenía más texto era la del por entonces concejal de Cultura, quien arremetía sin pudor alguno contra don Feliciano —así lo llamaba— porque nunca había vivido en el pueblo, porque no estaba claro que fuera licenciado en Geografía e Historia, porque sus poesías eran abiertamente reaccionarias y porque sus escritos resultaban sumamente nebulosos. «De hecho —decía el acta literalmente—, la novela que quiso publicar en la imprenta de la Diputación Provincial fue echada para atrás porque se parecía demasiado a las letras de las canciones de Franco Battiato».

Y al llegar a este punto, Orlando se levantó de un salto. Él era un apasionado seguidor de ese cantante siciliano. Cuando estaba cansado o triste, ponía en el ordenador unas cuantas canciones de Battiato para insuflarse fuerzas y poder seguir tirando. La cita del acta hacía referencia a las letras de sus canciones, muchas de las cuales, ciertamente, eran solo imágenes fugaces o frases banales, que no encontraban un sentido fuera de la música extraordinaria que las guiaba o del contexto en el que se decían o, más bien, fuera del ambiente mágico que el autor imprimía a su obra desde la primera nota. Battiato tenía múltiples seguidores que se agrupaban entre sí por empatía, ante la ausencia de razones lógicas para amar su creación y defenderla, o eso al menos creía Orlando, quien nunca había sabido explicar a sus compañeros de piso de estudiantes los motivos por los que era un seguidor acérrimo de esas canciones, que a su juicio formaban un universo distinto y específico, tal vez solo sensible para algunos elegidos, entre los que evidentemente se encontraba él.

Un libro escrito con el estilo de las letras de Franco Battiato era para él un reclamo irrefrenable. Ya no pudo tener otro pensamiento.

–Disculpe que lo moleste –le dijo al secretario del Ayuntamiento–, pero mientras buscaba en las actas de los plenos referencias a la Virgen del Regato me he tropezado con un acuerdo que me ha llamado la atención: una de las actas menciona a Franco Battiato.

El secretario soltó inmediatamente una pequeña carcajada.

–Bueno, sí, es verdad que no parece muy común, pero ten en cuenta que en los plenos se dice de todo –dijo luego–. Lo mismo se nombra a un cantante que a un futbolista o a una *vedette*. Cité a Franco Battiato a causa del nombre, Franco. No todo el mundo se llama Franco, como el dictador que tantos conflictos sigue causando todavía, muchos años después de su muerte.

Giró la pantalla del ordenador que tenía sobre la mesa para que Orlando pudiera verla bien y, mientras operaba en el teclado, explicó:

–La clave está en el acta de la sesión siguiente. En el primer punto, como siempre, se sometía a aprobación el acta de la sesión anterior, la que tú has leído, y en la que originalmente había un error. El concejal de Cultura de entonces propuso la siguiente modificación, que afectaba a una de sus intervenciones:

Donde dice: «De hecho, la novela que quiso publicar en la imprenta de la Diputación Provincial fue echada para atrás porque se parecía demasiado a las letras de las canciones sobre Franco»

Debe decir: «De hecho, la novela que quiso publicar en la imprenta de la Diputación Provincial fue echada para atrás porque se parecía demasiado a las letras de las canciones de Franco Battiato».

–Yo no tenía ni idea de quién era Franco Battiato –se justificó luego el secretario–. Creía que se estaba refiriendo a Franco, al Franco de siempre, al que tantas veces sacaban a relucir.

–Y el libro –preguntó Orlando, un punto más relajado.

–El autor no se lo llevó, eso es seguro, porque yo no lo vi nunca. Se lo llevaría Ginés, el concejal de Cultura. Es maestro.

–¿No vino su autor a recogerlo?

–Feliciano presentó su solicitud a cronista cuando aún creía que la Diputación le publicaría la novela. El informe negativo le llegó al concejal de Cultura por vía extraoficial, y yo creo que nunca se le notificó al autor. Tampoco nosotros pudimos notificarle el acuerdo que dejaba en suspenso su nombramiento, porque murió unos cuantos días después.

Al llegar a este punto, Jacinto, el secretario, se acarició su regordeta barbilla con la mano izquierda, arrugó el entrecejo y, como indagando entre un fangal de recuerdos, dijo:

–Murió en Sevilla, donde vivía. Alguien me dijo que en extrañas circunstancias. Recuerdo que al conocer la noticia sentí curiosidad por su obra, pero ya no estaba el original de la novela sobre mi mesa. El que se la llevara, fuese quien fuese, probablemente la tenga todavía.

Capítulo 2

El centro de gravedad permanente

En lugar de volver a su casa, Orlando fue a la de don Ginés, el concejal de Cultura de la época en que don Feliciano Abril se postuló para Cronista Oficial de la Villa. Don Ginés estaba en el patio, plantando en un arriate unos esquejes de romero, y no lo oyó. Orlando tuvo que adentrarse en la casa y, como también era costumbre en el pueblo, llamar a voces a su propietario, hasta que en la misma sala de estar advirtió una voz que lo invitaba a continuar.

—Hombre, Orlando, esto sí que no me lo esperaba yo —dijo el maestro cuando vio aparecer al muchacho bajo el dintel de granito visto que hermosea el vano de la puerta del patio.

Don Ginés estaba en cuchillas y continuó con su labor.

—Pasa, pasa. Esto de la jardinería es totalmente nuevo para mí —continuó el maestro—. Desde que la zorra de mi mujer se fue con el hijo de puta del inspector he tenido abandonado el patio, pero, qué coño, esto lo puede hacer cualquiera y la verdad es que luego alegra ver las cosas bien arregladas.

Don Ginés había aspirado a diputado provincial por el partido judicial de Pozoblanco, donde contaba con apoyos más que suficientes entre sus compañeros de partido, y durante unos cuantos días se vio ejerciendo de Diputado Delegado de Cultura, pero desde las altas esferas provinciales llegó la orden de votar a otro para pagar el apoyo a una candidatura en un congreso interno y se quedó con la miel en los labios y el único ejercicio de concejal de su pueblo, un cargo que a él le venía pequeño. El elegido había sido alcalde, pero había perdido las elecciones y se había quedado sin cargo y sin un sueldo que llevar a su casa. Don Ginés sabía que el Diputado Delegado de Cultura le debía a él buena parte de su nombramiento, pues lejos de oponerse a su designación había renunciado a hacerle la competencia y lo había votado, y sabía que con una simple llamada suya la Diputación publicaría *El centro de gravedad permanente* en su colección de narrativa actual, pero no hizo nada en tal sentido, sino al contrario, ordenó al secretario del Ayuntamiento que remitieran el libro al departa-

mento de publicaciones de la Diputación como si fuera cualquier otro original y llamó al Diputado Delegado de Cultura para advertirle que el informe técnico debía ser negativo, porque el individuo que lo había escrito era un impresentable y un sectario. «Si se lo merece, ya se publicará cuando ganen los suyos», sentenció.

El informe tardó en llegar varios meses. Era breve, alababa el ritmo narrativo y la sonoridad de la obra, su lenguaje contenido, sencillo y pulcro, su sintaxis rigurosa, su clasicismo a la vez que su modernidad («como si de una canción de Franco Battiato se tratase», se ejemplificaba), lo sólido de su argumento y su sorprendente y perfecta resolución, pero terminaba recomendando dejar en suspenso su publicación en tanto no se contara con una colección más acorde con sus valores.

—Don Ginés, estoy escribiendo un artículo para la revista del pueblo y me he tropezado con un asunto del que quizá usted me pueda informar —dijo Orlando—. Se trata del libro *El centro de gravedad permanente*.

Don Ginés, que no había parado en su brega con los arriates, se detuvo con un esqueje en la mano y lo miró con el entrecejo fruncido, a la espera de que continuase hablando.

—Me he topado por casualidad con una referencia a ese libro en una de las actas del pleno.

—¿Una referencia? ¿Qué referencia?

Orlando tragó saliva. Don Ginés se levantó lo justo para girar la silla y tenerlo de frente.

—Una que compara al libro con las letras de las canciones de Franco Battiato. Verá, yo soy un gran admirador de ese compositor y cantante italiano y jamás se me habría ocurrido pensar que una novela podría parecerse a ellas.

El maestro dejó la masa de raíces en la maceta y se puso de pie.

—Estoy pensando —advirtió mientras se masajaba las corvas, con la mirada hundida en el simétrico empedrado del suelo—. Ese libro lo leí —dijo luego—, y me acuerdo de él perfectamente. Del argumento y de la forma. Me acuerdo hasta de cómo eran los personajes, y eso que hace una pila de años de aquello.

El silencio espesó la conversación durante unos cuantos segundos.

–Sacadas del contexto de la música, esas letras resultan extrañas, y más si se quedan en un par de versos –intentó justificarse Orlando–. Por eso busco el libro. Hay algo de vano y de estúpido en la vida. Esta obra divina aparentemente perfecta, la Creación, está llena de dolor y de torpezas. Es una sinfonía, sí, y todo resulta armónico al final, pero tomados de uno en uno, los músicos no generan más que ruido. La prueba está en que el alimento de la vida es la muerte de los otros.

No parecía propio de un muchacho tan joven hablar con tanta gravedad. El primero que se dio cuenta de ello fue Orlando, que inició enseguida una aclaración para disculparse.

–No, no, si sé lo que quieres decir –lo cortó don Ginés–. Y el argumento de ese libro era precisamente la creación del mundo. Empezaba de la nada con una especie de génesis y terminaba con una sociedad aparentemente perfecta, de seres humanos sin más emociones que las permitidas por el sistema, al estilo de un hormiguero.

La conversación había llegado a un punto en el que ambos se encontraban cómodos. Aquellos temas les gustaban, y les gustaba expresarse así. Los dos sentían que estaban siendo comprendidos y decían lo que difícilmente podía expresarse en otros ambientes del pueblo.

–El caso es que no recuerdo bien qué fue de aquel libro –dijo don Ginés después de haber hablado de él durante un rato.

–Según me dijo el secretario, su autor murió cuando aún esperaba contestación del Ayuntamiento a su solicitud de cronista oficial de la villa –lo ayudó Orlando–, y por entonces tampoco se le había notificado el informe del servicio de publicaciones de la Diputación. No fue él el que retiró el original.

–El autor era uno de esos tipos que no han dado un palo al agua en su vida y van dando lecciones de cómo hay que hacer las cosas, y hasta entonces había sido un escritor vulgar, de mucha prosopopeya y poca chicha, como era él, en realidad. Cuando venía al pueblo, se pasaba las tardes en el casino, hablando de la alcurnia de su familia y de sí mismo con una afectación que daba asco. Y lar-

gando más de la cuenta de unos y de otros. Era un sujeto sin amigos y con muchos enemigos. Por eso no me extrañó el fin que tuvo.

El secretario del Ayuntamiento le había dicho que Feliciano Abril había muerto en extrañas circunstancias, pero don Ginés había dejado la intriga un paso más allá, en un punto que obligaba a la curiosidad.

—No he oído en el pueblo casi nada sobre él, y menos aún sobre su muerte —dijo Orlando.

—No era de aquí y venía muy poco. Cuando se murió no dejó en el pueblo huella alguna, aparte del eco de sus risas estúpidas y de los golpes secos que daba con las fichas de dominó sobre una mesa del casino, donde jugaba con otros tan necios como él, que lo olvidaron pronto, por cierto, porque no eran verdaderos amigos suyos.

—¿Y respecto de su muerte?

—Se lo encontraron flotando en la dársena del Guadalquivir, en Sevilla, cerca del puente de La Barqueta. Oficialmente, se suicidó: según se dijo, se había tirado al agua con un saco de pienso atado al cuello.

Estaba anocheciendo y hacía frío. Don Ginés había cogido a Orlando del brazo y lo llevaba hacia dentro de la casa.

—¿Un saco de pienso? —inquirió Orlando asombrado.

—Sí, un saco de papel: por eso emergió tan pronto el cadáver. Curioso, ¿no?

—Más que curioso —corroboró Orlando, sin atreverse a pronunciar la palabra sospechoso, que era la que le venía a la cabeza—. Demasiado dramático y demasiado teatral, por muy amante de lo excesivo que fuera el muerto.

—Eso mismo dije yo cuando me enteré.

—En todo caso, a mí lo que me importa es su libro. ¿No recuerda quién se lo pudo llevar?

Don Ginés hizo memoria de viva voz, rastreando en sus recuerdos de entonces, y no halló nada.

—Quizá simplemente ordené que se le devolviera a su mujer —resolvió finalmente—. Era una forma de liquidar el asunto, la mejor. Pregunta en el Ayuntamiento o, si quieres, pregúntale a su viuda, Epifanía, o doña Epifanía, como a

ella le gusta que la llamen, aunque no tiene oficio ni beneficio ni más título que haber sido la mujer de su marido. Ella es la natural de este pueblo, no él, aunque su familia se fue a Madrid siendo ella muy pequeña y viene muy poco por aquí. Yo tengo su dirección de correo electrónico, creo, porque una vez me invitó a no sé qué acto que organizaba en su propia casa, donde tiene o tenía algo así como un salón literario, al estilo de los que instituían algunas damas parisinas en los tiempos de la Ilustración.

Sobre la mesa, había un ordenador portátil. Don Ginés lo encendió y, mientras buscaba en su correo, fue mezclando las explicaciones de lo que estaba haciendo con comentarios breves sobre lo que suponía que iba a encontrar en él.

—Sí, aquí está, uno del año catapún en el que me invita a participar en una reunión de su casa para tratar sobre el paisaje rural. Te lo reenvío y le escribes, si quieres. Igual tiene el libro que buscas en un archivo electrónico y te lo puede mandar en el acto sin más problemas.

Orlando estaba encantado. Don Ginés lo estaba tratando como a un igual y esa experiencia, en alguien que hasta no hacía tanto tiempo era su alumno, era para él nueva y muy gratificante. Detrás de cada persona hay un universo de sentimientos y un montón de historias, pensó Orlando refiriéndose a don Ginés, al que ahora creía estar conociendo de verdad, cuando el maestro se levantó para preparar un *gintónico*. Y pensó en lo extraordinario de las noticias que estaba conociendo de primera mano: un libro que se parecía a las letras de las canciones de su amado Franco Battiato, un hombre que se suicidó tirándose al Guadalquivir con un saco de pienso atado al cuello y una mujer que tenía y, tal vez seguía teniendo, algo tan romántico pero tan vetusto como un salón literario.

Capítulo 3

Esas joyas de la botánica

Estimada señora:

Me llamo Orlando, tengo 25 años y soy de Aleda. He tenido noticias de que su difundo esposo, don Feliciano Abril, escribió un libro titulado «El centro de gravedad permanente». Y he oído que dicho libro, aunque era muy bueno, no llegó a publicarse. Por distintas circunstancias, que resultaría bastante dificultoso explicar por correo electrónico, me gustaría mucho leerlo. Le ruego que me diga si ello es posible. Por supuesto, yo garantizaría toda la confidencialidad propia del caso.

Reciba un afectuoso saludo. Muchas gracias.

Orlando López Luna.

Orlando escribió el correo electrónico al instante y lo mandó sin repasar su contenido. Después, se puso a escribir el artículo para la revista. Lo hizo de seguido y con fluidez, sin echarle cuentas al dolor de cabeza, que poco a poco fue diluyéndose en la nada, de modo que a eso de la una lo tenía casi terminado y se encontraba bien, aunque un poco cansado. Entonces, se levantó, dio unos cuantos pasos por la habitación, se desperezó y miró en el correo electrónico para comprobar si le había contestado alguna de las empresas a las que le había mandado su currículum. Ninguna lo había hecho. Pero esta vez no tuvo emoción negativa alguna, porque en la bandeja de entrada había un correo de respuesta al que él había mandado unas cuantas horas antes.

Estimado don Orlando:

Mi marido, en efecto, escribió una novela titulada «El centro de gravedad permanente», que nunca llegó a publicarse porque nunca quiso nadie publicarla, es de suponer que porque no la consideraban digna de interés para los lectores. Usted, sin embargo, me dice que tiene interés en leerla, lo cual me llama mucho la atención, y más teniendo en cuenta que alude a unos motivos que, sin embargo, no me confiesa, no sé si porque son inconfesables.

Un saludo.

Epifanía Alfaro Abascal

El mensaje no tenía conclusión, estaba a todas luces incompleto. Era como si le faltara un párrafo, el más importante, el último. ¿Tenía o no tenía el libro aquella mujer? Y en caso de que lo tuviera, ¿se lo dejaba o no se lo dejaba? Orlando leyó varias veces el texto en busca de una explicación que no existía, y a cada lectura se fue reforzando en su mente el contenido de la última palabra, «inconfesables». ¿Qué quería decir Epifanía? ¿Qué había entendido al leer su petición? Era indudable que aquella breve carta rezumaba dolor y el consiguiente reproche. Dolor por la escasa valoración que se dio al libro y, más aún, por los recuerdos que debía haberle provocado, y reproche porque seguramente lo asociaba con quienes habían hecho imposible que ese libro viera la luz.

Le dieron ganas de contestarle sobre la marcha. El malentendido era evidente y podía destruirse con una explicación sencilla si aquella mujer conocía a Franco Battiato. De lo contrario, la explicación no era fácil. Y más después de haber cometido la torpeza de haberle declarado unos motivos difíciles de explicar.

Orlando hizo clic sobre la respuesta del correo y se puso a escribir.

Estimada señora:

Mis motivos son totalmente confesables. He encontrado noticias sobre el libro de su difunto esposo en un acuerdo del pleno de Aleda y el entonces concejal de Cultura, D. Ginés, me ha hablado de él en términos muy elogiosos. Además, en el citado acuerdo del pleno se dijo que esa novela se parecía a lo que escribe Franco Battiato, un autor de canciones que a mí me interesa mucho. Es esa posible relación entre los estilos de lo que escribió su marido y lo que escribe Franco Battiato lo que me parece difícil de explicar, al menos en el breve espacio al que suelen ajustarse los correos electrónicos.

En todo caso, tenga la certeza de que mi petición nace desde el interés personal y de que la utilización que yo le daría al libro sería la que usted me autorizase.

Quedo a la espera de sus noticias. Reciba un cordial saludo.

Orlando López Luna

Esta vez, Orlando leyó varias veces el texto del correo. Cuando tuvo la completa certeza de que no podía provocar equívocos, hizo clic en el botón de enviar.

Sobre las cinco y media, cogió los discos que había grabado y se fue a la casa de don Ginés, sin más intención que entregárselos y comentarle brevemente los correos intercambiados con Epifanía. Como el día anterior, la puerta estaba entornada y, como el día anterior, don Ginés estaba plantando esquejes de romero en un arriate. Al verlo, Orlando tuvo la impresión de estar viviendo en un día repetido y no pudo evitar una sonrisa.

—Le he traído los discos que le prometí ayer —indicó.

Don Ginés se dirigió al salón, conectó el ordenador portátil a los altavoces de una minicadena que tenía sobre una mesita contigua, cogió uno de los discos, lo insertó en la disquetera y lo puso a sonar.

—Ya que estoy de pie, voy a aprovechar para ponernos un *gintónic* —dijo.

Orlando dio un respingo en el sillón al tiempo que se negaba, lo que dejó al maestro medio paralizado por el susto.

—Es que ayer bebí más de la cuenta —se excusó el muchacho—. Llegué a mi casa dando trompicones, y está mañana me he despertado con dolor de cabeza.

—Yo bebí lo mismo que tú. Y no me gusta que nadie me diga que he bebido más de la cuenta —le contestó el maestro muy serio—. De hecho, no fue así. Me acosté a la hora de siempre después de leer un rato, dormí como un lirón y me desperté más sano que una pera.

Mientras don Ginés operaba en la cocina, no paró de hablar de los efectos beneficiosos de la ginebra, nombre que según dijo le dio a una perra que tuvo hacía muchos años inspirado en el de una princesa que sale en la leyenda de Arturo.

—¿Le gusta el disco? —le preguntó a don Ginés cuando este volvió con una bandeja grande en la que había un par de vasos largos y un maletín con diversos complementos botánicos para darle un sabor especial a la bebida.

—Sí, sí. Es agradable la musiquilla.

La contestación era decepcionante y Orlando se decepcionó, pero no tuvo ocasión de venirse abajo, porque debió ocupar su mente con las numerosas atenciones y tareas que el maestro le procuraba.

–Esto de los *gintónic* al gusto del consumidor se ha puesto de moda últimamente. Yo me compré este kit de *gourmet* hace un par de meses, pero como no me gusta beber en soledad solo he probado el de semillas del cardamomo. Y está bueno. ¿Quieres empezar por ahí?

A los sabores, al origen de las plantas que los procuraban y a si es posible diferenciarlos con criterio dedicó una buena parte de los minutos que siguieron, en tanto las canciones de Franco Battiato únicamente operaban como música de fondo. Y mientras hablaban, le daban algún trago que otro al combinado, de manera que al cabo de un rato tuvieron los vasos medio vacíos.

–Dale el último trago, que vamos a probar otro y no conviene que se mezclen los sabores –dijo entonces el maestro.

–El último, don Ginés, por favor.

–Te dije que no me trataras de don, porque me suena mal don Orlando y voy a tener que acabar llamándote así.

El muchacho hizo lo que el maestro casi le estaba mandando, pero se propuso dilatar todo lo posible la bebida del próximo cubata, a fin de dejar siempre más de un trago en el vaso.

–¿Cuál te apetece probar ahora?

–El de pimienta de cubeba.

Cuando la ceremonia de llenar los vasos se hubo completado, le dieron sendos tragos a cada uno de los cubatas y comentaron los sabores sin llegar a una conclusión concreta, lo que los obligó enseguida a darle un segundo trago y un tercero. Orlando, que se veía otra vez acostándose medio borracho, cambió entonces el tema de conversación.

–Le escribí a Epifanía –dijo–. Le puse que había tenido por casualidad noticias del libro de su marido y le hice ver que había razones difíciles de explicar por las que me gustaría mucho leerlo.

Don Ginés arrugó el entrecejo y se quedó mirándolo.

—¿Y?

—Me contestó enseguida, tratándome de don...

—Es muy zalamera. Ten cuidado. Llegados a este punto, lo más importante es que empieces a razonar como lo haría alguien que quisiera estar a la altura de esa señora. A la altura intelectual, me refiero, no a la moral.

El silencio que siguió vino bien para que los ánimos se asentaran. Orlando se había bebido casi por completo el segundo combinado y se sentía bastante libre de su timidez, que, además, cada vez era menos importante en la relación entre ambos, dada la familiaridad con que lo trataba el maestro.

—Te tienes que tomar a esa mujer como a un adversario que hace fulleras o, mejor, como a alguien que juega sin reglas —aclaró don Ginés con un tono de voz mucho más sosegado.

A esa mujer en particular y a todos en general, dijo luego. Y dijo que el mundo en el que los seres humanos nos movemos es como una selva de intenciones y de sentimientos. Para que fuera capaz de captar mejor esa idea, le pidió que se centrara en las personas que conocía y que las viera emitiendo anhelos concretos como si fueran los bocadillos de un cómic, y que relacionara esos anhelos con otras personas dibujando en el aire cintas de colores que van de una persona a otra.

—Ahora vamos a probar el de regaliz y el de anís estrellado —añadió después.

No le puso objeciones Orlando. También él se encontraba bien. El ambiente era cómodo para el ánimo y en él podían expresarse sin trabas los pensamientos, una situación que le resultaba novedosa y confortable.

—Tú tienes una vida por delante. Yo, en cambio, siento que tengo unas alas como las de las gallinas, que apenas me elevan del suelo —confesó don Ginés mientras vertía la ginebra.

Orlando consideró la tentación de conformar al maestro recordándole que la vida siempre tiene curso por delante, pero creyó más oportuno guardar silencio y escuchar. El maestro le habló entonces de caminos que se abren y de puertas que se cierran, de ilusiones que merecen sacrificarse por ellas y se en-

cuentran con la abulia, de problemas que se sortean y no se resuelven, de la inercia tan potente que supone la pereza y, en general, de las hermosas historias que malviven en el tiempo perdido.

–Tenemos que conseguir ese libro –dijo finalmente.

Lo expresó así, en plural y a manera de resumen, cuando llevaba mediado el *gintónic* y el hechizo de la confianza estaba flotando en el aire.

–Lo tiene. Al menos no me ha dicho que no lo tenga –le contestó Orlando.

Ya habían sonado los dos discos por completo y no le había prestado atención a ninguna de las canciones. El muchacho se lo reprochó de una forma sutil.

–Como música de fondo pierden mucho –señaló.

–Estoy solo, vivo solo, existo solo. No tengo amigos. Mis camaradas de partido me dejaron tirado. Mis compañeros de trabajo hablan mal de mí a mis espaldas. Mi mujer se fue con el inspector de mi colegio. Mi familia más cercana, unos primos hermanos que viven en Madrid, no me hablan porque creen que me camelé a una tía común para beneficiarme en su testamento. Y me llevó fatal con mis vecinas. Creo que esa música va a sonar en esta casa muy pocas veces como fondo de una conversación, qué quieres que te diga –le contestó don Ginés.

Y para que el muchacho no se creyera reprendido por la respuesta, volvió a palmearle el brazo y le pidió que apurara el vaso.

–Hay que darle una vuelta a estas joyas de la botánica. Yo voy a probar ahora la flor de hibisco. Y creo que tú podías hacer lo mismo con el de bayas de enebro.

–¿Cuántas clases hay?

El maestro contó en voz alta.

–Doce –dijo luego.

–No hay por qué probarlas todas hoy. ¿O es que no va a haber más días?

–Ninguno será como este, eso es seguro. Dejémonos arrastrar por lo que nos pide el cuerpo. ¿No te encuentras bien conmigo? Voy a traer algo que absorba el alcohol.

Ante de ir a la cocina, se metió en el cuarto de baño, donde orinó copiosamente sobre el charquito de la taza, según el chapoteo que pudo oír Orlando, que a su vez entró en el cuarto de baño e hizo lo mismo, también con la puerta abierta, mientras don Ginés rebuscaba en una alacena de la cocina algo con lo que cumplir lo prometido.

Cuando don Ginés regresó al salón con dos cuentos llenos de revuelto de frutos secos, los *gintónic* estaban servidos. En cuanto se sentó, probó los dos, cogió la botella y vertió un buen chorreón sobre cada uno de ellos.

—Así no saben bien ni las bayas de enebro ni la flor de hibisco —explicó.

—A este paso vamos a acabar con la botella —dijo Orlando, acompañando sus palabras de una risa floja.

—No te preocupes, tengo más. Ya te dije que yo no bebo cuando estoy solo. Y solo estoy casi siempre.

Don Ginés no volvió a hablar de la soledad, sino de la compañía, lo que en cierta manera venía a ser lo mismo.

—El placer engancha, y el de sentirse comprendido más que ninguno —afirmó—. Yo creo que por eso hay tantas personas atadas a la voluntad de otras, porque inicialmente sintieron el placer de creer que alguien los comprendía.

—Como nos pasa a nosotros ahora —terminó el razonamiento Orlando.

—Exacto. Como nos pasa a nosotros ahora.

A aquellas alturas, tenían la mente embarrada y hablaban con dificultad, pero se creían sabios y elocuentes, y aunque estaban más allá del límite e iban cuesta abajo hacia ninguna parte, se suponían los más altos gobernadores de su destino. En eso, sonó el teléfono de Orlando para comunicarle que tenía un mensaje de correo electrónico.

Estimado don Orlando:

Ginés era un patán y supongo que seguirá siéndolo, porque los patanes crecen en su torpeza con el tiempo, aunque le haya hablado muy bien del libro de mi esposo, que en paz descansa. Por lo demás, ni sé quién es Franco Battiato ni creo que eso me sea de provecho. Ahora bien, sería una lástima que el libro no aprovechara a quien le interesa de verdad, como al

parecer es su caso. Usted comprenderá, no obstante, que disponga lo necesario para asegurarme de que es de fiar la persona que accederá a un bien tan amado para mí, y esa seguridad solo la tendré después de conocerlo personalmente, lo que puede ocurrir cuando usted quiera.

Un saludo.

Epifanía Alfaro Abascal

Orlando leyó el mensaje de correo en voz alta y luego lo volvió a repetir don Ginés, que se había hecho con el teléfono de un manotazo.

—A esta mujer nadie la ha puesto en su sitio —dijo.

Acto seguido, tecléo en el teléfono hasta que situó la aplicación en el modo de escribir mensaje y con mucha dificultad, yendo hacia adelante y hacia atrás y corrigiéndose, escribió:

Estimada señora:

Usted es una cretina todos los días que se ve el sol y es la mayor de las necias los días que está nublado. En ambos días me puede usted tocar los cojones, si quiere. Métase el libro de su difunto esposo donde le quepa, que libros para leer hay muchos y la vida es corta. Acuérdese de mí cada vez que alguien se mee en la puerta de su casa. Hasta entonces, reciba un desagradable saludo de quien nunca podría ser su amigo.

Orlando.

Don Ginés mandó el mensaje y devolvió el teléfono a Orlando, quien comprobó, con una emoción extraña, a medio camino entre el entusiasmo y el abatimiento, que el correo se hallaba en la carpeta de elementos enviados.

—Y ahora mismo, para celebrarlo, nos vamos a fumar un purito cada uno —dijo el maestro.

Y acto seguido se levantó, recorrió la sala, abrió la puerta del corredor y se perdió de la vista de Orlando, que se había quedado como ido, sin percatarse totalmente de la propuesta que le había hecho don Ginés. No tuvo verdadera conciencia de ella sino hasta que el maestro estuvo de vuelta con dos puros

habanos, que mostró triunfante parado en el escalón que separaba la sala del corredor central de la casa.

–Aquí están. Dos puritos de los que guardo en el cajón de la mesilla de noche. Son viejos, pero harán bien el apaño –indicó.

Desde allí se fue a la cocina, donde les recortó la boquilla sobre un poyete con un cuchillo jamonero que aún tenía restos de jamón y cogió una caja de cerillas largas que tenía para encender el gas y un cenicero.

–Los puros están dispuestos –aseguró cuando estuvo de vuelta.

Orlando se colocó el puro en la boca y, cuando el maestro le acercó la llama de una cerilla, empezó a chuparlo, aunque sin aspirar aire. «Gíralo», le dijo el maestro, y él lo giró. «Aspira, aspira, coño». Y él aspiró, pero no sabía hacerlo sin tragarse el humo, que llegó en un chorro grueso a sus pulmones y fue rechazado por ellos con unas toses intempestivas.

–Te he dicho que el humo no se traga. Anda, dame que te lo encienda yo.

Don Ginés cogió el cigarro y se aplicó al mismo ceremonial con que había encendido el suyo, aunque explicándolo con extremada paciencia y con una pedagogía que desde hacía muchos años había dejado de utilizar en sus clases.

–Toma, ya podemos fumar los dos –dijo al fin.

Fumaron juntos, echando el humo hacia arriba, hacia el centro, intentando sin éxito hacer aritos con él y metiéndolo en el vaso, al que tapaban luego con la palma de la mano.

–El *gintónic* se acaba, compañero –expuso el maestro finalmente–. ¿Cuá- nos queda por probar?

Orlando había perdido la cuenta de las que llevaban.

–No sé. Todas me parecen iguales –dijo.

–Eso es porque no estamos acostumbrados. Afortunadamente, añadiría yo –le respondió el maestro, que tampoco sabía por dónde andaban–. Pues nada, las tomaremos al azar. O, mejor, tomaremos de todas a la vez. ¿Qué te parece la solución?

–Equitativa y hermosa –le respondió Orlando.

–Eso es. Así no podrá decir nadie que no las hemos probado todas.

Y a renglón seguido, don Ginés fue a la cocina a por más hielo y más limón y, cuando estuvo de vuelta, cogió con los dedos dos pellizcos de cada una de las flores y semillas mientras las iba nombrando y las repartió sobre cada uno de los vasos.

–Si queremos que actúen con eficacia, debemos ponerle más ginebra de la cuenta.

Esta vez, Orlando no solo estuvo de acuerdo, sino que pidió a don Ginés que añadiera un chorreón de ginebra más, lo que este hizo de buen grado. Con los vasos tan llenos, toda la tónica no cabía, a pesar de lo cual el maestro vertió la primera por completo sobre un vaso, lo que ocasionó una pequeña inundación que absorbió entre carcajadas con una punta de los faldones de la mesa camilla. La segunda, que era la suya, le cupo en el vaso tras quitarle buena parte de su contenido con un trago larguísimo.

–Nos hemos dado el gustazo de mandar a la mierda a quien se merece que la manden a la mierda, cosa que muy pocas personas son capaces de hacer, estamos bebiendo y fumando y tenemos una conversación inteligente con la mejor de las compañías –señaló don Ginés después de unos cuantos tragos más, aunque llevaban un buen rato sin hablar de nada en concreto, o incluso sin saber de lo que estaban hablando –. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Era una pregunta retórica, formulada para que quedara flotando en el aire lo bien que lo estaban pasando, porque no había nada mejor que aquello y nada podía mejorarlo, pero Orlando había perdido el miedo a ser como era y se atrevió a contestar con otra pregunta.

–¿Un buen par de tetas, un culo? –dijo.

Don Ginés tenía un garbanzo tostado entre los dedos y se quedó dándole vueltas cerca de la boca mientras su mente digería la contestación que había recibido.

–Es verdad. Esto parece una orgía de robinsones. Nos hace falta una tía, coño, por lo menos una, o mejor una para cada uno, o dos. Venga, apuremos rápidamente los vasos, que nos vamos de putas.

–¡Si no tengo dinero ni para pagar una!

—Ya me lo imagino, pero no te preocupes, que yo invito.

Cuando hablaban, se tiraban chubascos de saliva a los ojos, pero no se daban cuenta. La euforia que se había apoderado de ellos trocaba el equilibrio de sus sensibilidades, elevando unas y apagando otras, y trocaba el equilibrio de sus valores. Orlando, por ejemplo, jamás hubiera consentido subirse en un coche conducido por alguien que se hubiera tomado dos copas. Aquella noche, sin embargo, se subió en el de don Ginés aunque su propietario lo sacó a la mitad de la calzada a base de darle golpes al que tenía delante y al que tenía detrás, sin volver la cabeza ni mirar por el retrovisor, mientras eructaba y se daba ánimos con frases que pretendían corregir los errores que estaba cometiendo. Sabía el riesgo que asumía y que por aquella actuación podían dar con sus huesos en un ataúd, pero la muerte había perdido su contenido trágico y era una circunstancia más en un orbe de condiciones extrañas a las que les había perdido el respeto. Tampoco tenía miedo a aparecer ante don Ginés como era. Por eso dijo:

—Pues va a ser la primera vez que esté con una mujer.

Estaban pasando por delante de la fachada de la iglesia parroquial y don Ginés frenó en seco y se quedó mirándolo.

—¡No jodas! —dijo—. ¿Cuántos años me dijiste que cumpliste ayer?

—Veinticinco.

—Pues ya va siendo hora —le dio a Orlando una palmada en el muslo y añadió—: Y vas a empezar con dos a la vez, con las dos que más te gusten. De eso me encargo yo.

No se veía ni un alma en el pueblo. Debían tomar una calle y un callejón antes de enfilear la carretera que iba a llevarlos hasta el lupanar donde se dirigían. Y tomaron la calle, en efecto, por la que circularon sin mayores contratiempos, pero el Ayuntamiento estaba pavimentando el callejón siguiente y llevaba media obra hecha. Había una señal de prohibido el paso al principio y un cartel de considerables dimensiones que explicaba el nombre de la obra y el origen de los fondos, pero ninguno de los dos vio la señal de prohibido el paso

ni leyó el cartel y cuando se percataron estaban demasiado cerca de un palé de adoquines, donde el coche se quedó incrustado.

Iban despacio y no sufrieron daños personales. Se bajaron sin hacer comentario alguno. Don Ginés se acercó al frontal del coche y, al ver que necesitaría ayuda para sacarlo de allí, recobró suficiente lucidez como para decirle a Orlando:

–Anda, vete a dormir la mona a tu casa. Y no le digas a nadie ni dónde íbamos ni que estabas conmigo. Ya hablaremos de lo del libro.

Capítulo 4

Todos somos extraños

El calamitoso desenlace del día anterior le había hecho perder las ilusiones que se había formado con el libro, había borrado de golpe el provecho de la amistad con don Ginés, que ahora le parecía vergonzosa, y le hacía partícipe de un hecho deshonroso que, por estar condenado al secreto, acrecentaba su aislamiento y lo separaba de su madre, a quien nunca le había mentido de una forma tan grave. Su vida interior volvió a ser como antes, y sus días pasaron con una lentitud angustiosa.

Pero cinco días después del accidente que tuvieron don Ginés y él, recibió un correo de Epifanía y sus expectativas cambiaron por completo.

Estimado don Orlando:

No sé si el hecho de que no me haya contestado obedece a que no ha podido leer mi email o a que no ha considerado de su interés mi petición. En todo caso, sigo interesada en que lea el libro de mi difunto esposo, aunque antes, naturalmente, me gustaría conocerlo a usted. Vivo en Sevilla y estaría encantada de recibirlo en mi casa. Por favor, dígame qué tarde puede venir y yo le tendré preparado un café y unas pastas.

Un saludo muy afectuoso.

Epifanía Alfaro Abascal.

Orlando leyó el correo no menos de cinco veces antes de mirar en la carpeta de elementos enviados para comprobar si, en efecto, estaba en ella el mensaje que don Ginés le había devuelto a Epifanía tras arrebatarse su móvil. Y estaba. Y aunque estaba, parecía que algo no había funcionado correctamente, porque Epifanía le reclamaba una contestación que ya se había producido. ¿Debía poner la carta en conocimiento de don Ginés? Era cierto que el maestro había estado a punto de tirar por la borda su objetivo con su misiva insultante, pero no lo era menos que había mostrado interés por ayudarlo y que sus últimas palabras al despedirlo la noche del accidente fueron, precisamente, para

el libro. El maestro era, por otra parte, el único confidente que tenía, y juntos compartían un secreto que ahora, de repente, los unía tanto como antes los separaba.

Las dudas de Orlando tras la carta de Epifanía no encontraron solución y fueron pudriéndose y pudriendo con ellas la fortaleza de su ánimo, de manera que al cabo de dos días estaba otra vez como al principio, encerrado en su agujero y con la sensación de haber perdido una oportunidad para distraerse un poco. Entonces, le llegó un correo de don Ginés:

Amigo Orlando:

Y digo bien lo de amigo porque eres el único que tengo, especialmente tras haber comprobado lo extremado de tu prudencia después del berenjenal en el que te metí el otro día. Pues eso, amigo, te ruego que me perdones. No estoy acostumbrado a que nadie me escuche y eso me pierde.

Respecto a lo del libro, hablaré con Epifanía para explicarle cómo se remitió el mensaje y quién lo redactó y envió, pues tenías mucha ilusión con leerlo y me parece tremendamente injusto que por culpa mía no puedas hacerlo. Espero que eso sea suficiente para devolver las cosas a su sitio.

Recibe un abrazo.

Ginés Gil Granados.

Orlando no se lo pensó mucho antes de contestar.

No tiene que darme las gracias ni que pedirme disculpas, porque soy tan responsable como usted de lo que pasó y no debió pasar.

Respecto a lo del libro, Epifanía me ha remitido un mensaje en el que me cita para verla en Sevilla, aunque no sé si iré: la cita es por la tarde y Sevilla no está a la vuelta de la esquina. Tal vez el libro no merezca tantas consideraciones, después de todo.

Orlando.

Orlando leyó de nuevo el mensaje y lo envió enseguida. No había pasado ni un cuarto de hora, cuando el maestro se presentó en su casa.

–Lo que tengo que decirte necesita inevitablemente del cara a cara.

Orlando se le quedó mirando con un gesto interrogativo. Don Ginés se metió entonces la mano en el bolsillo, sacó su cartera y extrajo de ella cuatro billetes de cincuenta euros.

–Toma, doscientos euros para los gastos –dijo.

La mano del maestro se quedó, sin embargo, tendida en el aire, a la espera de encontrarse con la mano del muchacho.

–No lo entiendo. ¿De qué gastos me habla?

–He echado las cuentas: entre el traslado a Sevilla, el hotel, las comidas y algún capricho yo me gastaré más o menos eso, y tú no vas a ser menos que yo.

–¿No cree que le estamos dando demasiada importancia a un asunto que no la tiene? El libro tal vez no merezca tantas atenciones.

Don Ginés retiró la mano, pero no se guardó el dinero.

–Te puede parecer que me siento culpable. Bien, tal vez sea así. Quizá me sienta culpable por impedir que se publicara ese libro y quizá por la carta que le mandé a Epifanía y por lo que pasó la otra noche, pero eso no le quita razones a que quiera que vayas, sino al contrario. Mi obligación es intentar devolver la situación a su punto de equilibrio. La tranquilidad de mirarme al espejo y no encontrarme con un monstruo bien valen los doscientos euros que te doy.

–Doscientos euros son demasiados. Yo me apaño con muchos menos – contestó Orlando.

–Tú, sí, pero yo no.

En esta ocasión, Orlando cogió el dinero y lo dejó sobre la mesa.

–¿Para cuándo es la cita? –le preguntó el maestro.

–Para cuando me venga bien. No hay un día determinado.

–En ese caso, no la dilates mucho, no vaya a ser que se eche atrás.

Tras despedirse el maestro, Orlando remitió a Epifanía el siguiente correo:

Muy estimada señora:

Dígame usted qué tarde le viene bien y yo haré todo lo posible por acudir a la cita.

Un saludo.

Orlando.

Luego puso Spotify en el ordenador y oyó en español varias canciones de Franco Battiato mientras buscaba empresas a las que mandar su currículum. «Vivir no es muy complicado si puedes renacer después y cambiar varias cosas, las frivolidades y tanta estupidez», decía una de las canciones. Renacer y cambiar varias cosas, se quedó pensando Orlando, era tanto como renacer para corregirse a sí mismo. Cuando volvió a mirar el ordenador, vio que tenía un correo en su bandeja de entrada.

Estimado don Orlando:

Lo recibiré mañana, a las 19:00 horas. Le ruego que me confirme cuanto antes su presencia. Si no puede mañana, lo citaré enseguida para otro día próximo.

Por cierto, vivo en el número 1 de la calle Gramática, que está en el barrio de Santa Cruz.

Un saludo muy afectuoso.

Epifanía Alfaro Abascal.

Mañana, dijo Orlando en voz alta, tan alarmado como extrañado. Mañana era decir de inmediato, solo porque no podía ser hoy, pero no podía negarse después de haber pedido precisamente lo que se le daba ni podía hacerlo sin traicionar la confianza que había puesto en él don Ginés, cuyos doscientos euros aún estaban sobre la mesa. La duda ni siquiera lo abandonó cuando contestó al correo.

Muy estimada señora:

Mañana a las 19:00 horas estaré allí.

Un saludo.

Orlando.

Con las dudas siguió mientras buscaba inútilmente en diversos planos de internet y en la guía de códigos postales la ubicación de la casa a la que debía ir. Y se le acrecentaron cuando los buscadores no le devolvieron ni una sola referencia a la calle Gramática de la ciudad de Sevilla.

–Don Ginés, Epifanía me ha citado para mañana, pero me dice que vive en la calle Gramática y yo no veo esa calle en el mapa de Sevilla.

–Porque igual ni existe.

Hubo un silencio antes de que Orlando contestara.

–No le entiendo.

–Igual se ha inventado el nombre de la calle.

–Usted perdone, pero sigo sin entender.

La voz de Orlando delataba una preocupación que don Ginés supo captar.

–No te preocupes. Cada uno es como es y esa mujer es así de particular.

–¿Y cómo pretende que acuda a la cita si el lugar del encuentro es imaginario?

–No es imaginario, porque la casa existe. Lo único que puede ser imaginario es el nombre, y ni siquiera estoy seguro de ello.

–¿Y está usted seguro de que quiere que vaya? ¿No será que me está tomando el pelo?

Don Ginés soltó una carcajada, a la que siguió la descripción clara del lugar de Sevilla donde se ubicaba la casa de Epifanía y qué ruta debía tomar para llegar hasta ella.

–En la conversación que tengas con ella tendrás que separar lo real de lo ficticio. Pero esa labor no es distinta de lo que debes hacer siempre con cualquiera, pues nadie es realmente como se muestra. Si me apuras, con esa mujer lo tendrás más fácil, porque se la ve venir y sobreactúa. Tú síguete la corriente y ya está, que para estar seguro siempre es mejor pasar por figurante de la farsa que por alguien ajeno a ella.

Figurante de la farsa, se quedó pensando Orlando, que no entendió muy bien a qué se refería don Ginés.

—Por cierto —continuó el maestro—, que he oído a mis compañeros de la escuela hablar de una página web sobre viajes compartidos. ¿Sabes de qué va eso?

—Sí, sí, la conozco.

—Pues no seas tonto y utilízala si puedes. Así podrás guardarte parte de los doscientos euros para otros gastos.

Capítulo 5

En la casa de una calle inventada

La casa tiene tres plantas y sus dinteles son del color del albero, le había dicho don Ginés para que no pudiera confundirla con ninguna otra. Estaba sentado en la plaza de doña Elvira, sobre el respaldo de un banco de ladrillos y azulejos, bajo un naranjo repleto de fruta. Frente a él, había dos casas como la que el maestro le había indicado.

Eran las siete menos cuarto y le urgía saber a ciencia cierta el lugar de la cita. En la plaza había unos niños correteando junto al estanque de la fuente y, un poco más allá, un par de abuelos charlando de pie en el único rodal de sol que dejaban los naranjos. Orlando pasó junto a los niños y se plantó frente a los abuelos.

—Estoy buscando la casa de una señora que vive por aquí. Se llama Epifanía —les dijo.

Uno de ellos tendió el brazo para señalar a un señor de estatura mediana, con abrigo largo y sombrero gris, que cruzaba la plaza procedente de la calle Rodrigo Caro.

—Ese hombre va allí. Síguelo —el abuelo soltó una risita antes de continuar, en la que fue acompañado con una risita equivalente del otro abuelo.

Aunque se quedó con las ganas, Orlando no les formuló más preguntas, y tras darles las gracias se puso a seguir al individuo que le habían señalado. Cuando dobló la esquina, Orlando notó que el corazón le palpitaba con celeridad y que las piernas le temblaban. La calle era muy estrecha. A poco más de una veintena de metros delante de él, un individuo cuyos movimientos le recordaban vagamente a alguien caminó con paso alegre y despreocupado hasta que se quedó parado frente a la puerta de una casa muy grande, de tres plantas, que tenía, efectivamente, los dinteles del color del albero. Desde donde se había quedado observando, Orlando pudo ver las dos aldabas doradas de la puerta, con forma de cabeza de caballo, que sin embargo el hombre no utilizó, pues

llamó a un timbre. Abrieron y el hombre pasó adentro mientras se descubría la cabeza.

Orlando esperó unos segundos y llamó al timbre. No tardó mucho en recibir contestación.

—¿Es usted don Orlando?

Quien le preguntaba era una mujer totalmente vestida de negro, baja y muy delgada, con el rostro surcado por profundas arrugas y el pelo, casi blanco por completo, recogido en un moño.

—Sí, señora —respondió Orlando, que había incrementado su desconcierto al ser tratado de don.

La mujer esbozó una sonrisa irónica, que debió borrar en el acto porque detrás de él apareció otro hombre.

—Buenas tardes, monseñor —le dijo, y a continuación se apartó y, mostrando con la mano el camino hacia el interior de la casa, añadió—: Pasen ustedes, si son tan amables.

Orlando dio casi un salto hacia un lado para dejar pasar al recién llegado, pero este se resistió amablemente y fue él el que pasó primero al amplio zaguán, que tenía un zócalo de azulejos con dos escenas históricas del puerto de Sevilla, una por cada una de las paredes.

—Monseñor, por favor, entre, que lo está esperando la señora.

—Gracias, Matilde.

Entre el zaguán y el patio había una cancela de rejería que tenía el postigo abierto. El tal monseñor cruzó el postigo y se perdió enseguida de vista al doblar hacia la derecha. Solo entonces se dirigió a él la mujer.

—Don Orlando, usted sígame, por favor.

El patio estaba solado con mármol blanco, era cuadrado y tenía un pórtico abierto con tres columnas de piedra por costado. En su centro, se erguía una fuente, que lanzaba un chorrito corto y recto, rodeada de un estanque bajo de forma hexagonal, forrado de azulejos con arabescos blancos y verdes botella, sobre cuyo borde lucían pequeñas macetas de cintas.

La mujer entró en el patio y giró a la derecha cuando el monseñor entraba por una puerta que se abría a aquella galería, siguió por la galería contigua y se paró frente a unas escaleras de dos tramos después de encender la luz que las iluminaba. Orlando, que no había entendido aquella actitud, se detuvo también. La mujer aguantó quieta y sin mirarlo, a la espera de algo que Orlando no entendía, hasta que le hizo con la mano un gesto indicándole que debía pasar primero. Él se disculpó y empezó a subir.

—Aquí es, señor —le anunció, después de mirarlo de soslayo, con una ojeada turbia que Orlando no supo interpretar.

Él se pensaba que al otro lado lo esperaba Epifanía, pero la mujer giró hacia abajo el dorado manubrio, abrió la puerta y descubrió una alcoba amplísima que, como vio cuando la mujer encendió una lámpara de bronce que colgaba del techo, tenía una gran cama con dosel y varios muebles de madera sobre los que había un sinfín de cosas, todas perfectamente ordenadas. También había un armario inmenso, hacia el que se dirigió la mujer.

—Por favor, don Orlando, si es usted tan amable —le dijo después de abrir una de sus puertas.

Orlando, que se había quedado en la entrada, adivinó que lo estaba llamando y caminó despacio hacia ella.

—¿Puede usted quitarse la cazadora, por favor? —le pidió.

Orlando no tenía más prenda de abrigo que esa, y mientras se la quitaba se preguntó de qué iba aquello. Su desconcierto se incrementó cuando, ya en jersey, la mujer lo midió con la mirada de izquierda a derecha y de arriba abajo varias veces y luego con las manos separadas a la altura de los hombros y de la cintura. Y más aún, cuando la mujer abrió una puerta del armario y sacó de ella un traje que dejó sobre un galán de noche después de separar la chaqueta y los pantalones, y tiró de un cajón, y extrajo de él una camisa blanca perfectamente doblada que dejó sobre un banco que había a los pies de la cama, y abrió otra puerta, y, entre varias decenas, eligió una corbata roja de seda.

—Póngase esto, don Orlando, por favor —le pidió.

Entonces sí, entonces no vio otra solución que hacer explícita su extrañeza.

–Usted perdone, señora, pero no la entiendo –indicó.

–Llámemme Matilde, por favor. Aquí la señora es doña Epifanía. Yo, modestamente, solo soy su ama de llaves.

–Perdone, usted, Matilde –concedió Orlando apurado–, pero no entiendo lo que me quiere decir.

La mujer asintió con un gesto en el que cerró los ojos y bajó la cabeza hacía un lado y dijo:

–Es norma de la casa asistir a las tertulias con un atuendo digno de sus miembros.

Orlando se quedó mirándola con la frente arrugada mientras su sentido común intentaba en vano acomodarse a la realidad. La mujer estaba quieta frente a él, con un rictus severo, aguardando como un felino a la puerta de una madriguera, y no le ayudaba en absoluto. Algo sin significado alguno tartamudeó antes de que ella sonriera con media cara y dijese:

–No se inquiete usted, don Orlando, yo lo ayudaré.

Matilde tenía la voz grave, casi de hombre, y la modulaba con suma elegancia, lo que provocaba cierta fascinación en quien la oía.

–Quítese primero el jersey, por favor –le dijo mientras le cogía con las dos manos la parte baja del jersey y empezaba a volverlo tirando despacio hacia arriba.

Orlando estaba alucinado y se dejó hacer sin oponer resistencia, ni mental ni física. Simplemente no se había encontrado en una situación parecida y no sabía cómo reaccionar. Tal vez aquello era lo normal entre la gente bien que vivía en aquel tipo de casas –conjeturó a duras penas, en un paréntesis de su aturdimiento–, o tal vez aquella mujer le quitaba la ropa a todos los invitados que iban a la tertulia de la señora sin el debido respeto a las normas de urbanidad que ella había impuesto. El caso es que Matilde acabó de desabrocharle los botones y que se situó a sus espaldas para ayudarlo a quitarse la camisa, como hacen los sastres con la chaqueta de sus clientes.

Tras dejarla junto al jersey, se puso a quitarle el cinturón. Una luz entró de pronto en la pasmada mente del muchacho, que en un impulso súbito agarró

con sus manos las de Matilde. Los dos se quedaron mirándose a los ojos, a apenas un palmo de distancia, y así estuvieron unos cuantos segundos.

–Usted perdone. Me pondré de espaldas –dijo ella al cabo.

Lo hizo después de recoger del galán de noche los pantalones. Y cuando lo hizo se quedó muy cerca, sosteniendo con el brazo extendido la prenda y mirando de frente al enorme espejo que había en la pared más cercana a los pies de la cama, en donde veía a Orlando por completo.

–Dígame cuándo está usted visible.

Cuando Matilde volvió a acercarse, iba con la corbata en la mano, pero se la dejó caer sobre su propio hombro para poder levantarle el cuello de la camisa. La cogió seguidamente, se la puso a Orlando, midió con la mirada las distancias de ambos lados, alzó con un dedo la barbilla que tenía frente a sí para que no le estorbara y para no rozarla y con movimientos solemnes hizo un nudo windsor perfecto. «Perfecto», ratificó ella en voz alta. Dio luego unos cuantos pasos hacia el galán de noche, descolgó la chaqueta y le ayudó a ponérsela.

–Ya está usted preparado. Y si me permite un consejo, no se extrañe de nada de lo que ocurra en esta casa.

Antes de contestar, Orlando asintió con la cabeza.

–Gracias –dijo, sin echarle demasiadas cuentas a la advertencia que se le hacía.

Y apenas lo hubo dicho, Matilde tendió la mano derecha y le agarró los genitales. Orlando todavía no se había recuperado de su sorpresa cuando Matilde retiró la mano.

–¿Me ha entendido usted, don Orlando? –le preguntó.

–No muy bien –contestó ahora el muchacho.

–¿Ve? Eso está mejor.

Orlando concibió lo sucedido como un acto de pura pedagogía. Se asombró, por supuesto, pero eso era lo que debía hacer en aquel momento. Se asombró y el asombro pasó a ser lo común en aquel lugar.

Matilde salió primero de la habitación y se quedó en la puerta para apagar la luz, siguió por el corredor delante de él, delante de él bajó las escaleras que

daban al patio y delante de él caminó por el pórtico hasta la puerta por donde había entrado el monseñor. Ahí se paró y le dijo:

–Usted no es menos poseedor de la verdad que todos los señores que hay dentro. Si no quiere llamar la atención para mal, hable en la proporción que le toca. Eso es lo que se espera de usted.

A aquellas alturas, Orlando tenía casi olvidado el motivo de su visita, pero en aquel instante le salió con un acto reflejo de defensa.

–Yo solo he venido a preguntar por un libro que se parece mucho a las letras de las canciones de Franco Battiato –dijo.

El rostro arrugadísimo de Matilde se arrugó aún más con la expresión de extrañeza que mostró. Orlando supo que su comentario no había sido entendido, pero comprendió que matizarlo era ahondar en el fracaso y desistió de ello.

–Si usted ha venido a preguntar, pregunte, que los otros le responderán, pero recuerde que también deberá responder a las preguntas de los otros –añadió la mujer.

Era un lenguaje demasiado críptico como para interpretarlo en todo su valor. Únicamente había que entender la advertencia, y la advertencia estaba clara: había que participar de lo que se produjera dentro como uno más.

Matilde abrió la puerta y se quedó a un lado para dejarle paso.

–Perdón, señora, ha llegado don Orlando, el invitado que faltaba –lo anunció.

La sala tenía dos grandes ventanas que daban a la calle, cubiertas por unos visillos y unas cortinas dobles de color beige anudadas por cordones con borlas más oscuros. El espacio central estaba ocupado por tres sofás isabelinos de tres plazas y un sillón que rodeaban una mesa baja de madera sobre la que llamaban inmediatamente la atención un reloj de péndulo con dos figuras humanas desnudas (una de cada sexo), un grueso volumen del *Quijote* encuadernado en piel con estampaciones de oro y un halcón disecado.

El sillón se hallaba al lado de la puerta por la que entró Orlando. Sentada en él, había una mujer con el pelo castaño, largo, suelto y peinado hacia un lado para caer sobre un hombro, en tanto el otro estaba libre y totalmente desnudo,

y sobre él se balanceaba un pendiente largo de tres cuerpos, terminado en un zafiro del color de sus ojos, que eran violeta.

Orlando se quedó varado en aquellos ojos que lo miraban sin darse cuenta de que tenía la boca abierta. Nunca había visto nada igual, ni parecido siquiera. La mujer se levantó, enarcó las cejas para acentuar un gesto de sorpresa que agrandó su poder de seducción, y extendió la mano derecha al frente.

–Orlando, paisano, qué gusto nos da conocerte –dijo.

La mano estuvo en el aire, luciendo sus uñas pintadas de cárdeno y rojo, más tiempo del habitual, ya que Orlando tardó en darse por aludido. Cuando lo hizo, dio un par de pasos al frente y la estrechó. Estaba caliente y era suave y firme, aunque la cogió casi si ceñirla, sin hacer fuerza alguna, porque no tenía costumbre y porque la mujer tenía una boca grande y unos labios gruesos y voluptuosos que le brillaban y le había sonreído.

–Puedes sentarte con don Mercenario.

Antes de hacerlo, debió saludar a cada uno de los asistentes. Eran cuatro. Ella los fue presentando conforme se fueron acercando a él para estrecharle la mano. Lo hizo con su nombre completo y su título o profesión: don Romualdo Piquer Perales, ex Presidente de la Junta de Andalucía; don Casildo Lerma Lillo, catedrático de Historia de las Ideas Políticas; don Basilio Juliá Jurado, canónigo y sochantre de la catedral, y don Mercenario Quintilla Quiroga, duque de Nevada, erudito y poeta.

Con la excepción de Epifanía, todos pasaban de los sesenta años, algunos con holgura. Tenían un aspecto serio. Estaban vestidos con trajes oscuros, se movían con porte solemne y se trataban de usted y de don. Todos eran feos y todos eran bastante más bajos que ella. A su lado, parecían escarabajos alrededor de una mariposa.

–Se nos hace tarde y no hablamos de nuestros asuntos –dijo ella en conclusión.

Todos corroboraron con comentarios diversos la apreciación de la señora de la casa y volvieron a sus asientos. Orlando se sentó en una esquina del sofá frontero al sillón, compartiendo sitio con don Mercenario, el mayor de todos,

casi un anciano. Solo después de que sus invitados estuvieron sentados, lo hizo ella.

–Don Casildo, hoy le corresponde a usted el honor.

Don Casildo se levantó, dio unos pasos hacia la mesa, tomó el ejemplar del *Quijote*, lo orientó hacia él y, antes de abrirlo, dijo:

–Yo, como prefiero la primera parte, voy a dirigir el azar a mi favor: cortaré de la mitad para atrás.

Lo abrió por una página cualquiera y se puso a leer:

Acudió luego el cura a quitarle el embozo, para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase, con todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos; la cual había conocido en el suspiro a Cardenio, y él la había conocido a ella. Oyó asimesmo Cardenio el «¡ay!» que dio Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenía abrazada a Luscinda. También don Fernando conoció luego a Cardenio; y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido.

–Capítulo treinta y seis de la primera parte –dijo don Romualdo mientras don Casildo volvía a su asiento–, en el que se trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino, como otros raros sucesos que en la venta le sucedieron.

Los demás contertulios asintieron y añadieron otros comentarios eruditos antes de que Epifanía los cortara y dijese:

–Tenemos como invitado nuevo a don Orlando, que debe estar preguntándose de qué va todo esto –volvió la mirada hacia Orlando y los contertulios la imitaron con aire grave–. Si queremos que participe, deberíamos ponerlo antes al corriente, ¿no creen ustedes? Don Basilio, ¿nos hace usted el honor?

Don Basilio aceptó el ofrecimiento y dijo:

–El *Quijote* es la obra cumbre de la literatura universal, de eso no le cabe la menor duda a nadie. En ella están recogidas prácticamente todas las situaciones por las que puede pasar el espíritu humano, ya sea el individual o el social. Es una novela llena de sustancia y un reflejo de la vida. Cuando abrimos *el Quijote* abrimos también el cuerpo de la humanidad, que es todo lo que tenemos dentro y todo lo que nos rodea. Nuestro afán es comentar sobre ese todo a partir del párrafo que el azar nos ha mostrado.

–Solo a partir del párrafo –insistió don Mercenario–. Utilizar el resto de la obra abriría demasiado el debate y se trata de concretar y aprender los unos de los otros.

Epifanía dio por buena la explicación y enseguida empezó el debate. Orlando no había encontrado en lo leído envidia suficiente como para llamar por sí solo a un debate profundo, y asistió fascinado a las primeras intervenciones de sus contertulios, que intentó comprender sin éxito a la vez que intentaba huir de la atracción que le suponía la formidable belleza de la anfitriona, quien en un momento determinado paró la conversación, lo miró y dijo:

–Todavía no hemos oído a nuestro joven invitado, y el juicio de una persona de su edad debería movernos a todos a la reflexión.

Matilde estaba entonces a punto de poner dos vasos sobre la mesa, y uno de ellos era para Orlando. El muchacho sintió que la tierra se lo tragaba, pero encontró en la acción de la sirvienta la excusa adecuada para demorarse. Miró lo que estaba haciendo, se tiró del cuello de la camisa y se dispuso a hablar de lo primero que le vino a la cabeza, y lo primero que le vino fue que una de las protagonistas del párrafo, Luscinda, tenía un nombre parecido al de una maestra de su pueblo y se acordó del maestro que había mediado para que él estuviera justamente donde estaba.

–Los Luscindos y Lucindos, y por ende las Luscindas y Lucindas, son personas solitarias, pendencieras y rencorosas, por lo menos al pronto, aunque luego recapaciten y puedan llegar a ser los mejores patrocinadores y los más fiables amigos. Humildemente creo que Cervantes no le puso Luscinda al azar

a la protagonista de esta hermosa historia –dijo balbuciendo e imitando la rebuscada sintaxis de sus contertulios.

Los contertulios lo miraron embobados.

–Nunca me había parado a pensar en el mensaje que tenían los nombres –aseveró don Casildo–. Como mucho en el de los sobrenombres, como en El caballero de Los Espejos o El caballero de la Triste Figura.

Reconocida la importancia de los nombres, se aplicaron con bastante entusiasmo a ahondar en el significado de cada uno de los que habían salido, lo que le permitió a Orlando sentirse más libre de la obligación de intervenir. Los contertulios se entregaron de nuevo con educación pero con furor a sus disputas verbales y lo ignoraron y él pudo lamerse las heridas y pensar en lo estúpido que había sido al ir hasta aquella casa para algo tan extraño como demostrar que era digno de leer el original de un libro que no había llegado a publicarse. Lo pensó una y otra vez, mirando al vaso lleno de Martini seco y ajeno por completo a la conversación que se ventilaba en su presencia, y con tanta fuerza que no se dio cuenta de que estaba haciendo pucheros.

–Don Orlando se ha emocionado con su disertación, don Basilio –dijo de repente Epifanía.

Cuando Orlando oyó su nombre, miró hacia quien lo había nombrado y se quedó petrificado: ella lo observaba sonriente. Algo tenía que decir, fuera lo que fuera, y no se le ocurrió otra cosa que salir por la directa, de manera que avergonzado tartamudeó:

–Yo solo quería hablar de Franco Battiato.

Antes de que le contestaran, hubo un gesto general de estupefacción. Fue don Romualdo el que rompió el silencio y dijo:

–¿Franco Battiato? ¿Hemos oído bien?

Orlando asintió con la cabeza.

–¿Y quién es ese erudito, porque no hemos oído nunca su nombre? –preguntó don Casildo.

–No es un erudito, o al menos no lo es que yo sepa: es un cantante italiano –contestó Orlando.

—¿De ópera? —intervino don Mercenario.

—No, no, de ópera no. De canción moderna. Aunque su estilo es muy particular.

—¿Y qué tiene que ver ese señor con el párrafo que hemos leído? —le preguntó arrugando su poblado entrecejo don Casildo.

Ahí estaba el quid de la cuestión. ¿Qué relación tienen las coles con las alpargatas de los albañiles? El asunto volvía a su inicio y debía dar una explicación, que no existía de ningún modo.

—Nada. No tiene nada que ver —afirmó.

Hubo un silencio, que a Orlando le pareció aterrador, antes de que Epifanía dijera:

—A don Orlando la sonoridad de los nombres del *Quijote* le ha recordado a las canciones de un cantante moderno. ¿Tienen ustedes alguna justificación para esa asociación de ideas?

Los tertulianos se quedaron perplejos. Durante unos segundos buscaron en sus mentes una solución a la incógnita que la anfitriona les planteaba. Al final, don Basilio indicó:

—Probablemente ese cantante haya leído *el Quijote* y haya sentido su influencia, lo que demuestra que el genio de Cervantes llega en nuestros días hasta las áreas más insospechadas del arte.

Los cuatros tertulianos miraron a Orlando con admiración.

—Nos gustaría que nos hablara de ese tal Franco Battiato, si a usted no le importa, don Orlando —indicó don Basilio.

—Ha de ser en otra ocasión, señores, que se nos ha hecho muy tarde y la cena de hoy no admite demora sin perder lo más refinado de su sabor —dijo Epifanía antes de que Orlando pudiera contestar. Y, dirigiéndose a él, añadió luego—: ¿Nos hará usted el inmenso honor de ponernos en otras tertulias al corriente de lo que pasa en el arte moderno?

Orlando vio una escapatoria magnífica en la invitación de la anfitriona y huyó por ella sin la menor intención de cumplirla.

—Por supuesto —declaró.

—En ese caso, queda usted invitado —contestó Epifanía.

En cuanto acabó de hablar, se levantó, dando por finalizada la tertulia, y a continuación se levantaron los tertulianos, y después se levantó Orlando, quien notó que las piernas le temblaban. Los tertulianos se dirigieron hacia él enseguida para felicitarlo y hacerle preguntas sobre nombres y sobre Franco Battiatto a las que no podía responder porque eran muchas y se superponían unas a otras.

—Señores, por favor, no agobiemos a nuestro joven amigo —terció entonces Epifanía elevando un punto la voz.

Los tertulianos lo dejaron y empezaron a irse hacia la puerta. Epifanía se quedó delante del sillón, esperando a que pasaran y, cuando pasó él, se puso a su lado y lo cogió del brazo. Caminaron cogidos y sin mediar palabra por el pórtico detrás de Matilde, que iba sola, y detrás de los tertulianos, que iban hablando por parejas, hasta la sala comedor, a cuya puerta Epifanía lo soltó y le hizo un gesto para que pasase primero.

Junto a la mesa del salón comedor había diez sillas, cinco por cada uno de los lados largos, y dos sillones. Como sobraba media mesa, solo estaba dispuesta para la cena la media más lejana a la puerta, aunque había tres candelabros de tres brazos cada uno con las velas encendidas repartidos por ella. Epifanía se ubicó delante del sillón y le hizo una señal a Orlando para que se sentase a su derecha. Solo cuando el muchacho estuvo a su lado se sentó ella, y solo cuando se sentó ella lo hicieron los demás. El resto de los comensales parecía tener el lugar reservado. Junto a Orlando, se colocaron, por este orden, don Romualdo y don Casildo. Enfrente, don Mercenario y don Basilio. Entre ellos había dos jarras con agua, una botella de vino tinto y una botella de vino blanco en una cubitera con hielo.

Estaba admirando el dibujo del plato y haciéndose cuentas de lo que debía costar todo aquello, cuando notó que Epifanía ponía la mano sobre la suya. Orlando giró súbitamente la cabeza y la miró espantado.

—¿Te gusta el mantel? —le dijo ella.

Orlando había reparado en lo mullido que estaba, por lo que suponía que debajo debía de haber otro, pero no se había fijado en la destreza de su confección ni en su belleza. Antes de contestar, volvió la vista a la mesa: el mantel era de color marfil y tenía una labor con agujeritos.

–Yo no entiendo mucho, pero lo considero precioso. Una verdadera obra de arte –indicó Orlando, que de niño había observado a su abuela haciendo ganchillo para el mantel de un ajuar, por lo que le pareció educado añadir–: ¿Lo ha hecho usted?

Epifanía soltó una carcajada, volvió a cogerle la mano y respondió:

–¡Ay, querido, yo ni sé ni tengo paciencia para estas tareas! Fue elaborado por unas monjas de clausura, aunque no sabría decirte dónde ni cuándo.

El mantel reclamó la atención del resto de los invitados, que lo observaron y lo tocaron con esa admiración insuficiente con que los hombres alaban las labores que antes eran propias de las mujeres, por lo que la anfitriona llamó a Matilde, que seguía parada junto a la puerta, y cuando estuvo a su lado, le preguntó:

–A ver, Matilde, dime, ¿cuánto vale este mantel?

–Lo que quieran dar por él, señora, porque su valor es incalculable.

Epifanía dio las gracias a Matilde y esta se retiró hasta su posición inicial, que era la de plantón al lado de la puerta. Pasados unos minutos, entró la misma empleada que les había servido el Martini con una sopera grande que dejó sobre la mesa por el lado derecho de Epifanía, que había soltado la mano de Orlando.

–¿Les importa que les sirva yo? –preguntó la señora.

Como los comensales respondieron que no, Epifanía se levantó, tomó el cucharón que iba dentro de la sopera y fue vertiendo un par de cucharones en cada plato que le fueron acercando, a excepción del de Orlando, en el que vertió tres porque, según dijo, era muy joven y tenía más desgaste.

Orlando había perdido por completo el apetito, pero comió la sopa y lo que vino después como vio que lo hacían los otros. Estaba como chocado y no

tenía voluntad. Era como un corcho sobre una corriente de agua. Oía la conversación y no la entendía. Ya no sabía si Epifanía le cogía la mano o no.

—¿Y usted, don Orlando, usted es joven y se ve que hace deporte? ¿Se ha quedado usted con hambre? ¿Quiere usted un dulcecito o un pedazo de tarta? —le preguntó Epifanía cuando recogieron los platos del postre.

A lo que Orlando contestó que estaba lleno.

—¿Solo café, entonces? —insistió la señora.

—Sí, gracias.

—¿Solo?

—Sí, gracias.

Matilde tomó nota de que quería café. Podía haber dicho que lo quería descafeinado, como don Romualdo, o de que quería una manzanilla con anís, como don Casildo, o una infusión de menta y poleo, como don Basilio, o de té verde persa con limón, como don Mercenario, pero se limitó a asentir y le trajeron café solo, como a Epifanía, lo que por la experiencia que tenía le aseguraba pasarse buena parte de la noche en vela.

En cuanto Matilde acabó de tomar nota, Epifanía citó a la portada de un periódico para iniciar un coloquio sobre política.

—¿Y usted, don Orlando, qué opina? —le pidió don Romualdo.

No había dicho ni mu desde hacía mucho rato y su silencio lo delataba.

—Me van a perdonar ustedes —contestó él—, pero es que hoy he tenido un día muy difícil y me cuesta trabajo hilar una respuesta a la altura del debate.

—¿Quiere retirarse ya? —le preguntó Epifanía.

—Si no les importa. En modo alguno quisiera resultar grosero.

—Por favor, por supuesto que no. Usted es joven y necesita descansar más. Está en la naturaleza de las cosas.

Epifanía le hizo un gesto a Matilde para que se acercara y, cuando la empleada estuvo cerca, le dijo:

—Acompáñalo a su habitación, Matilde, y que no le falte de nada.

La señora se levantó, y se levantaron los tertulianos para despedirlo, y se levantó él. Todos le estrecharon la mano y le agradecieron sus opiniones, que

habían sido el contrapunto heterodoxo a sus juicios tradicionales, todos le desearon buenas noches y todos lo citaron para una charla futura excepto Epifanía, que lo citó para el desayuno diciéndole:

–Me gustaría desayunar con usted, don Orlando. Todavía hay un asunto del que debemos hablar usted y yo. Si no tiene inconveniente, Matilde irá a llamarlo a su habitación cuando el desayuno esté preparado, que nunca será antes de las nueve.

Orlando tenía su ropa en la habitación en la que se había puesto el traje. A esa habitación y al hecho de tener que cambiarse de indumentaria creía que se había referido Epifanía al principio, pero la cita para el desayuno iba más allá y daba a entender que se trataba de una habitación para pasar la noche.

–No la he entendido muy bien, perdone –dijo.

–Quizá las nueve le parezca un poco tarde, pero yo soy más de trasnochar que de madrugar. En todo caso, si quiere usted desayunar antes, baje y le pide lo que quiera a Matilde. Luego hablamos, mientras yo me tomo el desayuno.

Ahora estaba claro, tan claro que Orlando respondió tartamudeando:

–Muchas gracias, doña Epifanía. Me gustaría quedarme, pero tengo un hotel reservado.

–Bueno, no pasa nada. Va a pagar igual si pasa la noche aquí, aunque no pueda cancelar la reserva.

–Tengo mi maleta en el hotel. Y mi pijama.

–Matilde le proporcionará un pijama.

El tono de Orlando delataba cierta angustia.

–En serio, se lo agradezco enormemente, y si quiere vengo a desayunar mañana, pero no me puedo quedar.

–¡Qué tontería! ¿Verdad, don Romualdo? ¡Cómo no se va a poder quedar!

–Don Orlando, muchacho, no le haga usted ese feo a doña Epifanía. Si ella ha dicho que no le faltará de nada, no le faltará de nada. Usted es de su pueblo. ¡Qué actitud hay más natural que ofrecerle alojamiento para esta noche! ¡Y qué respuesta más natural que aceptar ese amable ofrecimiento! –dijo don Romualdo muy serio.

Dicho en esos términos, no podía negarse.

–Si no molesto... –asintió Orlando finalmente.

–¡Cómo va a molestar usted, don Orlando! Al contrario, será un honor para esta casa –corroboró Epifanía.

Orlando volvió a aceptar y dio otra vez las buenas noches. Epifanía lo cogió del brazo y tiró de él hasta la puerta, donde la anfitriona lo dejó y le ordenó a Matilde, que había ido un par de pasos detrás de ellos:

–Que se ponga el pijama y la ropa interior de Feliciano.

Orlando volvió a ser cogido del brazo, esta vez por Matilde, que lo llevó hasta la puerta de su habitación, donde lo soltó para entrar la primera, encender la luz y disponer lo que la señora le había mandado.

–Estos son sus calzoncillos, don Orlando, y este es su pijama. Si quiere, también puede hacer uso de esta bata.

Matilde había dejado las prendas sobre la cama, todas blancas, dobladas y separadas una de otra. Orlando se quedó mirándolas atónito.

–Brillan mucho –dijo por decir algo.

–Porque son de seda. Y eso que tienen un porrón de años. Debe tener cuidado con ellas.

–No me hacen falta. No se preocupe. No las utilizaré.

–La señora me ha ordenado que se las ponga y yo tengo la obligación de sacárselas y dejárselas. Usted se ducha, se pone los calzoncillos de seda, se pone el pijama de seda y se acuesta en la cama, que tiene las sábanas de seda. No es difícil de seguir.

No era difícil, en efecto, pero era extraño.

–Cuando usted me aconsejó que no me extrañara de nada de lo que pasara en esta casa no la entendí. Pero creo que ya la voy entendiendo.

Matilde sonrió:

–Eso está bien don Orlando –dijo luego–, porque todavía no ha ocurrido lo más extraño de todo.

Capítulo 6

Lo más extraño de todo

El cuarto de baño era una habitación enorme, blanca en casi todo, en la que había un baño de unos dos metros y una ducha con numerosos artilugios y una pared de cristal de espejo que iba del techo al suelo, a través de la que se veían los tejados más cercanos y la parte superior de la Giralda, era de suponer que sin que te vieran.

Cuando entró en aquella habitación con la ropa de seda sobre el antebrazo, Orlando se quedó pasmado. Aún tenía fresca la última advertencia de Matilde y creyó que lo imponente del aquel recinto formaba parte de la extrañeza que se le había anunciado. Es más, creyó que lo extraño era aquello y todo lo grandioso que en aquella casa se le estaba mostrando, como la imponente cama con dosel o como los delicados tejidos de seda. Cerró la puerta con el pestillo, dejó la ropa sobre una percha de pie y se puso a curiosear en los cajones y hacer gestos tontos frente a los espejos. Encerrado y a solas, volvió a sentirse relativamente cómodo. Y pudo pensar.

Con el pestillo echado, podía pensar sin rubor en las tetas de Epifanía, una maravilla de la naturaleza, sin duda alguna. Estaba duchándose cuando se regodeó con su recuerdo. El agua salía desde distintos lugares y le masajeara varias partes del cuerpo mientras veía, a través del cristal que daba a los tejados de la vecindad, la Giralda iluminada y el reflejo de las luces de la ciudad sobre las nubes bajas. Las tetas de Epifanía eran del tamaño de las manos, pensó, e hizo un hueco con cada una de ellas para comparar su volumen y, con los ojos cerrados, flexionó un poco los dedos para imaginar su textura. Aún tenía los ojos cerrados cuando se dio cuenta de que se le estaba levantado el miembro. «¡Qué buena está, madre mía!», murmuró, se giró y dejó que un chorro de agua se dirigiera hacia lo que ya parecía tener vida propia y ser independiente de él. Epifanía le había cogido la mano con su mano, así que sabía cómo era su tacto y podía imaginarlo. Y podía imaginar su voz, su sonrisa, sus ojos de color violeta y su mirada. Todo lo imaginó a la vez para tejer una travesura carnal en tanto el agua le caía dulcemente y musitaba groserías, como si se las susurrara al oído. Lo imaginó hasta que se ayudó de la mano, abrió los ojos y vio los tejados y la Giralda. Entonces, se sintió poderoso e imaginó que copulaban

mientras la multitud que vivía bajo aquellos tejados veía en la televisión partidos de fútbol y concursos en los que se jugaban coches de lujo y viajes al Caribe, unos seres distintos de él, vacíos, simples y mediocres. «Estúpidos», farfulló con los ojos entornados por el placer y la boca medio abierta. Y pensó que ella lo oía y le preguntaba «qué dices». «Nada, tú sigue», masculló como si le contestara. Volvió a cerrar los ojos y durante un rato se estuvo conteniendo. Luego, cuando ya no pudo más, los abrió, la perdió de vista a ella y fue como si se derramara desde el cielo sobre los necios pensamientos de la gente.

¿A quién se le había ocurrido semejante iniciativa? Poner un cuarto de baño en la zona más alta de la casa para abrir una pared de cristal en la ducha desde la que se contemplara la Giralda era una idea tan lujuriosa como extravagante. Tal vez allí se duchaba Epifanía. Tal vez había sido ella la que había tenido esa ocurrencia y se duchaba imaginando que estaba a la vista de todos. Tal vez se había duchado allí con su marido y había hecho el amor con él concibiendo que lo hacía en mitad de la calle. Tal vez ahora tenía un amante y se duchaba con él y hacían el amor durante horas mientras los vapores enturbiaban el cristal, que debían limpiar con la palma de la mano para que siguiera siendo transparente.

Se secó con un albornoz y una toalla, se lavó los dientes con un cepillo de un solo uso, se peinó y se vistió con los calzoncillos, el pijama y la bata de seda hilando esos pensamientos y otros parecidos, que alternó con miradas al espejo para verse y reírse de sí mismo. Ya no tenía tantas ganas de reír, no obstante, cuando cogió el traje que se había quitado, y salió al corredor, bajó las escaleras y se metió en su habitación, en cuya puerta echó de menos un pestillo.

No tenía sueño. Después de colocar el traje en el galán de noche, inspeccionó los libros y revistas que descansaban en los anaqueles de una pequeña estantería. Los libros eran poemarios y novelas de autores clásicos, excepto un libro con los cincuenta mejores poemas del milenio (que abrió y del que leyó unos versos) y algunas novelas de escritores que no pudo identificar, publicadas en Sevilla desde los años cincuenta hasta nuestros días por una editorial de la que nunca había oído hablar, Nógdam. Orlando recordó que le habían presentado a don Mercenario como poeta y editor de toda clase de libros, en

especial de magia negra, y buscó inútilmente su nombre en los lomos, por si era autor de alguno de aquellos. Luego tomó unas cuantas revistas de Historia y las dejó en un lado de la cama, dobló el almohadón en el otro lado y se sentó recostado sobre él, admirado de la delicadeza de las sábanas.

Antes de empezar a leer, se miró en el gigantesco espejo que había en la pared de enfrente, que no servía para nada que no fuera verse desde la cama. Es decir, que estaba instalado allí, pensó, con unos fines lascivos no muy distintos de los que debía de tener el cristal transparente del cuarto de baño en el que se había duchado. También entonces recordó las palabras de Matilde, pronunciadas frente a ese mismo espejo poco antes de que le cogiera los genitales: «No se extrañe de nada de lo que ocurra en esta casa». Y de las posteriores, cuando estaban de nuevo frente a ese espejo: «Todavía no ha ocurrido lo más extraño de todo».

No podía imaginar hechos más extraños que los vividos hasta ese momento, salvo que sucedieran con él como protagonista, aprovechando que estuviera dormido. El afán de Epifanía y de los tertulianos de convencerlo para que pasase la noche en la casa quizá estuviera relacionado con esa advertencia, que bien podía ser el presagio de un acto terrorífico. La idea de lo terrorífico le recordó al halcón disecado, a los libros de magia negra que debía de editar don Mercenario y a las sorprendentes actividades de los individuos con que había compartido aquella trasnochada, todos personas muy mayores, entre los que la señora de la casa se movía con la desenvoltura de una seductora sacerdotisa.

A lo mejor era una tontería, es seguro que lo era, pero no estaba de más poner los medios necesarios para evitarse sorpresas. Se levantó, cogió el traje que había colgado en el galán de noche y lo puso en el respaldo de un silloncito que había junto al secreter. A continuación, tomó el galán y lo colocó como un puntal frente a la puerta, de manera que no se podía girar la manivela, como pudo comprobar por sí mismo. También comprobó que no había nadie en el armario ni había en él una puerta que pudiera dar a otra habitación, y comprobó que la ventana, que daba al patio, se hallaba cerrada y era razonablemente inaccesible.

Cuando volvió a meterse en la cama, estaba mucho más tranquilo. Tomó una de las revistas y se puso a leerla. Estaba leyendo un artículo sobre la catástrofe militar de Atenas

en Siracusa cuando oyó un ruido en la puerta. Dejó la revista abierta sobre los muslos, cogida por los extremos, y fijó en la puerta todos sus sentidos. La manivela se movía, en efecto, hasta el límite que le permitía el galán de noche. Alguien intentaba entrar en la habitación, y quería hacerlo sin permiso, incluso sin llamar. Dejó la revista a un lado, apartó la ropa de cama, se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Quién es? —dijo con una voz que apenas le salió del cuerpo.

—Soy yo, Orlando. ¿Te he despertado? —era la voz de Epifanía.

—No, no —se apresuró a responder Orlando, que sin embargo no hizo nada por abrir.

—¿Tienes sueño?

—No mucho.

—Yo tampoco.

Hasta entonces no se dio cuenta Orlando de que estaba siendo maleducado al mantener una conversación a través de la puerta. Apartó el galán de noche, abrió una rendija y asomó la cabeza. Epifanía estaba vestida con una bata rosa de seda que le llegaba casi hasta los pies, pero que en su parte superior era muy escotada.

—¿Quería usted algo?

—Acabo de recordar que no hemos hablado nada del libro.

¡El libro! ¡Ahora se acordaba aquella mujer del libro!

—Bueno, no importa.

Ella no se dio por enterada.

—¿Puedo entrar y hablamos?

Él se hallaba en pijama, era muy tarde, estaban en la entrada de una alcoba y aquella mujer lo acobardaba. Tenía argumentos suficientes para negarse, ¿pero cómo podía hacerlo sin parecer grosero? De hecho, la pregunta estaba enunciada de manera que no fuera posible sino aceptarla.

—Sí, sí, claro —balbuceó Orlando.

Dio un par de pasos atrás y le dejó expedito el camino. Ella entró, se dio media vuelta, agarró por dentro el manubrio y cerró la puerta mientras él apartaba un poco más el galán de noche, cuya presencia lo avergonzaba.

—Quitaré la ropa del silloncito —dijo Orlando luego.

—No, no. No me estorba.

—¿No quiere sentarse?

—Me sentaré en la cama.

Se fue al lado de la cama por donde había salido Orlando y se sentó sobre las sábanas dobladas, con cuidado de que la bata no se le abriera por debajo de la cinta que la aseguraba sobre la cintura. Orlando se quedó escrutándola sin atreverse a mirarla directamente, de pie y casi oculto tras uno de los cortinajes del dosel recogidos en el *piecero*. Para verlo, Epifanía debía girar la cabeza y el cuerpo, debía adoptar, en fin, una postura incómoda.

—¿No te sientas? —le dijo—. Es que no te veo.

Orlando se acercó y se puso de frente, para que lo viera mejor.

—Ahora te veo mejor —confirmó ella—, pero no querrás que mantengamos una conversación de este modo, con uno sentado y el otro de pie.

Le estaba diciendo que se sentara, pero Orlando se limitó a sonreír como un estúpido y le dijo que no. Que no qué, debió de pensar ella, que acto seguido apuntó:

—Hoy han venido así las cosas. Seguramente debíamos haber tratado este asunto en otro lado, pero lo cierto es que estamos aquí, y aquí lo que hay es esto.

Y para describir a lo que se refería hizo un gesto con las manos señalando a ninguna parte, como si dijera que «esto» es esta habitación, con estos muebles impropios para una charla como la que vamos a tener. Nada claro, en todo caso, al menos para Orlando, que no lo supo interpretar hasta que Epifanía palmoteó sobre la cama con su mano izquierda y dijo:

—Anda, siéntate, que me va a entrar tortícolis.

Entonces no le cupo a Orlando más remedio que darse por enterado. Y la sugerencia estaba formulada en términos de orden, así que no pudo hacer sino lo que se le proponía. Para cumplirlo, debía pasar por delante de ella. Lo hizo mirando a donde seguía palmoteando para no verle los ojos. Ni la miró a los ojos, ni a ningún sitio, pero la mirada se abría y podía ver más que su mano izquierda saltando levemente sobre la cama. Pudo ver la forma de sus piernas cruzadas debajo de la bata de seda, pudo ver su brazo apoyado sobre su muslo y su mano con sus dedos largos terminados en las uñas pintadas de dos

colores y pudo ver que tenía la parte superior de la bata medio abierta y que por la abertura se le podía ver el sujetador, que era rosa, transparente y con encajes.

—A ver, Orlando... —dijo Epifanía. Descruzó las piernas y acercó su culo a él, y con este ligero movimiento se le escurrió la bata y quedó a la vista un buen tramo de sus muslos—, ¿qué era eso del libro? —continuó mientras le cogía la mano derecha entre sus dos manos.

—Un libro que se parece a las letras de Franco Battiato —contestó él mirando a la pared de enfrente, donde había una cómoda antigua con un joyero y una estatuilla de Lladró de una diligencia tirada por cuatro caballos.

—¿Letras de quién?

—De las canciones de Franco Battiato —aclaró él—. Creo habérselo mencionado en alguno de mis correos.

Epifanía se hallaba girada hacia él, de modo que le estaba enseñando el sujetador y buena parte de sus pechos. Como Orlando no la estaba mirando, no los veía, pero sentía su presencia y, con ella, advertía notablemente su amenaza.

—Sabes lo que pasa, cariño, que yo no he leído los correos —y en ese instante se giró para sentarse de frente a la cama, y se llevó entre sus manos la mano de Orlando, que dejó posada sobre sus muslos desnudos.

¿Cómo que no los había leído?, acertó a pensar Orlando. Si no los había leído, ¿cómo era que había contestado a ellos? Aunque no la formuló, la pregunta estaba planteada, y Epifanía la respondió a continuación:

—Sé que me escribiste, por supuesto, y sé que te contesté, pero ni yo leí personalmente lo que me ponías ni te escribí personalmente. ¿Entiendes?

No lo entendía, pero dijo que sí con un susurro porque creyó que eso era lo que debía decir.

—No digo que tenga una secretaria, porque secretaria no es —prosiguió Epifanía girándose de nuevo hacia él para hacer más tajante la explicación—, pero tengo a alguien que me soluciona ese tipo de problemas. Es como Matilde, pero de mis papeles. ¿Entiendes?

Y entonces le soltó la mano, que dejó sobre su muslo, se giró hacia él, le cogió la barbilla con su mano derecha y le giró la cabeza para tener su cara frente a la suya.

—¿Lo entiendes, cariño?

Orlando no contestó, no pudo. Ella acercó su rostro pausadamente, amenazadoramente, lo inclinó antes de llegar a él para evitar su nariz y lo besó en los labios, apenas rozándolos, con los ojos abiertos, mientras Orlando sentía un estremecimiento en la espina dorsal. Con los ojos bien abiertos y mirándolo a los ojos se retiró un poco, y sonrió mientras se humedecía levemente los labios con la lengua o mientras se relamía.

Si hubiera podido pensar, Orlando habría creído que nada podía haber más impactante que lo que acababa de suceder. Jamás habría imaginado que aquel beso casi espiritual era solo el comienzo, y que Epifanía, sin dejar de mirarlo a los ojos y sin dejar de sonreír, deslizaría poco a poco su mano, muslo arriba, sobre el pijama de seda y le cogería los genitales.

Orlando, en un impulso reflejo, se llevó las manos adonde ella había puesto la suya, para protegerse, mientras le venía como un disparo la advertencia de Matilde: «No se extrañe de nada de lo que ocurra en esta casa». Y asimismo: «Todavía no ha ocurrido lo más extraño de todo». Lo más extraño del mundo era lo que estaba pasando. Y ante la tal extrañeza no había sino el espanto.

—No te asustes, cariño.

Aquellas palabras y el tono tierno con el que fueron pronunciadas obtuvieron parte de los efectos que proyectaban. Ayudó también que Epifanía retirara la mano y la devolviera al muslo. Y pudo ayudar que acercara de nuevo su rostro y volviera a besarlo, esta vez con más presión, con los ojos cerrados y con la lengua buscando un hueco entre sus labios.

—¿No le dirás a nadie que has estado conmigo, verdad?

Se lo dijo con la boca pegada al oído y medio jadeando, de manera que Orlando pudo sentir todo el fuego de las palabras quemándole la oreja.

—No —susurró él.

El aire que salió por la boca de Epifanía con una exigua carcajada le hizo cosquillas en el cuello antes de que ella lo besara, lo lamiera y lo mordisquease mientras le metía la

mano por debajo de la camisa del pijama y se la llevaba lentamente desde el vientre hacia el pecho haciendo círculos pequeños. Ya que no iba a salir corriendo, él supo que debía hacer algo, pero no tenía experiencia alguna y creyó que lo mejor era dejarse hacer sin hacer nada, las manos incluidas, a pesar de que ella le había colocado el muslo derecho por encima de sus muslos, de que sus pechos presionaban mansamente contra su brazo y del reclamo que suponía su respiración agitada. No hizo nada ni cuando ella se levantó, se desanudó la bata manteniendo una sonrisa impúdica y, tras dejarla que se escurriera por su cuerpo, lo empujó hacia la cama.

–No te asustes, cariño –le dijo–. Solo pasará lo que tenga que pasar.

No era susto, era una emoción distinta y mayor que incluía el miedo. Era una suma de todas las inquietudes posibles agrupadas en un punto. Eran el paraíso y el infierno. Era todo el tiempo concentrado en un momento.

–Tus amigas jovencitas no te han hecho nunca lo que voy a hacerte yo –le aseguró.

Le había quitado el pijama y lo había instado a que se tendiera por completo en la cama. Estaba de rodillas, abierta de piernas sobre él a la altura de sus muslos y se había llevado las manos atrás para desabrocharse el sujetador. Sus amigas no habían podido hacerle lo que iba a hacerle ella porque no tenía amigas, porque jamás había estado con una mujer. Aquella era su primera vez, pero no lo dijo, porque le daba vergüenza ser virgen a aquellas alturas de su vida, porque era incapaz de articular una frase y porque su inexperiencia no contradecía aquel anuncio impresionante.

–¡Madre mía! –fue todo lo que señaló.

Epifanía había tirado el sujetador hacia un lado y se inclinaba hacia él sin dejar de mirarlo a los ojos. Jamás hubiera imaginado que pudiese haber una mujer tan hermosa. Y estaba allí, encima de él. Tenía que disfrutar de aquella suerte increíble y empezar a hacer algo.

–¡Hombre, por fin sonrías! –le dijo ella.

Capítulo 7

El tiempo que dura una sonrisa

Orlado hizo el camino de vuelta hasta Córdoba en tren, hasta Pozoblanco en un autobús y hasta Aleda haciendo autostop. Se le fue una mañana completa en el viaje, y en todo ese tiempo no perdió la sonrisa. La sonrisa lo acompañó durante la tarde, durante la trashedada y hasta que se durmió. Con la sonrisa se levantó al día siguiente y sonriendo se dispuso a continuar la jornada. Era una sonrisa abierta, a las claras, que venía de dentro y tenía ínfulas de permanencia. Era la sonrisa del optimista nato, del hombre repentinamente feliz que no ve dolores ajenos ni nubes en el horizonte propio.

–¿No estarás enamorado? –le preguntó su madre.

–¡Qué cosas tienes, mamá!

No podía decirle que sí ni a ella ni a nadie. Tampoco a don Ginés, que lo llamó la tarde de dos días después para preguntarle por la rentabilidad de sus doscientos euros.

–Del libro no sé nada porque nada hay que saber –le contestó él.

–¿Cómo que no? No te entiendo. Expílicate.

–No hay mucho que explicar.

Lo indiscutible es que no tenía una explicación, y que tras haber ido a Sevilla a preguntar por aquel dichoso libro se había venido de aquella ciudad sin saber a ciencia cierta si Epifanía lo tenía o no.

–Nada hay que saber, no hay mucho que explicar... Anda, vente para mi casa y hablamos.

Don Ginés colgó sin dar opción a una negativa y Orlado se quedó mirando el teléfono, con la misma sonrisa que no había perdido desde que salió de la casa de Epifanía. Solo unos días antes, se hubiera puesto a temblar con la idea de tener que dar explicaciones a cualquiera, pero ahora estaba en otra dimensión y las cosas del mundo le importaban un rábano, incluida la suerte del libro y lo que pudiera decir don Ginés del libro y de sus doscientos euros.

–Venga, que me tienes en ascuas, cuenta, cuenta –le pidió el maestro.

Se habían sentado al amparo de la mesa camilla y don Ginés había vertido un par de cucharillas de café descafeinado soluble y echado un par de pastillas de sacarina en cada uno de los dos vasos de leche que tenían frente a sí. El maestro le había dado un sorbo al café y se había manchado los bigotes.

—He llegado a la conclusión de que el libro no existe. O por decirlo de otra forma, de que es como si no existiera —le contestó Orlando.

Ambos tenían los codos apoyados sobre la mesa y estaban un poco inclinados hacia adelante, uno frente a otro. Se veían perfectamente y se observaban, de manera que podían dialogar con los gestos casi tanto como con las palabras. Don Ginés, que se había fijado en la sonrisa de Orlando, arrugó el entrecejo y dijo:

—Ni entiendo esa cara ni que empieces por el final, como los malos narradores. Cuéntame la historia y yo sacaré mis propias conclusiones, si no te importa.

—Es que me hace gracia el bigote que se le ha puesto con el café —mintió Orlando, quien añadió cuando don Ginés se hubo pasado un par de veces un pañuelo de papel por los labios, pues se le había olvidado poner unas servilletas—: La cuestión es que Epifanía no sabe nada del libro. Ella vive en un mundo distinto del nuestro. Solo está pendiente de sus invitados, de sus tertulias y de sí misma, y deja lo demás en manos de sus ayudantes. Tiene una mujer que le lleva la casa y una secretaria que se hace cargo de resolverle todos los asuntos de trámite. Y, según parece, lo del libro bien pudo ser uno de esos asuntos.

Don Ginés, que había escuchado con suma atención, volvió a limpiarse el bigote, aunque no le había dado más sorbos al café.

—¿Un asunto de trámite? —dijo después—. ¿Su marido escribe un libro y ella no se entera? No me lo creo. Por muy alejada que estuviera de él y muy pendiente que estuviera de sí misma, no puede ser que le pasara inadvertida la ocupación de su marido escribiendo, ni que él no le dijese nada cuando terminó de escribirlo, ni que no se quejara delante de ella de que nadie quería publicárselo.

Eran razones de peso, pero Orlando no estaba dispuesto a ver más que con los ojos del enamorado y contestó:

—Ella está en otras cosas.

–¿Y los correos que te mandó? En ellos se reconocía su existencia.

–Se lo comenté. Y me contestó que los había escrito su secretaria.

–¿Hablaste con la secretaria?

–No la vi.

–¿Ni le preguntaste por ella?

–No, no caí.

–Pues la secretaria sabe algo, de eso no cabe duda. Hay que hablar con ella.

–¿Para qué?

–¡Cómo que para qué! ¡No me jodas, Orlando, que fuiste tú el que me metiste este veneno en la sesera! Para terminar lo empezado, solo para eso.

El maestro se quedó de pie con la respiración agitada.

–Antes no quería publicar ese libro porque el soplagaitas del autor quería y ahora quiero publicarlo porque la zorra de su viuda no quiere. Así de claro. Se entiende fácilmente, ¿no? –aclaró de inmediato.

–Sí –respondió Orlando.

–Pues eso.

Don Ginés volvió a sentarse.

–No hay por qué hablar con la secretaria –continuó luego con más calma–. Podemos ponernos en contacto con ella a través del correo electrónico de Epifanía. ¿No has dicho que es la que contesta a sus correos?

–Sí.

–Pues bastará con que le mandes uno a Epifanía dirigiéndote a ella.

Orlando, que no había perdido la serenidad ni un momento, asintió con un silencio. Si solo se trataba de eso, no había problema. Le escribiría.

–Se llama Purificación –dijo al cabo con aire críptico.

–¿Cómo?

–La secretaria: se llama Purificación, según me indicó Epifanía.

–Ah, estupendo. Purificación, me gusta su nombre. Quién sabe, igual hasta tiene un polvo.

Estimada Purificación:

Perdone, en primer lugar, que me dirija a usted utilizando la dirección de correo de doña Epifanía, pero desconozco el suyo y fue ella misma quien me dijo que era usted quien leía sus correos y quien se los contestaba. También me dijo que ella no sabe nada del libro «El centro de gravedad permanente», que escribió su difunto marido, Feliciano Abril. Dado que en los correos que usted contestó en su nombre se reconocía la existencia del citado libro, deduzco que usted sí ha oído hablar de él.

Por eso espero que no sea un atrevimiento preguntarle a usted por su paradero o por alguna noticia que pueda llevarme hasta él. Como ya le manifesté a doña Epifanía, me interesa todo lo que tenga que ver con Franco Battiato, y, al parecer, y sorprendentemente, ese libro tiene un estilo muy similar al de las letras de las canciones de ese famoso cantante y compositor italiano.

Seguro de su respuesta, reciba un cordial saludo.

Orlando López Luna.

Orlando envió el correo sin ilusión, solo para satisfacer a don Ginés. Su ilusión ahora era otra, mucho más amplia y más profunda en el tiempo, y tenía que ver con su vida. De pronto le era incómodo el ambiente en el que hasta el momento de conocer a Epifanía se había encontrado seguro. La sociedad del pueblo, que siempre le había resultado asfixiante, le parecía ahora, además, anodina y huera, y hasta su propia familia se le antojaba un cautiverio emocional del que tenía que salir cuanto antes.

El mismo día que remitió el correo a Purificación mandó currículos para trabajar en lo suyo a varias empresas de España, pero por primera vez los envió también a empresas del extranjero, y anduvo indagando en diversas páginas para solicitar un empleo de lo que fuese, tanto en España como fuera de ella, pues su único afán era explorar el futuro y vivir por su cuenta.

Con ese nuevo entusiasmo, se olvidó del correo que le había enviado a Purificación, del que en realidad nunca esperó respuesta. Don Ginés, por el contrario, había hallado en todo lo relacionado con la búsqueda del libro un pensamiento con el que llenar sus muchas horas de ocio y aguardaba ansioso una contestación. Al día siguiente de la charla que mantuvieron ambos, llamó a Orlando por teléfono.

—¿Sabemos algo? —le preguntó.

–Nada nuevo. Le mandé a la secretaria el correo, como quedamos, pero no he recibido respuesta todavía.

Don Ginés había buscado la dirección de varias editoriales y había indagado en internet la posibilidad de publicar *El centro de gravedad permanente* por el sistema de autoedición. De eso le habló a Orlando la siguiente vez que lo llamó.

–¿Sabemos algo?

–Todavía no.

–Si no tienes contestación hoy, le mandas otro correo.

–Vale.

–Oye, ¿tú hiciste Derecho, no?

–Sí, Derecho.

–Entonces sabrás de derechos de autor y eso.

–No mucho. ¿Por qué?

–¿De quién son los derechos del libro?

–De los herederos del autor.

–¿De los hijos?

–De los herederos.

–Bien, ¿pero quiénes son los herederos?

–¿Cómo quiere que lo sepa?

–Orlando, estás espeso. A ver, ¿son los padres, los hijos, la viuda?

–Depende de todo eso y de si había hecho testamento. ¿Tenía hijos?

–Yo creo que no. Con Epifanía, no, desde luego.

–¿Y padres?

–Creo que tampoco.

–Entonces depende de lo que pusiera en el testamento.

–¿Y si no hizo testamento?

–De la viuda. Todo sería de la viuda.

–Tenía hermanos, al menos uno que yo recuerde –dijo don Ginés–. Una hermana tan tonta como él que vino al pueblo para la romería. Y quizá tuviera sobrinos de esa hermana. Sí, tenía sobrinos, seguro.

—Pudo haber dispuesto lo que quisiera en el testamento, que habría sido lo más lógico. Pero si no hizo testamento, cosa poco probable si tenía bienes y era una persona instruida, el cónyuge sobreviviente heredó del difunto en defecto de ascendientes y descendientes, y antes que los colaterales.

Si el libro era tan bueno, había que publicarlo, incluso aunque los herederos no quisieran. Y si era tan bueno, quizá le pudieran sacar un provecho sus descubridores, aparte de quienes ostentaran la titularidad de los derechos. En eso pensó don Ginés en las escasas horas que siguieron hasta que llamó de nuevo a Orlando.

—¿Sabemos algo?

—Nada.

—¿Le mandaste otro correo?

—Todavía no.

—¿Y a qué estas esperando?

Estimada Purificación:

Ya sé que ha pasado muy poco tiempo desde mi anterior escrito y que usted se debe a otros menesteres de más utilidad, y por eso, antes de nada, le ruego que disculpe el fastidio que le causo, pero doña Epifanía me dio, en cierta manera, permiso para indagar la suerte del libro «El centro de gravedad permanente», que escribió su querido y difunto marido, Feliciano Abril.

Tengo motivos para pensar que dicho libro, aparte de parecerse a las canciones de Franco Battiato, podría ser todo un éxito editorial y reportarle pingües beneficios al titular de sus derechos.

Dado que su misión estriba en mirar por el bien de quien la tiene contratada y que la recuperación del libro es un bien por sí mismo para doña Epifanía, estoy seguro de que reconocerá la importancia que para todos (para usted también) tiene la petición que le hago.

Seguro de su contestación, reciba un cordial saludo.

Orlando López Luna.

En cuanto envió el correo, Orlando se lo reenvió a don Ginés. El maestro estaba pendiente del ordenador y lo leyó varias veces, lamentándose de la excesiva educación que el muchacho ponía en todo lo que hacía, escritos incluidos. Desde siempre había

considerado que los obstáculos eran retos que vencer. Despreciaba a los individuos contemplativos, porque no podía entender a quienes se limitaban a observar la realidad y guarecerse en el confort de la inacción. A su juicio, había que llamar al pan pan y al vino vino fueran cuales fuesen las circunstancias, sin andarse con remilgos ni pecar de cortes.

Enseguida, escribió otro correo para Purificación, se lo envió a Orlando y lo llamó, a fin de comprobar que lo había leído.

Estimada Purificación:

Es la tercera vez que me dirijo a usted, la tercera, sin que haya tenido una contestación, así que la creo lo suficientemente lista como para darse cuenta de que me hallo al borde de la impaciencia. Verá, lo único que quiero es información sobre ese libro. Y sé que usted me la puede proporcionar. Después de la extensa conversación que mantuve con doña Epifanía, sé, igualmente, que está usted obligada a ello. En consecuencia, haga usted el favor de cumplir con su obligación sin más demora o me verá obligado a saltarme el procedimiento y a poner los hechos en conocimiento de quien le paga.

Sin más, un saludo.

Orlando López Luna.

—Anda, mándaselo a esa secretaria de pacotilla, que veamos cómo respira —le dijo a Orlando.

Entre la posible incomodidad de tener que enfrentarse a la secretaria y la incomodidad próxima y cierta de tener que hacerlo con don Ginés, Orlando prefirió evitar esta última. Sin estar convencido, hizo lo que el maestro le decía.

—Sea lo que sea, pero verás como ahora contesta —le aseguró el maestro.

Estimado (don) Orlando:

Doña Epifanía, como usted la llama, no me tiene contratada. Es más, no me paga nada por el trabajo que le hago, pues, en cierta manera, soy su esclava. Igual que podría serlo usted. O, mejor, igual que lo será usted si a ella le resulta de provecho.

Dado que usted insiste en pedirme información, le doy parte de la información que tengo, aunque no sobre el libro del que me habla, sino sobre usted. Vea detenidamente el vídeo que le mando y juzgue por sí mismo. Luego hablamos.

Un saludo.

Purificación Abad Aguado.

P.D. Ya veo que aún no conoce los cristales que pueden ser, a voluntad, transparentes o no.

Orlando abrió intrigado el vídeo y tardó apenas unos segundos en darse cuenta de lo que contenía, que fue el tiempo que necesitó para descubrir en la imagen la pared acristalada del cuarto de baño de la casa de Epifanía que él había supuesto velada desde el exterior, pero que no lo estaba, o al menos que no lo estaba siempre. En algún punto de un tejado o de una azotea próxima había habido una cámara que lo había grabado todo. Y todo era todo, como supuso en cuanto se vio asomar desnudo. Y aunque el agua caliente había cubierto de vaho el cristal y su rostro aparecía difuminado cuando se estaba masturbando, la continuidad de la secuencia lo delataba. No había ninguna duda de que era él.

Estimada Purificación:

Ya he visionado el vídeo. Dígame qué es lo que quiere.

Orlando.

La respuesta de Purificación fue prácticamente inmediata.

Estimado Orlando:

Yo no quiero nada más allá de informarle sobre la verdadera naturaleza de la persona con la que está usted intentando tratar. Se le ve buena gente. Olvídense de ella y de todo lo relacionado con ella si no quiere que lo destruya, como ha hecho con otros. Y en ese olvido incluyo el libro que me ha mencionado.

Purificación.

Fue después de recibir ese correo cuando lo llamó don Ginés. A él no podía decirle que había recibido un correo de contestación de Purificación porque le hubiera pedido rápidamente que se lo reenviara, algo que no podía hacer sin delatarse. Le había dicho que no había tenido respuesta y ahora se hallaba comprometido entre una verdad de imposible revelación y una mentira que necesitaba justificar. A menos que dejara pasar el tiempo siguiendo con la mentira y continuase comunicándole a don Ginés que no había habido contestación. Así, una vez y otra hasta que el maestro se aburriera.

Pero el tiempo obraba sobre el maestro de un modo distinto al que suele hacerlo sobre el resto de los humanos. Don Ginés no tenía otra idea en la cabeza y había tomado como causa de su vida una empresa tan baladí como es la publicación de un libro ajeno. Al día siguiente, estaba llamando de nuevo a Orlando. Y con más impaciencia.

—¿Sabemos algo?

—Nada, aún.

—Vale. Tengo preparada una carta en unos términos más gruesos. Te la envío ahora para que se la mandes tú.

—Justamente en este momento estaba redactando yo una—mintió Orlando—. Si le parece, le remito la mía, y, si no da resultado, le mando la suya.

Orlando se puso a redactar el escrito. Debía ser a la vez duro, para que don Ginés entendiera que estaba presionando a Purificación, y blando, para que Purificación no se sintiera presionada, lo cual era imposible, o podía mandar dos escritos: uno duro, el que le reenviaría a don Ginés, y otro blando, en el que le pediría a Purificación que hiciera el favor de darle noticias sobre el libro, aunque fueran negativas.

Estimada Purificación:

No soy yo solo el que está esperando noticias de ese libro. Hay más gente involucrada en la espera. Gente importante, que aguanta mal el paso del tiempo sin que le den argumentos para la demora. Hágase un favor y dígame sin más dilación qué ha sido de él.

Orlando.

Orlando leyó un par de veces el correo y lo envió. Luego, se lo reenvió a don Ginés, que tardó apenas unos segundos en mandarle la siguiente contestación.

De acuerdo, aunque yo habría sido más duro. Lo de meter a más gente en la empresa es una buena idea. Y lo de que ella misma se esté haciendo un favor ha estado bien, aunque de ese modo parezcas un perdonavidas.

Un abrazo

Ginés.

A continuación, Orlando se puso a redactar el correo blando para Purificación. Pronto se dio cuenta de que no le resultaría fácil explicar lo que quería sin explicarlo todo, pedir disculpas sin disculparse abiertamente y, a la vez, rogarle que destruyera el archivo de vídeo que le había remitido. Tanto escribió y rectificó lo que había escrito, que le dio tiempo a Purificación de responder al correo que le había enviado en primer lugar.

Estimado Orlando:

Al parecer, le importa más lo que pueda sucederle al libro que lo que podría sucederle a usted mismo. Pues sepa que tengo noticias del libro y de usted. Decida cuál de las dos le interesa más, aunque ninguna de las dos es buena.

Del libro puedo decirle que el original se perdió en Lille, una ciudad de Francia, y que no hay otra copia. Para que juzgue lo que podría interesarle a usted, le remito otro archivo de vídeo, mucho más jugoso que el anterior.

Purificación.

El correo llevaba, en efecto, un archivo de vídeo adjunto. Orlando lo abrió estremeído, temiéndose que el anuncio escondiera algo terrible, aunque jamás hubiera sospechado, ni por él ni por nadie, lo que vio seguidamente.

El vídeo se abría con Matilde y él entrando en la habitación que le habían reservado en la casa de Epifanía y continuaba con el ritual de desnudarse de su ropa y vestirse con el traje que le habían ofrecido, visto con una cámara que debía de estar situada en el te-

cho, no muy lejos de la entrada. La breve conversación que mantuvieron se oía perfectamente. Orlando siguió el discurso narrativo que le proponía la pantalla a la par que indagaba en su memoria. Por eso, dentro de lo sumamente atento que estaba, le prestó más atención si cabe a los momentos en que Matilde estuvo de espaldas, aunque observándolo por el espejo, y al instante en que Matilde le cogió los genitales.

Cuando se cerraba la puerta tras de ellos, terminaba esa acción y empezaba otra que lo ubicaba a él leyendo en la cama. Ahora la cámara que lo grababa estaba de frente, tal vez sobre el espejo. Durante unos instantes no pasó nada, aunque pudo oír unas tosecillas y el rumor de una pequeña discusión en voz muy baja. Luego se oyó el ruido que hizo la puerta. Se le veía a él asustado, se le vio después levantarse y, tomado por la primera cámara, se le veía apostado junto a la puerta.

—¿Quién es? —preguntaba.

—Soy yo, Orlando. ¿Te he despertado? —respondía Epifanía.

—No, no.

—¿Estás bien?

—Sí, sí.

—¿Tienes sueño?

—No mucho.

—Yo tampoco.

Se oían risitas y comentarios, y un siseo que demandaba silencio para poder escuchar mejor en el momento en que él apartaba el galán de noche y asomaba la cabeza por la rendija. «Ahí está ella», decía alguien antes de soltar una carcajada, alguien cuya voz le resultaba conocida.

La conversación con Epifanía continuaba.

—Acabo de recordar que no hemos hablado nada del libro —explicaba Epifanía.

«¡El libro!», decía sorprendida y gozosa otra voz que comentaba la escena, a la que seguía un coro de carcajadas. O sea, supuso Orlando angustiado, que el vídeo había sido visionado y se había montado junto con los comentarios, como esas series de televisión a las que se añaden risas enlatadas en las situaciones supuestamente más graciosas.

—¿Puedo entrar y hablamos? —solicitaba Epifanía.

«Ya mismo está en la cama», comentaba ahora una voz distinta, que fue seguida por otro murmullo de carcajadas. Otra voz conocida. ¡La voz de don Mercenario, el poeta que había comido con él aquella noche!, no le cabía duda.

Cuando Epifanía se sentó en la cama, la cámara los cogía desde la posición del espejo, y a él se le veía de espaldas y muy de cerca.

«Es fina, muy fina». Era la voz de don Romualdo, el que había sido Presidente de la Junta de Andalucía. Esa misma voz reseñó enseguida: «Con el cuento del libro, ya le está enseñando las bragas». «Y él sigue con la matraca de ese tipo, ese tal Franco Battiato»,

Y justo en ese momento cambiaba la escena y en el vídeo podía observarse, junto a los brazos cruzados de Matilde, a los cuatro viejos sentados frente a una ventana interior a través de la cual se les veía a Epifanía y a él, una ventana que era del otro lado el espejo. O sea, que no estaban visionando un vídeo, sino viéndolos en directo. O sea, que todo había sido una trampa. Y o sea, que habían jugado con él como un gato juega con un ovillo.

El vídeo recogía luego algunas escenas del rato que Epifanía y él estuvieron en la cama. Cuando terminó de verlo, Orlando se quedó quieto. El mundo se había abierto bajo sus pies y caía por un precipicio que no parecía tener fin.

Capítulo 8

Hacer de la necesidad virtud

Después de veinticuatro horas infernales, Orlando se presentó en la casa de don Ginés hecho una piltrafa, dispuesto a vomitarle al maestro toda la amargura que tenía dentro.

–Déjeme usted que pase. No quiero llorarle aquí –le dijo a manera de saludo.

Don Ginés lo oyó con mucha atención y en silencio mientras a él se le llenaba la cara de pucheros. No quiso ocultarle nada, absolutamente nada, como si el maestro fuera un confesor o un abogado. Le contó las peripecias del viaje hasta Sevilla, la forma en que había llegado hasta su destino y, en especial, los detalles que había vivido desde que entró en la casa de Epifanía hasta que salió de ella a la mañana siguiente con una sonrisa que se le había congelado de pronto con el visionado del vídeo, del que dio cumplida cuenta sin omitir pormenor alguno. Al final, más relajado, se dejó ir y se echó a llorar.

–Pero muchacho, ¿qué haces? –le dijo el maestro enseguida–. ¿Tienes aún ese vídeo?

Orlando respondió que sí, y añadió:

–No me he acordado de borrarlo. Lo haré inmediatamente.

–Ni se te ocurra –medio gritó el maestro–. Al contrario, hay que asegurarse de que no se destruya. Cópialo. Y mándamelo. Muchacho, estamos de suerte. Los tenemos cogidos por los huevos. A ese don Romualdo de los cojones y a todos los demás. Y son gente importante. No sé si te habrán querido destruir, pero el caso es que te han hecho un favor. Un favor muy grande que vamos a gestionar como Dios manda, coño.

Estaba exultante de veras. Se levantó, dio dos pasos a un lado y apoyó las manos sobre la mesa, inclinado hacia Orlando.

–¿No te das cuenta? Tenemos a toda la clase alta de Sevilla metida en un puño. A ese poeta de chichinabo, al clero, a la universidad y a lo más granado de la clase política. Me las va a pagar ese impresentable de Romualdo. Cuando me liquidaron, le escribí, pero no quiso darse por enterado. Pues que se joda ahora.

–¿No estará pensando en usar ese vídeo?

–Hasta donde sea menester, claro que sí.

–Pero yo salgo en él. Soy el mayor protagonista.

Don Ginés se paró, consciente de que Orlando podía ser un obstáculo en sus planes.

–¿Y qué? Mejor para ti, ¿no? Te acuestas con una tía buena, joder. Te envidiará todo el mundo. Vas a ser visto como un héroe entre tus amigos. Hasta podrás ir a uno de esos programas de televisión donde brilla la cochambre.

–Lo verá todo el mundo –balbuceó Orlando.

El maestro se percató de que el vídeo aún no estaba en sus manos y cambió de estrategia.

–Escucha bien, muchacho. Lo que de verdad nos importa es el libro. Pero de por medio hay un editor. El poeta te dijo que lo era, ¿no?

–Sí.

–¡Magnífico! Ya tenemos editor, porque podemos obligarlo a él y a quienes tienen influencia sobre él. ¿Entiendes?

Orlando no contestó.

–Y tenemos campaña de publicidad en la radio y la televisión autonómica, porque ya se encargará Romualdo de que la haya. Y nos comprarán libros las bibliotecas públicas, y las universidades, y hasta la Iglesia nos va a comprar ese libro que se parece a las canciones de tu admirado Franco Battiato. ¿Comprendes ahora?

Hubo un silencio por respuesta.

–No se trata de publicar el vídeo. Ni siquiera se trata de amenazar –continuó don Ginés en un tono más pedagógico–. Solo se trata de hacer saber a quien corresponda que tenemos una información muy comprometida sobre él. Lo que no puedes hacer en ningún caso es destruirlo, porque entonces dejas toda la información en su poder. Ahora, tú eres el que gestiona esa información a tu conveniencia. Si la destruyes, la dejarás en las manos de otros, con a saber qué intenciones. ¿Eso lo entiendes?

Orlando levantó la cara. Tenía los ojos enrojecidos, pero empezaba a entender. Don Ginés siguió con su alegato.

–El que tú tengas el vídeo no entraba en los planes iniciales de quien lo confeccionó. Es un error de Purificación, causado por su cabreo, un error que tienes que aprovechar.

Hay una forma de impedir que el vídeo se publique de la manera que quieran ellos, y es dejando caer que no te importaría publicarlo en la forma que a ti más te interese.

Aún no tenía fuerzas para responder, pero Orlando ya estaba en la conversación.

–Muchacho, no has debido dejar buena huella en esa tal Purificación. Ella debe de pensar de ti que no tienes coraje bastante como para hacer uso de lo que te ha enviado, porque de lo contrario no lo habría hecho. Lo que esa mujer no sabe es que tienes un amigo que te asesora y te da ánimos. La ha cagado, así de claro. Queriendo humillarte, te ha reforzado y se ha buscado la ruina. Ahora hay que ser inteligentes y actuar con determinación. ¿Qué me dices?

–Que quizá lleve razón.

–¡Joder, Orlando, gracias a Dios que hablas! ¡Ya estaba harto de este monólogo!

Orlando había desembuchado todo lo que lo ahogaba y se sentía mejor, especialmente desde que había comprendido que no tenía por qué publicarse el vídeo. Con todo, no era el mismo de antes. Había perdido toda su intimidad, además de su capacidad de iniciativa, y se hallaba más que nunca en las manos de don Ginés.

–Lo primero que tienes que hacer es sacarle una copia al vídeo y mandarme a mí otra, porque lo que ahí se ve es nuestro seguro de vida. ¿Estamos de acuerdo? –indicó el maestro.

Era una pregunta que había sido contestada con el planteamiento de los hechos, así que Orlando se limitó a asentir con la cabeza.

–Purificación te ha dicho que el único ejemplar del libro se perdió en una ciudad de Francia...

–En Lille. Está al Norte, cerca de Bélgica –interrumpió Orlando.

Don Ginés no se dio por enterado. Sabía dónde estaba Lille y continuó su reflexión por donde se la había dejado.

–No tenemos por qué creérmolo. Si ya resulta de todo punto increíble que no existiera más que un ejemplar, parece de tomadura de pelo hacer creer a alguien que se ponga en riesgo ese único ejemplar moviéndose con él por Europa.

–Tal vez sea cierto. Esta historia nuestra está llena de gente rara.

Evidentemente, Orlando no lo decía por ellos, sino por los demás, y así lo entendió el maestro.

—No los veo yo tan raros —dijo—. Y, en todo caso, hasta los más raros deben someterse a las leyes del sentido común.

Don Ginés pensaba en otra cosa mientras estaba contestando. Los ojos le brillaban detrás de sus gafas montadas al aire, que también brillaban, y le brillaba la frente, en la que se había untado poco antes de que llegara Orlando una crema regeneradora que había comprado en una botica de Pozoblanco.

—La clave está en esa mujer, Purificación —continuó el maestro—. Le vamos a escribir ahora mismo.

Se levantó y se acercó el ordenador, que encendió enseguida.

—Ven, arrima una silla y escríbele desde aquí —conminó a Orlando indicándole un lugar a su lado.

Don Ginés corrió su sillón para dejar sitio mientras Orlando iba por la silla.

—Antes de nada, reenvíame el correo que te mandó ella —dijo en cuanto Orlando se hubo ubicado y atraído hacía sí el ordenador y el vaso con el *gintónic*.

Orlando hizo de seguido lo que el maestro le había pedido, sin pensarlo, en tanto don Ginés lo veía hacer conteniéndose la impaciencia y relamiéndose de gusto.

—Y ahora que el vídeo está a salvo, vamos a darle a esa mujer un escarmiento. Escribe:

Estimada Purificación:

Me encanta cómo he salido en el vídeo. Creo que voy a mandarlo a Canal Sur, la televisión pública de los andaluces, y al diario ABC para que lo difundan a su conveniencia. Lo haré mañana si hoy no tengo noticias ciertas del libro. Salude a doña Epifanía de mi parte y póngame a sus pies.

Un saludo.

Orlando.

A don Ginés el cinismo le salía de modo natural, pero a Orlando le daba vergüenza y no le sentaba bien. Jamás habría dicho ni hecho nada que pudiera herir a otra persona. Y

si lo hubiera hecho sin advertirlo, habría sentido durante muchos días una mala conciencia terrible. Por eso no envió el mensaje sino hasta que don Orlando lo conminó a ello.

La respuesta de Purificación se recibió enseguida.

Estimado don Orlando:

Era broma. El vídeo que le mandé es de uso interno y en modo alguno se hará público. Le ruego, en consecuencia, que lo destruya.

Por lo que respecta al libro, lamento mucho comunicarle que no hay copia alguna, ni en formato digital ni en papel, pues la última se perdió dentro de un paquete enviado a Lille. Si puedo servirle en algo más, no dude en contactar conmigo.

Le pido nuevamente disculpas. Reciba un cordial saludo.

Purificación.

—¡Qué te dije! Se achanta. El acto de fuerza ha tenido su recompensa. ¿Ves? Hay que caminar con el machete en la mano —el maestro palmeó el muslo de Orlando antes de proseguir—: Lo estamos componiendo bien, muchacho.

—¿Qué hacemos? ¿Borramos el vídeo? —preguntó Orlando.

—¿Estás loco? Ni lo sueñes. ¿Quieres volver a estar a su merced? ¿Crees que ella lo va a destruir? Ni siquiera te indica que lo hará. Te ha revelado que es de uso interno. A ver qué quiere decir eso.

—En todo caso, nuestra esperanza se ha terminado, porque no es posible recuperar el libro.

—Al contrario. Ahora hay más esperanzas que antes. La copia no se ha destruido. Solo está perdida. Es decir, que se puede encontrar. Esa mujer se ofrece a darnos más información. De acuerdo, aceptemos su ofrecimiento. Pídele una cita por Skype. Escribe:

Estimada Purificación:

Me alegro mucho de que haya entrado en razón. Así nos entenderemos mejor.

Y como de entendernos mejor se trata, me gustaría tener una conversación cara a cara con usted. Antes el libro me importaba un poco, pero ahora, con tantas dificultades como me estoy encontrando, está

empezando a ser una obsesión para mí. ¿Podríamos tener una videoconferencia? Yo utilizo Skype. Espero que usted también.

Respecto de lo del vídeo, lo destruiré, no se preocupe, pero todavía no. Entienda que antes debo asegurarme de que cuento con su colaboración.

Un saludo.

Orlando.

Don Ginés preguntó a Orlando el nombre de su cuenta de Skype.

—Pónsela como una nota —le dijo luego—, y ponle también que ahora mismo estamos conectados, por si quiere tener la conversación inmediatamente.

Capítulo 9

La magia de la belleza

Purificación no podía tener una videoconferencia con Orlando porque en modo alguno quería mostrarle su rostro. Era fea. Era horrible. Era un monstruo. Su fealdad, precisamente, era lo que la tenía enclaustrada en la casa de Epifanía, su salvadora y su explotadora, la mujer que la había rescatado de la habitación donde se había recluso voluntariamente en la adolescencia para llevarla a una habitación de su propia casa. Epifanía había oído hablar de ella en las tertulias que organizaba. Los tertulianos debatían sobre la belleza y sobre su magia y a uno de ellos se le ocurrió hablar de su opuesto, la fealdad. «Hay ocasiones en que la fealdad llega a ser un problema médico muy serio», dijo. «Conozco a una muchacha afectada de neurofibromatosis que tiene todos los atributos mentales para triunfar, porque es trabajadora e inteligente, pero que a causa de su fealdad vive encerrada en su hogar, a cargo de su madre, una mujer divorciada y sin empleo que no hace sino sufrir y sufrir». Epifanía le pidió la dirección de la muchacha y se presentó en su domicilio, un piso vulgar de un bloque cochambroso que tenía el ascensor averiado. Cuando la madre de Purificación abrió la puerta, tardó varios segundos en reaccionar. Frente a ella se hallaba la mujer más hermosa que pudiera conocerse, sonriente y adornada con un abrigo de pieles que debía de costar una fortuna. Y ella estaba vestida con una camiseta interior que su marido había dejado en el armario antes de irse con una puta enganchada a la heroína que vivía de hacer trabajos esporádicos a unos cuantos pensionistas, con un pijama del año que ardió el pozo y con dos batas, una encima de la otra, porque no tenía otra forma de combatir el frío que hacía en su morada.

—¿Qué quiere?

—¿Tiene usted una hija?

—Sí.

—Me gustaría conocerla.

—¿Para qué?

—Necesito saber si es tan fea como dicen para ofrecerle un trabajo.

Epifanía no tenía pensado decirlo tan groseramente, pero la madre no había acabado de abrir la puerta y la miraba por el entreabierto, con un indisimulado rencor a causa, estaba claro, del triunfo que reflejaba su vestuario y su belleza. Su contestación fue, por tanto, una reacción de desprecio al aborrecimiento que había originado la ostentación de su éxito.

—¿Qué quiere? ¿Sacarla en un circo?

No era una respuesta ocurrente, porque la madre de Purificación se la había repetido siempre que tenía ocasión a los trabajadores sociales que habían ido a visitarla. «¿Para qué quiere que salga, para que le echen monedas?». «¿Para qué quiere que salga, para que se asusten los niños?». «¿Para qué quiere que salga, para trabajar en un circo?». No era una respuesta ocurrente, pero a Epifanía se lo pareció y esbozó media sonrisa antes de contestar.

—Me han dicho que escribe bien, que tiene facilidad para los idiomas y que sabe mucha informática.

La madre de Purificación no le contestó directamente.

—¿Quién es usted? —le dijo.

—Me llamo Epifanía y soy rica. ¿Me va a dejar que pase y la vea? Si es tan fea como dice, le puedo ofrecer un trabajo en mi casa.

Purificación estaba escuchando en el pasillo, a unos cuantos metros de distancia. Cuando su madre se volvió para pedirle su opinión, ella negó ostentosamente con la cabeza, pero la madre no le hizo caso y dejó a Epifanía el paso expedito.

—Quizá no le guste lo que descubra: nosotros somos pobres —dijo la madre de Purificación cuando la visitante pasaba a su lado, refiriéndose ahora al piso donde vivían.

Aunque era de día, estaba muy oscuro, pues todas las cortinas se hallaban echadas. Epifanía se quedó parada en el pasillo, a la espera de que su anfitriona encendiera una luz, pero en lugar de eso recibió la petición de que siguiera adelante, «pase, pase», y debió recorrer despacio y medio a tientas los escasos metros de corredor que separaban la puerta de la calle del salón, donde se detuvo finalmente.

—Estaba aquí, pero ha debido esconderse en su habitación al oírla —dijo la madre.

Olía con profusión a sudor encostrado y a humedad. Una rendija entre las cortinas proyectaba una raya de luz que pasaba por una mesa camilla y dividía en dos un póster de Raúl, vestido con la camiseta del Real Madrid, pegado a la pared. Sobre la mesa había un ordenador encendido, que iluminaba vagamente el respaldo de una silla forrada de escay.

–Siéntese, por favor –ofreció la madre.

Epifanía echó una ojeada rápida antes de contestar. Cerca de ella había un sillón de orejas, pero en aquella negrura podía entrever que estaba ocupado con algo. No veía más y tampoco le apetecía poner en contacto su abrigo con la suciedad y el olor de las cosas que había en aquella estancia. Se negó cortésmente.

–No hace falta. Será un momento.

–Como quiera. Voy a buscarla.

El diálogo entre la madre, que le pedía a su hija que saliera, y Purificación, que se negaba a ello, fue escuchado por Epifanía completamente.

–Ya ve, no quiere hablar con usted –dijo la madre cuando volvió.

Epifanía tenía que insistir. Lo que había encontrado en aquella casa era justamente lo que ella demandaba. Solo le quedaba por comprobar si era cierta la inmensa fealdad de la joven.

–¿Me deja intentarlo a mí? –pidió.

–Como quiera. Pero le advierto que es muy cabezona.

–No se preocupe: más cabezona soy yo –le contestó Epifanía, quien añadió poco antes de echar a andar–: ¿Puede encender una luz?

La madre le dio a un interruptor y se encendió una bombilla de unos cuantos vatios que colgaba de un garfio del techo por un cable, con el único adorno de un platillo verde de metal. La oscuridad no se perdió del todo, pero se volvió penumbra, y Epifanía pudo conducirse sin tropezar hasta la puerta de la habitación donde se había refugiado Purificación, sobre la que dio varios golpecitos antes de hablarle.

–Me llamo Epifanía, y soy rica y muy hermosa –dijo.

–Y yo Purificación, y soy pobre y muy fea –contestaron desde dentro.

–¿Ves? Ya empezamos a entendernos.

Epifanía había conseguido captar la atención que quería.

–Tengo preparado para una mujer fea un despacho con unos cuantos ordenadores y una habitación muy grande. Y tengo dinero para pagarle, dinero con el que esa mujer fea podría darse algunos caprichos y mantener dignamente a su madre.

Las dos estaban de pie, separadas por la puerta, que era hueca y apenas disipaba los sonidos.

–¿Por qué quiere a una mujer fea?

–Porque no deseo dejar de ser lo que soy. Te he dicho que soy rica, pero en realidad el rico es mi marido. Y es mi marido porque soy guapa. ¿Entiendes eso?

Purificación lo entendía y lo sufría.

–¿Es usted celosa? –le preguntó.

–No, pero no soy tonta.

–Podría contratar a un hombre.

–El celoso es él, mi marido. Es mayor y se siente inseguro. Si contrato a un hombre, también peligrará mi riqueza.

–¿Su riqueza es lo único que le importa?

–Es lo que más me importa, sí. Siendo rica tengo una posición, me doy los placeres que quiero y puedo lucir mi atractivo. El atractivo que me hace ser rica.

En el silencio que siguió, Epifanía pudo captar el alma de Purificación.

–Tú, que eres fea y pobre, debes de sentir algún tipo de fascinación por la belleza y el dinero. ¿No te gustaría tenerlos cerca y saber qué sienten las personas que los disfrutan? ¿Te gustaría estar cerca de ese hombre del póster que tienes en el salón, que es rico y guapo, aunque él no pudiera verte ni supiera nada de ti?

Sí, me gustaría estar cerca y observarlo, pensó Purificación. No lo dijo, pero Epifanía supo que había dado en el clavo.

–¿Te gustaría ponerte joyas caras? ¿Te gustaría tocar mis abrigos de visón, mi ropa interior, mis pijamas de seda? ¿Te gustaría ponerte mis perfumes, comer lo que como y ver a mis visitantes sin que te vean? ¿Te gustaría bañarte en mi baño? ¿Te gustaría saber cómo miro y cómo me miran los que me desean? Soy muy hermosa, ¿te gustaría verme desnuda?

Ya estaba deseándolo. Purificación abriría la puerta no para mostrarse, sino para comprobar cuánto de cierto había en aquello que se le estaba ofreciendo.

–Si vienes conmigo, además, tu madre no tendrá que preocuparse ni de ti ni de ella, porque tú estarás bien y ella tendrá dinero para costearse una vida digna. ¿Qué me dices?

La manivela empezó a girar. Epifanía dio un paso atrás para tener más perspectiva y aguardó a que la puerta se abriera. Lo hizo poco a poco, pero la oscuridad era total en la habitación y la luz del pasillo no era suficiente para iluminar la cara de la joven.

–No te veo –pidió Epifanía.

Cuando la luz se encendió, Epifanía dio un paso atrás, obligada por una repulsión incontrolable. Frente a ella estaba la mujer más fea que pudiera imaginarse vestida con una bata sin color definido. Era gorda, blanca y grasienta, y tenía unas greñas rubias que le colgaban de cualquier manera por los hombros y por la cara. Desde el fondo de unas cuencas enormes, sus diminutos ojos azules la escrutaban concienzudamente.

–¿Quieres trabajar conmigo? –le preguntó Epifanía al fin.

–¿Soy tan fea como se imaginaba? –contestó Purificación haciendo una mueca horrible que quería ser una sonrisa.

Era más, pero a Epifanía no le pareció oportuno declararlo y se limitó a decir:

–Eres lo bastante como para poder trabajar conmigo.

Antes de irse, Epifanía dejó sobre la mesa del salón cuatrocientos euros en billetes de cincuenta.

–Mañana por la mañana vendrá un coche a recogerla. Que se vaya sin maleta, con lo puesto. Yo se lo daré todo –advirtió Epifanía a la madre de la joven antes de despedirse.

Cuando la madre volvió al salón, Purificación estaba esperándola.

–¿Tú qué dices, mamá?

–Que no sé. Tanta suerte me tiene desconcertada. Aunque quién sabe, igual estaba de Dios que fueses fea para que pudiera llegar este momento. En cualquier caso, sería de locas no probar. ¿No te parece?

El taxi que mandó Epifanía llegó muy temprano, tanto que Purificación aún no se había preparado y debió esperar aparcado en doble fila a que la joven se pusiera otros pantalones, una camisa decente, un jersey y unos zapatos y cogiera su abrigo, unas bragas

(que metió en un bolsillo del abrigo) y el libro con los cincuenta mejores poemas del milenio, el único equipaje con el que salió de su casa tras darle un beso a su madre y prometerle que se hablarían por teléfono a diario y se visitarían mutuamente con frecuencia.

—Es gorda y fea —le había dicho Matilde al taxista para que pudiera identificar sin lugar a dudas a la persona que debía recoger.

Por la misma razón, porque era gorda y fea, la reconoció Matilde cuando el taxi la dejó en la puerta de la casa de Epifanía. A Matilde le llamó la atención el equipaje que llevaba, el abrigo y un libro con un baúl en la portada. De libros le habló en tanto la llevaba hasta su habitación. Le dijo, por ejemplo, que en aquella casa había varios miles de libros de todas las castas y colores, que en aquella casa vivía la musa más grande de los mejores poetas de Sevilla, que, como todo el mundo sabe, eran los mejores poetas del mundo, y que en aquella casa libraban batallas de madrigales espontáneos algunos de los invitados de los señores.

—La señora me ha dicho que te trate como si fueras su hija —le anunció luego.

Habían llegado a su habitación y Purificación miraba embobada, ya sin gafas de sol, cada uno de los detalles de su cuarto, seguramente tan grande como lo era todo el piso de su madre.

—Da a la calle. Desde el balcón se ve un cachito de la plaza de doña Elvira, no mucho, un par de naranjos y un banco en el que suelen sentarse unos cuantos abuelos —le dijo Matilde.

Matilde le pidió que se duchara y la estuvo aguardando hasta que salió del cuarto de baño.

—Ahora —le dijo entonces— iremos a ver a la señora.

Epifanía la estaba esperando en su propio cuarto de baño, que era enorme y daba directamente a la habitación que compartía con su marido. Tenía puesto un albornoz blanco y se retocaba las uñas con una lima sentada frente a un espejo de cuerpo entero y muy ancho. Purificación y Matilde debieron esperar a que terminara a un lado, de pie, antes de recibir su atención.

—Bien, veamos qué podemos hacer por ti. Desnúdate —le ordenó.

Purificación arrugó su ya arrugado entrecejo y no hizo nada.

–Purificación, querida, voy a hacer contigo lo que hago conmigo. No te inquietes, las tres tenemos debajo de la ropa lo mismo. Mira –le indicó.

Y en ese momento se levantó, se desanudó el albornoz y dejó que se escurriera por su piel, quedándose totalmente desnuda. Purificación se quedó contemplándola en el espejo, con la boca medio abierta. Nunca había imaginado que un cuerpo de mujer pudiera ser tan perfecto.

«¿Te gustaría verme desnuda?», le había preguntado Epifanía el día anterior, cuando ella se refugiaba tras la puerta de su habitación.

–¿Recuerdas lo que te pregunté ayer? –le dijo Epifanía refiriéndose precisamente a eso.

–Sí –le contestó Purificación.

–Hasta ahora, todo lo que te prometí lo estoy cumpliendo. ¿No crees?

–Sí, todo.

–¿Confías en mí, aunque solo sea un poco?

–Sí.

–Entonces, quédate como yo.

Purificación empezó a quitarse la ropa con la ayuda de Matilde, que la recogía y la dejaba sobre una silla. Se quitó una rebeca, una camisa, los zapatos y los pantalones y se quedó en bragas y sujetador.

–Como yo, totalmente desnuda –insistió Epifanía.

Todavía se demoró unos segundos antes de echarse las manos atrás para desabrocharse el sujetador, que dejó atrapado contra su torso con los brazos hasta que Matilde se lo recogió. Y se demoró para quitarse la prenda que tapaba el último rincón de su cuerpo. Cuando hubo terminado, se puso ambas manos delante del pubis y se quedó mirándose al espejo.

–Acércate y ponte a mi lado –le pidió Epifanía.

Matilde retiró la silla donde encontraron sentada a la señora y el albornoz que estaba en el suelo y se quedó a un lado, mirándolas frente al espejo. También ellas se miraban.

–Solo tengo tumores en la cara y en el cuello –dijo Purificación a media voz, avergonzada de su fealdad.

Epifanía no le prestó atención.

—Por favor, deja las manos a lo largo del cuerpo, como las tengo yo —le pidió.

Eran medio igual de altas, pero una triplicaba el peso de la otra.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—¡Veintiuno! ¡Solo veintiuno! ¡Qué joven eres! —exclamó Epifanía

Ella tenía treinta y cinco por aquel entonces.

—¿Te parece que soy hermosa?

La pregunta en sí era un insulto, una humillación, y así fue entendida por las tres, aunque cada una de ellas la asimiló de distinta forma.

—Sí, señora.

—¿Mucho o poco?

—Mucho.

Epifanía torció la cabeza y sonrió.

—Sí, yo también lo creo —dijo.

Aquel momento quedó grabado en la memoria de Purificación para la eternidad. No tardaría en comprender que uno de sus dos oficios en aquella casa sería el de servir de contrapunto horroroso a la belleza de la señora, que al saberla cerca se sentía más admirada y al verla se apreciaba más hermosa. Epifanía intentaba que Purificación fuera perfectamente vestida y se arreglara como ella para poder compararse con ella de continuo. Lo hizo siempre, cuando Purificación estaba gorda y tenía el pelo corto y luego, cuando empezó a perder kilos a consecuencia de la dieta más saludable que comía en aquella casa. Y lo hizo cuando Purificación se quedó más o menos en su peso justo y le creció el pelo. Incluso entonces la obligaba a presentarse ante ella con cualquier excusa y a ponerse desnuda con ella delante del enorme espejo de su cuarto de baño.

Capítulo 10

La creación de un mundo perfecto

Purificación conocía bien el libro que le demandaba aquel muchacho, porque había trabajado con él. El original, con el enigmático título *Yo era luego*, había sido presentado a un concurso de novela convocado por el Círculo de Amigos de la Literatura, una asociación con sede en un piso de la calle Marqués de Paradas de Sevilla que en realidad formaban unos cuantos socios del Real Círculo de Labradores, en la cafetería de cuya sede celebraban sus reuniones. El premio no tenía dotación en metálico, sino la publicación del libro, que corría a cargo de una de las editoriales de Mercenario Quintilla Quiroga, duque de Nevada, a la que también se encomendaba la selección de los cinco o seis originales que habían de llegar a la final, entre los cuales solían colarse uno o dos o tres que pasaban sin ser leídos de la mano del propio Mercenario, que siempre reservaba en el jurado definitivo un puesto para Feliciano Abril, el marido de Epifanía, y otro para sí mismo.

Mercenario, que era correspondiente de la Real Academia de Córdoba, había recibido de un numerario de la misma academia la petición de que pasara a la final el original de su yerno.

—Y si en la final le puedes echar una mano, se la echas —añadió.

Según le contó por teléfono, su yerno había escrito la novela cuando el cáncer lo tenía condenado a muerte.

—Se pasó los últimos meses de su vida enganchado al ordenador, con la única ilusión de terminar a tiempo su obra. Y creo que lo consiguió, si he de fiarme de lo que le dijo a mi hija, aunque ni ella ni yo hemos tenido paciencia bastante como para terminarla, la verdad.

—No sé si he entendido. ¿Me estás pidiendo que premiemos y publiquemos una novela que no leerá nadie?

—Que no leerá nadie como mi hija y como yo. Pero eso no quiere decir que sea mala. Es buena, muy buena, pero no de nuestro gusto. A mi hija no le gusta Beethoven y a mí no me gustan los Rolling Stones, y eso no quiere decir ni que su música sea mala ni que

no se venda. Por distintas razones, ninguno de los dos tenemos predilección por lo arriesgado, y esa novela lo es. Y, sobre todo, que mi hija le prometió publicarla poco antes de verlo morir y se ha puesto muy cansina conmigo.

–Está bien, le echaré yo mismo un vistazo. En todo caso, ten la seguridad de que se publicará, gane o no gane el premio. Ya le buscaremos una colección donde encajarla.

–Vale. Imprimo un libro en papel y te lo mando a tu casa.

Mercenario recibió el libro dos o tres días más tarde. Después de lo que había hablado con el suegro de su autor, tenía el prejuicio de que no le iba a gustar. Lo empezó a leer a sabiendas de que lo dejaría pronto y al cabo de cuatro o cinco páginas estaba cansado, así que leyó unas cuantas páginas más salteadas y se lo entregó a Feliciano, que tenía un declarado placer hacia lo extravagante, tras detallarle la forma en que había llegado a sus manos.

–Te gustará. Tú eres raro, tienes gustos... digamos... fuera de lo común y te gustará –le indicó Mercenario con un tonillo despectivo cuando se lo entregaba en el patio central de la sede del Círculo de Labradores–. Pero dime si hay alguna posibilidad de arreglarlo para que le guste a más gente. He prometido publicarlo y no quiero perder mucho dinero en el intento.

De lo que le dijo Mercenario, lo que más huella dejó en Feliciano fue el comentario de que él era raro. Era raro, en efecto, pero no lo era menos que Mercenario, y sus rarezas eran, en cierta manera, complementarias, al menos en lo que su amigo había dejado entrever. Los dos profesaban una admiración sin límites hacia Epifanía y los dos tenían una perversión parecida que el destino había hecho girar alrededor de ella, aunque solo él fuera su marido.

Feliciano se sintió ofendido. Tomó el original y se lo llevó a su casa consumido, también él, por el prejuicio de que no le iba a gustar. Lo abrió y leyó unas cuantas páginas. Se sentía atraído por lo alternativo, tanto en lo artístico como en lo real, y nada más abrir el libro quedó arrastrado de un modo vertiginoso por lo que leía. Eso era lo que él había querido contar desde siempre y así era como él habría querido hacerlo. De inmediato, sintió por su autor una admiración absoluta y una absoluta envidia. Aquel hombre

había conseguido hacer, como Dios, un mundo perfecto y, en consecuencia, hermoso, lleno de emociones y de contradicciones, de horror y de placeres, de colores y de música.

Cuando Feliciano terminó el libro, lo sintió como suyo. ¿Por qué no habría de serlo, entonces? Excepto su autor, nadie más parecía valorarlo, y su autor había muerto, así que estaba más legitimado que nadie para quedárselo. Si el azar, es decir, la Providencia, lo había llevado hasta sus manos, sería por alguna razón que no debía contrariarse. Era más suyo que, por ejemplo, de la viuda del que lo había escrito, que en nada lo valoraba, y más que de su suegro o que de Mercenario, a quienes se le antojaba despreciable. A su autor lo único que le importaba era que se publicara. Que se publicara con su nombre con el nombre de otro o bajo seudónimo era un asunto secundario, especialmente porque ya no podría disfrutar de su éxito. ¿Por qué no atribuírselo él? El arte es tarde o temprano de todos, la belleza es de quien la ama y lo abandonado es de quien lo encuentra.

—¿Qué me dices del libro que te entregué? —preguntó Mercenario a Feliciano al cabo de unos pocos días.

—Me quedé embarrado hacia la mitad y no tuve ánimo para continuar.

—Bueno, le diré a mi amigo que lo mejor que puede hacer por la memoria de su yerno es dejarlo en un cajón. Tráemelo en cuanto te acuerdes y se lo devuelvo.

Debieron pasar unos pocos meses antes de que Mercenario volviera a preguntarle por el libro.

—Lo he buscado en mi casa, pero no lo encuentro —le respondió Feliciano—. Seguramente iba con los originales que te devolví del premio. ¿No te han dicho nada en la editorial?

—No. Y el caso es que la familia del autor no tenía impreso más que ese.

—Pero lo tendrán almacenado en un ordenador y en otros lugares. Que lo impriman, si quieren tenerlo de recuerdo. Aunque el mejor recuerdo que pueden guardar de aquel muchacho es el de cuando lo veían entregado en cuerpo y alma a lo que hacía. Díselo así a tu amigo, y dile que lo que hacía es lo de menos.

—Bueno, ya veré cómo salgo del paso.

Feliciano había destruido el libro, pero previamente le había pedido a Purificación que lo escaneara, que lo convirtiera en texto y que lo borrara una vez que lo hubiera pa-

sado a su ordenador. Purificación ya no volvió a oír hablar más del libro a gente extraña a aquella familia hasta mucho tiempo después. Entremedias, pasaron en la casa donde vivía acontecimientos importantes, algunos de ellos relacionados con el libro, al que Feliciano dedicó varios días completos de trabajo encerrado en su despacho con el fin de enmascarar su verdadera autoría sin destruir su grandeza. Para ello, cambió los nombres de los protagonistas y los topónimos, sustituyó las primeras páginas por otras sacadas de la parte central, cambió el orden de todos los capítulos, cortó y pegó párrafos completos, reemplazó numerosos vocablos por uno de sus sinónimos, borró algunas frases que juzgó oscuras, intercaló otras nuevas e insertó un cuento suyo como un capítulo más que supuestamente había escrito uno de los protagonistas. El resultado era mucho peor que el original, pero a él le pareció excelente y en perfecta consonancia con el gusto de los lectores actuales, que a buen seguro lo devorarían de principio a fin.

En cuanto lo hubo terminado, lo imprimió y lo registró a su nombre en la Consejería de Cultura con el título *No me llames Mundo*. Ese día imprimió seis ejemplares más, con seis títulos distintos, y los envió a tres editoriales de Barcelona y a otras tres de Madrid, y una copia para sí mismo que tituló *El centro de gravedad permanente*, que guardó en un cajón de su escritorio junto con un disco con el archivo. Seguro tras la reforma del original y el ardid de los títulos, se dispuso a aguardar la contestación de las editoriales, con la satisfacción anticipada de que casi todas ellas le iban a responder favorablemente. A nadie dijo nada de lo que había hecho.

Solo unos pocos días más tarde se celebró en Pozoblanco una reunión de cronistas oficiales de la provincia de Córdoba a la que asistió Mercenario, que, como varios correspondientes más de la Real Academia de Córdoba, también era cronista oficial de su pueblo de nacimiento o de adopción. Feliciano sintió envidia y se creyó más autorizado que la mayoría de ellos para ser miembro de la citada Academia, cuyo primer paso bien podría ser el nombramiento como Cronista Oficial de Aleda, cargo que casualmente se encontraba vacante. Él tenía tantos méritos como el que más de ellos y, sobre todo, tenía el enorme respaldo de haber escrito una novela que se estudiaría en los institutos y habría de ser el punto de inicio de una nueva generación de escritores. Aún no estaba publicada, pero lo estaría pronto, pues nadie en su sano juicio literario pondría en duda su valía.

Pudo haber esperado a que se la publicaran, en fin, pero se lo comían el amor propio y la envidia, así que un día que don Ginés se pasó por su casa invitado por su mujer para asistir a una tertulia sobre el paisaje rural no pudo evitar hablarle a escondidas de su novela, aunque solo estaba pensando en ella como paso previo para proclamarse candidato al cargo de cronista oficial de Aleda.

–Mándemela y la publicamos con la Diputación Provincial –se ofreció don Ginés, cegado por el brillo de hallarse compartiendo charla con el Presidente de la Junta de Andalucía, que también lo era de su partido.

Feliciano en modo alguno quería que su libro fuera publicado por la Diputación, pero vio tan claro que aquel era el momento para posicionarse ante el Ayuntamiento que al terminar la tertulia le pidió a don Ginés que esperara un minuto, fue a su despacho, abrió el cajón en el que guardaba el único original que poseía, titulado *El centro de gravedad permanente*, y se lo entregó al concejal.

–Primero, léalo –le dijo a don Ginés, con el único afán de impresionarlo.

Don Ginés creyó erróneamente que Feliciano estaba pidiéndole que lo publicara la Diputación, pero no sin contar con su beneplácito y le contestó:

–Me gustará.

Al regresar a su casa, don Ginés dejó el libro sobre la mesita del teléfono, con el ánimo de echarle un vistazo en cuanto terminara de leer la autobiografía que tenía entre manos, pero durante ese tiempo volvieron Epifanía y Feliciano al pueblo y Feliciano, a quien le gustaba sentar cátedra entre los admiradores de su mujer, tuvo el mal acuerdo de realizar varios comentarios jocosos en la barra de un bar sobre don Ginés que llegaron a oídos de este. En el ambiente de la tertulias de Epifanía, con el Presidente de la Junta de Andalucía a su lado, entre otros prebostes de la política y la cultura, Don Ginés podía haberse deslumbrado y perdido el descaro que atesoraba su carácter, pero en el entorno de su pueblo volvía a su ser natural, que era rencoroso y cínico. Leyó *El centro de gravedad permanente* en cinco sentadas en el patio de su casa y, al terminar, llegó a la conclusión de que el libro era genial, pero no tuvo el coraje de recomendar su publicación, sino todo lo contrario. El original fue remitido a la Diputación poco antes de que entrara al Ayuntamiento la solicitud de Feliciano para ser nombrado cronista oficial de Aleda. Cuando se

recibió el informe de la Diputación, el Ayuntamiento resolvió en la misma sesión del Pleno dejar pendiente el nombramiento de cronista oficial y rechazar la publicación del libro. No mucho más tarde, el cuerpo de Feliciano fue hallado en el río Guadalquivir con un saco de pienso atado al cuello.

–No creo que se suicidara. Estaba ilusionado con la publicación de su libro y con su nombramiento como cronista oficial de Aleda y una persona ilusionada no renuncia así al futuro –le dijo don Ginés al secretario del Ayuntamiento el día que se enteró del suceso, después de haber dejado el original en el Registro de la Corporación con la orden de que se le enviara a la viuda del autor, un hecho del que el secretario no tuvo noticia nunca.

Capítulo 11

¿No se lo puedes decir ni a tu madre?

Purificación tenía miedo al ridículo a que podía someterla Epifanía, a verse en la calle sin nada y ver sin nada a su madre y a los personajes que pululaban por el extraño ambiente que se vivía en aquella casa.

–Esta gente no es como nosotros. Tienen otro nivel, otros gustos y otros valores. Algunos de ellos te van a parecer extravagantes al principio, pero ya te irás acostumbrando. En cualquier caso, todo lo que ocurra en la casa debe quedarse en la casa –le había dicho Matilde a poco de llegar, con una advertencia añadida–: Don Feliciano y doña Epifanía lo consienten todo menos la deslealtad. Y la peor deslealtad no es murmurar a sus espaldas, ni siquiera quitarles su dinero, sino violentar sus secretos aireando sus intimidades.

Algo similar le había indicado Epifanía:

–Vas a tener acceso a todos mis papeles y vas a andar por mi residencia casi sin restricciones, lo que es tanto como decir que vas a saber de mi marido, de mí y de otras personas más o menos lo que yo. Esa es una muestra de confianza muy grande que debes saber valorar, y consideraría una traición hacia todos nosotros que saliera de ti cualquier información restringida. ¿Entiendes?

Por eso fue tan estúpido mandarle el vídeo a aquel muchacho, que ahora le pedía una entrevista por Skype, a ella, que era horrorosamente fea y no podía mostrarse ante nadie sin ofenderse y ofenderlo.

Estimado don Orlando:

No me funciona la webcam, así que no podremos tener una videoconferencia. No obstante, si usted quiere podemos mantener una charla sin vernos.

Un cordial saludo.

Purificación.

Don Ginés leyó el correo y contestó enseguida:

–Dile que sí.

Eso fue lo que hizo Orlando, y a los pocos minutos estaban conectados por Skype Purificación y él, aunque sin verse. Purificación había aprendido a hablar con la voz impostada para fingir ante Epifanía y Matilde una seguridad que no tenía.

–Don Orlando, me alegro mucho de conocerlo –dijo.

Orlando, en cambio, no estaba acostumbrado a mostrarse de una forma distinta a la que era y su voz trastabilló desde el torpe saludo inicial.

–Igualmente, gracias.

–Lo primero que quería decirle, don Orlando, es que no tiene por qué preocuparse por el vídeo que le mandé. Ya le dije que es de uso interno. Nadie está interesado en publicarlo, se lo aseguro.

–No la entiendo muy bien. ¿Qué es eso de uso interno?

–Que no lo grabaron con la intención de que se viese fuera. A nadie le interesaría eso. O diciéndolo de otro modo: los más perjudicados serían ellos.

Don Ginés tomó nota del último comentario: si los más perjudicados con la publicación eran los protagonistas del vídeo, quien lo retuviera concentraba sobre ellos una enorme capacidad de presión.

–Sigo sin entender. ¿Quiere decir que no puede borrarlo?

No podía, en efecto, pero Purificación contestó que sí.

–Lo borraré, si eso es lo que usted quiere.

–Por supuesto que quiero.

–Pero me tiene que prometer que lo borrará usted también.

–Yo no lo quiero para nada.

–Lo borraremos los dos y será como si no hubiera pasado lo que pasó –resolvió Purificación.

Orlando se quedó conforme: si el vídeo era perjudicial para todo el mundo, lo mejor que podía hacer todo el mundo era borrarlo, así que ese sería su final. Entonces, le pesó habérselo reenviado a don Ginés, pero nada comentó al respecto.

–¿Qué me dice usted del libro *El centro de gravedad permanente*? –preguntó luego.

–Sé que existe, o que existió, para decirlo con más propiedad, pero nadie tuvo nunca el menor interés por él.

–¿Por qué utiliza el pasado? Me dijo que se perdió en Lille.

–Por eso, porque el único ejemplar del que tengo noticia se perdió en esa ciudad de Francia. Verá, cuando murió don Feliciano, doña Epifanía me ordenó que revisara todos los papeles de su esposo y que hiciera dos montones, los que servían y los que no. Cuando doña Epifanía me pidió que le diera una relación de los documentos que había salvado y supo que junto a las escrituras de propiedad de las fincas estaban las poesías de su marido y la única novela que había escrito, me ordenó que los destruyera. A mí me dio pena tirar aquellos papeles, porque había visto la ilusión que don Feliciano había puesto en ellos, así que los metí en la caja de recuerdos familiares que debía mandar a su única sobrina, Elvira, junto con algunas fotografías y unas cuantas cartas que don Alfonso XIII le escribió al abuelo de don Feliciano, nada especial, sobre lo bien que lo habían pasado cazando. Elvira estaba estudiando en la École Centrale de Lille y vivía en una residencia de estudiantes. Ahora no me acuerdo lo que pasó exactamente, pero le mandé la caja a una dirección equivocada. Creo que a la escuela, en lugar de la residencia. El caso es que no pudieron entregar el paquete. Y Elvira no fue a recogerlo. Las relaciones entre don Feliciano y ella habían sido buenas. Pero las que tuvo con doña Epifanía fueron siempre un desastre, y más después de que don Feliciano muriera. No creo que le hiciera mucha ilusión recibir de España un paquete con recuerdos familiares enviados por doña Epifanía, sino al contrario.

Don Ginés tomó el teclado del ordenador, abrió un programa de tratamiento de textos y escribió: «¿No devolvieron el paquete?». A continuación, hizo un gesto a Orlando para que le hiciera esa pregunta a Purificación.

–Si Elvira no recibió el paquete, la empresa de transportes debió devolverlo –dijo Orlando.

–La empresa nos mandó un correo electrónico, en efecto, para ponernos al corriente de lo que estaba pasando, y nos dio un plazo para que le dijéramos qué debía hacer con el envío. Recuerdo perfectamente la respuesta de doña Epifanía, porque fue muy concreta y muy llamativa. «En modo alguno quiero volver a ver por aquí esos papeles y esas

fotografías. Si no se los pueden entregar a esa muchacha porque ella no quiere recibirlos, que los quemem. Contéstales exactamente así, como yo te lo estoy diciendo», me dijo. Y eso fue lo que hice. La empresa no debió dar crédito a lo que se había decidido y repitió el mensaje, pero yo no volví a preguntarle a doña Epifanía. Repetí la respuesta y nunca volví a saber del paquete.

«¿Qué empresa era?», escribió don Ginés en el tratamiento de textos.

–Quizá todavía lo tenga la empresa de transporte. ¿Se acuerda de su nombre? –pidió Orlando.

–Siempre trabajo con un buscador de envíos de paquetería, Packlink, y veo cuál es la más barata. Pero no me la juego con transportistas poco conocidos. Así que era una gran empresa española que trabajaba con un socio francés.

Purificación se paró un momento y añadió luego:

–Estoy escudriñando entre los correos enviados las contestaciones que les di. Sí, aquí está. Le reenvió la última.

Orlando abrió su bandeja de entrada. La respuesta que Purificación había dado era más o menos del tenor que le había expuesto. Lo bueno era que estaban registrados en ella todos los mensajes que se había cruzado con la empresa de transportes, de la que constaba su identidad, así como la de su socio colaborador en Francia. Lo malo, que se cerraba definitivamente el círculo de búsqueda.

–Yo he cumplido –dijo Purificación al cabo de unos cuantos segundos, durante los cuales entendió que Orlando estaba leyendo el correo que le había enviado—. Y ahora voy a borrar la única copia de archivo de vídeo que le mandé y el correo en el que lo remití, en el que apareció como archivo adjunto. Lo haré sin haber cortado esta conexión, para que tenga usted la certeza de que lo estoy haciendo. Por favor, don Orlando, le ruego que haga usted lo mismo.

«Dile que sí, pero ni se te ocurra hacerlo», escribió don Ginés en el tratamiento de textos.

–Yo también lo estoy haciendo –mintió Orlando.

En el pequeño silencio que se oyó, se intuyó una actividad mutua.

–Ya está. No lo tengo en ninguna parte, ni siquiera en la papelera de reciclaje –dijo Purificación luego.

–Yo tampoco –contestó Orlando.

–Ahora, es como si ese vídeo no hubiera existido. Yo olvidaré todo lo que ha pasado, incluso que lo conocí a usted. Por favor, don Orlando, no vuelva a ponerse en contacto conmigo. Haga usted lo que yo y no se acuerde de mí para nada.

Capítulo 12

La estrategia de dejar seguir la corriente

–Tú haz lo que quieras. Pero yo no estoy seguro de que esa mujer haya destruido el archivo con ese vídeo. No estoy seguro porque tú también lo has prometido y no lo harás. O no lo haré yo, que para el caso es lo mismo.

Don Ginés no estaba justificando el incumplimiento propio en el incumplimiento de Purificación, sino en el de él, lo que bien podía ser el colmo del cinismo.

–Veamos cómo se quedan las cosas –le explicó el maestro–: Hay uno que no cumplirá su parte de lo prometido: yo. Hay una persona que no sabemos si cumplirá lo que ha dicho: Purificación. Y hay otro que con toda seguridad perderá el vídeo: tú. Ahora, dime. ¿De esos tres, quién crees que se queda en peor estado?

La pregunta llevaba implícita la respuesta, así que Orlando se limitó a callar.

–Perfecto, y ya que tenemos solucionado lo accesorio, vayamos a lo principal, el libro. Lo que tenemos que hacer para conseguirlo es ponernos en contacto con las empresas de transporte. No te conformes con esperar una contestación por correo. Llámalas, a la de aquí y a la de Francia, y pregúntales por ese dichoso paquete. ¿Tú sabes francés, no? –le preguntó don Ginés.

–Sí.

–Pues ya está. Mañana nos vemos y me cuentas lo que te han respondido.

Cuando Orlando volvió a su casa, le escribió a la compañía de transportes española un correo explicando lo sucedido y solicitando información sobre el paquete o, en su defecto, sobre la compañía francesa que se había encargado de realizar la entrega. No había pasado ni una hora, cuando recibió la llamada de don Ginés.

–Eres un fenómeno –le indicó–. Si quieres buscarte la vida y ganar un dinero curioso, hazte actor porno, que tienes cualidades.

El mutismo fue la contestación.

–¿Estás ahí?

–Sí, aquí estoy.

—Creí que se había cortado —el maestro había recobrado su aspereza habitual—. ¿Has llamado a la empresa de transportes?

—He mandado un correo a su departamento de atención al cliente.

—Eso es muy vago. Lo borrarán, seguro. Si a primera hora de mañana no te han contestado, los llamas por teléfono. A los de aquí y a los de Francia. ¿Has oído?

—Sí.

—Te noto bastante apagado.

—No, no lo estoy.

—Mañana, en cuanto salga de la escuela, te llamo para ver qué te han contestado de las compañías de transportes —concluyó el maestro.

Cuando acabó la conversación, Orlando se fue a la habitación que compartía con su hermano y se acostó sobre la colcha boca arriba, con los ojos abiertos. Tenía el estómago levantado, le dolía el pecho y respirar le costaba un trabajo infinito, como si tuviera sentado a alguien sobre él, a don Ginés, por ejemplo. Porque su obsesión, su única obsesión ahora, era el maestro. Ya no le importaba el libro, ya no amaba a Epifanía y ya era totalmente secundario el hecho de que tuviera trabajo o no. En realidad, todo era mucho menos trascendental que la ruptura de su relación con don Ginés. Pero no se le ocurría cómo materializarla. No podía decirle que no volverían a verse ni podía darle largas con alguna excusa, porque estaba claro que en esa relación pesaba el ruin carácter del maestro y pesaba, sobre todo, que ese carácter se sabía armado con el vídeo de su noche de amor con Epifanía.

A la mañana siguiente, Orlando se encontró con la contestación de la compañía de transportes, en la que se limitaba a decirle que no constaba información alguna sobre el paquete y a darle el nombre de la compañía francesa que se había encargado de la entrega.

Al salir de clase, como había prometido, don Ginés lo llamó por teléfono.

—¿Sabemos algo?

—Sí. La compañía española me ha remitido a la compañía francesa.

—¿Y qué has hecho?

—Escribirle a la compañía francesa.

–Estamos prácticamente igual que al principio.

–No. Hemos avanzado. Ahora tenemos la seguridad de que el paquete no fue devuelto porque, si lo hubiera sido, la compañía española habría hecho la entrega aquí, y no la hizo.

–Me puede la impaciencia, Orlando. Yo necesito avances más significativos. ¿Cuándo vas a hablar con los franceses?

–Habrá que darles un poco tiempo. Si los llamo, me van a despachar con un sencillo no sabemos. El correo les da la ocasión de pensar y de buscar. Recuerde que estamos hablando de un paquete que se envió hace varios años.

–No estoy de acuerdo. Si yo supiera francés, ya habría llamado, pero no sé, maldita sea. El teléfono es mucho más cálido, y más imperioso. Y obliga al otro a responder. Un correo electrónico pidiendo información es como el grito de un naufrago en mitad del océano. Yo mando todos los días montones de correos a la basura sin abrirlos siquiera. Y estoy seguro de tú haces lo mismo.

–Acabo de mandar el correo. Si no contestan en unos días, los llamo, no se preocupe.

–Yo no estoy preocupado: estoy impaciente, que no es igual. Y no puedo esperar unos días. A mí no me preocupa que el camarero no me dé una cerveza cuando se la pido, pero me jode que tarde en dármela. ¿Entiendes la diferencia? Puesto a encontrar esa cosa, que casualmente es un libro, tengo que encontrarla cuanto antes. Y cuanto antes es ya.

–Esperaremos menos.

–No esperaremos nada. Esos franceses están trabajando a estas horas, pero dejan pronto por la tarde. Voy a mi casa a comer. Cuando termine de comer, te llamo, a ver que te han dicho. ¿Te has enterado?

–Sí.

–Vale, pues en eso quedamos.

En cuanto terminó la llamada, Orlando buscó en internet los teléfonos de la delegación de la compañía francesa en Lille. Tardó en hallarlos porque, aunque de la misma área metropolitana, estaban en una ciudad distinta, Villeneuve-d'Ascq, donde, por cierto,

también se ubicaban la École Centrale y la Residence Léonard DeVinci. La señora que se puso le dio todos los detalles de que disponía, que no eran muchos.

—¿Has llamado? —le preguntó don Ginés al cabo de un rato.

—Sí, y he hablado con ellos.

—¿Y qué te han comentado?

—Todo lo que saben. Tienen abierto una especie de expediente con el caso. Por lo que se ve, es seguro que recibieron la orden de destruir el paquete, pero no tienen constancia de que lo destruyeran. De hecho, me han dicho que los envíos no recibidos ni devueltos pasan a considerarse envíos caducados, situación en la permanecen hasta que, pasado el plazo que marca la ley, se destruyen.

—¿Y qué sucedió con nuestro paquete?

—Consta que hizo todo ese recorrido, pero no consta que se destruyera.

—O sea, que no se ha destruido.

—No, que no queda constancia de que se haya destruido, pero me han dado a entender que eso es lo que ha debido ocurrir. Tenga en cuenta que han pasado más de cinco años.

Orlando había pensado que don Ginés se aburriría ante la imposibilidad manifestada por la compañía francesa, pero más bien parecía lo contrario.

—Vuelve a llamar. Necesitamos una certeza. Sin certeza yo no me quedo tranquilo.

Al pronto, Orlando se angustió con la renovada pretensión de don Ginés, pero luego pensó que era mejor tenerlo entretenido con una búsqueda que no conducía a ninguna parte.

—¿Has llamado? —le preguntó el maestro en cuanto al día siguiente empezó el recreo de su colegio.

—He llamado. Dos veces. Una vez para pedir la confirmación de que el paquete se había destruido y otra para que me la dieran.

—¿Y qué te han contestado?

—Que el paquete no está, por lo que debió de ser destruido.

—Si debió de ser destruido, no se tiene acreditado que lo fuera. ¿Es así o no?

—Con papeles, no. Pero es lo más razonable, dado que el paquete no está.

–No me saques consecuencias extrañas, Orlando. Lo que se puede entender de lo que te han dicho es que te han despachado con lo más cómodo. Y lo más cómodo es no buscar el paquete en el almacén, sino en el ordenador.

–¿Quiere que llame otra vez?

Orlando estaba dispuesto a hacerlo en tantas ocasiones como hiciera falta hasta que don Ginés se cansase.

–Si estuviéramos hablando de Madrid o de Barcelona, iba personalmente a reclamar el paquete, pero estamos hablando del norte de Francia y eso está demasiado lejos. Y yo no hablo más idioma que el nuestro, maldita sea –dijo el maestro después de un breve silencio.

–Creo que hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos –corroboró Orlando.

Parecía que, por fin, don Ginés abandonaba su pretensión. Orlando lo oyó bufar y chasquear la lengua enfadado por lo insalvable del escollo que tenían ante sí.

–No sé –dijo luego el maestro–. Estas son las cosas que me queman la sangre. Porque el camino no se ha cerrado por completo, no señor, sino que se ha vuelto más difícil.

Cuando cerraron la conversación, Orlando se entretuvo en darle mil vueltas a aquella última frase. ¿Qué podía suceder, por mucho que don Ginés lo intentara? Probablemente, nada. Y si no iba a suceder nada lo mejor era que don Ginés se dedicase a intentarlo, porque en el intento no se dedicaba a menesteres peores y se desfondaba. Él, por otra parte, debía emplearse a fondo en lo suyo, que era buscarse una ocupación fuera del pueblo, fuera la que fuese con tal de que le proporcionara un modo de subsistir, aunque no estuviera relacionada con lo que había estudiado.

La rutina de dar escape a sus pretensiones por el miedo menos ominoso se rompió el día en que don Ginés volvió a llamarlo por teléfono.

–¿Estás en tu casa? –le preguntó.

–Sí. ¿Qué quería?

–Tengo que darte una sorpresa. No te muevas de ahí. Ahora mismo voy y te la explico.

No fueron más de cinco minutos, y en ese tiempo Orlando se hizo mil y una cábalas sobre el contenido de la sorpresa que el maestro podría darle.

–Muchacho, llevo dándole vueltas al asunto desde la última vez que hablamos. Y yo no puedo estar así. Yo soy un hombre de acción. ¿Me entiendes? –le explicó en cuanto entró en la habitación.

–No muy bien.

El maestro sonrió. Traía en la mano unos papeles y los dejó sobre el teclado del ordenador de Orlando, delante de sus narices.

–Mira lo que traigo –indicó rebosando alegría.

Orlando los cogió, los alineó frente a su mirada y le echó un vistazo rápido al primero de ellos. No lo entendía.

–¿No sabes lo que es?

–No.

–Es el resguardo de un billete de avión. Y está a tú nombre.

El papel tembló en las manos de Orlando.

–Bueno, hay dos, naturalmente: uno para ti y otro para mí –continuó el maestro.

Y acto seguido cogió los papeles de un manotazo y, mientras señalaba con el dedo en el primero de ellos, dijo:

–Volamos el Miércoles Santo desde Madrid a Charleroi, que es un aeropuerto al sur de Bruselas cercano a Lille. Me va a costar un riñón, pero qué carajo, hay que echar el resto en aquello que se cree. ¿No te parece? –casi gritó, y le dio a Orlando un golpe cariñoso en la espalda.

–Esto es una locura –dijo por fin Orlando.

–Lo es, sí. Así que no me vengas con razones porque ya lo tengo asimilado y no hay más que hablar.

–Es Semana Santa. Estará todo cerrado.

–Precisamente porque es Semana Santa nos vamos. Los maestros tenemos vacaciones en España, pero Francia es un país laico y allí no se celebra. Lo tengo todo pensado al milímetro. Si ese libro existe, lo vamos a encontrar. Y si no existe, vamos a tener una prueba de ello.

Capítulo 13

Un olvido injustificable

Desde que se había allanado a la voluntad del maestro, Orlando le seguía la corriente por todo, pero sin que se notara que lo hacía de una manera servil.

–¿A qué hora salimos?

–¿De la estación de Villanueva o de Madrid?

–De Madrid.

–A las doce y media.

–¿Y de Villanueva?

–A las siete y cuarto.

–¿Habrá tiempo de sobra?

–De sobra, no te preocupes. Tengo planificado hasta el más mínimo detalle.

Quedaron en encontrarse a las seis y media de la mañana y a esa hora estaba Orlando en la puerta de su casa con una mochila, porque no tenía maleta de mano. El maestro llegó diez minutos tarde.

–No he oído el despertador. Un poco más y nos quedamos en tierra –dijo a manera de saludo.

Y luego añadió que era la primera vez que le pasaba eso.

–Debe de ser por las pastillas que me estoy tomando para la alergia, que me dan un sueño de nene chico –concluyó.

Desde Aleda hasta la estación de Villanueva de Córdoba había un buen trecho, que don Ginés recorrió a más velocidad de la permitida mientras obligaba a Orlando a reparar lo que llevaba de equipaje.

–Veo que te has traído una cazadora, ¿pero llevas un paraguas? Allí no es como aquí. En Lille el tiempo es más pasajero –le dijo.

–He echado uno plegable.

–¿Llevas el DNI?

–Sí. Y el pasaporte –le contestó Orlando.

–No es preciso el pasaporte.

–Ya. De hecho nunca lo he utilizado, pero me lo hice por si lo necesitaba y lo llevo por si acaso.

–¿Y la tarjeta sanitaria europea? –don Ginés seguía con su interrogatorio.

–No sé ni lo que es. Tengo la española. ¿Es que no sirve?

–Creo que sí. Pero mejor si no te pones enfermo. ¿Y un ordenador?

–Me dijo que no me haría falta, que se iba a llevar el suyo.

–Y lo llevo. La verdad es que con uno tenemos bastante.

Se notaba que don Ginés también estaba inquieto, pero él mismo lo achacó a una causa muy distinta.

–¿Te quieres creer que estoy excitado? –le dijo—. Vamos al quinto pino con el único afán de buscar un libro, como si estuviéramos metidos en un oscuro enredo. Ya ves, bien podríamos ser los protagonistas de una novela de misterio. Ya sé que es una tontería, pero ahora siento que hay alguien leyendo lo que yo digo. ¿No te pasa a ti eso?

En Orlando, esos y otros pensamientos se tornaron en angustia cuando se bajaron del taxi y atravesaron una de las puertas de la terminal 4 del aeropuerto Adolfo Suárez.

–Recuerda lo que te he dicho del bolso y la cartera: no los pierdas de vista ni un instante –repitió el maestro.

–Descuide.

Orlando seguía a don Ginés de manera ciega, porque no tenía ni idea de cómo funcionaba un aeropuerto. Estaban en la planta más alta de la terminal y a través de las paredes de cristal que daban a los pisos inferiores se veía el movimiento de la gente. Se suponía que todo el mundo sabía a dónde dirigirse en aquel hormiguero enorme y regía el rumbo de sus vidas con un criterio cierto. Don Ginés formaba parte de ese mundo, pero él no. Él no sabía lo que era una tarjeta de embarque, ni sabría qué mirar cuando divisara un panel.

–Mira, allí hay un panel. Cógeme la maleta y ve a averiguar en qué ventanilla nos despachan a nosotros, que voy un momento al servicio.

Frente al panel, Orlando recorrió con la mirada cada uno de los elementos que lo componían. Arriba, estaba el logotipo de un avión que despegaba y a su lado el indicativo de la terminal y la misma palabra en español y en inglés: «Terminal T4 Salidas Departu-

res». Entre las varias columnas que constituían el panel, una indicaba la hora y otra, el destino. Bruselas aparecía dos veces en la columna del destino. Las demás columnas eran claves que todavía estaba descifrando cuando volvió don Ginés.

—¿En qué mostrador nos atienden? —le preguntó.

—Bruselas viene dos veces —contestó Orlando sin querer mostrar su ignorancia.

El maestro le echó un vistazo al panel y dijo:

—Aún no está puesto nuestro vuelo. Hemos venido demasiado pronto. Vamos a desayunar como Dios manda, que estoy desmayado.

La primera cafetería que encontraron fue la del Puente Aéreo, donde cada uno pidió un bocadillo de jamón y una cerveza, que pagó don Ginés a un precio muy superior al que estaban acostumbrados en Aleda, aunque el único que pareció sorprenderse por ello fue Orlando.

—Si sé lo que le van a cobrar, me traigo unos bocadillos de mi casa, que mi madre se ha quedado con gana de metérmelos en el bolso —dijo cuando se sentaron al amparo de un velador.

—Lo único que hay que traer es la tarjeta de crédito. Si no eres muy delicado, con eso tienes bastante. Y nosotros hemos traído un par de tarjetas y no somos delicados.

Don Ginés se sentía relajado y cómodo en aquel bullicio e indagaba entre la gente que pasaba el rostro de algún famoso.

—Vamos a sacar la tarjeta de embarque, que ya debe de estar abierta la ventanilla —dijo al cabo de un rato.

Había tres mostradores funcionando y la mayoría de los viajeros no tenían que facturar equipaje, por lo que despachaban con mucha celeridad. Poco antes de llegar al final, don Ginés le pidió el DNI a Orlando, que lo llevaba en la mano, pues había observado que el resto de los viajeros se lo entregaban al operario de la aerolínea. A ellos les tocó una muchacha preciosa, a la que el maestro le entregó los carnés mientras le daba los buenos días con una ostentosa coquetería. La operaria sonrió, respondió al saludo y empezó a teclear con el documento de Orlando a la vista.

—¿Van a facturar equipaje? —le preguntó.

—No, solo tenemos equipaje de mano —le contestó don Ginés casi babeando.

Orlando observaba a un lado, aprendía y memorizaba cada uno de los movimientos.

Cuando la máquina imprimió la carta de embarque, la muchacha la dejó sobre el mostrador y tomó el DNI de don Ginés. Antes de que hablara, arqueó los labios y arrugó el entrecejo. El maestro pensó que algo no andaba bien, pero ni por asomo imaginó la gravedad del problema.

–Señor, tiene usted el carné caducado –dijo.

–¿Sí? No lo sabía –don Ginés creyó que la muchacha se lo decía simplemente a título informativo–: Tendré que renovarlo.

–Caducó ayer.

–¿Ayer?

–Ayer. ¡Qué mala suerte!

–Bueno, no se preocupe –don Ginés no quería que una joven tan guapa sufriera por una insignificancia.

–¿Tiene pasaporte?

–Sí, claro, pero no lo he traído.

La muchacha tenía los ojos azules. Don Ginés se quedó mirándolos durante los tres segundos que ella tardó en responder.

–Lo siento, pero no puedo darle la tarjeta de embarque.

–¿Cómo?

–Sin carné y sin pasaporte no puede volar. De verdad que lo siento. Aunque le diera la tarjeta de embarque, no lo dejarían cruzar la puerta. El DNI caducado solo es válido con el resguardo de haberlo renovado.

–No puede ser. Tengo comprado el billete. Y soy ciudadano de un Estado de la Unión Europea.

Había gente esperando detrás de ellos. La muchacha miró con impaciencia hacia la cola antes de contestarle.

–Vaya a la comisaría del aeropuerto, a ver si le dan un pasaporte provisional –le apuntó mientras le entregaba los DNI y la carta de embarque de Orlando.

–¿Dónde está la comisaría?

–Por allí.

Don Ginés no dijo nada más. Agarró los documentos, dio media vuelta y salió medio corriendo arrastrando la maleta en la dirección que le habían indicado, seguido a duras penas por Orlando. Debió preguntar varias veces y maldecir mucho entre dientes antes de encontrarse en la cola de la comisaría renegando del sistema europeo de control de fronteras. Delante de él, solo había dos personas. La que tenía más cerca era un hombre bastante alto y como de cuarenta años, vestido con un traje de chaqueta azul y una corbata de seda en tonos rojizos. Infundía respeto y seguridad, como si fuera un viajero acostumbrado a lidiar con esas situaciones en las más pintorescas partes del mundo. De hecho, fue el hombre el que se dirigió a él.

—¿Tiene la foto? —le preguntó.

—¿Qué foto? —le contestó don Ginés.

—Le pedirán una foto. Si me permite el consejo, es una pérdida de tiempo hacer cola sin estar en posesión de la foto. Y el tiempo aquí es lo más valioso, porque el avión no espera a nadie.

—No tengo una foto. ¡Cómo quiere que tenga una foto! ¿Cree que voy por ahí con una foto en la cartera por si me tengo que hacer el pasaporte?

En lugar de enfadarse, el hombre soltó una carcajada.

—Yo no me creo nada —dijo luego—. Hay una máquina pública cerca. Hágase la foto y vuelva. Así ahorrará tiempo.

Don Ginés no perdió ni un segundo agradeciéndole el consejo, de manera que fue con Orlando a donde se ubicaba la máquina, se hizo la foto y volvió. Delante de él solo había una persona. Cuando le tocó el turno, quedaba muy poco para que saliera el vuelo y estaba demasiado nervioso como para poder explicarse con claridad.

—No se apure, le podemos hacer un pasaporte de emergencia sin dificultad. ¿Trae la foto?

—La traigo —don Ginés se sosegó un poco

—¿Tiene la reserva del vuelo?

—Sí, la tengo —y la extrajo del bolsillo exterior de la maleta.

El operario de la policía pedía el nuevo documento cuando aún no había terminado de revisar el que tenía entre manos.

—¿El DNI en vigor?

—¿En vigor?

—En vigor, sí, en vigor.

—¿No me ha oído? Ese es el problema, que lo tengo caducado.

—Pues debe estar en vigor.

—Caducó ayer, joder, ayer. Hágalo con fecha de ayer y ya está.

—¿Lo dice en serio? —el policía había cambiado el rostro amable por otro totalmente agrio—. ¿Me está pidiendo que falsifique un documento?

Don Ginés se tapó la cara con las manos y movió a un lado y a otro la cabeza, derrotado sin reservas.

—No, no, déjelo. Lo siento. Me doy por vencido. Me vuelvo a mi casa —aseguró.

El policía exhaló un suspiro antes de hablar. La actitud del ciudadano que tenía ante sí lo había enternecido.

—Podría consultar con la superioridad. Quizá haya una solución excepcional para su caso —dijo.

—Hágalo, por favor.

El policía se marchó. Don Ginés no pudo ver adónde iba porque se quedó con la cabeza agachada, apoyada sobre la mano, con el codo en el regazo. No la levantó hasta que le dirigió la palabra otra persona.

—Dígame, señor, ¿a Charleroi Bruselas Sur es a donde quiere usted volar?

La encarnación de la superioridad era una mujer de unos treinta y cinco años, muy delgada y con las piernas muy largas, que le hablaba con acento canario.

—Sí, señora, a Bruselas.

—A Bélgica puede viajar con el carné caducado hasta cinco años después.

—No es eso lo que me han dicho en la ventanilla.

—Hágaselo usted saber. Y si le ponen algún impedimento, dígalos que nos llamen.

Don Ginés se sentía mayor y desde varios años atrás no hacía otro ejercicio que el que debía emplear para el mantenimiento de las plantas de su patio, pero el afán de arribar con tiempo al mostrador de la aerolínea le hizo correr por el pasillo arrastrando la maleta a más velocidad que Orlando, que era mucho más joven y salía a correr por los

caminos próximos a Aleda un par de tardes a la semana. Fue para nada, no obstante: cuando llegaron, los tres mostradores donde se expedían las tarjetas estaban cerrados y el espacio cercano a ellos se hallaba desierto. Don Ginés maldijo en voz alta a la muchacha de los ojos azules y se maldijo antes de volverse hacia Orlando.

–Vete tú. Corre, debe de estar a punto de salir el vuelo –dijo.

A Orlando se le cayó el cielo encima.

–¿Pero cómo me voy a ir sin usted?

–Yéndote, coño, yéndote. Y ahora mismo. Yo cojo el primer vuelo que salga detrás de este.

–Es la primera vez que vengo a un aeropuerto –confesó Orlando. Lo agobiante de la situación hacía que se desatase ese tipo de confianzas–. Esto es endemoniadamente complicado. No sé manejar solo.

–¡No me jodas! Lo agarró del brazo y casi a rastras lo llevó hasta la cola donde estaban los escáneres.

–Espero que haya hoy otro vuelo. En cuanto llegues, me llamas y te digo dónde nos vemos.

Orlando se sumó a la fila que zigzagueaba entre cintas negras como si lo hiciera a la de los condenados al infierno.

Capítulo 14

El ardid de fingir que no se es como se es

Don Ginés esperó a ver a Orlando cruzar el control de seguridad y se fue al banco más próximo, donde abrió la maleta y sacó el ordenador. Tenía el propósito de contratar el vuelo a Charleroi más inmediato que hubiera, costara lo que costase. Se sabía la operatoria y actuó con celeridad. Cuando puso en Google «vuelos baratos», la página que le salió fue la que le había servido para sacar el vuelo que finalmente había resultado fallido. Escribió todos los datos y aguardó la respuesta: había uno para dentro de tres horas, pero la compañía lo obligaba a hacer la facturación en línea e imprimir la tarjeta de embarque, dada la premura con que se hacía la reserva. Y él no tenía impresora. Para aquel día, no había más vuelos a Charleroi con plazas vacantes, pero sí había, y muchos, para el aeropuerto National de Bruselas. Un aeropuerto distaba de otro, según pudo comprobar, setenta kilómetros. Así que podía ir al National, de ahí a Bruselas y de Bruselas al de Charleroi.

Era, ciertamente, una paliza, porque debía esperar en Madrid una buena cantidad de horas y luego meterse en el cuerpo dos viajes en tren o en autobús, con el esfuerzo añadido que le supondría a él tener que explicarse en un idioma extraño. Y a todo esto sin tener la seguridad de que iban a dejarlo embarcar, pues seguía sin pasaporte y con el carné caducado y la persona encargada de dejarlo subir al avión tal vez no tuviera tanto conocimiento de la ley como la policía que lo había informado. Por último, aquel día jugaba el Sevilla la semifinal de la Europa League en el Sánchez Pizjuán, un acontecimiento que le vino de pronto a la cabeza.

Para relajarse, mientras tomaba una decisión, puso en Youtube el himno que El Arrebato había compuesto para el primer centenario del Sevilla. Las lágrimas afloraron, como otras veces, a las comisuras de sus ojos y cantó bajito acompañando al coro que lo interpretaba: «Y por eso es que hoy vengo a verte, sevillista seré hasta la muerte». Cuando terminó de oírlo, ya sabía lo que debía hacer. El Sevilla era la única cosa del mundo que le provocaba emociones positivas. No le gustaba el fútbol y ni siquiera conocía los equipos que jugaban en la primera división. Es más, juzgaba al deporte como un entrete-

nimiento de personas simples, y solo el ajedrez, al que no consideraba deporte, le parecía digno de una categoría intelectual acorde con la naturaleza humana, que prima al intelecto sobre el físico. Su padre le había enseñado a jugar al ajedrez y le había inculcado desde muy pequeño el amor al Sevilla Fútbol Club, y su padre había sido la principal referencia de su vida, quizá la única. Cuando oía el himno del Sevilla, se acordaba de su padre, de las injusticias que su padre padeció en silencio en la opresiva sociedad de Aleda y de los sacrificios que debió realizar para sacar a su familia adelante. Él se había metido en política con la ayuda del recuerdo de su padre y con el fin declarado de corregir los modos de una sociedad que no había sabido aprovechar su talento y lo había condenado al ostracismo.

Cuando Orlando lo llamó desde Charleroi, él acababa de entrar en su casa de Aleda.

—Ya estoy en Bélgica. ¿Cuándo llega su avión?

—Mañana.

—¿Mañana? ¿Cómo mañana?

Orlando se hallaba junto a la cinta transportadora de maletas, que aún estaba parada. Como no tenía ni idea de lo que debía hacer, había resuelto seguir a un compañero de viaje cuya ropa se viera desde lejos y hacer lo mismo que él.

—No había vuelo para hoy. Bueno, lo había, pero al otro aeropuerto de Bruselas. Y además juega el Sevilla la semifinal de la Europa League.

—¿El Sevilla?

—Sí, el Sevilla. Aquí lo ponen en abierto. Y allí igual no habría podido verlo.

Era demasiado estúpido como para poder ser comprendido a la primera, especialmente por una persona angustiada.

—No lo entiendo muy bien.

—Vete a Lille y me esperas allí. Mañana llego yo.

—¿Allí dónde?

—A Lille, coño, a Lille. Tengo pagada una habitación doble en el hotel Maison Florence. Está cerca del Museo del Instituto Pasteur. Cuéntale al recepcionista lo que ha pasado.

Don Ginés colgó y Orlando se quedó como ido, mirando al teléfono primero y, luego, mirando a la cinta transportadora, que pronto empezó a funcionar. Hasta que no desfilaron delante de él unas cuantas maletas, no se dio cuenta de lo infructuoso de su acocho: él no había facturado ninguna. No obstante, se esperó hasta que el joven de la cazadora roja cogiera la suya y lo siguió hasta la misma salida del aeropuerto, tras cuyas puertas se detuvo. ¿Y ahora qué?, se dijo.

La situación lo obligaba a olvidarse de las vergüenzas y de los miedos y ser como los demás. ¿Qué haría cualquier otro en mi lugar?, pensó. ¿Qué haría otro que tuviera cien euros en el bolsillo, como yo, y quisiera llegar a Lille? Preguntar, obviamente. ¿A quién?

Estaba buscando con la mirada una persona a quien preguntarle, cuando oyó hablar en español a sus espaldas. Se volvió y descubrió que eran dos muchachos y una muchacha más jóvenes que él que, como él, solo llevaban una mochila como equipaje. Antes de dirigirse a ellos, ideó una respuesta aventurera por si debía dar alguna explicación: no tenía ni idea de cómo ir a Lille porque no tenía ni idea de que iba a ir allí.

—Aquellas chicas van a ver a una compañera que está de erasmus en Lille. Pregúntales —le contestó la muchacha sin darle más importancia al asunto.

Le había señalado a dos jóvenes que habían cruzado la calzada y caminaban hacia la izquierda. Aligeró hasta que se puso a su altura y, en ese momento, simuló que no era él y no le costó trabajo. Les dijo, con un atrevimiento fingido:

—Me han dicho que vais a Lille. ¿Conocéis el modo más fácil de hacerlo?

Las muchachas no pararon de andar. Se les notaba que estaban deseando llenar aquel día de caras nuevas y de peripecias y le contestaron con alegría.

—Nos han indicado que hay un *shuttle*. Debe de ser uno de esos autobuses blancos y verdes.

El aeropuerto de Charleroi es pequeño y todas las distancias son cortas. El autobús lanzadera se encontraba muy cerca, junto a un cartel que indicaba el destino, y no volvieron a hablar hasta que estaban haciendo cola frente a su puerta. Entonces, a Orlando se le ocurrió pensar que solo tenía cien euros en la cartera. ¿Costaría más de cien euros el viaje?

—¿Sabéis cuánto cuesta?

–Dieciséis euros, según se decía en la página web.

Cuando sacó la cartera para coger un billete de cincuenta euros, sintió cierta desolación. Solo tenía otro igual.

–¿Sabes francés?

–Un poco.

–Nosotras no sabemos nada.

–Dadle dinero de sobra y veréis cómo os da la vuelta. Tener dinero de sobra es mucho mejor que saber idiomas.

No lo conocía nadie, así que nadie sabía cómo era. Como nadie sabía que era sumamente apocado, podía interpretar sin temor que era un hombre de mundo, incluso que era divertido e intrépido.

–Has dicho que sabías un poco francés y te has enrollado con el cobrador. ¿Cuántas sorpresas más nos deparas?

Las muchachas se hallaban sentadas al otro lado del pasillo. Se presentaron como Jara, que era morena, y Tatiana, que era rubia, y dijeron ser estudiantes de Farmacia que iban a ver a una amiga que estaba haciendo ingeniería en ICAI, en Madrid, y pasaría el curso becada en la École Centrale de Lille. Más o menos como lo estuvo Elvira, la sobrina de don Feliciano, pensó Orlando, la chica que debió recibir el paquete enviado por Epifanía con *El centro de gravedad permanente* y, supuestamente, nunca fue a recogerlo.

–¿Y tú qué haces? ¿A qué vas a Lille?

A Orlando le pareció que la realidad era lo bastante asombrosa como para provocar lucimiento y que, tal vez, contar parte de la verdad podría ayudarle en su tarea.

–A buscar un paquete que se perdió hace una pila de años.

Las muchachas estaban giradas hacia él. Tatiana, que se sentaba junto a la ventanilla, se inclinaba hacia adelante para evitar la oposición de su amiga. Cuando Orlando se acercó a ellas para asegurar el sigilo de lo que iba a contarles, también ellas se aproximaron, y Jara sacó al pasillo parte de su cuerpo.

–Me gustaría leer ese libro –dijo Jara cuando Orlando concluyó su narración.

–Y a mí –añadió Tatiana.

–Suponiendo que lo encuentre –remató Orlando.

Había conseguido interesar a aquellas muchachas y se notaba cómodo en el papel que estaba interpretando, de ser más arrojado de lo que era.

–¡Qué coincidencia! –exclamó Jara–. Nuestra amiga hace lo mismo que Elvira y hasta el domingo nos vamos a quedar en su residencia, la Léonard De Vinci, que es donde suelen vivir los estudiantes de ingeniería, seguramente donde también vivió Elvira.

De las coincidencias hablaron luego, de las que existen entre unas vidas y otras, de las que existen entre la realidad y los sueños y de las que existen entre la realidad y las novelas. La conversación era fluida, íntima y amable, como la que suele suceder a últimas horas de la noche, cuando el alcohol te ha soltado la lengua, la ternura se asienta en el alma y el mundo parece inerme.

–¿Sabéis por qué busco ese original? –Orlando había prescindido de ese detalle en su relación de los hechos, pero ahora se sentía tan cómodo que estaba dispuesto a revelarlo–. Porque se asemeja a las letras de las canciones de Franco Battiato.

Y he aquí que aquellas muchachas, las dos, conocían a Franco Battiato. No eran fans como él, pero lo conocían, y habían visto alguno de sus vídeos en Youtube, especialmente se acordaban de uno en el que Battiato interpreta *Centro de gravedad permanente* en un decorado exiguo y de colores estridentes, como si fuera un holograma sobre la superficie de otro planeta, y baila sin ritmo, como si hiciera gimnasia, mientras a su lado dos mujeres y dos hombres conforman el coro más serio y más estático que uno pueda figurarse.

Fue como un encantamiento que se rompió cuando el autobús se detuvo en la Gare Lille Europe. Entonces, sintió que volvía a ser el que era y le costó un trabajo enorme volver a interpretar que no era él, sino otro mucho más atrevido. Y todo solamente para despedirse.

–Espera, donde vas. Nosotras te llevamos. A mi amiga la ha traído una compañera de aquí que tiene coche –le dijo Tatiana.

Insistieron tanto Jara, Tatiana, su amiga y la compañera de la amiga que no le cupo más remedio que decir dónde se hospedaría.

–Hoy ya no vas a ir a buscar el libro. Y la tarde se te va a hacer muy larga solo –concluyó Jara.

Aceptó, qué remedio, y se subió en el asiento del copiloto del coche creyendo que aquellas muchachas irían primero a la residencia Léonard De Vinci para dejar las mochilas e instalarse, pero resultó que lo único que querían era encontrar un aparcamiento gratis en las inmediaciones para irse de marcha sin dilación. Las mochilas se quedaron en el maletero del coche y el coche se quedó en la rue à Fiens, frente a un *sex shop*, un lugar fácil de recordar, según convinieron todos entre risas.

Su primer destino, la Grand'Place, estaba a menos de cinco minutos andando.

—La *fanfare* de la *école* toca allí —explicó la amiga.

La *fanfare* era una especie de charanga o, más bien, una fanfarria, un grupo de unos veinticinco o treinta estudiantes con diversos instrumentos de metal, un tambor y un bombo que tocaban música pegadiza sin demasiada armonía. La oyeron por primera vez cuando pasaban junto al Palacio de la Opera, aunque los matices de la música se ahogaban por el ruido de fondo de la ciudad.

—Ya están ahí —apuntó la compañera de la amiga, que tiraba de todos, y enseguida aligeró aún más el paso.

La gente de Lille llama Grand'Place a la plaza del General Charles de Gaulle, que es rectangular y tiene más o menos en el centro un estanque circular, y en el estanque una columna sobre la que se levanta la estatua de una mujer que es la alegoría de la ciudad sitiada por los austríacos en 1792, a la que popularmente se conoce como «La diosa». La *fanfare* estaba en el lado oeste de la plaza, entre el estanque y las terrazas de los establecimientos que tienen emplazadas mesas y sillas en la calle. Como ellos entraron por el este, debieron cruzar la plaza por el lado corto. Lo hicieron a la carrera, aunque sin soltarse, y se pusieron justo detrás de los músicos, a algunos de los cuales no le importó dejar de tocar para abrazar a las muchachas.

Orlando se sentó sobre el pretil del estanque. Delante de él estaban los músicos, vestidos con alguna pieza de color rosa, y delante de los músicos un semicírculo de gente que incluía en su centro a los que se sentaban en las terrazas y por los flancos a los que se hallaban de pie. Entre los músicos y los espectadores había colocada una funda de trombón a la que de vez en cuando se aproximaba alguien para dejar una propina.

Los sonidos eran altos y los presentes estaban atentos a la actuación de los músicos. En un rato sonaron varios teléfonos móviles, pero casi ninguno de sus propietarios oyó el suyo. Uno de ellos fue el de Orlando, y el que lo llamaba era don Ginés. El maestro había comido, se había echado una siesta corta y al despertarse se había puesto a buscar el pasaporte por toda la casa sin resultado positivo alguno. Estaba cabreado y quería desahogarse con Orlando, a la vez que saber lo que el muchacho estaba haciendo en el lugar donde también debería estar él. Como no obtuvo respuesta, se cabreó aún más. Volvió a llamar a los cinco minutos, y a los diez, y a los quince, y luego le puso un mensaje en el que le indicaba que hiciera el favor de coger el teléfono, y después otro en el que puso que lo llamara en cuanto viera el mensaje, y un tercero en el que escribió que estaba muy cabreado y necesitaba hablar con él. Y entre llamada y llamada y mensaje y mensaje, don Ginés no paró de buscar el pasaporte. Lo buscó y lo volvió a buscar en los mismos sitios con idéntico desenlace hasta que, al cabo de varias horas, se dio por vencido y volvió a llamar a Orlando por teléfono. Aún no había sacado el billete de avión para el día siguiente.

Pero Orlando tampoco lo oyó esta vez. Estaba en un pizzería de la zona peatonal de Lille comiendo, por fin, con toda la panda de la *fanfare* y sus amigas Jara y Tatiana, la amiga de estas, que se llamaba Rebeca, y la compañera de la amiga, que resultó llamarse Florence, como el hotel en el que don Ginés había reservado una habitación. Las risas y las voces eran lo bastante altas como para apagar el sonido de los teléfonos y ya llevaba tres cervezas en el cuerpo. Alguien había dicho que los invitaría el tesorero de la *fanfare* y él se había quitado de encima una preocupación considerable: si comía de gorra, sus ochenta y cuatro euros podían darle de sí hasta que don Ginés llegara al día siguiente. Solo para eso se acordó del maestro. Y en ningún caso se le ocurrió mirar su teléfono. No lo miró sino hasta que en el servicio de un bar de copas de la rue Solferino se acordó de que no había llamado a su madre para decirle que había hecho bien el viaje.

—¿Me ha llamado? ¿Qué quería?

El partido del Sevilla iba por la mitad del segundo tiempo y el Sevilla perdía en su casa por dos a cero con un gol en propia meta, dos tiros al palo contrario y un arbitraje desastroso, que incluía la anulación de un gol legal del Sevilla por fuera de juego. Don

Ginés estaba tan metido en el partido y en su adverso devenir, que se había olvidado del resto de los destrozos emocionales de la jornada. Pero la llamada de Orlando se los refrescó.

–Te he llamado ochocientas mil veces y te he puesto dos millones de mensajes –el tono de don Ginés era de rabia absoluta.

–Lo siento. No lo he oído. He estado rodeado de ruido todo el rato.

–No encuentro el pasaporte –continuó el maestro sin querer oír más explicaciones–. Y no puedo arriesgarme a sacar un billete que cuesta un huevo con un carné caducado.

–¿Qué quiere decir?

–¿Es que no está claro? Que no voy, que tendrás que arreglártelas solo.

–¡Pero que estoy en Lille y tengo ochenta y cuatro euros en el bolsillo!

En ese momento, un jugador del Sevilla cayó en el área contraria por una zancadilla clara, pero el árbitro no señaló penalti. El maestro, que estaba pendiente del partido a la vez que de la conversación, trocó las iras y gritó:

–¡Serás cabrón!

–No se enfade usted. ¡Pero a ver qué hago yo ahora!

El maestro volvió a la charla sin aclarar cuál era el destinatario de su exabrupto y dijo.

–Lo que teníamos planeado, coño. Ya no entendería que te vinieras de ahí sin el libro.

Orlando quiso pero no pudo explicarse, dado el iracundo estado de ánimo del maestro, que acabó la discusión advirtiéndole que tuviera siempre a mano el teléfono. Y eso fue lo que hizo: tras llamar a su madre, puso el teléfono en modo vibración y con él en la mano volvió a su sitio en el local, donde ya le habían puesto otra cerveza, la cuarta, la misma cantidad que llevaba Florence, quien se suponía que debía conducir el coche que habían aparcado en la rue à Fiens, frente a un *sex shop*, en cuyo maletero seguía su mochila.

–Tengo que ir a por la mochila –le dijo a Tatiana.

También Tatiana iba por la cuarta cerveza.

–¿La mochila? ¿Qué pasa con la mochila?

–Está en el coche de Florence, y me tengo que ir a mi hotel.

Para los miembros de la *fanfarey* para los que se habían añadido a ella, en el futuro solo cabían más bromas y más risas. Orlando se dio cuenta de que había sido un error acoplarse a un grupo tan amante del divertimento, pero sus esfuerzos por recomponer la situación poco podían hacer en el torrente de entusiasmo que lo retenía en el bar.

–No te preocupes por el hotel. Ya te encontraremos una habitación de la residencia donde quedarte –le contestó Tatiana.

Si seguía con el grupo, al menos tendría el destino del grupo, que parecía ser la residencia Léonard De Vinci. Cuando se percató de que nada podía hacer para reconducir la realidad, se sumó a ella con la ayuda del alcohol y, entonces, perdió la vergüenza y mostró su lado más alegre y ocurrente, en especial con Jara y Tatiana, para quienes estaba haciendo de traductor exclusivo desde el momento en que Rebeca decidió considerar que ya estaban integradas y prestarle más atención a un miembro de la *fanfare* que a ellas.

Ni Jara ni Tatiana ni él sabían a la hora que cerraba el metro, pero todos los demás sí. Y todos los demás eran muchos, más de los que cabían en un piso, a pesar de lo cual se metieron en el de uno de los clarinetes de la *fanfare* a pasar la noche, porque el metro estaba cerrado y la residencia caía lejos. Los nueve más afortunados se acoplaron en tres camas individuales. El resto, debió conformarse con una parte del sofá, con un sillón o, la mayoría, con una pequeña franja en el suelo, en el que se acostaron revueltos con los instrumentos musicales y con el escaso mobiliario de que disponían los residentes, que ya constituía un caos auténtico antes de que entraran ellos. Orlando fue uno de los que debió acostarse sobre el pavimento, cerca de los instrumentos y con la cara pegando a la mochila del tesorero de la *fanfare*, que servía a su dueño de almohada.

El tesorero guardaba en su mochila la recaudación de aquel día. Más concretamente, la guardaba en un bolsillo exterior, cerrado con una cremallera. Orlando lo sabía porque lo había visto sacar un puñado de billetes para pagar en un bar la consumición del grupo. Y sabía que el tesorero había tenido que contar tres o cuatro veces los que debía darle al camarero, con la mente a medio naufragar en alcohol. Si los perdía, o, al menos, si perdía unos cuantos, no sabría que los había perdido. Y lo mismo ocurriría si se los robaban.

Orlando pensó que el ladrón podía ser él de una forma natural. También él había bebido más de la cuenta, y su situación era de extrema necesidad, pues precisaba con urgencia dinero para aguantar hasta el domingo. ¿Qué más les daba a aquellos muchachos tener unos cuantos billetes más o menos?, se dijo. Probablemente, si tenían menos billetes beberían menos cervezas, lo que le vendría bien a su cuerpo y a sus estudios, que sin duda deberían ser muy duros.

No hubo más justificaciones. Abrió el bolsillo de la mochila y sacó más o menos la mitad de los billetes y unas cuantas monedas, lo que le reportó un total de ciento trece euros. Poco, pero menos era nada. Y, todavía mejor, lo había logrado sin esfuerzo y sin menoscabo alguno para su conciencia, que se quedó tan relajada como antes, por lo que enseguida se quedó dormido.

No se despertó definitivamente sino hasta que uno de los saxos de la *fanfare* empezó a tocar *Paquito el chocolatero* a modo de diana. Aún no había amanecido y la luz azul del anuncio de un hotel de poca monta entraba por la ventana del salón, que no tenía cortinas, pues alguien que estaba pasando frío durante la noche la había quitado para arroparse con ellas.

Según pudo entender Orlando, las clases empezaban en la *école* dentro de escasos minutos, y si eran obligatorias para todos más aún lo eran para unos cuantos que tenían examen a primera hora de aquella misma mañana. El tesorero de la *fanfare* fue uno de los que antes se levantó y se fue, así, sin lavarse la cara ni peinarse. Y en menos de quince minutos estuvieron todos en la calle medio de la misma forma, derrengados y sucios, pero dispuestos a solucionar con premura sus asuntos particulares.

—Nos duchamos en la residencia y nos vamos contigo a buscar el libro —le dijo Jara a Orlando mientras andaban por la acera.

—Pero antes nos dormirnos un rato, por favor, que no he pegado ojo —remató Tatiana.

Era un día lectivo, su amiga Rebeca y los amigos que habían hecho en Lille debían ir a clase y ellas no tenían que hacer nada durante la mañana excepto recobrar fuerzas. Y para eso tenían que empezar por desayunar. Jara propuso hacerlo en una cafetería, pero Florence no consintió y los llevó casi a la carrera hasta el coche, que arrancó cuando Ta-

tiana aún no había cerrado la puerta. Florence tuvo el detalle, no obstante, de dejarles las llaves del coche cuando aparcaron en el Boulevard Paul Langevin, frente a la residencia y no lejos de la *école*, por si querían utilizarlo para hacer turismo durante la jornada. Y no les dio tiempo para una negativa, porque las puso sobre el capó y salió corriendo hacia su habitación. Más o menos lo mismo que hizo Rebeca.

Capítulo 15

Un muchacho muy alto y muy delgado

Don Ginés se había metido en la cama a su hora de siempre, pero no tenía sueño. Estaba sentado contra el cabecero y, aunque tenía la radio puesta y una revista de Historia entre las manos, su mente vagaba de un recuerdo a otro sin ton ni son.

Fue así como se acordó de que al último viaje que había hecho al extranjero se había llevado una bolsa de mano para meter útiles tales como las gafas de sol, un paraguas plegable y un paquete de pañuelos de papel. La tenía colgada junto a varias gorras de visera en la percha de otra habitación y no había caído en mirar en ella. Apartó la ropa de cama, se levantó y fue a buscarla con el palpito de que allí estaba lo que con tanto ahínco había perseguido inútilmente durante buena parte de la tarde. Y se encontraba allí, en efecto.

Con el pasaporte en la mano, se metió de nuevo en la cama. Estaba cabreado y decepcionado, pero ya no achacaba a la estupidez de la gente y al mundo en general la causa de sus males, sino a sí mismo. Él no había tenido prevención bastante como para pensar que debía llevar su pasaporte al viaje a Lille ni la había tenido para comprobar la caducidad de su DNI, ni había tenido diligencia para sacar el pasaporte de la bolsa y guardarlo en su sitio, ni memoria para recordar dónde lo había dejado. Orlando, en cambio, sí había sido prevenido, a pesar de lo cual se había llevado una riña y ahora andaba solo en el extranjero, con menos de ochenta y cuatro euros en el bolsillo. «En cuanto me levante, le ingreso el dinero preciso para sus gastos», se dijo, y con esa conclusión se quedó más relajado, de modo que apagó la luz y pronto se quedó dormido.

—He ido a casa de tu madre, le he contado lo que ha pasado y le he preguntado si sabía el número de tu cuenta, a la que he transferido cuatrocientos euros. ¿Es suficiente?
—el maestro lo llamaba desde la calle, camino de un bar donde se iba a tomar un café con churros.

—De más. Muchas gracias.

—¿Sabes algo ya?

—Me disponía a hacer las gestiones.

—Bien. Tenme al corriente.

–De acuerdo.

–¿El hotel era bueno?

Orlando había desayunado café soluble con galletas y estaba medio dormido en un sillón de la habitación de Rebeca cuando sonó el teléfono. Rebeca ya se había ido a la *école*. Tatiana se había duchado y, tras pasearse en tanga delante de él, se había metido en la cama, donde ahora se hallaba dormida, en tanto que Jara se estaba duchando. Era una situación demasiado complicada como para poder explicarla por teléfono con unas cuantas palabras.

–Muy bueno. Estupendo.

Orlando siguió en la misma posición y cerró los ojos, pero la conversación con don Ginés lo había despabilado por completo. A los cinco minutos, había encendido el ordenador de Rebeca y buscaba en él la sede de la compañía de transportes, que se ubicaba a pocos kilómetros de la residencia. Allí lo encontró Jara cuando terminó de ducharse.

–¿Qué haces? –Jara tenía enrollada la toalla alrededor de su cuerpo y se había acercado a él para curiosear lo que estaba mirando.

De las dos amigas, a Orlando le gustaba más Jara. Era menos guapa que Tatiana y sus formas no eran tan rotundas, pero se expresaba con más profundidad y su alegría era más sensata. Cuando Jara se agachó para ver la pantalla del ordenador, Orlando sintió la frescura del gel que había usado y unas greñas de su pelo le rozaron la cara.

–Estoy mirando dónde tengo que ir para buscar el paquete –contestó él un poco azorado.

–¿Qué es eso de tengo que ir! ¡Será tenemos! ¿O nos vas a dejar aquí tiradas?

–¿En serio queréis venir?

–¡Claro! ¡Ya me pica tanto la curiosidad como a ti!

Cuando Orlando se duchó, era Jara la que estaba medio dormida en el sillón, pero se desveló enseguida al sentirlo moviéndose por el piso.

–¿Cuándo nos vamos? –preguntó ella.

–Ya.

Jara se acercó a Tatiana, que aún seguía en la cama, y tras despertarla con unas cuantas palmaditas en el hombro, le preguntó si quería ir con ellos. Tatiana refunfuñó un poco y

se dio media vuelta. Seguramente no se había enterado de nada, pero aun así era obvio lo que quería hacer.

–Déjala. Está muerta. Necesitará un día entero para reponerse –dijo Orlando.

También ellos estaban muertos y necesitaban descanso, como estaban muertos y necesitados de descanso los alumnos de la *école* que habían salido corriendo hacia sus clases. Algo indicó Jara al respecto: «Yo estoy como ella, pero soy como los zombis. Si hay que levantarse, me levantó, por muerta y hecha polvo que esté».

Se tomaron otro café antes de partir, y Jara cogió las llaves del coche de Florence aunque Orlando le había dicho que no lo hiciera, y que en todo caso él no se responsabilizaba de las consecuencias. «Yo conduciré», concluyó ella. «No vamos a pagar un taxi teniendo a nuestra disposición el trasto de esa loca». Serían sobre las nueve y media de la mañana cuando salieron a la calle.

En España, por lo menos en Andalucía, era Jueves Santo, pero en Lille era simplemente jueves y todos los establecimientos estaban abiertos, también la sede de la compañía de transportes, a la que llegaron sin demasiada dificultad guiados por el navegador del teléfono de Orlando. Se hallaba ubicada en la nave de un polígono industrial, y era una más en una calle de naves prácticamente iguales dedicadas casi en exclusiva a almacenes y ventas al por mayor. En la fachada tenía dos entradas, una para los vehículos y otra para los clientes, aunque las zonas a las que daban ambas estaban conectadas por una puerta interior.

–¿Hablas inglés? –preguntó Jara a Orlando antes de entrar.

–Bastante bien, creo –contestó Orlando.

–Me gustaría seguir la conversación. Si se desarrolla en español o en inglés, me enteraré de lo que decís.

–De acuerdo.

La parte destinada al público era atendida por dos mujeres que actuaban independientemente. Orlando se dirigió a la que estaba libre en aquel momento.

–Ese envío no está aquí –dijo finalmente la señora tras indagar en su ordenador.

–¿Qué fue de él?

La operaria volvió a mirar en el historial. Había algo excepcional en él, desde luego, pensó. Solo entonces se concentró en lo que estaba haciendo.

—No se pudo entregar y no lo quiso el remitente, por lo que se le aplicó el protocolo legal para casos de renuncia —contestó.

—¿Qué quiere decir?

—Que ahí se acaba la historia. No tenía valor declarado y no podemos acumular paquetes que no quiere nadie. Si no los quiere nadie, nosotros tampoco.

Orlando se había puesto en aquella situación y la tenía ensayada. Le resultaba muy chocante que un bulto se destruyera sin más, cuando su contenido podía ser valioso, aunque no se hubiera declarado su valor. Lo razonable era sospechar que antes de destruirse se abriría y se examinaría su contenido, por si había en él algo aprovechable. Pero ese proceder tal vez fuera ilegal, así que no podía preguntar por él expresamente sin recibir una contestación negativa.

—¿Le importa que hablemos con la persona encargada de su destrucción?

La mujer sonrió.

—¿Cree usted que tenemos un departamento específico para eso? ¿Cuántos paquetes cree que se encuentran en ese estado? Si hay uno que no se recoge y ha pasado el tiempo de caducidad, lo tiramos a la basura y ya está.

La mujer estaba empezando a impacientarse, pero no había ningún cliente esperando y Orlando pudo volver a repetirle que venían de España, de Andalucía, de muy lejos, de miles de kilómetros, solo para saber lo que había ocurrido, porque en ese paquete había algo que podía salvar la vida de una persona, del hermano menor de ella (y señaló a Jara), que se encontraba gravemente enfermo.

—Déjenos hablar con la persona que se encargó de tirarlo. Si no hay ninguna esperanza, absolutamente ninguna, queremos saberlo, y así por lo menos nos quedaremos tranquilos.

Entonces entró un cliente por la puerta. La dependienta, más por quitarse de encima a Orlando que con el afán de hacerle el favor que le pedía, fue de la oficina a las cocheras, que estaban más allá de una pared de cristal, y se puso a hablar con uno de los opera-

rios que descargaba bultos de una furgoneta. Al poco, le hizo una señal con la mano para que se uniera a ellos.

–Pregúntenle a Philippe –dijo cuando Jara y él estuvieron a su lado.

Philippe era un hombre alto y fornido, con arrugas muy pronunciadas en la frente aunque se veía que no era mayor, y tenía prisa. Mientras Orlando le habló, no paró de cargar paquetes en la furgoneta.

–Los paquetes caducados no los destruimos enseguida, porque son muy pocos y no estorban. Esperamos mucho más del periodo legal –le indicó–. De ese que usted me dice me acuerdo perfectamente, porque ha sido el único sin valor declarado por el que se ha interesado alguien.

–¿Alguien aparte de nosotros?

La aclaración era necesaria.

–Sí, un muchacho que no hablaba francés. Alemán, creo. Muy alto y con numerosos piercing.

–¿Y qué pasó?

–Se llevó el paquete, claro.

–No queda constancia en los registros, según nos han dicho.

–Porque a todos los efectos estaba caducado. Es decir, que debía estar destruido –respondió aquel hombre–. ¿Lo entiende? Lo comenté en las oficinas, pero me dijeron que lo entregara y ya está. Ni siquiera traía autorización de la destinataria. «Es como si no le dieras nada», me dijeron. Y en realidad era así. Habría sido igual si se lo hubiera dado a ustedes ahora.

Orlando le explicó la situación a Jara con unas cuantas palabras.

–Si no los hubieran dado a nosotros, habríamos firmado un recibí. Por lo menos eso –dijo Jara enseguida.

Cuando Orlando trasladó la observación a Philippe, este respondió afirmativamente. Jara entendió la contestación y pidió al operario que le enseñara el documento. Como lo hizo en español, Orlando lo tradujo inmediatamente al francés. Philippe miró un enorme reloj de pared que estaba sobre el dintel de los portones de entrada, presidiendo todo el recinto, y lanzó un bufido de desaprobación. Les pidió unos segundos para terminar su

labor y, en cuanto lo hubo hecho, cerró la furgoneta y, seguido de Orlando y de Jara, se dirigió con paso firme hacia una cabina para uso exclusivo de los operarios, de la que sacó un libro de registro de incidencias que repasó delante de ellos hasta que dio con una página. «Voilà», dijo entonces, y se la mostró.

La anotación contenía una fecha, el garabato de una firma, unas palabras ilegibles y un número, tal vez de un documento de identidad. Orlando le hizo un par de fotografías con el móvil y, a instancias de Jara, preguntó a Philippe cómo era el joven que retiró el paquete.

—Alto, muy alto y muy delgado, y tenía una perilla rubia —contestó mientras hacía diversos gestos con la mano.

Jara tenía la boca grande, los dientes iguales y muy blancos y una sonrisa preciosa que armaba cada poco rato. Cuando sonreía, se le formaban dos surcos que iban de la comisura de los labios a la barbilla, se levantaban sus carrillos, que eran bastante carnosos, y se movían los mechones de pelo que le caían sobre la cara por el borde de los ojos. Antes de subir al coche, Orlando apoyó los codos sobre el techo y movió la cabeza, serio y decepcionado. Jara, en cambio, le correspondió desde el otro lado con una de sus sonrisas, tan franca y tan risueña como una carcajada. Orlando la miró. Pensó: aunque se está cachondeando de mí, es guapa y simpática. Y dijo luego, algo más relajado:

—Se lo tengo que decir a don Ginés. Esto se ha acabado —hizo una mueca y añadió—: Bueno, tal vez sea lo mejor.

Jara conocía someramente el papel del maestro en aquella historia, porque Orlando le había dado cierto protagonismo cuando se la contó.

—¿Cómo que se ha acabado? —dijo, borrando de pronto su sonrisa—. ¿Es que piensas pararte aquí? No te comprendo. ¿Has venido desde ese pueblo tuyo de Los Pedroches hasta Lille para rastrear un libro que posiblemente guarde alguien y te vas a conformar con lo que he visto?

—¿Qué puedo hacer? Dime. Solo sé que se lo llevó un joven alto y muy delgado. ¿Me pongo a buscarlo por la calle?

Era una contestación demasiado irónica, casi ofensiva, pero Jara no se la tuvo en cuenta.

–Ponte en situación –le dijo–. Supón que eres Elvira, que ya no vives en Lille y que uno de tus amigos viene de visita. Supón que ese hecho te hace acordarte del paquete que un día te remitió la mujer de tu tío con algunos objetos de él. Han pasado dos años y ya no sientes el despecho de antes. Al contrario, con el tiempo has entendido el valor sentimental de esos objetos y le pides a tu amigo que, aprovechando su viaje, haga el favor de recoger lo que un día tú no quisiste. ¿Pudo o no pudo ocurrir así?

–Así y de muchas otras formas.

–En efecto. Pero lo más razonable es que ese muchacho retirara el paquete por cuenta de Elvira. Solo ella conocía su existencia y solo a ella le podía importar su contenido. ¿No crees?

Orlando no se limitó a mirarla, sino que sin advertirlo la escrutó, embobado. La cara de Jara se había iluminado con una nueva sonrisa.

–De ese muchacho no tenemos referencias, pero de Elvira sí –continuó apasionadamente Jara.

Se metió en el coche y lo dejó fuera, tecleando en el móvil. Quizá había sido demasiado dura con él, pensó mientras lo veía preocupado. Después de todo, qué sabía ella de las circunstancias de aquella extraña búsqueda. Y aún más, qué le importaba a ella lo que estaba pasando.

–Perdona –se excusó Orlando al entrar en el coche–, estaba pidiendo por correo la dirección de Elvira. Aunque no sé si podré conseguirla.

Jara no le reclamó explicaciones, pero tampoco le confesó que abandonaba el caso, y Orlando necesitaba hablar. Hablarle a ella, sobre todo. A ella, que había demostrado por el quehacer que lo movía un interés más propio de una amiga fiel que de una recién conocida. Necesitaba hablarle, pero no le hablaba. Se lo guardaba para sí como había hecho casi siempre con cada uno de sus problemas. Se lo guardaba y lo que le debía salir por la boca le salía por el rostro, que se volvía agrio, y por las manos, que le temblaban. Iban en silencio. Jara lo miraba por el rabillo del ojo y lo veía sufrir.

–Supongo que hay algo importante que no me has contado, pero no te preocupes, no tienes por qué. Después de todo, apenas nos conocemos y dejaremos de vernos dentro de un rato –le dijo.

–Todos mis apuros terminarían si encontrara ese maldito libro –contestó Orlando.

Cualquier otra persona habría considerado una deslealtad aquella falta de explicaciones, pero Jara siempre estaba dispuesta a meterse en los charcos emocionales de los demás e hizo suya la tristeza de Orlando.

–Sé por Rebeca que los ingenieros de Lille mantienen una asociación. ¿Has pensado que Elvira debe de pertenecer a ella? –le indicó.

No lo había pensado.

–En el registro de asociados debe constar el domicilio de los miembros o, al menos, una forma de ponerse en contacto con ellos.

Era cierto. Y si la encontraban antes de que Purificación le mandase la contestación, tal vez podría retirar la solicitud que le había hecho, e incluso pedirle disculpas.

–¿Puedes buscar la dirección en internet, Jara, por favor? –le pidió Orlando.

Jara no podía decirle que no. ¿Qué trabajo le costaba? La buscó y se la dijo.

–Vamos ahora. ¿Te parece?

Tampoco a esto podía decirle que no. Después de todo, ella había sido la forjadora de la solución. Y no serían más de unos cuantos minutos. Iba con él, conseguía la dirección de Elvira y lo dejaba con su libro y con sus problemas.

Capítulo 16

Junto a las chimeneas de Wolfsburgo

En la puerta de la sede de la asociación de antiguos alumnos de la École Centrale de Lille, Orlando le había pedido a Jara que lo ayudara a montar la estratagema necesaria para conseguir unos datos que probablemente eran confidenciales. A Jara le divertían esos retos, aunque tal vez no hubieran logrado nada si no hubiera sido porque Elvira ya no era miembro de la asociación.

–Esa señora se dio de baja hace unos cuantos años –le contestó con disgusto la empleada–. Y eso que la habíamos ayudado a encontrar trabajo.

–Dónde.

–En Alemania. En Wolfsburgo, más concretamente.

La señora dijo que no podía ser más explícita, pero citó la empresa, que era una de las habituales colaboradoras de la *école*.

En la calle, Orlando buscó en internet el nombre de la empresa, y enseguida tuvo su domicilio social y el objeto de su actuación, que resultó ser la producción de piezas de preseries para distintos fabricantes de automóviles, aunque su principal comprador era Volkswagen. Según el Google Maps, de Lille a Wolfsburgo había unos 650 kilómetros, que se tardaban en recorrer en coche algo menos de seis horas.

–Y colorín colorado, este cuento se ha acabado –comentó Orlando, sin saber si debía sentirse aliviado con la noticia o no.

Jara tenía una idea bien distinta al respecto. Miró su reloj y dijo.

–No son ni las doce. Si sales ahora, llegas a Wolfsburgo a media tarde.

Orlando se mordió el labio inferior y se puso la mano en la frente. La puerta que le abría Jara daba a un camino demasiado angosto para él.

–No sé si te entiendo –medio tartamudeó–. Me estás sugiriendo que vaya a Wolfsburgo.

–¿Por qué no? El libro está allí, seguro. Vas a dejarlo escapar por seiscientos kilómetros de nada. Es más o menos la distancia que hay entre Madrid y Barcelona.

–¿Tú crees que es lo mismo?

Jara contestó con un gesto de incompreensión, como si dijera: pero bueno, qué te pasa, quieres ese maldito libro o no.

–No sé hablar alemán –se justificó Orlando.

–Pero sabes inglés, como la inmensa mayoría de las personas con las que tendrás que hablar.

–No tengo billete de avión ni sé si habrá un tren directo o no.

–Pero tienes un coche –y Jara señaló a uno rojo que estaba aparcado a unos cuantos metros de distancia.

–¿El de Florence?

–Ese. Si te vas ahora, mañana por la tarde puedes estar aquí con él. ¿Qué más le da a ella tenerlo parado un día más o menos?

–¿No me he atrevido a conducirlo por Lille y me pides que cruce unos pocos países con él, que me plante en una ciudad que no conozco y que vuelva al día siguiente? ¡Dios mío! ¡Uno de los dos está mal de la cabeza!

–No digas tonterías –lo cortó Jara–. Si estamos de vuelta mañana por la noche, me voy contigo. Pero tú también tendrás que conducir.

Más que el ofrecimiento de Jara, lo que influyó decisivamente en Orlando fue la imposibilidad de oponerse a la fuerza de su carácter. En el torrente de la voluntad de Jara, la de Orlando se encontraba cómoda y segura. Orlando no dijo ni que sí ni que no, pero en unos pocos segundos se vio de nuevo en el asiento del copiloto del coche de Florence, camino de la residencia, donde debían recoger «las mochilas y salir pitando», según la expresión que utilizó ella.

–Me voy con Orlando. Dile a Florence que vamos a necesitar su coche hasta mañana. Y que esté tranquila, que se lo vamos a devolver sano y salvo.

Como Tatiana seguía dormida y muy probablemente no se había enterado de nada, Jara lo escribió en una hoja de libreta, que dejó sobre la mesa. Poco después estaban camino de Wolfsburgo, y a Orlando se le ocurrió llamar a don Ginés antes de que el maestro lo llamara a él.

–He hecho averiguaciones y sé dónde está trabajando Elvira. Creo que vive en Wolfsburgo.

—¿Wolfsburgo? ¿Dónde está eso?

—En Alemania. A seis horas en coche de Lille —le respondió Orlando, y añadió anticipándose al maestro—: Ya estoy en camino.

En cuanto colgó, Orlando remitió un correo a Purificación para darle las gracias y pedirle disculpas por haberse puesto en contacto con ella. «Afortunadamente, ya no hace falta que me des la dirección de Elvira, pues creo tenerla localizada», escribió al final.

«Le he mandado un correo a Purificación explicándole lo que ha pasado», dijo luego. De pronto apreciaba que Jara, que estaba compartiendo con él la carretera y tal vez el destino, debía compartir también buena parte de sus secretos. Nunca se había relacionado con alguien como ella. Se había pasado toda la vida estudiando, encerrado en su cuarto y encerrado en sí mismo, para saber y para apartarse del mundo, para sentirse más seguro entre sus libros y sus obligaciones. Y el resultado había sido un conocimiento teórico de unas cuantas materias, el dominio de un par de idiomas y una ausencia absoluta de mundología, especialmente en lo referido al contacto con los demás, y más especialmente aún en la relación con las mujeres. Sabía que había jóvenes así, dispuestos a todo en cualquier parte, pero huía de ellos porque su alegría y su arrojo lo abrumaban y lo hacían más sensible a sus propias carencias. Jara era jovial y animosa. La había conocido por casualidad el día anterior, solo el día anterior, y a pesar de eso iba con él camino de Wolfsburgo en busca de algo que no le afectaba para nada y tan simple como el original de un libro cuyo mayor mérito estaba por demostrar. Era evidente que él no podía develárselo todo, pero también lo era que Jara se merecía todo lo que podía contarse. Era cuestión, pues, de hacer justicia. Además, Orlando estaba enternecido y el ambiente cerrado del coche ayudaba a la confidencia.

Empezó su relato por el día en que fue al archivo del Ayuntamiento y lo terminó en el momento en que las conoció, a Tatiana y a ella, tras aterrizar en el aeropuerto de Charleroi. Lo hizo con el máximo detalle, yéndose por las ramas y volviendo al tronco para tomar pronto otra rama por la que extenderse, abundando en datos tales como la literalidad de los correos electrónicos y sin omitir las emociones que los acontecimientos le provocaban, lo contó absolutamente todo, incluida la noche que pasó con Epifanía, todo

salvo que hasta entonces era virgen y el asunto del vídeo, del que no dijo ni media palabra.

A Jara no le impresionó tanto lo que tenía que ver con el libro como la categoría de algunos personajes secundarios, cuya aparición en la historia se le antojaba artificial y prescindible. «No parece que la muerte de Feliciano esté relacionada con el libro», explicó. «En realidad, todos los indicios apuntan a que ese libro tiene un valor escaso, si exceptuamos que podría asemejarse a las letras de las canciones de Franco Battiato, lo cual no es ni bueno ni malo». Es decir, que al margen de lo que podría interesarle a él, el objetivo de su búsqueda no era muy importante para nadie más.

Orlando estuvo de acuerdo.

—Por eso espero que a Elvira no le importe que me lo lleve o, al menos, que lo copie —dijo.

Se apartaron en una carretera de Venlo, Holanda, y comieron en el Burger King de la Columbusweg. Orlando no mostró resistencia a conducir después durante casi tres horas, hasta Garbsen, mientras Jara dormía, y Jara cogió el coche desde allí hasta Wolfsburgo. Poco antes de llegar, Orlando buscó en internet una pensión barata en la ciudad o sus alrededores y dio con una que por 55 euros tenía aparcamiento gratuito y desayuno incluido.

—No lo dudes. Pon la dirección en el navegador y dime la ruta —le indicó Jara en cuanto supo las condiciones.

Solo unos cuantos minutos más tarde estaban hablando con el recepcionista y dueño de la pensión, un señor alto, distinguido y de pelo canoso que les pedía con una sonrisa y en un correcto inglés el precio de la tarifa oficial, muy superior al doble de la que se ofertaba en internet.

—Resultaría bastante estúpido que reserváramos ahora por internet, pero si quiere, lo hacemos —concluyó Jara después de una pequeña conversación.

El recepcionista no dio lugar a más trámite y aceptó de buen grado.

—No hay problema. Le daré el mejor precio que se puede ofertar en Wolfsburgo por una habitación —dijo.

—¿Una? —preguntó Orlando a Jara en español.

–Si quieres pagar dos, que sean dos, pero a mí no me importa que sea solo una.

Solo una contrató Orlando. Una habitación no muy distinta de la de un hotel de varias estrellas, con una cama de matrimonio y un cuarto de baño amplio y suficientemente dotado, en la que apenas estuvieron el tiempo justo para dejar las mochilas, lavarse la cara y beber un vaso de agua.

Cuando iban a volver a la calle, sonó el teléfono de Jara. Era Tatiana. Al parecer, Florence no había preguntado por su coche.

–Mejor, porque no estoy en Lille. Ni siquiera estoy en Francia.

–¿Dónde estás, en Bélgica?

–Un poco más allá, en Alemania. Se nos ha ido la mano y hemos acabado más lejos de la cuenta. Pero no te preocupes, mañana estaremos de vuelta en la residencia.

Como el propósito era sincero, Jara propuso rastrear el lugar donde estaba la sede de la empresa en la que trabajaba Elvira, a fin de ir sin dilación en cuanto abrieran al día siguiente, pues suponía que a esas horas estaría cerrada. Orlando aceptó, y menos de veinte minutos más tarde habían dejado el coche en el enorme aparcamiento anexo a las instalaciones y se hallaban frente a la puerta principal de la empresa, que, en efecto, no tenía actividad alguna. Se volvían hacia el coche, cuando vieron que un joven trajeado había salido por una puerta secundaria y se dirigía hacia un Volkswagen Golf con un maletín en la mano. Jara dio un manotazo en la espalda a Orlando y lo obligó a correr hacia él. El joven, al verlos venir, se detuvo, una pizca intrigado, y los esperó.

–Perdone –le dijo Jara en inglés–. Nos gustaría mucho saber a qué hora abre la empresa por la mañana. Nos urge entrevistarnos con una persona que trabaja aquí.

El joven sonrió de un modo desconcertante.

–¿Sois españoles? –les preguntó en español.

–Sí, ¿cómo lo has sabido?

–Por la pinta, y por el acento de tu inglés.

–¿Tan mal lo hablo? –dijo Jara riendo.

–No, ¡qué va! Lo hablas perfectamente, pero con acento español. Como yo, que también soy español.

La casualidad tiene más protagonismo en las historias interesantes que en las comunes. De eso hablarían luego Jara y Orlando en el Vapiano de la calle Porche, como si el azar fuera un instrumento en manos de un Supremo Hacedor que bien podía ser el guionista de sus pasos y ellos fueran dos personajes de una novela de aventuras. Entonces, la casualidad también les llamó la atención, pero no filosofaron sobre ella y se limitaron a aprovecharla.

–Si esa persona a la que buscáis es española, me podéis preguntar a mí, porque conozco a todos los españoles de esta empresa –les dijo el joven.

–Se llama Elvira y debe de ser de tu edad –contestó Orlando.

–Elvira, claro, la conozco. Trabajaba conmigo. Y digo trabajaba porque se fue hace unos cuantos meses. Creo que ahora vive en Berlín.

Solo en ese momento se dieron cuenta de que podían haberse limitado a llamar por teléfono a la empresa, en lugar de hacer un viaje tan largo. Jara reconoció su error en voz alta.

–Si lo que queréis es encontrar como sea a Elvira, habéis hecho bien en venir, porque en esta empresa nos habríamos limitado a deciros que no está –dijo el joven–. Ni siquiera yo conozco con exactitud la ciudad donde vive actualmente. Os he dicho que creo que en Berlín, que creo, pero no lo sé seguro. Elvira es así, bastante loca, al menos para lo que podemos entender personas como vosotros y como yo.

–Si tú no sabes dónde reside ni lo sabe nadie en esta empresa, ¿quién lo sabe? –preguntó Jara.

–Ella vivía con otras dos chicas al norte del Allersee. Yo he estado varias veces en su casa, pero no os puedo decir la dirección, porque no la sé. Si queréis, os llevo hasta allí ahora, a ver qué saben sus compañeras. No está muy lejos, a unos diez minutos –dijo aquel joven.

Aceptaron, por supuesto. Jara le pidió que fuera despacio y él prometió que los estaría vigilando por el retrovisor. Con esas precauciones, quizá fueron más de diez minutos los que tardaron en llegar a la calle Käthe Schmidt, donde aquel joven aparcó su coche delante de una vivienda unifamiliar.

–Si no os importa, me gustaría acompañaros. También a mí me gustaría saber qué ha sido de Elvira –les pidió.

Le contestaron que no había problema, y su presencia en la conversación fue providencial, pues la persona que les abrió la puerta fue la que había sustituido a Elvira como inquilina y solo hablaba alemán.

–De las tres personas que viven en esta casa, solo una la compartió con Elvira – tradujo el joven–. Pero ha salido con sus compañeras de trabajo y llegará más tarde. Me dice que trabaja en el Autostadt, en el pabellón de Lamborghini.

El cuarto de hora siguiente lo dedicó aquel joven a explicarles lo que era el Autostadt, el gran parque temático sobre el automóvil construido por el grupo Volkswagen, que tenía su sede en Wolfsburg. Y le hubiera dedicado más de no ser porque Orlando, que arrastraba en su cuerpo los excesos de la noche pasada en Lille, se tapó varios bostezos con la mano, lo que puso al joven sobre aviso del tedio que estaba provocando.

–Me vuelvo muy pesado cuando se trata de hablar de coches. Lo siento –dijo.

Poco antes de despedirse, les indicó dónde debían ir al día siguiente y les dio un par de pistas para comer barato en el parco centro de la ciudad, del que no estaban muy lejos. De hecho, en diez minutos habían dejado el coche en el aparcamiento de la estación de ferrocarril y andaban por la plaza de Willy Brandt en dirección a la calle Porsche, dejando justo a sus espaldas las cuatro gigantescas chimeneas que el joven que los había guiado les había dado como referencia para llegar al Autostad. Wolfsburg puede ser una ciudad apasionante para un ingeniero, pero no lo es para un estudiante español con gana de marcha. Y mucho menos lo es cuando el estudiante no tiene gana de marcha alguna, como les ocurría a ellos.

En el Vapiano que hay al final de la calle, junto a un restaurante mejicano, tomaron una pizza y una cerveza mientras hablaban de lo que esperaban del mundo cuando ellos estuvieran dentro.

–Porque yo aún no estoy dentro del mundo –dijo Jara.

–Sí, sí lo estás, igual que yo, pero a nosotros todavía no nos ha digerido ni nos ha metabolizado. El que ya está asimilado por completo es el muchacho del Golf, del que, por cierto, no sabemos ni el nombre.

El tema de conversación era profundo y daba para toda clase de disquisiciones. Con él siguieron hasta que se montaron en el coche, y mientras el coche los llevó hasta la pensión. No lo abandonaron sino hasta que entraron en su habitación y se encontraron de bruces con la obligación de compartir la cama.

—¿Qué lado eliges? —le preguntó Jara.

Orlando no estaba acostumbrado a elegir porque siempre usaba ambos lados.

—Me da igual.

—Vale. Entonces me quedo con este —decidió Jara refiriéndose al que tenía a su mano izquierda.

Orlando se llevó su mochila al cuarto de baño y se duchó durante un buen rato, a conciencia, utilizando todos los productos del set de cortesía que proporcionaba la pensión, porque de ningún modo quería causarle mala impresión a Jara, con quien pronto compartiría los olores corporales.

—Te toca —dijo Orlando con una naturalidad fingida cuando salió del cuarto de baño.

Jara cogió su neceser y le apuntó algo sobre el Gobierno de España, probablemente relacionado con una noticia dada por la televisión, antes de cruzarse con él. Orlando no la entendió y no hizo nada por enterarse de lo que decía la presentadora del boletín de noticias de la cadena en inglés que estaba puesta. Estaba muerto de cansancio, tanto que no tenía sueño, tanto que creía poder seguir despierto indefinidamente el tiempo que hiciera falta para poder contentar a Jara, si Jara quería que se la contentase. Además, enseguida lo llamó don Ginés y lo despertó aún más.

—¿Sabemos algo?

—Sabemos que Elvira no vive en Wolfsburgo. Me lo han dicho en la empresa en la que trabajaba.

—Y no me has llamado para decírmelo. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿No quedamos en que me tenías que tener al corriente de todo?

—Se lo iba a decir mañana. Mañana a primera hora hablaré con una compañera de la casa donde vivía.

—Me llamas en cuanto hables con ella, que no se te olvide.

—Descuide.

Orlando apagó el teléfono y se puso a pensar en don Ginés con una media sonrisa en los labios. Fue lo último que recordó de aquella noche. Lo siguiente, fue que alguien lo removía.

–Vamos, que son las ocho y media y el Autostadt abre a las nueve.

Jara se había sentado a su vera y le hablaba casi al oído, dulcemente. Se había puesto unos vaqueros y una camiseta, se había aseado y había recogido su mochila.

–Ayer no me dio tiempo ni de poner el despertador. Me quedé dormido de pronto, como si me hubieran dado un porrazo.

–Tuve que tenderte y que arroparte, y no te diste cuenta de nada. ¡Ya ves! Poco antes, mientras me duchaba, estuve pensando que igual te querías aprovechar de la situación. ¡Para aprovechamientos estabas tú!

¿Qué habría pasado? ¿Qué habrías hecho si me hubiera querido aprovechar de la situación? ¿Me habrías dejado? Orlando lo pensó, pero guardó silencio. Se limitó a sonreír y, en cuanto Jara se incorporó, apartó el edredón y pegó un salto de la cama. Solo unos cuantos minutos después se hallaban en el comedor de la pensión, desayunando todo lo que tenían gana y más, porque no sabían cuánto y dónde iban a poder comer a mediodía.

–La cuestión es la siguiente –dijo Jara al respecto–: es casi seguro que la compañera de Elvira tenga el número de su teléfono y que nos lo dé. Pero me queda por saber qué harás cuando lo tengas.

Orlando estaba llevándose un vaso de zumo de naranja a la boca, el tercero, y lo dejó en el aire.

–¿Qué quieres que haga? Llamarla –contestó.

–Quiero decir que estamos a poco más de una hora en tren de Berlín. ¿No se te pasa por la cabeza la idea de ir a recoger el libro en persona?

–No, de ninguna manera. Ya hemos ido bastante lejos. Todavía tenemos que volver a Lille. Y te recuerdo que tardamos siete horas en el viaje de ida hasta aquí.

–Yo no lo decía por mí, sino por ti.

El costado de Orlando sintió una pequeña punzada.

–Podías ir a Berlín, coger el libro y volverte a España. Es más fácil y más cómodo que volver desde Lille.

Orlando no lo había pensado, quizás porque en sus cálculos siempre había estado que debían devolver el coche a Florence. Pero, en efecto, el coche lo podía devolver Jara sola. En verdad, era eso lo que no tenía previsto, que Jara y él se separaran tan pronto.

–No sé. Tengo comprado el billete de avión desde Lille –se excusó Orlando.

–Sí, para el domingo, y estamos a viernes. Con lo que te ahorras de estancia en Lille puedes pagar el billete de vuelta desde Berlín, seguro.

Era más. Si los dos se iban a Lille, Orlando podría estar con ella otros dos días. Si se iba a Berlín, en cambio, la perdía para siempre.

–Tal vez lles razón. Lo pensaré cuando sepa lo que nos dice la excompañera de Elvira.

Ya no dejó de pensar en el dilema que se le planteaba. Lo lógico era ir a Berlín, pero le daba miedo hacerlo solo y si se iba perdía la oportunidad de estar con Jara otros dos días. Volver era más confortable y en Lille podía estar con Jara. Pero si volvía, ella creería que era un cobarde y lo despreciaría.

Quizá por estar pendiente de sus pensamientos no le indicó a Jara el cruce en el que debían apartarse. Lo hicieron en el siguiente y dejaron el coche en el aparcamiento del Phaeno, un parque de las ciencias del que hablaron el día anterior, porque pasaron andando frente a él. El Autostadt está al otro lado del Mittellandkanal, cuyas aguas se salvan desde el Phaeno por una pasarela peatonal con la imponente vista de las cuatro chimeneas de la vieja fábrica de Volkswagen a la izquierda. Una visión a la que uno no puede sustraerse en ningún momento del recorrido por el Autostadt.

–El pabellón de Lamborghini está por ahí –indicó Jara tras consultar el plano que les habían dado al pagar la entrada.

En el recibidor del pabellón Lamborghini, dos mujeres uniformadas aguardaban desde detrás de un mostrador la llegada de algún visitante.

–Una de esas chicas debe de ser la que buscamos. Pregúntales tú –apuntó Jara.

Lo era. Lo reconoció implícitamente cuando Orlando les preguntó en inglés si una de ellas conocía a una muchacha española llamada Elvira.

–¿No os lo han dicho? –contestó.

Jara y Orlando se miraron sin saber a qué se estaba refiriendo.

–Han venido preguntándome por ella hace solo cinco minutos. ¿No son ustedes del mismo grupo? –concretó aquella mujer.

–No, hemos venido solos –le indicó Orlando.

–Pues me parece increíble. Desde que se fue, hace más de seis meses, nadie se ha interesado por esa loca. Y ustedes son las segundas personas que vienen hoy preguntándome por su paradero.

Capítulo 17

La voluntad de los ganadores

Don Ginés era aficionado a leer autobiografías y artículos de Historia, y si de las primeras había aprendido a justificar siempre sus propios actos, de los segundos había aprendido a valorar la voluntad de triunfo de los ganadores, su falta de escrúpulos y su olfato para estrujar la oportunidad. Porque la oportunidad era imprescindible para el éxito. El azar, la suerte, el sino o como quiera llamarse, pensaba, se alía con los que lo buscan, en efecto, pero no con todos los que lo buscan, sino solo con unos cuantos privilegiados. Y ahí es cuando hay que tener la sagacidad suficiente para saber aprovecharlo.

La fortuna había llamado a su puerta el día en que aquel muchacho preparado pero débil fue a preguntarle por un libro que se parecía a las canciones de Franco Battiato. Él tenía el campo abonado para la llegada de la providencia porque mantenía alto el rencor y su disposición para la venganza seguía intacta. Las dudas morales solo agarrotan a los blandos. Los fuertes no tienen dudas y se inclinan hacia el lado de los perdedores o hacia el lado de los ganadores conscientes de su destino, que es la derrota o el triunfo. Él ya fue derrotado una vez, porque no tenía armas eficaces para luchar en igualdad de condiciones. Entonces, era fuerte y consciente de que el destino le tenía reservada la derrota. Ahora, se dijo, seguía siendo fuerte, pero tenía armas poderosas para luchar desde posiciones de ventaja.

En cuanto tuvo el vídeo en su poder, supo que debía adoptar cualquier decisión menos la de destruirlo. Y si no debía destruirlo, ¿por qué no utilizarlo enseguida? Aleda estaba muy lejos de todas partes. En Aleda, el mundo era lento y taciturno. En Aleda, los espíritus libres como él sentían el desprecio de los que gestionan la Historia, esos que luego declaran sus triunfos y disculpan sus errores en su autobiografía. La última autobiografía que había leído era un claro ejemplo de ello. El hombre que le había cerrado las puertas a la democracia interna en el partido y lo había condenado a él al ostracismo político se presentaba a sí mismo como el adalid de la Democracia (así, con mayúsculas), cuando su única pretensión había sido siempre la de ocupar el poder en todas sus facetas,

y para ello no había dudado en aliarse con el diablo en el partido y en dispensar cargos y prebendas en la institución que había presidido durante años y años.

Utilizaría el vídeo cuanto antes para hacer cuanto antes justicia.

–Me las va a pagar ese hijo de puta –se dijo.

Porque la justicia era esa. La justicia no era para con el pueblo engañado, sino para con él.

–Le voy a sacar hasta la entrañas a ese montón de cabrones –pensó relamiéndose de gusto.

Cuando mandó el vídeo, no pidió que saliera a la luz la verdad, ni que la democracia fuera el mecanismo empleado para la adjudicación del poder interno, ni siquiera pidió un cargo, que ya le daba pereza ocupar por apetitoso que fuera, sino dinero. Pidió una suma de dinero considerable. «De ese que no aparece por ninguna parte», aclaró. «Y así no tenéis que darle explicaciones a nadie».

No le mandó el vídeo a la persona que salía en él. ¿Para qué, si probablemente no tenía esa cantidad? Era mejor dirigirse a ciertos mandamases internos del partido. Ellos sí tenían dinero. Y si no lo tenían, lo podían conseguir.

–Lo peor es que si no se entera no sufre –caviló.

Bueno, ya se encargaría él de que se enterase. Le mandaría el vídeo y le haría saber que quienes ocupaban las alcantarillas del partido habían pagado por el silencio y que ni lo había destruido ni lo destruiría, para que notara permanentemente la amenaza de su publicación sobre su cabeza.

Aquella noche, después de hablar con Orlando y de comerse los espaguetis a la carbonara de paquete que había comprado en Pozoblanco, se preparó un *gintónico* con semillas de cardamomo disfrutando cada acto, como si se tratase de una liturgia sagrada, y se dispuso a bebérselo mientras veía la película *La trampa*, con Sean Connery y Catherine Zeta-Jones, que casualmente ponían en la televisión y era de sus favoritas, porque estaba enamorado de la actriz protagonista y porque le gustaban las historias en las que los ladrones eran los buenos y se salían con la suya. Pero no llegó a sentarse. Cuando iba con el vaso en la mano camino de la mesa, sonaron tres aldabonazos urgentes. «¿Quién coño será a estas horas?», dijo en voz alta antes de contestar con un grito: «Voy». Dejó el vaso

sobre el borde del aparador, junto a los pongos que la dueña anterior de la casa se traía de sus viajes con el IMSERSO, y recorrió el oscuro pasillo sin encender la luz, guiado por la intuición de la memoria y por el resplandor de la luz del comedor, que se había quedado a sus espaldas.

—¿Es usted don Ginés Gil Granados? —preguntó el sujeto que se hallaba frente a él cuando abrió la puerta.

—Con tres ges —respondió don Ginés, como siempre cuando se oía llamar con su nombre y sus dos apellidos.

Era una ocurrencia difícil de entender a la primera.

—¿Cómo dice?

—Que sí, que lo soy. Soy Ginés Gil Granados, con tres ges. ¿Qué quiere usted?

Así al pronto, solo vio a uno, pero había otros escondidos a ambos lados de la entrada.

—¿Puedo hablar con usted?

—¿A estas horas?

Don Ginés no lo conocía. Si no lo conocía, debía de ser porque no era del pueblo. Y si no era del pueblo, con toda seguridad quería algo extraño. Cuando alguien iba a su casa con una pretensión extraña, siempre refería luego que habían ido a venderle una moto. Algunas veces se lo decía directamente a los interesados. Como en esta.

—Ya tengo moto —dijo.

También era una ocurrencia de difícil comprensión.

—¿Cómo dice?

—Que no son horas. Que iba a ver una película. Que tenga usted buenas noches.

Don Ginés hizo el ademán de cerrar, pero se interpuso el pie de la persona con la que había hablado. Tardó un par de segundos en darse cuenta de lo que estaba pasando y, cuando lo descubrió, sintió que la incomodidad por aquella inoportuna visita se tornaba ira y abrió la puerta de golpe dispuesto a comerse al intruso. Pero el intruso era mucho más fuerte que él y, tras darle un puñetazo en el vientre, le tapó la boca y lo giró para sujetarle los brazos desde la espalda.

–Señor de las tres ges –le dijo después escupiéndolo cada palabra–, creo que tiene usted una moto para nosotros.

Capítulo 18

¿Te gusta Schubert?

Jara se detuvo sobre la plataforma peatonal que salva el Mittellandkanal y miró hacia abajo. En el muelle, un grupo de turistas esperaban para subirse en la barcaza que aún estaba frente al Volkswagen Arena, a unos cientos de metros hacia el este. Orlando creyó que los observaba con envidia. Solo unos segundos antes, ella le había dicho que le gustaba subirse en toda clase de barcos, pero especialmente en los que hacen trayectos cortos dentro de las ciudades. Por eso no la entendió cuando se dirigió a él.

–Si pudiera, me iba a Berlín –dijo.

–Tal vez haya cruceros fluviales, pero el canal solo llega hasta el río Elba. No podrías ir a Berlín en barco.

Se volvió. El malentendido hizo que arrugara un poco el entrecejo.

–Me iba a Berlín contigo, en el coche.

Orlando vio una luz al final del túnel y caminó directamente hacia ella.

–Son menos de las diez. Si salimos ahora, a las doce estaríamos allí.

No le contestó ni que sí ni que no. Y Orlando aprovechó para llamar por segunda vez a don Ginés, quien tampoco en esta ocasión le cogió el teléfono.

–Es raro. Se supone que iba a estar pendiente de mi llamada –murmuró.

Jara estaba atenta a otra rareza y el comentario de Orlando le reforzó su pensamiento.

–Lo más extraño de todo es lo que nos ha dicho esa chica. Nadie se ha interesado nunca por Elvira y en menos de diez minutos lo han hecho dos personas.

–Ya hemos hablado antes de las coincidencias. Tú y yo estamos juntos ahora por una coincidencia, tenemos el coche de Florence por una coincidencia y busco un libro que se parece a las canciones de Franco Battiato por una coincidencia. Las coincidencias existen.

–Bien, pongamos que lo es. ¿No puede serlo también que tanto tú como el hombre que preguntó por Elvira la buscarais con el mismo fin? ¿No podéis ambos estar intentando encontrarla para que os proporcione el libro?

—¡Qué bobada! ¿Para qué va a querer alguien ese libro?—dijo Orlando.

—¿Para qué lo quieres tú?

La pregunta era pertinente y la contestación no tan obvia.

—Si es así, no puede ser por lo mismo que yo. Yo lo quiero por una causa extrañísima, tanto que no creo que nadie pueda coincidir conmigo, eso es seguro.

—De alguna forma me estás dando la razón. Si alguien como tú lo quiere para una causa sumamente extraña, ¿por qué no va a quererlo otra persona por un motivo más convencional?

—¿Más convencional como cuál? —contestó Orlando.

—No lo sé —Jara se detuvo y le palmeó en el brazo, como si hubiera hecho un descubrimiento fundamental antes de continuar con su razonamiento—: Porque lo quieres tú. Simplemente por eso. Es decir, porque no quiere que lo tengáis tú y ese hombre que no te coge el teléfono. ¿Cómo se llamaba?

—¿Don Ginés?

—Eso. Don Ginés.

—¡Pero qué tontería estás diciendo!

La búsqueda de un libro era un argumento recurrente en las novelas de misterio. Orlando había leído varias de ese estilo, incluida una titulada *El Farero*, escrita por un autor de Los Pedroches, cuya trama bien podía haberse desarrollado en la misma Aleda. Pero todas hacían referencia a argumentos retorcidos y a personas con carácter de personajes, lo que no venía al caso. Y si venía por alguna circunstancia extrañísima, lo mejor era huir de ella.

—Si alguien lo quiere solo porque yo lo quiero, para él, se lo doy —continuó Orlando ofuscado—. Y te digo más: no voy a ir a Berlín a buscarlo. Me vuelvo contigo a Lille diga lo que diga don Ginés. Está decidido.

—Pues lo siento por ti —contestó Jara encarándose de puntillas frente a él—, porque no me voy a Lille, sino a Berlín. Y tú te vendrás conmigo.

Sus labios estaban tan cerca y eran tan apetitosos, que le dieron ganas de cogerle la cabeza por la nuca, atraerla hacia sí de un tirón y mordérselos. Sus ojos eran tan brillantes y decían tanto de su personalidad, que le dieron ganas de sorberle primero uno y luego

otro. Su carácter era tan indómito y lo subyugaba de tal forma, que le dieron ganas de abrazarla y apretarla contra su pecho. Eran demasiadas ganas juntas como para reprimírselas todas, y como se las reprimió, no pudo evitar que se le notaran en el rostro. Jara las vio, las asimiló y se sintió llamada por la reciprocidad. Pero ella no se reprimió y le agarró la cabeza por la nuca, lo atrajo hacia sí y lo besó largamente, apretando sus labios contra los suyos hasta que le faltó la respiración.

–Tú y yo nos vamos a Berlín –dijo en cuanto recuperó el resuello–. No es la historia que había pensado para este viaje, pero qué diablos, no creo que la que vivan Tatiana y las demás sea mucho más interesante.

En el camino que les quedaba hasta el Phaeno, Jara llamó a Tatiana y Orlando repitió la llamada a don Ginés, con el mismo resultado. Ya montados en el coche y camino de Berlín, Orlando llamó a su madre.

–Niño, no sabía si decírtelo, pero ha ocurrido algo terrible.

Las palabras de Rosa iban acompañadas de un temblor en la voz que alarmó a su hijo.

–Don Ginés. Se lo han encontrado muerto esta mañana en el patio de su casa.

–¿Muerto? ¿Qué le ha pasado?

–Estaba ahorcado, hijo, colgando de una tiranta de la parra y con una silla volcada a sus pies.

–No me lo puedo creer. ¡Si tenía que hablar conmigo!

La alarma de Orlando había alarmado a Jara, que conducía por la autopista a ciento sesenta por hora, la máxima velocidad que le permitía el coche. «¿Qué pasa?», dijo. Pero Orlando no le contestó sino hasta que acabó la conversación con su madre.

–Don Ginés se ha suicidado –musitó entonces. Dejó pasar unos segundos y añadió luego con la vista perdida en el fondo de la carretera y la voz temblorosa–: Según parece, tenía todas las puertas abiertas y se le veía desde la calle colgando de la parra.

Jara redujo la marcha para estar menos pendiente de la conducción.

–Como Feliciano, el autor del libro. ¿No crees? –dijo.

Orlando no había hecho esa asociación. En realidad, aún estaba bajo los efectos del impacto y no era capaz de entender las sugerencias de Jara, que continuó más adelante:

–Estoy segura de que no se ha suicidado. ¿Por qué iba a hacerlo, si estaba ilusionado con encontrar el libro y vivía pendiente de tu llamada? Una persona con ese anhelo no se quita la vida. Tú eres el que lo conocías. ¿No ves ese acto excesivamente inexplicable y demasiado teatral? ¿No asocias esa muerte con la contestación que nos han dado en el Autostadt?

Ya sí, ya todo era demasiado excepcional como para que no hubiera un hilo conductor oculto.

–¿Me lo has contado todo? –le preguntó Jara.

–Prácticamente todo –respondió Orlando, que tampoco entonces se atrevió a mencionar lo del vídeo.

–Debe de haber algo en lo que no has caído.

–Intento recordar, pero no se me ocurre nada –mintió Orlando.

¿Para qué mencionar lo del vídeo? No era en absoluto importante. El vídeo no tenía nada que ver con lo que había de extraordinario en la historia del libro. Como Jara y él iban en busca del libro, no había ningún motivo para exponerse al reproche de Jara contándole un asunto tan turbio como el de aquella grabación. Con toda probabilidad, lo llamativo de la muerte de don Ginés se debía a lo que hay de aberrante en todo suicidio y a la forma en que el maestro lo había llevado a cabo, pero si no era así y esa muerte tenía más recorrido, la solución de su misterio en ningún caso podía estar vinculada con el libro.

–Estoy deseando hablar con Elvira –comentó Jara–. Estoy segura de que ella sabe mucho que podría interesarnos.

Orlando estaba impactado y no le pidió una aclaración. Pero Jara ya no se refería al libro, sino a las muertes que se habían producido en el contexto que lo rodeaba. Hasta que Jara no le hizo una petición concreta, no se sacudió los pensamientos.

–Mira dónde está ese mercadillo turco –le indicó.

La chica del Autostadt les había dicho que Elvira había dejado su trabajo de ingeniera para irse a vivir con un chico alemán que tenía un tenderete en un mercado callejero del barrio turco de Berlín.

—Cada vez que iba a Berlín volvía con un piercing o con un tatuaje nuevo y en una ocasión volvió con un muchacho exageradamente alto y delgado, que tenía cresta, coleta y barba, vestía de negro y caminaba como un compás —les aseguró entre pequeñas carcajadas—. Cuando el muchacho se fue, ella estuvo unos pocos días deprimida. Nos dijo que no aguantaba el ambiente formal de su trabajo, que le repugnaban las corbatas y las chaquetas y que la sociedad de consumo era un montón de basura. Podía haberse ido al Tercer Mundo con una ONG, pero de por medio estaba aquel joven que se parecía a Rasputín y se fue con él a vender baratijas.

La excompañera de casa de Elvira aseguraba que aún seguía allí.

—Hace dos semanas fui a Berlín con unos amigos y los vi a los dos en la cola del club Berghain, en el Friedrichshain. Estaba muy contenta. Decía que por fin había encontrado lo que buscaba y que vivía sin complicaciones y feliz. Luego, Sven Marquardt, el famoso portero del club, los dejó entrar a ellos y a nosotros no, así que nos separamos y no volví a verla.

—¿Te indicó si seguía trabajando en el mercadillo del barrio turco? —le preguntó Jara.

—Sí, sí. Yo tenía curiosidad por saber si no había sentido la tentación de volver a tener un trabajo como el anterior y, cuando se lo pregunté, me contestó que solo si la dejaban ir en pelotas y fumar hierba. «Hasta que eso ocurra, prefiero seguir vendiendo aritos en el puesto de Roderick», me dijo.

Orlando tecleó en su móvil y dio enseguida con la respuesta que le pedía Jara.

—El mercado turco está en el viejo distrito de Kreuzberg. Abre los martes y los viernes hasta las seis y media de la tarde, así que hoy abre. Hemos tenido suerte —señaló.

Era la segunda vez que mencionaban a la suerte aquella mañana. La primera, fue Jara, cuando se percató de que la descripción de Roderick, el novio de Elvira, coincidía con la del hombre que había ido a Lille a recoger el paquete enviado desde Sevilla.

—Vamos a llegar con tiempo de sobra —indicó Jara después de mirar el reloj del salpicadero—. Intentamos dejar el coche por los alrededores y los buscamos a renglón seguido. Quién sabe, igual los que han preguntado por Elvira tienen las mismas pretensiones que nosotros. Mejor será que nos demos prisa por si acaso.

Eran casi las once. Jara pisó a fondo el acelerador y pocos minutos más tarde estaban atravesando Berlín de oeste a este guiados por una aplicación de mapas del teléfono de Orlando, quien cerca de su destino reparó en que debían bordear un antiguo aeropuerto reconvertido en parque público, el Tempelhofer Park, en el antiguo Berlín Este.

–Si pudiéramos, nos quedábamos aquí hasta el domingo –comentó–. Esta ciudad debe de ser impresionante. Franco Battiato tiene una canción ambientada en ella. ¿La conoces?

–No la recuerdo.

–Alexander Platz, se llama –dijo Orlando, y añadió–: ¿Te gusta Schubert?

–No lo sé. No lo he oído nunca.

–Así termina la canción: «¿Te gusta Schubert?».

Cuando bajaron del vehículo, Orlando sintió el vértigo de los acontecimientos y dijo:

–No me puedo creer que esté pisando las calles de Berlín. Solo han pasado dos días desde que salí de mi pueblo, pero me parece haber vivido toda una vida desde entonces.

En esa corta vida había un montón de emociones que se agolpaban en su memoria, pero ninguna le había dejado tanta impronta como las generadas por el beso que Jara le había dado tras decidir por los dos que debían viajar en busca de Elvira.

También pensó que había cambiado, que era otro distinto del muchacho pusilánime que había salido de Aleda, como si en su carácter se hubiera producido una inesperada metamorfosis. Y, cambiado, se sintió más a la altura de Jara y más digno de ella.

Capítulo 19

Un puesto en el mercado turco

–Pues aquí estamos, en Berlín –le contestó Jara sin darle más trascendencia a los hechos.

Las circunstancias eran un río de aguas caudalosas que lo estaban llevando de un lado a otro, un río en el que, extrañamente para sus condiciones anímicas, se mantenía a flote con bastante decoro, en buena parte por la fuerza que le insuflaba el ímpetu natural de Jara.

–Un muchacho alto y delgado que responde al nombre de Roderick –dijo Jara para sí, pero en voz alta.

Iba delante, deprisa, como con ganas de ver cuanto antes lo que se avecinaba en las páginas siguientes de la historia que estaban protagonizando. Y Orlando la seguía un par de pasos detrás pendiente de su pelo, que se había recogido con una gomilla y brincaba sobre su espalda por encima de la cinta del bolsito que llevaba en bandolera. Al principio del mercadillo, junto a unas bicicletas, se detuvo a esperarlo y, después de echar un vistazo hacia la fila de puestos, le dijo:

–No creo que nos sea muy difícil localizarlo. Por lo que se ve, la mayoría de las tiendas están relacionadas con la alimentación.

Fue ella la que dio el primer paso hacia el pasadizo lleno de gente que había entre las tablas, cajones, palos y lonas que configuraban los tenderetes. Todos estaban llenos a rebosar de fruta, de verdura, de mil clases de tejidos, de botes con especias, de zapatos, de cinturones, de bolsos, de panes, de quesos, de expositores de carne y de pescado, de legumbres, de flores, de botones y, entre otros muchos productos, de las baratijas más diversas. En estos últimos, se detuvieron y miraron a los tenderos, buscando en su anatomía un parecido con la imagen que se habían formado de Elvira y de Roderick. Pero cada vez quedaban menos puestos y nadie se parecía a ellos.

–¿Se habrá afeitado? –preguntó Orlando en uno de los pocos momentos en que Jara y él pudieron hablar sin estar rodeados de gente.

–Si no están, preguntamos a los comerciantes –le contestó.

No hizo falta. Roderick era inconfundible aunque estuviera sentado y su estatura y su porte no se apreciara en toda su dimensión. Ocupaba una hamaca detrás de unas cuantas mesas cubiertas con alfombras que utilizaba a manera de expositor, sobre las que había un sinnúmero de cajas planas con baratijas de todas clases. Más allá de su puesto, el último de la derecha, había un grupo de jóvenes. Uno de ellos tenía una guitarra y estaba cantando de pie, junto al tronco de un árbol, mientras los demás permanecían sentados en el suelo moldeando un semicírculo a su alrededor, delante de un furgón.

Jara se detuvo unos cuantos metros antes de llegar a su altura y le dijo a Orlando:

–Ahí está. Ese es, sin duda, el hombre que fue a buscar el paquete a Lille y se trajo a Elvira de Wolfsburgo. ¿Le preguntas tú o le pregunto yo?

La cuestión incluía una fórmula de cortesía que supo entender Orlando.

–Yo empiezo –respondió.

Se acercaron los dos juntos y Orlando le preguntó en inglés si era Roderick. Era una demanda sencilla que incluía un nombre y Roderick, aunque sabía poco inglés, la entendió y respondió que sí. Orlando se interesó luego por Elvira, pero utilizó varias frases largas y complejas y no se hizo entender. «No lo entiendo», contestó él. «No hablo bien inglés, lo siento». Elvira, Elvira, una chica española, repitió Orlando de distintas formas, hasta que aquel hombre se levantó y con unos pasos gigantescos y lentos, haciendo bambolear los faldones de una gabardina negra que le llegaba casi hasta los pies, se dirigió hacia los jóvenes que se hallaban sentados oyendo al músico y le habló a una muchacha morena de pelo negro y muy largo.

–Esa es –le dijo Jara.

La muchacha se levantó y se vino hacia ellos. No era baja, pero lo parecía al lado de Roderick, que debía de medir más de dos metros.

–Roderick me ha dicho que preguntáis por mí –les indicó en español.

–Sí, y hemos venido desde muy lejos solo para eso.

Orlando había ensayado el momento y tenía preparada una explicación concisa y lo más completa posible. Elvira estaba acostumbrada a escuchar y lo oyó con atención, a sabiendas de que los numerosos piercing que traspasaban sus orejas, su nariz, sus cejas y

sus labios y los dos tatuajes de su rostro obligaban a Orlando a hacer un pequeño esfuerzo para no distraerse con ellos.

–Tengo el paquete en mi casa casi igual que cuando Roderick fue a recogerlo –dijo a continuación–. No había nada especial en él, excepto unas cuantas fotografías de Francisco Andrada corregidas con la técnica del bromóleo y otras pocas de Emilio Beauchy. Roderick es amante de la fotografía. Yo le hablé de ellas en la visita a una exposición de Sven Marquardt, el portero de la discoteca Berghain, que también es fotógrafo, y una vez que fuimos a Brujas se alargó hasta Lille por si todavía estaban allí. Y estaban. Y a él le encantaron.

–¿Y el libro? –le recordó Jara.

–¿De verdad es tan interesante? –contestó ella–. Le eché un vistazo y lo dejé de leer enseguida porque me pareció una birria.

–¿Lo tienes aún? –Jara se impacientaba con las vueltas que Elvira le daba a la conversación.

–Sí, metido en la caja donde llegó.

Más tarde dijo que no tenía problema en dejarles el libro para que lo fotocopiaran.

–Prefiero que no os llevéis el original –añadió después–. Con el tiempo he aprendido a diferenciar las cosas que eran de mi tío de las que eran de su mujer. De ella, no quiero nada, absolutamente nada. Y de él... Bueno, de él es lo único que me queda. Todo lo demás se lo llevó esa furcia que acabó tirándolo al río.

Elvira tenía ganas de hablar. Les reveló que sobre esas horas solía ir a un restaurante turco de las proximidades a por dos kebab, uno para Roderick y otro para ella, pero que si la invitaban se paraba a comérselos con ellos y les contaba alguna historia relacionada con Feliciano Abril, su tío carnal, y con la zorra de su viuda.

–Luego, si queréis, vamos a por el libro –remató.

Así planteados los hechos, la invitación parecía obligada para la recuperación del libro, de modo que Orlando dijo que sí, y poco después estaban sentados alrededor de una mesa del bar del que Elvira era parroquiana, entre la masa de carne picada y el cristal que hacía de pared a la calle.

—A estas alturas de la historia, ya sabréis que mi tío prefirió dejar su fortuna a su mujer y negárselo todo a la única hija de su única hermana, es decir, a mí. Tampoco es que me importe mucho. Tal y como pienso ahora, no lo necesito. Además, mi padre tiene dinero a espuertas y es de suponer que, salvo que yo muera antes, algún día lo heredaré, por lo menos en la parte que no puede desheredarme. Lo que me importa es que mi tío me tenía afecto, que se interesaba por mí y que me quería. Él nunca me dijo que su casa y sus cortijos serían para mí, pero sí me prometió, y bastantes veces, que serían para mí las joyas y el ajuar que había pasado en nuestra familia de generación en generación. Objetos tales como las mantelerías buenas de mis tatarabuelos, la colcha de hilo con la que en el año de la nana perdió la vista una de mis antepasadas y el salto de cama que llevó mi abuela para su noche de bodas. Aunque me veáis llena de aros y tatuajes, a mí me encantan la ilusión y el cariño que hay detrás de esas labores. Me han encantado siempre, desde muy pequeña, y mi tío lo sabía.

Miró por la ventana. Afuera, las calles de Berlín estaban llenas de gente que vestía como ella y se comportaba como ella, pero por un momento Elvira se sintió menos parecida a los seres de aquel mundo que a las hijas de los habituales del Real Círculo de Labradores de Sevilla, con las que fue al colegio y formó una pandilla hasta que se fue a Lille a cursar una doble titulación de ingeniería.

—Los conozco bien —dijo sin dejar de mirar a la calle—. A ellos, me refiero. A los que se juntaban con mi tío y ahora frecuentan la casa de su viuda. Pero no los conocí hasta que estuve lejos. Mientras viví en su ambiente, creí que sus normas eran parte del orden impuesto por la Naturaleza y que fuera de ellas todo era caótico y sombrío. Eso era lo que nos decían los que tenían autoridad sobre nosotros y eso era lo que nos creíamos. Pero no es así. Hay otros modelos de orden, más luminosos, más espontáneos y más abiertos a la creatividad.

Aquella mujer hablaba casi a la perfección inglés, francés y alemán, además de español, tenía un título de ingeniería por dos universidades distintas y podía lucir en su currículum una considerable experiencia en varias empresas importantes. Orlando no pudo dejar de pensar en ello cuando la oyó hablar del orden instituido, ese en el que él aspiraba a entrar y del que ella había salido voluntariamente. Era, se dijo, como Picasso, o como

Van Gogh, o como Mondrian, alguien que aprovecha su formación clásica para ir más allá del clasicismo.

Elvira tenía los ojos verdes y un grueso cintillo del mismo color sujetaba su pelo ondulado y largo. Por el escote de su camiseta con el hombrecillo del semáforo de Berlín Este, se veía el profundo surco de sus pechos, que invocaban la mirada de quien tenía enfrente a la par que los numerosos tatuajes y piercing de su rostro. Resultaba impresionante de muchas formas y era muy difícil sustraerse a su discurso, quizá lleno de utopía, pero no menos lleno de ejemplo. Tal vez por eso, aunque estaban en un bar cochambroso de Berlín, comiendo un kebab y bebiendo una cerveza, Orlando sintió el atolondramiento del que se halla en el lugar donde se está cocinando la Historia.

–Vamos cuando queráis –dijo Elvira al fin.

Orlando pagó con los últimos euros que le quedaban y salieron a la calle. Él no había satisfecho del todo el hambre y probablemente Roderick, a quien poco después dejaron un kebab y una cerveza, no la satisfaría tampoco. En el hambre y en la vida con hambre y precariedad que debían de llevar Elvira y Roderick estuvo pensando Orlando hasta que llegó al bloque pintado con enormes grafitos de flores donde estaba el apartamento de Elvira.

–No tengo llave. Nadie tiene llave –aseguró–, porque todo es de todos y de nadie.

En realidad, el bloque no tenía puerta. De la calle se iba directamente a un recibidor sin luz pintado con miles de figuras diversas de autores distintos, en el que no había buzones de correos, de cuyo fondo empezaba a gatear una escalera empinada que tenía a un lado una baranda metálica con algunos anclajes rotos y, al otro, un testero pintado de principio a fin con figuras similares a las del recibidor e iluminado vagamente por una ventana que había en el descansillo de la primera planta.

–Vivimos en el segundo –anunció Elvira cuando arrancaban a subir el siguiente tramo de las escaleras.

Todo estaba pintado y todo estaba pintado igual. No había ni un centímetro cuadrado libre ni siquiera dentro del apartamento, aunque allí las paredes también tenían clavados con chinchetas retratos en blanco y negro de la gente del Friedrichshain realizados por Roderick, según confesó Elvira con orgullo, con legítimo orgullo, porque eran técni-

camente magníficos y muy expresivos. Había muchos por el pasillo de la entrada del piso, que se separaba del exterior por una puerta con un agujero donde antes estuvo la cerradura, y había todavía más en el saloncito, al que daba una habitación sin puerta en la que en aquel justo momento había una pareja desnuda haciendo el amor sin estrépito que no hizo nada por reparar en ellos.

—Sentaos —ofreció Elvira señalando a un sofá que tenía toda la pinta de haber sido recogido en la calle—. Voy a por el paquete.

Orlando estaba alucinado, pero le pareció cateto manifestarlo y no hizo gesto alguno de extrañeza, ni siquiera ante Jara. Fue ella la que comentó:

—Por lo menos se ve ordenado.

Lo estaba, sin duda. Todos los objetos de aquel lugar habían sido colocados de acuerdo con una disposición estudiada. Todos eran viejos, e incluso desvencijados, pero realizaban su función y tenían un aura común que hacía del conjunto una unidad armónica.

—Son reciclados —dijo Elvira cuando volvió y los vio examinando los objetos.

Traía en las manos un tocho de hojas de papel encuadernado en espiral que dejó sobre lo que debía de haber sido el velador de la terraza de un bar, frente al sofá, en el que se sentó a la espera de que lo hicieran ellos. Lo hicieron, en efecto, uno a cada lado. A sus espaldas había una ventana por la que entraba la luz sin demasiada avidez, aunque estaba abierta de par en par. Orlando miró al techo y vio que una bombilla colgaba de un hilo de cobre plastificado. ¿Habría suministro eléctrico? ¿Y de agua? Le dieron ganas de saberlo, pero no podía preguntarlo sin resultar grosero y se limitó a seguir las indicaciones de Elvira, quien les mostró primero la carátula.

—*El centro de gravedad permanente*—dijo señalando el título con el dedo—, como aquella canción de Franco Battiato. ¿La conocéis?

—Sí, por supuesto —le respondió Orlando, absorto en el libro que por fin había encontrado—. Es una de mis favoritas.

—Yo también la conozco, aunque no puedo decir que me entusiasme —afirmó Jara.

Elvira les señaló luego el nombre del autor y su firma autógrafa, que figuraba en la portada y en la contraportada, las huellas que las diversas vicisitudes a que se había some-

tido el original habían dejado en él y la guía por donde ella había dejado de leer, un pedazo de periódico que estaba situado en la página 41.

—De aquí no fui capaz de pasar. Y tiene 365 páginas bien tupidas —dijo.

Antes de entregárselo a Orlando, se levantó, como para darle al acto un valor ceremonial, y aseguró:

—Hay una copistería a un par de manzanas. Me gustaría que fuerais ahora, hicierais la copia y me lo devolvierais.

Solo cuando le prometieron que lo harían así les entregó el libro.

—Yo os estaré esperando en el puesto del mercado. Llévdmelo allí, por favor —les pidió posteriormente.

Desde la puerta de la calle les indicó el camino que debían seguir hasta la copistería y el que los llevaría después hasta el mercado turco. «Me ha encantado recordar vivencias de Sevilla y hablar con vosotros», les dijo cuando se despedía. «Parecéis buena gente. Quién sabe, tal vez algún día viváis como yo».

—¿Te has fijado en el augurio de Elvira? —le apuntó Orlando a Jara camino de la copistería—. Yo estaba pensando lo contrario: tarde o temprano, esta mujer se cansará de ser una okupa y volverá a su relativamente cómoda vida de ingeniera. Y ella ha pronosticado que seremos nosotros lo que algún día nos volveremos okupas.

—No ha dicho eso —lo corrigió Jara—. No ha sido ni un augurio ni un deseo. Se ha limitado a indicarnos que es feliz haciendo lo que hace y que no echa de menos la vida que nosotros deseamos.

—Ya, ya. Yo también lo he entendido de ese modo. Pero no creo que piense que esa vida sea para siempre. Probablemente no tengan ni suministro eléctrico, y no sé si tienen suministro de agua. ¿Crees que así se puede formar una familia?

—¿Una familia como la tuya? —Jara se había parado y lo miraba sonriendo—. ¿O una familia como la que forman Roderick y ella?

—Una familia con hijos. ¿Tú te ves viviendo en una casa sin puertas?

Jara soltó una carcajada.

—No, no me veo. Me veo más como vive mi madre con su pareja o mi padre con la suya, y ambos residen en barrios pijos de Madrid.

Orlando reparó entonces en que no sabía nada de Jara. Aunque ella no parecía pija, la distancia social entre su familia y la de él era tan grande que Orlando sintió que se abría un abismo entre los dos y cambió de conversación.

—¿Qué vamos a hacer cuando tengamos la fotocopia? —le preguntó.

Antes de contestar, Jara miró su reloj: eran casi las tres de la tarde del viernes. Su avión de regreso a Madrid salía de Charleroi a última hora del domingo.

—Podemos irnos mañana o el domingo. Yo voto por el domingo. Ya que las circunstancias nos han empujado hacia Berlín, lo natural es que conozcamos esta ciudad un poco mejor. Y así me da tiempo de echarle un vistazo al libro.

Leer a escape el libro que tanto trabajo les había costado conseguir era una pretensión compartida. Si querían cumplirla los dos, debían hacer dos copias o hacer una y dejarla sin encuadernar para ir pasándose las hojas de uno a otro. Se inclinaron por lo último. Hicieron una copia, llevaron enseguida el original a Elvira y se sentaron a leerla en la terraza del bar Burgermeister, que era antes un váter público y está bajo el paso elevado del ferrocarril.

Capítulo 20

Como hacen los prestidigitadores

Elvira recibió de Orlando una bolsa de plástico con el original de *El centro de gravedad permanente*, se despidió de ellos con un beso y dejó la bolsa debajo de los muestrarios del tenderete, a los pies de Roderick, sobre una caja de cartón. No habían pasado ni quince minutos, cuando Roderick se aproximó a donde departía con su grupo de amigos y le indicó que dos hombres le estaban diciendo algo que llevaba la palabra Elvira.

—¿Otros? —respondió ella extrañada—¿No serán españoles también?

—Creo que no. Tienen acento francés —dijo Roderick afrancesando en broma su voz campanuda.

Desde allí les echó un vistazo y lo que vio no le gustó en absoluto: llevaban un traje oscuro y gafas de sol y tenían el rostro impenetrable de los maniqués de los escaparates. Cuando se acercó a ellos y se presentó en francés, le sonrieron con una artificiosidad tan obvia que delataba la falsedad de todo lo que iba a venir después, y se dejaron puestas las gafas de sol. Cuando eso ocurría, Elvira siempre pedía a los desconocidos que se las quitaran.

—Es por saber si me estás mirando a los ojos o a los piercing —aclaraba—, para hacerme una idea de con quién me estoy jugando los cuartos. ¿Vale?

Pero aquella vez no dijo nada, porque ya se había hecho una idea negativa, y se mostró hermética desde el principio. Y lo que oyó luego no hizo sino confirmar su prejuicio. Quizá por eso no respondió directamente a sus demandas y les comentó:

—Esa mujer no es mi tía, sino la viuda de mi tío.

Uno de ellos, el que llevaba la voz cantante, le había explicado que doña Epifanía Alfaro, su tía, les había encargado recoger el paquete que le envió hacía varios años a Lille y que ella había rechazado. «Al parecer, tenía algunos efectos personales sin más valor que el sentimental», concluyó.

—Sea su tía o la viuda de su tío, se ha interesado por el paquete —le contestó aquel hombre después.

—¿Ahora, al cabo de una pila de años? ¿No veo qué puede haber cambiado? Ella me mandó el paquete porque no quería su contenido.

—Bueno, según tenemos entendido, usted no lo quiso al principio, sino mucho más tarde. Porque ese señor —y señaló a Roderick, que los miraba desde el interior del puesto— fue a recogerlo a la empresa de transportes.

—Es distinto: ella quería desprenderse de los objetos que contenía el paquete y yo me limité a diferir la aceptación.

Era un motivo demasiado sutil como para ser entendido en aquel barullo por unas mentes tan simples. En todo caso, aquellos hombres no querían andarse con más disquisiciones ni querían el paquete por la fuerza de la razón. Si había que pagar dinero por él, se pagaba.

—Estamos autorizados a ofrecerle un precio razonable —dijo aquel individuo.

Elvira no se acordó del libro, sino de los desprecios de Epifanía y de las fotos de Francisco Andrada y de Emilio Beauchy que tanto habían encantado a Roderick.

—No está en venta.

—Un precio razonable puede ser un precio moderadamente alto —se corrigió aquel individuo.

—La mayoría de las cosas ya no las tengo y las que tengo son para mí y no estoy dispuesta a desprenderme de ellas, ni por un precio moderadamente alto ni por un precio exageradamente alto.

En el rígido rostro de aquellos hombres se abrió una grieta.

—¿Está segura de lo que dice?

Había una velada amenaza en aquella pregunta y Elvira la captó. Aun así, dijo:

—Totalmente segura.

—Bien, usted sabrá.

Usted sabrá que esto no quedará aquí y que habrá consecuencias, fue lo que dio a entender aquel sujeto, aunque no completó la frase. Y Elvira lo comprendió a la perfección.

—¿Quiénes eran? —le preguntó Roderick cuando se sentó a su lado, ya dentro del puesto.

Elvira no pudo explicarse con todo detalle, porque mientras lo hacía se acercaron unas chicas a interesarse por unos pendientes y Roderick se levantó para atenderlas. Ella se quedó rumiando lo que había pasado. Estaba preocupada, pero no sabía valorar si debía estarlo o no porque no entendía nada de lo que estaba ocurriendo. De pronto, en el mismo día y prácticamente a la misma hora, dos parejas de personas habían venido a preguntar por el paquete que le había enviado la secretaria de Epifanía, ¿cómo se llamaba?, Purificación. Los primeros, un muchacho y una muchacha muy simpáticos, le habían pedido abiertamente el libro y se lo habían devuelto sin más. Los segundos, un par de tipos con pinta de matones a sueldo, se habían interesado por el paquete sin especificar sus razones y habían llegado a ofrecerle dinero, mucho dinero. ¿Querían también aquel libro? ¿Qué había de especial en él? El libro estaba allí, a sus pies. Se incorporó, dio un paso adelante y, todavía de pie, lo sacó de la bolsa.

Fue un gesto que no pasó inadvertido a los dos individuos que habían ido a preguntar por el paquete, que la vigilaban apostados detrás de un coche. Uno de ellos le dio un codazo al otro y le dijo:

–Venga. Ya hemos esperado bastante.

Cuando Elvira oyó que pronunciaban su nombre con acento francés, pegó un respingo. Tenía enfrente a uno de aquellos individuos.

–¿Es que no se lo he dejado claro? –le dijo–. Son recuerdos familiares. No vendo.

Elvira tenía el libro abierto al azar y lo cerró en un movimiento reflejo, y al hacerlo le mostró el título al otro individuo, que se había acercado por detrás del tenderete. Entre ellos mediaba un toldo, pero el día era bueno y estaba recogido. El hombre dio un paso adelante sin oposición alguna y le arrancó a Elvira el libro de las manos antes de que ella y Roderick pudieran hacer nada. Cuando se levantaron, el hombre dio un grito y los paró con la mano libre mientras mantenía alejada la otra:

–Es suyo, es suyo, de acuerdo. Se lo devolveré –dijo.

El otro hombre rodeó corriendo el tenderete y cogió el libro.

–Es un momento. Solo queremos hacer una pequeña comprobación –insistía el que los mantenía a raya.

Roderick era mucho más alto que ellos, pero era muy delgado y tenía un carácter pacífico, al contrario que aquellos dos sujetos, que eran musculosos y poseían la determinación de los gorilas. Mientras no se fueran, además, el equilibrio no se rompía. El libro seguía allí, y les estaban diciendo que no tenían ninguna intención de apropiarse de él. De hecho, el hombre que lo había cogido se había vuelto de espaldas para manipularlo en secreto y lo estaba hojeando con rapidez.

—Ya está. No hay problema —dijo al cabo de unos segundos mientras extendía el libro hacia ellos—. Esto no es lo que buscamos. Nos vamos a ahorrar una pasta, después de todo.

Elvira, que como Roderick, había estado pendiente de la mano levantada del hombre que tenía más cerca, extendió el brazo y lo cogió.

—Voy a llamar a la policía —aseguró a continuación.

—¿Y qué les dirá? Su libro está en sus manos, y puede disponer de él a su voluntad.

Era cierto: Elvira no tenía argumentos para la denuncia.

—Váyanse —avisó—. Si los veo otra vez por aquí, no los denunciaré a la policía, sino a mis colegas, y les aseguro que ellos no necesitan argumento alguno para darles una paliza.

«De acuerdo, de acuerdo, nos vamos», dijeron los dos con un miedo impostado, y caminaron de espaldas con las manos arriba hasta que se perdieron entre el barullo de los clientes del mercado. Entonces, Roderick abrazó a Elvira, que tenía el libro contra su pecho, y tras recibir de ella el mensaje de que estaba bien, la apartó un poco y mirándola a los ojos le preguntó muy serio qué era lo que estaba pasando. Elvira movió la cabeza varias veces a un lado y a otro antes de responder con un hilo de voz que no lo sabía, y añadió luego: «Aunque tengo que averiguarlo».

Solo unos cuantos minutos después, sacó el teléfono de su bolso y marcó el número de la casa de Epifanía.

—¿Purificación?

—Sí, soy yo.

—Soy Elvira, la sobrina de Feliciano. ¿Te acuerdas de mí?

Purificación se sobresaltó al oír el nombre de Elvira. Era tan denostado en aquella casa que sus habitantes tenían prohibido mencionarlo para referirse a la vecina plaza de Doña Elvira, a la que debían llamar simplemente como «la plaza».

–Oye, Purificación, hace varios años me mandaste un paquete a Lille con varias cosas de mi tío. ¿Lo recuerdas?

Era la segunda vez en unos cuantos días que alguien le preguntaba por aquel paquete.

–Perfectamente. Creo que no fuiste a recogerlo.

–Fui muchos años después, y lo conseguí.

–¡Ah, estupendo! Tenía cosas que tu tío hubiera querido que conservaras.

–Y las conservo. Gracias.

–¿Todas?

La curiosidad de Purificación alertó a Elvira.

–Casi todas –se rectificó para defenderse–, las más importantes. De eso precisamente quería hablar contigo, del contenido del paquete.

Capítulo 21

Siempre será Berlín

Cuando llevaban quince páginas leídas, Orlando dejó el tocho sobre la mesa de madera del Burgermeister que estaban ocupando y le preguntó a Jara por el libro.

–No me parece que se parezca a las canciones de Franco Battiato, pero el experto eres tú –le contestó ella.

–Tal vez sea demasiado pronto para juzgarlo –afirmó Orlando, quien miró luego su reloj y añadió–: Nos hemos encelado con él y aún no sabemos dónde pasaremos la noche.

–¿Quieres que le pidamos a Elvira que nos aloje en su casa? –bromeó Jara.

–Prefiero dormir en el coche, la verdad –le respondió Orlando.

Rieron un poco y se reprocharon mutuamente su talante conservador antes de que Jara asumiera la función de buscar en internet un albergue o un hostel baratito en tanto Orlando seguía con la lectura del libro.

–Mira este –dijo Jara al cabo de unos cuantos minutos de andar trasteando en su móvil–: está en la calle Rosa Luxemburgo, a menos de diez minutos andando de Alexander Platz. Si lo cogemos, podremos hacer turismo por el lugar donde Battiato ambientó su canción.

–¿Cuánto vale?

–Van desde los 19,90 euros para habitaciones mixtas de 16 camas hasta los 53 euros para las individuales con baño. Hay una con cama de matrimonio por 40 euros, pero tiene el baño compartido.

Orlando se calló, aunque el modo en el que Jara había presentado las posibilidades de alojamiento imponía una determinada respuesta.

–¿A ti te importa compartir el baño? –le preguntó Jara con cierta sorna en vista de que no le respondía.

–Creo que lo voy a hacer de todas formas.

–En ese caso, y dado lo bien que te has portado en Wolfsburgo, voy a ver si todavía a estas horas puedo reservar una cama de matrimonio para dos noches.

Había una libre y Jara la reservó. Orlando hizo como que estaba leyendo, pero estuvo pendiente de las gestiones de Jara y cuando le comunicó el resultado desvió la atención hacia lo que podían hacer en Berlín.

—Hoy es viernes. Tenemos hoy y mañana, porque el domingo lo debemos dedicar a viajar a Lille, y quiero irme con el libro leído —comentó Jara—. Así que vamos a leer hoy todo lo que sea posible y mañana lo dedicamos a hacer turismo y a leer el resto.

Se quedaron leyendo en el Burgermeister hasta que el banco les resultó incómodo. Entonces, midieron las páginas que habían leído y resolvieron que iban a una velocidad de 30 páginas por hora. Cuando arribaron al hostel, dejaron las mochilas en el suelo y siguieron leyendo, recostados en la cama. Habían resuelto no hacer comentarios sobre el libro mientras no lo hubieran terminado y no hablaban más que para intercambiarse mensajes inocentes. «Pásame otro bloque», o «este cabecero molesta en la espalda», o «estoy cansada, me voy a duchar y luego sigo». En medio de esos recados, llegó uno cargado de contenido.

—¿No te resulto atractiva o tienes algún problema con las mujeres?

Orlando titubeó y dijo un par de frases inconexas para manifestar que sí le gustaban las mujeres, y que claro que le parecía atractiva, pero sin atreverse a mirarla de frente.

—Lo digo porque ayer te dormiste antes de que me acostara y porque ahora, que estoy a tu lado, en la cama de un hostel de Berlín, tapada solo con una toalla de baño y después de haberte besado apasionadamente esta mañana, sigues leyendo como si no pasase nada.

Un nudo de saliva del tamaño de un balón de baloncesto impidió la contestación de Orlando.

—Quizá yo no. ¿Pero y Berlín? ¿No te pone cachondo Berlín? —le dijo Jara—. Pues a mí sí.

¿Cómo se responde a una invitación tan explícita sin parecer rudo? Él no dominaba el arte del galanteo, pero tampoco el del diálogo sobre lo expreso. Tosió y se puso colorado mirando a la pared de enfrente, con los folios a media altura, mientras Jara lo miraba con el entrecejo fruncido y los folios sobre las piernas.

—¿Y si me quitara la toalla?

Jara sabía que podía ser traviesa porque jugaba con ventaja. Y su travesura estaba sustituyendo a la seducción. Dejó los folios sobre la mesilla, cogió los de Orlando y los dejó también sobre la mesilla de su lado y dijo:

–Luego seguimos leyendo, que estoy cansada. De leer, quiero decir, porque de lo demás tengo ganas.

Orlando seguía sin tener respuesta, pero se dejaba hacer, y su falta de reacción estaba impregnada de ingenuidad.

–Quieto, no te muevas. Déjame hacer a mí –dijo ella en vista de que a él le costaba moverse.

Se puso de rodillas sobre la cama, le pidió que alzara los brazos y tiró de su jersey hacia arriba hasta que se lo retiró. Le sacó los faldones de la camisa, se la desabotonó y, tras demandarle que se inclinara hacia adelante, se la quitó de un lado y posteriormente del otro. Le desabrochó el cinturón y el botón de los pantalones, le bajó la cremallera y, con cuidado para que no se le cayera la toalla, se bajó de la cama y tiró de los pantalones hacía ella.

–Me tienes que ayudar un poco. Levanta el culo, anda –le pidió.

Para aquel entonces, Orlando había recobrado buena parte de su voluntad. Cuando ella se incorporó después de haberle arrancado los pantalones, lo encontró sonriendo y con una expresión de dulzura.

–¡Qué guapa eres! –le dijo.

–¡Hombre! ¡Si habla y todo!

Aún quedaban los calzoncillos. Orlando hizo el ademán de quitárselos, pero Jara lo contuvo.

–Espera, que necesito un rato para prepararme.

Cogió su mochila y se metió en el cuarto de baño. «¿Qué hace, si está recién duchada?», se interrogó Orlando mirando hacia donde ella había desaparecido. «¿Se estará poniendo colonia? ¿Se estará poniendo algo sexy? ¿Estará maquillándose?». Así, hasta que Jara salió del cuarto de baño y le dio una sorpresa de muerte.

–¿Qué tal estoy? –le pidió. Estaba vestida de calle, con unos pantalones vaqueros y una camiseta, con los zapatos puestos y hasta con el abrigo.

Orlando le contestó con un rictus de desconcierto: evidentemente, le había tomado el pelo, se dijo.

–¿Te creías que no ibas a tener que trabajarme? –le preguntó ella.

Se acercó a la cama por el lado donde estaba él y se quedó quieta mirándolo desde muy cerca.

–Vas a tener que empezar por el abrigo.

–¿Qué?

–Que me quites el abrigo, anda.

Orlando se puso de rodillas para desprender los botones más altos, y luego tuvo que echar el pie al suelo y agacharse para desabotonar el resto.

–Quizá en otras circunstancias te hubiera pedido que me lo arrancararas, pero tal y como van las cosas te ruego que me lo quites y lo dejes sobre la mesa.

Parecía una clase infantil de cómo vestirse y desnudarse más que el inicio de un encuentro apasionado. Pero así, difiriendo la pasión y jugando con el candor de Orlando, Jara sentía que le añadía el encanto de la ternura al placer del sexo. «Quítamelo y déjalo sobre la mesa».

–La camiseta, por favor –pidió a continuación.

E inmediatamente después elevó los brazos para que a Orlando le fuera más fácil sacársela partiendo de la cintura. Él estaba detrás y se quedó mirándole los hombros. Jara tenía un sujetador blanco con pequeños lunares negros.

–La puedes tirar a cualquier sitio, como si me la hubieras quitado en un arrebatado de acaloramiento –le dijo cuando se volvió.

Orlando tenía la respiración agitada, le temblaban las manos y la razón empezaba a no funcionarle. Como se quedó agarrotado, sin saber cómo responder a sus demandas, ella cogió la camiseta, la hizo girar en el aire y la soltó, haciéndola volar hasta que dio con la pared de enfrente y cayó al suelo.

–Ahora, los zapatos –pidió Jara, y se sentó sobre la cama.

Orlando se arrodilló y la descalzó, mientras ella le enredaba los cabellos con los dedos de las dos manos, emitía una sonrisa y un ligero ruido con la nariz y pensaba: «¡Qué lindo es!». Luego, le levantó la cara empujándola por la barbilla y le apuntó:

—¿Serás capaz de quitarme los pantalones?

Se incorporó y lo contuvo por los hombros para impedirle que él hiciera lo mismo. «Desde ahí», le indicó, cuando los ojos de él se quedaron a la altura de su ombligo. Orlando tenía las manos embotadas y la mente entorpecida, y el ojal era muy pequeño. Lo intentaba, pero el botón se resistía a desprenderse. «Si no lo quitas, tenemos un problema», lo apremió ella. Orlando lo consiguió, por fin, y Jara suspiró y dijo: «¡Menos mal! Estaba temiéndome que me quedaría con las ganas». Después le bajó los pantalones y ella colaboró levantando un pie y a continuación el otro. «Tíralos», lo urgió seguidamente. Y Orlando se incorporó mirando a su tanga blanco con lunares y ribetes negros e hizo lo que había visto que había hecho ella con la camiseta, de modo que los pantalones volaron hacia la entrada de la habitación, chocaron contra la puerta y se quedaron enganchados en el pomo.

—Ya queda menos —vaticinó Jara—. ¿Te gusta lo que ves?

—Sí —siseó Orlando.

—Te voy a hacer otro anticipo.

Y, sin dejar de mirarlo a los ojos, acercó poco a poco sus labios a los de él y los rozó moviendo la cabeza levemente a un lado y a otro. Orlando sintió una corriente eléctrica en la espina dorsal y unas ganas apremiantes de cogerle el culo y atraerla hacia sí. Ella vio los temblores que explicitaban esas urgencias y le susurró al oído: «Todavía no».

—Antes, quítame el sujetador —le dijo después en voz más alta.

No se puso de espaldas, así que él debió operar sobre los dos corchetes sin verlos, rodeándola con los brazos, sintiendo su sonrisa burlona y su aliento cálido, y notando como lo acariciaban las puntas de las copas del sujetador.

—¿Puedes o llamamos al conserje? —le preguntó ella.

Orlando no contestó y siguió a lo suyo, sin éxito, cada vez más entumecido, y Jara creyó que debía ayudarlo poniéndose de espaldas. Cuando lo hizo, él desabrochó enseguida los corchetes. Ella le cogió entonces las manos, se las puso en la cintura y fue subiéndoselas despacio, acariciándose mientras ronroneaba, las metió debajo de las copas del sujetador y se magreó con ellas los pechos antes de decirle:

—Ya queda menos.

Luego, dejó los brazos caídos para que el sujetador se escurriera por ellos y se lo entregó a Orlando, que lo giró y lo hizo volar hasta la lámpara del techo, donde se quedó enredado. Ninguno de los dos se rio ni dijo nada. Ya no estaban fuera de ellos. Ya ninguna circunstancia podía alterarlos, por jocosa que fuera. Jara echó hacia atrás el culo y notó que topaba con el soliviantado miembro de Orlando. «Ya tiene vida propia, ya decide por sí mismo, ya no es tuyo, sino mío», comentó. Se giró, se colgó del cuello de Orlando y, tras besarlo en los labios durante un rato, lo arrastró con ella a la cama.

No se levantaron sino hasta que Jara dijo que tenía hambre. Había pasado más de una hora y se había hecho de noche. Se vistieron, comieron una salchicha con patatas en el bar de los bajos del edificio y salieron a la calle. En Alexander Platz, Orlando cantó completa la canción con ese nombre de Franco Battiato, subido en un tiovivo y con Jara a su lado. De Alexander Platz a Potsdamer Platz fueron andando cogidos de la mano y hablando de sus vidas. Cuando estaban cruzando la Isla de los Museos, Orlando se sintió obligado a contar lo que se había guardado de la historia del libro y Jara, que no le hizo reproche alguno, entendió que el vídeo era un elemento fundamental para la solución del enigma.

—Pero vamos a dejar el enigma para más tarde —añadió.

Porque lo importante eran Berlín y ellos. Y ellos estaban viviendo en una nube, sobre todo Orlando.

—La vida es increíble. Si no fuera porque soy el que soy y me toco y me oigo y te veo, pensaría que alguien está guiando mis pasos o que no soy de verdad, porque soy otro distinto al de hace unos días, porque mi suerte es distinta, porque el mundo entero es tan diferente que no parece que estemos en él, sino que él esté en nosotros.

Le costaba trabajo hacerse entender.

—No sé si me explicó —dijo—, porque todo es demasiado apasionante y no acierto a expresar mi asombro.

—Pues lo estás haciendo muy bien. O al menos yo te entiendo a la perfección.

Convinieron en que se entendían sin explicarse porque sentían lo mismo. Y sintiendo lo mismo eran uno frente a la locura y al caos. Ya nunca estarían solos, por desolados que fueran sus días y lejos que se hallaran uno de otro.

—¿Crees que esta emoción será para siempre? —preguntó Jara.

—Claro. ¿No has visto la película Casablanca?

—Sí.

—Por mal que nos vaya y mucho que se separen nuestras vidas, siempre nos quedará Berlín.

No tenía por qué ocurrirles lo que a los protagonistas de esa película. Allí, bajo la cúpula interior del Sony Center, sentados en el ancho banco de metal que recorre el espacio en paralelo a los edificios y abrazados, se prometieron que todo el mundo sería Berlín y que serían Berlín todos sus días.

Capítulo 22

La felicidad de la incoherencia

Iban con retraso porque cuando se despertaron se quedaron haciendo el amor y no se habían levantado sino hasta que el hambre los había expulsado de la cama. Mientras desayunaban, echaron cuentas de las horas que les quedaban para terminar el libro y resolvieron que, dado el idilio que mantenían con la ciudad, lo mejor era terminar de leerlo sentados en el banco de un parque. Orlando comentó entonces que había una plaza de Berlín famosa por haber sido el escenario durante la época nazi de una de las quemas de libros más grandes de la Historia.

—Lo leeremos allí —sentenció Jara.

Era la Bebelplatz, y estaba situada en pleno centro histórico y monumental de la urbe, así que podían ir andando en poco tiempo y sin problemas.

Lo que no sabían es que la Bebelplatz se había convertido en una sala de lectura al aire libre de la biblioteca itinerante *stadtlesen.com*. Al menos aquel día, el adoquinado espacio de la plaza había sido ocupado por dos quioscos que prestaban libros, por algunas hamacas rojas tendidas sobre arcos de madera y por un numeroso grupo de sillones blandos, rojos o del color del suelo, en los que había un gran número de lectores sentados o recostados, leyendo o descansando. Ellos ocuparon dos sillones vacíos próximos entre sí y sacaron sus papeles. No pararon de leer nada más que para mirarse, para sonreírse y para besarse, de manera que al cabo de dos horas y media habían terminado de leer el libro.

—La vida es corta y hay mucho que leer —comentó Jara cuando Orlando solicitó su opinión—. Por eso nunca me emperro en terminar un libro. Si no me gusta, lo cierro para siempre y en paz. Algo similar me habría pasado con este. Si no fuera por ser el libro que es, lo habría dejado a las primeras de cambio. Ahora entiendo por qué ninguna editorial se ha interesado por él.

—¿Crees que se parece a las letras de las canciones de Franco Battiato?

—No lo sé. No creo. Pero dímelo tú, que eres el perito en eso.

Para Orlando, no era tan malo. El autor había construido un mundo perfecto en el que todos sus habitantes podían hacer lo que quisieran, por extraño y bárbaro que fuese, pues no existía la coherencia y los actos de uno no afectaban a la realidad de los otros. Así, uno podía ser un ladrón y robar todo lo que le apeteciera, porque el robado no perdía el dinero. Y lo mismo ocurría con los crímenes. Si una persona odiaba a otra hasta el punto de que deseara matarla, la mataba y ya está, y a todos los efectos moría para el asesino, pero el muerto seguía vivo y ni siquiera se enteraba de que había sido asesinado. El que ambicionara ser rico, lo era, y en el grado que más le satisficiera. Cualquiera persona podía tener la pareja que más le gustase y por el tiempo que quisiera, sin que eso afectara a la pareja, que a su vez podía estar emparejada con quien más le placiera. Los hijos podían tener los padres que demandaran y si se cansaban de ellos podían cambiarlos por otros. Y los padres podían hacer otro tanto con sus hijos. Todo el mundo tenía el trabajo que quería, aunque no tuviese ni idea de cómo realizarlo, porque los oficios se aprendían sobre la marcha, de manera que si un individuo quería pilotar un avión de pasajeros que fuera de Madrid a Sidney con 450 pasajeros lo hacía sin más trámite y a la perfección, aunque no lo hubiera hecho nunca, y en el periodo que más le apeteciera, en un cuarto de hora, por ejemplo. Por supuesto, los deseos de los ciudadanos no afectaban a la prestación de los servicios públicos, que seguían funcionando sin problema alguno.

Lo más sorprendente de ese complejo aparato de ideas era que como todos hacían lo que querían no hacían falta normas, ni jueces, ni administradores públicos, ni otro mundo perfecto que compensara los infortunios de este, es decir, no eran precisos ni el Estado ni Dios. Es más, todo el mundo pensaba que había existido en una vida previa en la que se había hecho merecedor de vivir en esa, que era un premio, como si fuera el cielo. Y todo el mundo pensaba que después de esa no podría haber otra mejor.

El conflicto surge cuando en esa sociedad aparece una persona que quiere un centro de gravedad permanente para su espíritu y predica la coherencia.

—La idea es buena, pero hay que ser un genio para desarrollarla con eficacia. Y mucho me temo que Feliciano Abril no lo era. En todo caso, aparte de por el nombre, no creo que tenga ninguna otra relación con las canciones de Franco Battiato —dijo Orlando.

La regular calidad del libro no era la única conclusión a la que llegaron. Además, los dos estaban de acuerdo en que no tenía entidad suficiente como para ser la causa última de las muertes de Feliciano Abril, su autor, y de don Ginés, el maestro que tanto lo ambicionaba.

—Quizá se suicidaran los dos. O quizá se suicidara Feliciano y a don Ginés lo mataron por culpa del vídeo. Lo que está claro es que el vídeo no tiene nada que ver con el libro, más allá de que los dos fueron generados en el mismo ámbito social —comentó Jara.

Parecía que *El centro de gravedad permanente* no daba más de sí. Cuando Orlando hizo una observación al respecto, Jara le cogió la mano y le dijo que aquel libro había sido la excusa del destino para ponerlos en contacto.

—Imagínate que Feliciano Abril escribió ese libro solo para que acabara en el Ayuntamiento de tu pueblo, que fue rechazado por el pleno del Ayuntamiento solo para que tú leyese el acta y que fuiste a hablar con don Ginés solo para que te pagara el viaje en el que debíamos conocernos —le indicó.

Era un motivo ajustado para estarle agradecido, aunque no valiese gran cosa.

—Conocernos. Ese era el plan y ha resultado. ¿No te parece? —remató Jara.

Se habían levantado y miraban agarrados uno a otro la Biblioteca Hundida que conmemora la quema de libros del 10 de mayo de 1933. Orlando le contestó estrechándola contra él y en el silencio posterior se oyó el sonido de su móvil, que le anunciaba un correo electrónico. No se lo sacó entonces, sino cuando empezaron a andar hacia la catedral. Era de Elvira, quien le pedía que la llamara inmediatamente al número de teléfono que se adjuntaba. «Ponlo en altavoz, para que yo oiga la conversación», le pidió Jara cuando Orlando empezó a marcar, y él así lo hizo.

—Tenéis la fotocopia del libro —les pidió Elvira, que había sido advertida de que hablaba con los dos.

—Sí, y casualmente la llevamos con nosotros —le respondió Orlando.

—¿No habéis tenido problemas?

Orlando y Jara se miraron, extrañados por la pregunta.

—No, ninguno.

—Os lo pregunto porque ayer, poco después de que os fuerais, tuve una visita inesperada. Un par de tipos con pinta de matones a sueldo me quitaron el libro. Me lo devolvieron enseguida, pero ya lo habían manipulado. Me gustaría saber qué es lo que está pasando.

—¿Por qué no quedamos y te explicamos lo que sabemos? —sugirió Jara.

—Sí, explicadme lo que sabéis. Explicádmelo todo. ¿Dónde nos vemos?

—Íbamos hacia la Puerta de Brandenburgo —apuntó Jara.

—Está bien. Seguid hasta la plaza de la República. Está frente al Bundestag. El primero que llegue que se siente en la hierba y espere. Hoy hace un día estupendo.

Por el camino, Orlando y Jara apenas repararon en los monumentales edificios de las avenidas por las que anduvieron, porque toda su atención volvió a centrarse en el libro, al que adjudicaron de nuevo un papel determinante en la trama oculta que debía existir para aclarar la muerte de Feliciano Abril, la muerte de don Ginés y la aparición de los matones que había mencionado Elvira, y que debían de ser los mismos que se interesaron por su paradero en el Autostadt de Wolfsburg. Como el libro en sí no tenía nada de particular, hicieron mil y una cábalas sobre lo que aquellos individuos podían haber manipulado en el original y, de hecho, eso fue lo primero que preguntaron cuando Elvira y Roderick llegaron hasta donde los estaban esperando.

—Un momento, un momento —los paró Elvira, con la energía de quien ha estado acostumbrada a tener responsabilidades de gestión de personal dentro de una gran empresa—, que aquí la que pregunta soy yo. Venga, ponedme al corriente de todo.

Orlando tenía bastante reciente el resumen de la historia, porque se lo había confesado a Jara hacía muy poco tiempo, y lo expuso de seguido sin demasiado esfuerzo, añadiendo el asunto del vídeo.

Elvira se tomó unos segundos antes de contestar. Le caían bien aquellos dos muchachos. Ya estaban captados por las ideas burguesas que dominaban la sociedad o iban camino de estarlo, pero no eran tan artificiales como la otra gente común que había conocido, y parecían enamorados.

–Uno de esos individuos me quitó el libro de un tirón y se lo pasó al otro. Y ese otro se volvió de espaldas y, mientras su compañero nos distraía con la cancamusa de que no estaba pasando nada, le arrancó una hoja, solo una, y nos lo devolvió.

–¿Una hoja? –preguntó Jara.

–Sí, una hoja. Como todo era tan extraño, sospeché que tanto aquellos individuos como vosotros no queríais el libro en sí, sino algo que contenía el libro, y lo examiné con detalle, pero no encontré nada, así que me puse a leerlo. Lo leí casi sin pararme hasta que llegué a la página 311, donde descubrí que saltaba a la 314, en la que empieza el capítulo 23. A pesar de que es un coñazo, lo seguí leyendo hasta el final por si había en él otro hecho reseñable, pero no he descubierto ninguno. Aunque estoy casi segura de que fueron aquellos hombres los que le arrancaron la hoja, necesito ver la copia para confirmarlo.

Orlando extrajo el tocho de folios de la bolsa que tenía sobre la hierba, a su derecha, y se lo entregó a Elvira, que se puso de inmediato a buscar la página que faltaba.

–Nosotros también lo hemos leído, y no hemos notado que le faltaran páginas –comentó Jara mientras tanto.

–Y no le faltan –confirmó Elvira–. Aquí están las 312 y 313. La 312 solo tiene unos cuantos renglones, con los que se finaliza el capítulo 22, y la 313 está en blanco, para que el siguiente capítulo empiece en una página de la derecha.

–¡Solo son unos cuantos renglones de una página! –se dijo Jara en voz alta–. ¿Y qué dicen? –preguntó luego.

Elvira leyó:

... y para garantizar su seguridad, Walter hizo un vídeo vulgar e inocente explicando lo que pasaba en su casa y lo subió a Youtube. «Ahí tenéis la verdad», les dijo a los afectados en el correo electrónico que les mandó junto con la dirección y las palabras clave para acceder a él. Ahí tenéis la verdad y espero que nunca deis motivos para que salga a la luz.

Cuando terminó, levantó la vista y escrutó en silencio las miradas de Orlando y de Jara, que la escrutaron a ella y lo hicieron entre sí. El capítulo 22 no formaba parte del

argumento central, sino que era un cuento escrito por el protagonista principal del libro para ejemplarizar la incoherencia, y recogía el modo de pensar de un grupo de amigos que compartían en secreto una debilidad infame.

–He pasado de puntillas sobre ese capítulo porque me ha parecido como metido con calzador. ¿Qué pinta aquí esto, pensé? –dijo Orlando.

–A mí me ha pasado lo mismo. Pero la historia tiene una lejana similitud con lo que nos has contado sobre los invitados de Epifanía –comentó Jara.

–Son ellos, sin duda –expuso Elvira–, aunque no vengan recogidos explícitamente porque la idea era que pasaran inadvertidos para el gran público. Son ellos, y mi tío quiso dejar constancia de los hechos en el libro como un juego y, quizá, como la mejor forma de protegerse. Imaginaos la situación. Imaginad que se publica el libro y que rueda por ahí sin que nadie sepa nada, nadie excepto los afectados, que se ven sometidos al chantaje de uno de ellos y, a la vez, al escarnio permanente de verse ante la gente como son, como si estuviesen desnudos en un escaparate.

–Aunque con una careta puesta –completo Jara.

–Una careta que puede levantarse en cualquier momento con el vídeo colgado en Youtube –siguió Elvira–. Es una idea genial. Debe de ser un vídeo casero y tosco, realizado a propósito con imperfecciones para no llamar la atención, y debe de referirse a los protagonistas de un modo que sea posible identificarlos inequívocamente si los conoces y que pasen inadvertidos en caso contrario, por si alguien lo descubre por casualidad.

Elvira sonreía abiertamente, orgullosa de las invenciones de su tío.

–Lo que se somete al público tiene la virtud de crecer con la divulgación –continuó luego–. Quiero decir que si se descubría el pastel el libro se vendería más, con lo que se divulgaría más, y lo mismo pasaría con el vídeo.

–Es una idea genial, sí, pero muy peligrosa. Al menos mientras no cuentes con un mecanismo que asegure el cumplimiento de la amenaza si te matan. Y al parecer ese fue el caso de tu tío –comentó Orlando–. Lo cierto es que lo mataron y no pasó nada. Su crimen quedó a todos los efectos como un suicidio y acabó en la más absoluta impunidad: oculto, quieto y en silencio.

–Una quietud que se ha roto ahora –terció Jara.

–Exacto. Ahora que Orlando se ha interesado por el libro.

Hablaban en español y Roderick seguía la conversación con la mirada, más pendiente del tono y de los gestos que de las palabras, que le eran desconocidas por completo. En ese instante de la charla, observó que tanto Elvira como Jara se quedaban mirando a Orlando y que este se mordía el labio inferior, preocupado, y le preguntó a Elvira lo que estaba pasando.

–Estamos metidos sin quererlo en una especie de conspiración –le contestó en alemán–. Hay muertos de por medio y vídeos comprometedores, y debe de haber una mente criminal que lo esté dirigiendo todo.

Era una respuesta que exigía una explicación más amplia y Roderick la pidió, pero no era el momento de satisfacer esa curiosidad. Elvira lo emplazó para más tarde y volvió a hablar en español.

–Creo que debes dejar que la historia siga su curso natural –dijo dirigiéndose a Orlando–. Dado que el problema ha venido porque te has interesado por el libro, la solución vendrá cuando dejes de interesarte por él. Y quizá esa sea la mejor opción.

Jara estaba atónita. No podía creer que aquella mujer con pinta de antisistema, tan aparentemente rebelde, estuviera sugiriendo que Orlando le diera carpetazo al asunto sin más. Así se lo expuso.

–No entiendo que seas tú la que le esté proponiendo que abandone. ¿Y dejarlos ahí, con su poder y su dinero, con su hipocresía, como si no hubiera pasado nada?

La contestación de Jara iba más allá del tema sobre el que estaban debatiendo, era una verdadera carga de profundidad y afectaba a las convicciones de Elvira.

–Comprendo que me lo reproches –le dijo–. Entiendo la imagen que puedo dar y especialmente la que puedo daros a vosotros. Pero ten en cuenta que tengo casi treinta años, que he crecido entre ese tipo de gente y que he trabajado con responsabilidades durante algún tiempo en una multinacional. En serio, sé lo que os estoy diciendo. El mundo es como es y seguirá siendo como es a pesar de vosotros y a pesar de mí. La cuestión no es cómo será el mundo, sino cómo seremos nosotros. Yo ya sé lo que quiero ser. ¿Y vosotros? ¿Sabéis lo que queréis ser? ¿A qué estáis dispuestos a renunciar? ¿Estáis

preparados para jugaros la vida por unos principios, a pesar de saber que todo continuará igual o aproximadamente igual? A eso me refería.

—No es así —casi gritó Jara, apoyando la mano sobre Orlando y, de ese modo, involucrándolo a él también en la respuesta—. No tenemos que perseguir enemigos ni que sacar las pistolas. No tenemos que dejar de ser lo que somos ni creo que vayamos a jugaros la vida. No se trata de ir por ahí enfrentándonos cara a cara con unos asesinos. Solo tenemos que descubrir ese vídeo y publicarlo. Y no creo que sea tan complicado, sinceramente.

Elvira soltó una carcajada.

—No sabes el terreno que pisas. ¿Crees que no se enterarán de que seguís fisgoneando? Ahora se sienten cómodos porque suponen que han destruido la página del libro que los involucraba, pero controlan a la perfección el ambiente en el que nos movemos. ¿Cómo pensáis descubrir el vídeo, poniendo palabras en el buscador de Youtube? Tendréis que formular preguntas, que hacer llamadas, que visitar a gente y que mandar correos electrónicos. Nada de eso pasa inadvertido. Hay un ojo que vigila y que ve todo lo que se mueve, un ojo justiciero y terrible.

—A ese ojo se le ha escapado algo tan simple como que podía haberse hecho una fotocopia del libro. Y se le ha escapado lo fundamental, que sabemos lo que está pasando. Ya no es solo Orlando el que lo sabe, sino tú y yo, y Roderick, cuando tú se lo cuentes. ¿Nos van a matar a todos? Sinceramente, no lo creo.

Roderick y Orlando las miraban callados. Roderick no entendía la conversación, pero Orlando sí, y aunque tenía mucho miedo, estaba orgulloso de Jara y más enamorado de ella que asustado.

Capítulo 23

En buena lógica

Elvira, Jara y Orlando habían acordado, sentados sobre la hierba de la plaza de la República de Berlín, comprometerse a hacer todo lo posible para aclarar la trama de la que eran personajes sin quererlo o, al menos, para encontrar el vídeo a que se refería *El centro de gravedad permanente* y publicarlo.

–Tenemos que hacer un inventario de certezas y de preguntas –había dicho Elvira–. ¿Qué sabemos? ¿Qué nos ha llamado la atención? ¿Qué nos parece incoherente? ¿Qué cuestiones concretas nos interesa responder para seguir avanzando? Lo haremos individualmente y lo expondremos luego en grupo, a ver en qué coincidimos y en qué no. Hoy es sábado. Propongo que nos demos hasta el próximo martes para estudiar los acontecimientos y que ese día, a las ocho en punto de la tarde, quedemos por videoconferencia. Y, por favor, no actuemos sin contar con los demás.

Jara había conseguido convencer a Elvira de que debían continuar adelante y Elvira no solo se había subido al tren, sino que quería pilotarlo. Jara se lo dijo a Orlando en la pizzería donde se habían sentado a comer, aprovechando que Elvira había ido al baño y que Roderick no se enteraba de nada.

–Está bien que se una al grupo, si quiere, pero el que debes mandar eres tú, que no se te olvide. Tú eres el que empezó y tú eres el que va a poner la cabeza, llegado el caso –le dijo mirándolo fijamente y apostillando el tono grave con leves golpecitos sobre la mesa.

–No creo que se trate de mandar, la verdad –le contestó Orlando intentando frenarla–. Ni creo que sea mandar sobre nosotros lo que quiere. Está acostumbrada a tratar con gente y eso se nota. Y me ha parecido una buena idea lo de sentar las bases de lo que sabemos y de lo que ignoramos.

Al volver del cuarto de baño, Elvira no esperó a sentarse para formular su primera duda.

–No he parado de darle vueltas a la cabeza ahí dentro –dijo–. Creo, sinceramente, que la primera incoherencia está en el sentido del vídeo del que eres protagonista. Es

muy posterior al libro y no encaja para nada en la historia. ¿Estás seguro de que don Ginés fue asesinado? Porque si fue asesinado por lo que compromete ese vídeo, no hay razones para que tú sigas aún con vida. Al fin y al cabo, estás en la misma situación que estaba él.

—¿No quedamos en que íbamos a empezar el martes? —le respondió Jara con cierta irritación después de observar cómo empalidecía el rostro de Orlando.

—Tal vez para entonces debíamos haberlo visto todos. Estoy segura de que hay en él algo que se nos escapa. Y, en todo caso, siempre es mejor que lo tengamos muchos a que solo lo tengas tú.

La idea de que el vídeo pudiera verlo otra persona abrumaba a Orlando, aunque esa persona fuese Jara. Pero la de que saliera de su ordenador con dirección a otros ordenadores y, de esa forma, perder el control sobre él, lo dejaba fuera de combate. Por eso recobró de pronto el color y se puso rojo, y se aturrulló, y le dio un tic en el cuello que le movía levemente la cabeza.

—En eso creo que llevas razón —contestó Jara, para pasmo de Orlando—. Si el vídeo se quedó en el grupo que componían Purificación, don Ginés y Orlando, no tiene ninguna explicación la muerte de don Ginés. Así que hay que descubrir por dónde se filtró a unos terceros. Si no fuiste tú, ¿quién de los dos restantes fue? Purificación no parece la persona más adecuada para haberlo hecho, pues ella misma se dio cuenta del error que había cometido al mandártelo y desconocía la presencia de don Ginés en el grupo. Don Ginés, en cambio, estaba muy contento con haberlo conseguido y, según nos has dicho, se mostró dispuesto a utilizarlo como elemento de chantaje.

—Sí, pero don Ginés está muerto y ya no puede ayudarnos mucho —dijo Elvira.

Orlando había seguido los argumentos de Jara y encontró en el acto una luz para complementarlos y, quizá, para echar tierra sobre la posible visualización del vídeo.

—Yo conozco la clave de su correo electrónico —aseguró.

Jara y Elvira lo miraron, demandando una aclaración, y por simpatía también se quedó mirándolo Roderick.

—Lo he visto un par de veces utilizando su correo y tecleando su clave, que es sumamente fácil, «pasamonte», como el apellido de aquel personaje secundario de Don Quijote, «Ginés de Pasamonte».

—¡Qué simpleza, tratándose de un Ginés! Por no decir qué estupidez más grande —dijo Elvira—. Bien, vamos a comprobar ahora mismo si remitió ese vídeo y, en su caso, a quién se lo mandó.

Orlando sacó su teléfono, abrió la cuenta de *gmail* de don Ginés y puso la clave, «pasamonte».

—Se abre —anunció enseguida—. Aquí está la carpeta de «enviados». Y aquí hay un mensaje con un archivo adjunto que podría cuadrar con el que nos interesa.

Y leyó:

Estimado compañero:

He podido saber que a nuestro admirado Romualdo Piquer le gusta hacer de voyeur en una de las más refinadas casas de Sevilla. A mí se me cae la baba tanto como a él, dado el espléndido cuerpo de la protagonista, y por eso lo disculpo, pero no creo que piensen como yo la mayoría de ciudadanos de este país, quienes, sin embargo, tienen el mismo derecho que tú y que yo a ver el archivo que te adjunto.

Estoy seguro de que los medios de comunicación me ofrecerían una suma cuantiosa por él, de modo que espero una oferta razonable de tu parte. Un millón de euros estaría bien. Dámelos de esos que no aparecen en ningún sitio y así no tendréis que explicárselo a nadie, ni siquiera al bueno de Romualdo.

Un saludo.

Ginés Gil Granados.

—No me puedo creer que vaya a ser tan fácil. Evidentemente, se trata del círculo más próximo a Romualdo Piquer, el que fue Presidente de la Junta de Andalucía. Si tenemos la dirección electrónica del chantajeado, es muy probable que tengamos también el nombre del asesino. Siempre suponiendo que don Ginés fuera asesinado.

—Lo fue, sin duda. A cada paso que damos estoy más segura de ello —le respondió Jara.

—Aquí está —anunció Orlando—: *cardenio@nogdam.com*. Esa es la dirección de correo que buscamos.

Esperaban una dirección asociada a un partido político o a la Junta de Andalucía, quizá con un nombre propio, y, al no encontrarla así, se quedaron mudos, mirando al centro de la mesa con el entrecejo arrugado, hasta que Roderick llamó la atención de Elvira diciéndole algo que solo ella entendió.

—No se entera, el pobre mío. Y a ver cómo le explico yo lo que está pasando —dijo Elvira.

Jara y Orlando lo miraron con ternura. A pesar de su físico imponente, era tímido y frágil. Parecía un perro grande de carácter cachazudo, un perro que observa con fijeza a su dueña, sin entenderla pero como si la entendiera, a la espera, solo a la espera, de una orden suya.

—Tendrá que ser luego —le contestó Jara.

Porque la explicación era necesariamente larga, en efecto, y los demás no estaban para aguardar tanto tiempo.

—Nógdam, ¿de qué me suena ese nombre? —apuntó Orlando.

—Busca en internet *nogdam.com* —sugirió Jara.

La página existía, pero no tenía más que la imagen de un muñequito haciendo una obra y un rótulo de que estaba en construcción. Orlando leyó el rótulo y enseñó después la pantalla del móvil.

—Busca en Google quién tiene registrado el dominio *nogdam.com* —dijo Elvira.

Orlando tardó un poco en contestar.

—El nombre que aparece es el del intermediario, es decir, el de una sociedad que se dedica a hacer páginas web, «Aristohost», que tiene su sede en Nueva York. Alguien ha contratado con Aristohost el registro del dominio *nogdam.com*, la confección de una página web y, seguramente, varias cuentas de correo anexas. Una de ellas debe ser *cardenio@nogdam.com*.

—¿No viene el nombre de ese alguien? —preguntó Jara.

–No. Hay un montón de datos sobre Aristohost, como la dirección de la sede o el correo electrónico, pero ninguno sobre la persona o la sociedad que hay detrás del dominio.

No iba a ser tan fácil como habían llegado a suponer. Durante un rato se mantuvieron en silencio, rumiando la información que acababan de conseguir y, luego, fue Elvira la que continuó.

–Solo Aristohost sabe quién está detrás de Cardenio. Y sabemos la dirección electrónica de ambos. O sea, podemos hacer lo que don Ginés, y dirigirnos a Cardenio, o podemos dirigirnos a Aristohost para pedirle información sobre Cardenio. Yo creo que es mejor mandar un mensaje a *cardenio@nogdam.com* y esperar la respuesta.

–Ya sabes cuál fue la contestación que ese tal Cardenio le dio a don Ginés: el maestro apareció poco después colgado de la parra de su casa. ¿Quieres que nos maten a nosotros también? ¿Quién se arriesgará a mandar ese correo?

Ninguno de los tres tenía mucho interés en ofrecerse voluntario.

–Podemos mandarle un mensaje desde cualquier correo electrónico anónimo, pero en ese caso se sentiría inseguro y no contestaría. Es más, daríamos la impresión de que el vídeo se ha extendido sin control y se ocultaría para siempre –prosiguió Elvira tras el silencio que se produjo–. Tenemos que hacerle ver que el chantajista es el único poseedor del vídeo y tiene la capacidad de hacerlo desaparecer por completo. Para ello, el remitente debe ser una persona reconocible, con cara, con dirección y con nombre y apellidos, y con alguna relación con don Ginés, para que pueda justificarse la compartición con él del secreto. Esa persona, en fin, no puede ser otra que Orlando, conocido del maestro y paisano suyo, además de actor principal de las secuencias.

Si se hacía así, el riesgo para Orlando era evidente. Jara valoró ese riesgo de una forma distinta que Elvira y apuntó:

–¡Eso, si matan a alguien, que sea a Orlando!

Elvira sonrió en exceso y con la boca torcida, y los piercing de la cara le dieron un aire más insolente a su gesto cínico.

–No te preocupes por eso, que no te vas a quedar sin novio –aclaró luego–. Porque no seremos tan tontos como don Ginés o como mi tío. Orlando le hará ver en su carta

que el vídeo está depositado en un lugar seguro al cuidado de alguien que lo publicará si a él le pasa algo.

—No sé. No tengo claro que eso sirva para algo. ¿No decías que no te parecía coherente lo de este vídeo, y que posiblemente no estuviera relacionado con la muerte de tu tío? —observó Jara.

—Y así es. La muerte de mi tío y la de don Ginés tienen en común el origen de los vídeos respectivos, que bien puede ser el ambiente en el que ambos se han realizado. ¿Se refieren los dos a los actos vergonzosos que se realizaban y se siguen realizando en la casa de Epifanía? Con toda seguridad. En ese caso, si descubrimos a los culpables de uno es más que probable que hayamos descubierto a los culpables del otro, pues en buena lógica tienen que ser los mismos.

Las razones de Elvira eran incontestables, por más que le pesase a Jara, que se sentía desplazada del centro de la situación y temía serlo también del centro de atención de Orlando.

—Si lo hacemos así, Orlando no puede quedarse en su casa esperando a verlos venir. Un pueblo tan pequeño es como una ratonera —dijo Jara.

—¿Vives en Aleda? —afirmó Elvira como si le preguntase a Orlando—. Creía que vivíais juntos en Madrid.

—Yo vivo con mi padre —la corrigió Jara—. Bueno, con mi padre, con su actual pareja y con el hijo de esta.

—Pues que se vaya él también. Donde caben cuatro caben cinco.

Capítulo 24

Un millón de momentos

El piso donde vivía Jara estaba situado en la calle Velázquez, muy cerca del hotel del mismo nombre y a un par de manzanas del colegio Nuestra Señora del Pilar, en donde ella había estudiado desde sus primeros años. Tenía dos zonas de habitaciones bien diferenciadas, cada una de ellas con dos piezas y un cuarto de baño, y una zona común en la que se ubicaban la cocina, la sala de estar, un comedor, otro cuarto de baño y un despacho. En una de las zonas de habitaciones, estaban la de Jara y la de los invitados. En la otra, la de su padre y su pareja y la del hijo de esta.

Cuando Jara y Orlando llegaron al piso, eran más de las dos de la madrugada del domingo y todo se hallaba a oscuras y en silencio.

—¿No le vas a decir que has venido? —le preguntó Orlando.

—Ya se enterarán mañana cuando me vean.

Jara había encendido una luz y le había pedido que se mantuviera callado con un susurro. Si hubiera sido él el que hubiese llegado a su casa, su madre lo habría estado esperando adormilada en el sillón de escay y no se habría acostado sino hasta que él se hubiera tomado un vaso de leche y le hubiese contado cómo le había ido. Pero se notaba que en la casa de Jara estaban acostumbrados a los viajes de unos y de otros y ni valoraban del mismo modo los riesgos ni apreciaban como propias las experiencias de los demás.

—Dúchate tú primero —le dijo Jara.

Orlando aún tenía la boca abierta. La habitación era como un apartamento de lujo, enorme y con distintos ambientes, todos en perfecto orden y poblados por una cantidad impresionante de detalles, incluidos un piano y dos guitarras.

—¿Te duchas o me ducho yo?

—No, no, yo me ducho.

El cuarto de baño era grande, pero no enorme, tenía las paredes de mármol rosa, dos espejos y varios armarios de pie. Orlando estaba cohibido por lo ajeno del lugar y urgido por lo tardío del momento y se sentía como un intruso, así que aligeró lo que pudo el

trámite de ducharse y trató de mover lo menos posible las cosas que utilizó, de manera que en menos de diez minutos se hallaba de vuelta en la habitación.

—¿Ya has terminado?

—Ya.

—Creo que yo voy a tardar un poco más. Pero no se te ocurra dormirte, por mucho sueño que tengas.

Orlando hizo lo que Jara le había pedido y se quedó en vela. Aquella noche no hicieron nada por dormirse durante bastante tiempo, y cuando por fin se decidieron a hacerlo, estaban exhaustos y se durmieron pronto, pero la cama era estrecha para dos y se despertaron varias veces antes de hacerlo definitivamente a las nueve en punto de la mañana, hora a la que Jara había puesto el reloj, pues tenía que irse a la facultad. Orlando se levantó con ella y se presentaron juntos en la cocina, donde estaba una señora de pie haciendo una masa sobre una de las encimeras y un joven sentado junto a la mesa que ocupaba el centro de la estancia, sobre la que había diversos platos con fruta, tostadas, jamón, mantequilla, paté, dulces y galletas, una jarra con zumo de naranja y otra con leche.

—Buenos días, señorita Jara. ¿Qué tal el viaje? —dijo la mujer con acento gallego.

—Muy bien, Dorotea, gracias.

Jara y Orlando se sentaron junto a la mesa.

—¿Tomarán café?

—Sí, café con leche, gracias.

—¿Y el señor? —preguntó la mujer, refiriéndose a Orlando.

—Lo mismo, gracias.

La mesa era rectangular, tenía seis sillas a su alrededor y era lo suficientemente grande como para que cupieran con desahogo ellos dos y el joven que estaba sentado junto a ella, pero no lo bastante como para que pudieran ignorarlo sin esfuerzo. Como Jara lo hacía, Orlando lo hizo también, y ni le habló ni lo miró, a pesar del trabajo que le supuso desviar la mirada y ponerse de pie para coger los platos que aquel muchacho podía haberles alcanzado con facilidad extendiendo su brazo. Solo parecía existir para Dorotea, que le acercó una caja con bombones de licor, de la que él cogió unos pocos que guardó

en la mano derecha momentos antes de levantarse. Orlando pudo verlo mejor entonces. No era muy alto. Tenía el pelo negro, corto y engominado, calzaba unos zapatos brillantísimos y vestía una ropa de marca que, según las cuentas que echó Orlando sobre la marcha, debían de costar tanto como toda la que había en su ropero.

–Adiós, Dorotea –dijo el joven cuando se iba.

–Adiós, señorito Gregorio.

Así se enteró Orlando de su nombre.

–¿Ese muchacho, Gregorio, es tu hermanastro? –le preguntó Orlando a Jara poco después en el ascensor.

–Ya te dije que no es mi hermanastro. Es el hijo de la mujer de mi padre, pero mi padre no es su padre. Su padre es de Londres, creo, y vive allí.

–No parece que tengáis buenas relaciones.

Orlando había pensado que si Gregorio y Dorotea habían visto tan natural que Jara se presentase por la mañana con un muchacho al que no conocían, muy probablemente era porque estaban acostumbrados a eso. Jara había supuesto que Orlando podía haberse creado una opinión equivocada de ella y dijo:

–Ni buenas ni malas. No tenemos relación alguna. Lo de uno no le importa lo más mínimo al otro. Tanto es así que ha hecho como que no se extrañaba al verme aparecer con un chico que, evidentemente, había dormido conmigo, como si eso lo hiciera yo un día sí y otro también.

–Dorotea tampoco ha abierto la boca.

–Dorotea está muy bien educada y sabe qué preguntas puede hacer y cuáles no.

Jara miró al suelo antes de proseguir. Cuando levantó la cabeza, los ojos le brillaban y tenía en el rostro un gesto de dignidad.

–No sé qué es lo que estás pensando, pero sea lo que sea no me gusta –dijo mirándolo fijamente.

–No pienso nada. No tengo derecho a pensar y no pienso nada –contestó Orlando.

–Eso está mejor –concluyó Jara, y le dio un beso en los labios.

La puerta del ascensor se había abierto y enfrente había una señora esperando. Jara la conocía y la saludó. También saludó al portero. Y al propietario de una joyería que se

había salido a la calle a fumar un cigarro. Y al portero del garaje donde tenía su coche. Y a una persona que estaba a punto de subirse en un automóvil que había al lado del suyo. Todos la llamaron por su nombre.

—Madrid es una ciudad pequeña —dijo Jara cuando Orlando le hizo una observación al respecto.

Orlando se sabía de memoria un poema de Dámaso Alonso sobre Madrid y le pidió permiso para recitarlo. Acababan de subirse al coche y aún no habían salido del garaje.

—¿También hay que pedir permiso para eso?

—No quiero parecer cursi.

—Hazlo, por favor.

Y mientras subían por la rampa y se incorporaban al tráfico, Orlando recitó:

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres

(según las últimas estadísticas).

A veces en la noche yo me revuelvo y me incorporo

en este nicho en el que hace 45 años que me pudro,

y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar

los perros, o fluir blandamente la luz de la luna.

—¿Lo conocías?

—Sí, pero no lo oía desde hacía mucho tiempo. Es tremendo.

Mientras lo recitaba, Orlando había recordado algo relacionado con la dirección de correo a la que había mandado don Ginés su escrito.

—Ya sé de qué me suena el nombre de Nógdam —dijo poco después—: es o era el de una editorial. En la habitación de la casa de Epifanía donde me quedé a dormir había una estantería con varios anaqueles llenos de libros publicados con ese sello.

A *cardenio@nogdam.com* le habían mandado el día anterior desde su cuenta de correo un mensaje cuyo texto había sido redactado por todos pero especialmente por Elvira y Jara, que habían pactado cada una de las palabras antes de darle al botón de remitir. Para

entonces, Orlando había hablado por teléfono con su madre, quien le había confirmado que la muerte de don Ginés no había sido un suicidio. Decía el correo:

Estimado Sr.:

Don Ginés me dejó dicho que si moría en extrañas circunstancias diera a conocer públicamente el vídeo. La condición se ha cumplido, pero publicar el vídeo no va a devolverlo a la vida. Creo de más provecho cerrar de una vez el asunto entregándose definitivamente a usted. Y no les pido dinero a cambio, sino algo más honesto y más barato: tengo una doble titulación, en Derecho y en Administración de Empresas, y podría ser de mucha utilidad como asesor de su partido. Contrátenme, lo necesito. Eso también me comprometería a mí, con lo cual tendrían asegurado mi silencio.

Espero su respuesta.

Orlando López Luna.

P.D. No puedo dejar de advertirle que he hecho como don Ginés, de modo que el vídeo pasará a varias personas más en caso de que acabe como él.

Jara no hizo comentario alguno sobre el dominio «nogdam» o sobre el nombre de la editorial, «Nógdam». Estaba pensando en las clases de aquella mañana y se limitó a confirmar lo que habían acordado entre los tres: «Si Cardenio no contesta en dos días, le mandamos otro más convincente», dijo. Poco después, llegaban al aparcamiento de la avenida Complutense, para el que Jara tenía un abono trimestral, dejaban el coche y salían al exterior frente al ala oeste de la facultad de Farmacia.

–Acompáñame hasta la puerta –le pidió Jara.

–Te acompaño hasta la puerta del aula –bromeó Orlando.

Se despidieron en el recibidor de la facultad con el compromiso de que a las dos en punto él estaría en el mismo lugar esperándola y Orlando la vio partir confundida con otros alumnos, imbuido de una sensación extraña. Ya no era estudiante, y a su ánimo le costaba cierto trabajo asimilar esa situación. En realidad, su ánimo se estaba enfrentando a un montón de circunstancias nuevas. Se hallaba en Madrid, por ejemplo, sin que su madre lo supiera. Es más, por consejo de Jara y de Elvira, a su madre le había dicho que

continuaba en Lille, en casa de unos amigos de Sevilla. Había dormido en el piso de una familia bien sin que sus dueños estuvieran al corriente e iba a comer y a dormir en el mismo piso durante no sabía cuánto tiempo ni sabía si con el conocimiento de sus dueños o no. Había mandado una carta amenazante a un supuesto grupo de asesinos y estaba esperando que le contestaran ofreciéndole un trabajo. Y estaba enamorado, sobre todo eso. Estaba enamorado de verdad y ahora comprendía que los enamorados engañaran a sus padres, por mucho que los quisiesen, convivieran con una familia política, por abyecta que fuera, y pusieran en grave riesgo su vida.

Estar enamorado no le proporcionaba lucidez para entender mejor lo que le estaba pasando ni le daba fuerzas para enfrentarse a su destino, pero era como un ácido fortísimo que diluía todas las emociones, incluso las más poderosas y sorprendentes, y se alimentaba con ellas. Así, camino del metro no tuvo otros pensamientos que los recuerdos que le producía Jara perdiéndose entre los estudiantes. En el vagón que lo llevó hasta la Puerta del Sol no vio otra cara que la imagen que guardaba de Jara ni sintió otros ruidos que sus voces u otro tacto que el de su piel. Anduvo por el centro como si Jara fuera con él y le hiciera comentarios sobre los rostros de la gente o la ropa de los escaparates. Y se sentó en una terraza de la plaza Mayor y se entretuvo dialogando con Jara como el que juega al ajedrez contra sí mismo.

Estaba sentado en la plaza Mayor cuando su móvil le indicó que había recibido un correo electrónico. «Es un correo», pensó como si se lo anunciase a Jara. «Tal vez sea el que esperamos de Cardenio». Lo era, y, al leerlo, Orlando recobró de pronto la esencia de su naturaleza humana, que es la de estar solo ante tu estrella, por muy enamorado que estés y por mucho que seas correspondido.

Estimado Orlando:

Llama a tu casa. Esa es mi respuesta hasta que te encuentre. Y ya te estoy buscando.

P.D. Pase lo que pase, no creo que bagas público el vídeo, porque eres el menos interesado en que eso ocurra.

Orlando llamó a su casa inmediatamente.

–¡Ay, niño! ¡No sabes lo que ha pasado! –la voz de Rosa estaba tomada por el llanto–. Han venido unos hombres preguntando por ti. Querían saber dónde te encontrabas. Para qué quieren saberlo, les decía yo. Para darle una lección, contestaban ellos. Le han pegado a tu padre. Le han arrancado dos dientes a tu hermano de un puñetazo. Han entrado en la habitación de la abuela, le han quitado las mantas de un tirón y le han vaciado un cubo de agua en la cama, a la pobre. Han tirado los muebles al suelo y han roto los platos. Preguntaban por ti a cada momento. Mi hijo está en Francia, les decía yo. ¿Dónde? En Francia. ¿En Francia dónde? No sé, en Francia. Pues dígale usted a su hijo lo que está pasando. ¿Qué está pasando, niño?

Pagó la cerveza, se metió en el metro y, poco después, emergió del subsuelo por la boca de la estación de la Ciudad Universitaria. Llegó a las puertas de la facultad de Farmacia cuando aún faltaba una hora y media para la cita y se sentó en las escalinatas de la fachada sur. Jara debía saber enseguida lo que había ocurrido en su casa y que tenía miedo. Ella quizá tuviera la solución. Y si no la tenía, al menos podría decirle lo que debía hacer. Y si no podía decírselo, lo acompañaría y lo consolaría.

Jara salió a la hora convenida. Iba hablando con otros compañeros y, cuando lo descubrió, los dejó y se acercó hasta él. Estaba preciosa y parecía contenta, y Orlando sintió al verla que se apaciguaban sus temores. No debía perder la dignidad ante ella, que se merecía un hombre entero y orgulloso hasta en las peores situaciones, un hombre mejor que él, con toda seguridad. Por eso no le reveló lo que había madurado durante el tiempo que había estado solo, e incluso se atrevió a piropearla por primera vez.

–¿Qué has estado viendo? –le preguntó ella.

–Lo que todos los turistas. Pero me he cansado pronto. Prefería estar aquí sentado, esperándote. Para sentirte y porque no quería perderme el espectáculo de verte salir.

No le dijo nada hasta que abandonaron el aparcamiento próximo a su casa donde ella dejó el coche.

–Mira lo que me ha mandado Cardenio –le indicó, y le entregó el teléfono. Esperó unos segundos a que leyera el mensaje y continuó–: Unos hombres han ido a mi casa

interesándose por mí. Lo han destrozado todo, han pegado a mi padre y a mi hermano y han maltratado a mi madre y a mi abuela.

Su entereza era, de alguna manera, fingida, pero producía efectos beneficiosos en Jara y en él.

–Creo que nos hemos equivocado –dijo–. Hemos amenazado a pecho descubierto a alguien cuya identidad ignoramos.

Jara aún estaba asimilando lo que había pasado.

–Me conoce –prosiguió Orlando–. Lo sabe todo de mí.

–Pero no sabe dónde te encuentras.

–Por ahora. Solo por ahora.

Se habían detenido frente a una tienda de ropa.

–Tal vez haya llegado el momento de decírselo a la policía –señaló Orlando.

Jara meditó la respuesta. La policía estaría investigando la muerte de don Ginés y el asalto a la casa de Orlando, era más que probable que hubiera asociado ambos hechos y tenía que estar buscándolo a él. Evidentemente, el asunto se les había ido de las manos. Y en el asunto había un correo electrónico en el que Orlando aparecía como chantajista y un vídeo porno del que era la estrella principal.

–Vamos a pensarlo mejor –señaló luego–. Mientras estés en mi casa, no podrán localizarte. No pagues con tarjeta ni saques dinero con ella, y no te dejes ver mucho por ahí, para que no te descubra alguien que te conozca.

–He llamado a mi madre con el móvil. Si la policía me busca, supongo que sabrá que estoy en Madrid.

Era cierto. Con todo, debían pensar qué hacer para cerrar el asunto de una manera ordenada, y en ese proceso tenían que dar cabida a Elvira. Cuando lo apuntó Jara, Orlando no se opuso.

–Después de comer hablamos con ella –dijo Jara.

La suerte estaba echada y Orlando se sintió más liberado y mejor. Y se sintió acompañado. Acompañado en la decisión y acompañado en el arduo camino que le esperaba. Cuando se hallaban frente a frente en el ascensor, se lo indicó así:

–Jara, me siento acompañado.

Y ella movió la cabeza a un lado y a otro, le cogió la mano, le sonrió y le dijo:

–¡Qué tonto! ¡Claro que estás acompañado! Yo estoy contigo.

Tú estás conmigo. Y me escuchas. Y eres un bálsamo para mí. Y vigilas mis pasos. Y vamos juntos por la misma senda.

–¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? –le preguntó Orlando.

Era lunes y se conocían desde el miércoles anterior. Pero la respuesta no era esa.

–Desde hace un millón de momentos –le contestó Jara.

No era una ocurrencia, sino una verdad sentida. La ocurrencia la tuvo luego, cuando lo besó en la boca y le dijo:

–Mi niño, el hombre que ama a Franco Battiato. ¡Cuánto mejor hubieras escapado si ese cariño lo hubieras guardado para, qué sé yo, Antonio Molina!

–Al menos así te he conocido.

Así te he conocido, aunque dentro de nada el destino nos separe para colocarnos a cada uno en nuestro sitio.

Capítulo 25

En lo más interesante

–Mi padre tampoco lo sabía. No lo sabía nadie –le explicó Jara.

Durante el almuerzo, Gayo, su padre, había estado especialmente cordial con él, y eso que había llegado poco antes de que se sentaran a comer y debieron poner otro servicio a última hora.

–Se llama Orlando, es amigo mío y se va a quedar unos días –lo había presentado Jara en aquel mismo momento.

–Estupendo. Que se quede los que quiera.

En cambio, a Leonela, la mujer de Gayo, no le hizo ninguna gracia verlo por allí, pero no dijo nada y se limitó a tratarlo con desdén.

–Te gusta este vino, Orlando–le preguntó Gayo.

–Está muy bueno.

–Es de unas bodegas de Leonela. Es un tinto con muchos premios.

–Déjalo, Gayo. No lo obligues a decir que le gusta el vino –dijo Leonela.

–No. Lo he dicho de verdad. Está muy bueno, señora.

Leonela contrapuso el desaire hacia Orlando con la vanidad satisfecha y le salió un mohín torcido.

–¡Pues ponte otro poco! Si hay quien se lo toma como un jarabe, nosotros debemos tomárnoslo como un elixir, un elixir de la vida.

Gregorio, el hijo de Leonela, sufría con cada palabra de Gayo. También parecía sufrir con el vestuario de Orlando, que le resultaba cutre, y con cada uno de sus gestos, porque los consideraba groseros.

–Orlando habla perfectamente inglés y francés y tiene una titulación doble, en Derecho y en Administración de Empresas. Y ha trabajado en la universidad –dijo Jara, condescendedora de ese menosprecio.

Orlando casi se pone colorado.

–Bueno, es bastante exagerado. He trabajado haciendo prácticas y hablo regular inglés y francés.

–Y además es modesto, como puede comprobarse fácilmente –lo corrigió Jara.

Cuando terminaron de comer, Gayo lo cogió del brazo, lo apartó un poco y le ofreció un puro mientras le decía:

–Tendremos que salir a la terraza, porque aquí no me dejan.

–Me gustaría decirle que sí, pero no sé fumar. Nunca lo he hecho.

–Entonces, tómate conmigo una copa. Una cortita, que me tengo que ir pronto.

En lugar de una copa, se tomaron un café en la mesa de la terraza, mientras Jara los veía a través del cristal, sentada en un sillón. Gayo intentaba explicarle cosas difíciles de explicar o que no tienen explicación. Le habló de lo inútil que es trabajar tanto, de lo poco que cuesta lo verdaderamente importante, del valor de los afectos y de otras ideas por el estilo de las que dijo estar convencido pero que no había puesto en práctica en toda la vida.

–En eso soy tan hipócrita como la mayoría de los españoles –aseguró medio riendo–, que dicen ser de izquierdas pero se comportan como burgueses, que son anticlericales y amantes de las procesiones y critican a los gobernantes por los vicios de los que ellos mismos se enorgullecen.

Y le habló de unas circunstancias que otro que conociera su vida hubiera podido entender, pero que Orlando no comprendió.

–Perdónalos, por favor –le pidió poniéndole la mano en el hombro.

–¿A quién?

–A Leonela y a Gregorio. No son tan gilipollas como parecen.

Gayo le causó una buena impresión a Orlando. Y viceversa.

–Creo que le has caído bien –le dijo Jara cuando se encontraban en su habitación–. No pienses que habla así con todo el mundo.

Orlando estaba intentando conectarse por Skype con Elvira y se limitó a decir que su padre le había resultado un tipo maravilloso. «Tampoco exageres», le objetó ella. «No sé qué te ha dicho. Pero si tuviera que elegir entre despedirte y una de esas botellas de vino que tanto has alabado, te despediría. Tenlo por seguro».

Elvira respondió enseguida y cortó la conversación.

—¿Qué sabemos del señor Cardenio? —preguntó a manera de saludo.

—Sabemos que ha contestado, y eso es bueno, pero no sabemos nada de él, y eso es malo —le respondió Jara.

—Descodifica, niña, que no me entero.

Jara leyó el mensaje de Cardenio y explicó lo que había pasado en la casa de Orlando.

—Creo que hemos ido demasiado lejos —dijo luego—. Nos hemos metido en la boca del lobo creyendo que íbamos armados hasta los dientes y el lobo ha descubierto que estamos indefensos. No nos queda más remedio que retirarnos y denunciarlo. La cuestión es cómo hacerlo sin que nos haga trizas el fuego cruzado.

—Vas a tener que descodificar otra vez, porque con tanta alegoría me cuesta trabajo entenderte. ¿Quieres decir que abandonemos?

—Eso es. Y que Orlando confiese a la policía lo que sabe.

—No me lo creo. ¿Solo por esa carta?

—Y por el mensaje que le ha mandado a Orlando a través de su familia.

Elvira emitió un bufido de desencanto. Detrás de ella, se vio moverse a Roderick.

—¿Para eso me convenciste, para tirar la toalla a las primeras de cambio? —dijo—. Orlando está viviendo en tu casa, ¿no?

—Sí, está aquí conmigo.

—¿Y come bien? ¿Se ducha en tu cuarto de baño? ¿Cabe sin problemas en tu cama? Jara no contestó.

—¿Debo interpretar ese silencio como un sí?

—Sí.

—O sea, que está viviendo como un marqués. Y dime, ¿crees que a su familia le va a pasar algo más de lo que le ha pasado, siendo su pueblo tan pequeño y estando la Guardia Civil alerta?

La respuesta era evidente: con una actuación tan burda y tan ostentosa, Cardenio había agotado su capacidad de presión sobre Orlando.

–Ha hecho como el maestro que castiga a toda la clase ante la imposibilidad de descubrir al alumno que ha cometido la falta. Y ahora que la clase está castigada, el director del colegio alerta y los padres de los alumnos cabreados, ¿qué hará el maestro?

–Esta vez soy yo quien no entiende la alegoría –dijo Jara.

–Si el alumno repite la falta, ¿qué hará el maestro ofendido? ¿Volverá a castigar a todos sus alumnos?

–A ver si te entiendo. ¿Nos estás diciendo que mandemos otro mensaje? La gracia del anterior estaba en que le ofrecíamos la posibilidad de contratar a Orlando a cambio de su silencio, y de esa manera le tendíamos una trampa para desenmascarlo. ¿Crees que debemos repetir el mensaje después de lo que ha pasado?

–No. Está claro que el asesino no va a hacer nada para contratar a Orlando. Pero creo que no debemos dejarlo irse de rositas. Debemos mandarle un mensaje mostrándonos firmes y continuar con nuestra investigación. ¿Qué tal si publicáramos el vídeo que protagoniza Orlando como hizo mi tío con el suyo, en Youtube, y le mandáramos la dirección? ¿Entendería entonces que la amenaza de Orlando iba en serio? Los asesinos de don Ginés y los de mi tío se movían en el mismo ambiente y sospechamos que pueden haber sido los mismos. ¿Qué tal si le dijéramos a Cardenio que Orlando consiguió una copia de *El centro de gravedad permanente* antes que aquellos matones y le mandáramos la página 312? ¿Se daría por aludido? ¿Entendería que Orlando sabe lo bastante como para ponerlo en un compromiso? ¿Dejaría de verlo como a un cordero indefenso? Son muchas preguntas como para dejarlas en el aire ahora, que estamos en lo más interesante.

–Te recuerdo que no se pueden poner en Youtube vídeos pornográficos. Y te recuerdo que estamos jugando con la imagen de Orlando. Y con su vida.

Orlando, que estaba sentado junto a Jara, asistía al debate que trataba sobre él como concurre el acusado a la contienda entre el defensor y el fiscal.

–No creo que sea para tanto –continuo Elvira–. La otra alternativa es llegar a Cardenio por la puerta de atrás, es decir, por Aristohost, la empresa con la que ha contratado el dominio nogdam.com. No os he dicho nada, pero me he puesto en contacto con ella.

Jara dio un puñetazo sobre la mesa al tiempo que se levantaba de un brinco y gritaba un improperio. Su silla, que tenía ruedas, salió disparada hacia atrás. La cara de Roderick asomó en la pantalla con un gesto sorprendido, junto al rostro gozoso de Elvira.

—No te pongas así, que no hay motivo —dijo Elvira tras soltar unas carcajadas, a salvo de la ira de Jara—. Me he limitado a manifestar mi interés por comprar el dominio nogdam.com para ver si me ponían en contacto con su titular. Pero me han indicado que debe ser siempre a través de ellos. A propósito, cuando digo ellos quiero decir él. La empresa Aristohost es en realidad una persona física que distribuye servicios de alojamiento informático en una gran computadora ajena. O expresado de otro modo, es un mero intermediario entre Cardenio y el verdadero proveedor del servicio de alojamiento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo he llamado por teléfono hace un rato. El dueño de Aristohost es un tal Aristóteles Alvarado, un individuo de origen centroamericano que ha manifestado recordar el nombre de Nógdam. Yo le he tirado un anzuelo, para comprobar si picaba, y le he dicho: «¿El dueño de Nógdam es el señor Cardenio?». A lo que él me ha contestado: «Si ya lo conoce, para qué quiere que le dé su nombre». Yo le he explicado que solo conozco su dirección de correo electrónico y que le he escrito, pero no me responde y, ante mi insistencia para que me diera una forma de ponerme en contacto personal con Cardenio, ha sido sumamente explícito al respecto: las normas sobre privacidad le impedían hacerlo. Si yo quería ponerme en contacto con él, tenía que ser con su intermediación.

—O sea, que sabe quién es —resumió Jara mucho más calmada.

—Iba a llamaros para decíroslo, pero lo habéis hecho antes vosotros.

Después, hubo unos segundos de silencio, que rompió Orlando para decir:

—En la casa de tu tío había numerosos libros publicados por una editorial llamada Nógdam. ¿No te suena de nada? He comprobado que no existe desde hace muchos años.

—Si me hubiera sonado, ya os lo habría dicho —contestó Elvira—. En todo caso, ese suceso confirma nuestras suposiciones: el vídeo del que eres protagonista muestra la debilidad infame de una pandilla de personas influyentes en la sociedad sevillana. Y el capítulo cuyo final fue arrancado de *El centro de gravedad permanente* por aquellos matones se

refería a la debilidad infame de un grupo de prebostes, cuyos nombres bien pueden aparecer en un vídeo colgado en Youtube por mi tío. La debilidad es la misma. Y son los mismos los notables miembros de la sociedad que sucumben a ella. Son los personajes que miraban a través del cristal cuando Epifanía y tú estabais liados en la cama. Ellos son los que temen ser descubiertos y los que matan. Los que mataron a mi tío y los que mataron a ese chantajista incompetente de tu maestro. ¿Cómo se llamaba?

–Don Ginés –respondió Orlando.

–Pues a ese.

–¿Y Cardenio? –preguntó Jara.

–Cardenio es probablemente uno de ellos –continuó Elvira–. Don Ginés no lo sabía porque no aparecía en el vídeo de Orlando. Pertenece al mismo partido que el ex Presidente de la Junta de Andalucía y tiene un dominio personal cuyo nombre ha copiado de una editorial desaparecida a la que tal vez admire, Nógdam, un dominio que aún no ha utilizado salvo para las cuentas de correo anexas.

–Según eso, Cardenio no mató a don Ginés porque chantajeara al ex Presidente de la Junta de Andalucía, sino porque podía destapar la debilidad ignominiosa que se ocultaba en la casa de Epifanía –apuntó Jara.

–Eso es.

La digestión de tantas ideas juntas necesitaba un tiempo. Se lo tomaron, y el silencio le extrañó a Roderick, que se fijó en la pantalla para ver si continuaban en línea.

–¿Aún seguís pensando que debemos ir con el cuento a la policía? –preguntó, al cabo, Elvira–. Sinceramente, no creo que Cardenio sea tan fuerte. Tiene un talón de Aquiles y él lo sabe. Y nosotros sabemos que lo sabe.

–Sí, ¿pero quién es Cardenio, si ni siquiera es uno de los que sale en el vídeo? –dijo Jara.

–Hay una forma segura de descubrirlo.

–¿Cuál?

–Aristóteles Alvarado lo conoce –apuntó Elvira–. Bastaría con sacarle esa información.

–Sí, pero cómo. ¿Mandamos a unos matones para que lo estrujen o vamos a Nueva York y lo estrujamos nosotros?

Capítulo 26

Una relación que no es de equilibrio

–Si el problema es el dinero, yo tengo de sobra –había dicho Jara.

–¿Para cuatro? Porque Roderick también viene –le había contestado Elvira.

–Para todos. El día que supieron que ya no me gustaban las muñecas, mis abuelos empezaron a regalarme dinero para cuando fuera mayor, y ya lo soy.

No lo pensaron más. Jara tomó nota de los nombres de todos y, en cuanto colgó, sacó un billete de ida al aeropuerto JFK de Nueva York para el miércoles y de vuelta al Adolfo Suárez de Madrid para el domingo y, acto seguido, entró en la página web de la embajada de Estados Unidos y tramitó con éxito una autorización ESTA de entrada sin visado en aquel país. Luego, le puso el siguiente mensaje a Elvira: «Tengo billetes para pasado mañana, miércoles, a las 12:00. Vuelo directo desde Madrid. Mañana por la noche dormiré en mi casa». Elvira le contestó: «No tengo dinero para el vuelo de Berlín a Madrid. Sácanos dos billetes para mañana». Jara refunfuñó un poco, pero hizo lo que le pedía Elvira. A continuación, le remitió este mensaje: «Ya tenéis los billetes. Te mando por correo electrónico los detalles. Orlando y yo iremos a recogeros al aeropuerto».

Orlando y Jara estuvieron durante el resto de la tarde metidos en la habitación de Jara, buscando información sobre Aristohost y sobre dónde alojarse o qué visitar de la ciudad. Aristohost tenía su sede social en un piso de Amsterdam Avenue. Por ventura, en esa misma avenida, pero un poco más al norte, en el 891, había un albergue, el Hostelling International New York, con comentarios muy buenos y un precio razonable para lo que costaba alojarse en esa ciudad, en el que Jara reservó alojamiento para los cuatro en dormitorios mixtos de ocho personas. El albergue estaba situado en el Upper West Side, al lado de Central Park y a escasos minutos de los lugares más emblemáticos de la ciudad, sobre la que enseguida planearon varias rutas turísticas llevados por el entusiasmo y con el afán de verlo todo. Hasta que no terminaron, no salieron de la habitación. Entonces, cenaron solos en la cocina un poco de la ensaladilla que había dejado preparada Dorotea y se fueron a pasear por el barrio. Sentados en la plaza de Colón, mientras repasaban con

el máximo de pormenores la historia que estaban viviendo, se dieron cuenta de que habían planeado un viaje turístico a Nueva York en lugar de un viaje de trabajo.

—¿Y cuando estemos delante de ese piso de la avenida Ámsterdam, qué haremos? —resumió Orlando.

Era una pregunta que no tenía respuesta.

—¿Vamos a ir a Nueva York cuatro personas solo para intentar convencer a Aristóteles Alvarado de que debe decirnos quién hay detrás de Cardenio? —insistió Orlando.

Nueva York estaba lejos y el viaje le iba a costar una pasta gansa a Jara.

—Creo que debemos pensar en algo más eficaz que en abrumarlo con razones.

Hasta que se acostaron, cuando se levantaron al día siguiente y mientras iban a la facultad de Farmacia intentaron urdir sin éxito una fórmula con la que sacar a Aristóteles Alvarado la información que necesitaban. Orlando estuvo de visita en El Prado toda la mañana y no le prestó atención a los cuadros, sino al problema que se habían propuesto solucionar, y cuando recogió a Jara en la puerta de la facultad fue lo primero de lo que hablaron.

—No he tenido otro pensamiento durante las clases que el del objetivo de nuestro viaje, pero no se me ha ocurrido nada —confesó ella.

Poco después, durante el almuerzo, reveló como de pasada que al día siguiente se iba a Nueva York con Orlando y con otros dos amigos de Berlín que aquella noche se quedarían en la habitación de invitados.

—Lo podías haber dicho antes —la reprendió su padre.

—Me enteré ayer por la tarde —se excusó Jara.

El almuerzo era, normalmente, el único momento del día en que se juntaban los cuatro habitantes de la casa y Gayo hacía todo lo posible durante su desarrollo por gestionar las emociones encontradas de Leonela, Gregorio y Jara. Después del reproche, Gayo le preguntó a Jara por el motivo del viaje y, especialmente, por su urgencia.

—Tiene que ver con Orlando. Es un asunto muy personal —contestó titubeando Jara.

No resultó convincente, pero Leonela y Gregorio habían hecho un mohín de menosprecio y Gayo no quiso aumentar la discordia pidiéndole a Jara una aclaración que tal vez enfangara la charla. Lo hizo luego, cuando terminaron de comer y estaba tomando

un café en la terraza con Orlando. Entonces, llamó con un gesto de la mano a Jara, que los miraba a través del cristal, y, cuando se hubo sentado junto a ellos, le dijo:

—Los que se mueven en niveles laborales similares a los míos tienen casi a diario eso que se llama comida de trabajo. Yo no voy a ninguna y vivo en plena ciudad porque lo que quiero es comer en mi casa, con mi familia, a la que difícilmente vería en caso contrario. Si ya tenemos poca comunicación, si vivimos de espaldas unos a otros incluso residiendo bajo el mismo techo, imaginaos lo que sería que no nos juntáramos ni a comer. Si hoy no comemos juntos, me habría enterado de tu viaje a Nueva York cuando hubieras estado en Nueva York y eso, sinceramente, me habría parecido excesivo. Ya sé que eres mayor de edad y que tienes dinero, y ya sé que la relación entre los padres y los hijos no es ni lo será nunca de equilibrio, pero me gustaría que miraras dentro de mí antes de tomar una decisión, lo mismo que miras dentro de la otra gente que quieres. Eso me animará a mí, seguro, que también necesito una palmadita en el alma de vez en cuando, y quizá te venga bien a ti y le venga bien a más personas. Ahora que me has dicho que te vas a Nueva York por un asunto personal de Orlando, ¿me puedes decir cómo de personal es ese asunto y de la manera que te afecta a ti? Quién sabe, igual hasta os puedo ayudar.

Jara entendió que su padre llevaba razón, pero la explicación era prolija y afectaba a alguien que no tenía por qué darle explicaciones. Resopló, hizo un amago de excusarse y se quedó callada, sin saber qué decir. Gayó pasó la mano derecha de arriba abajo por la corbata y la dejó caer sobre el muslo que tenía encima del otro. Se le veía decepcionado. El suyo era el fracaso vital de un triunfador profesional y Orlando, al verlo y al sentirlo, se acordó de su madre, que a aquellas horas estaría limpiando la casa de algún rico de Aleda por unos cuantos euros, un rico cuya fortuna no le llegaba a la altura del zapato a la del hombre que tenía ante sí.

—Papá, de verdad, no puedo.

Gayó esbozó un gesto con los labios y su frente morena e hidratada por cosméticos caros se arrugó. No quería forzar más la situación. La conversación había terminado. Estaba haciendo el ademán de levantarse, cuando Orlando dijo:

–Es por un libro. Bueno, todo empezó por un libro, un libro que se parece a las letras de las canciones de Franco Battiato. O eso creí yo al principio. Aunque luego resulta que no se parece tanto, o tal vez no se parece lo más mínimo, si exceptuamos el título.

Gayo se quedó mirándolo estupefacto: no había entendido ni media palabra.

–¿Ves? Es difícil de explicar, papá.

–Tengo toda la tarde. Soy el jefe y puedo faltar siempre que quiera al trabajo. Venga, empezad por el origen.

Orlando tomó aliento antes de comenzar. Lo había hecho otras veces y sabía que la historia tenía un tronco al que debía volver y detalles que no debía pasar por alto, y sabía que no debía obviar nada, ni siquiera el asunto del tórrido vídeo que protagonizó a su pesar en casa de Epifanía, al que ya había empezado a perderle el respeto. Cuando terminó, había consumido más de una hora y había dejado el argumento en el problema de cómo sacarle a Cardenio la información.

–Entendemos que debemos plantear una estrategia para engañarlo, pero no se nos ocurre cómo –añadió Jara.

Gayo había ido interesándose por el guion de la historia a medida que iban entrando personajes en ella y a su término estaba tan intrigado como podría haberlo estado un lector atento. Es más, se imaginó que, de ser aquel caso una novela, él bien podría ser un personaje más.

–Como persona mayor que soy y como padre, os pediría que dejarais de actuar como detectives –dijo–, porque os estáis poniendo en peligro, y, como abogado, os recomendaría que dejarais el asunto en manos de un profesional. Pero por lo que estoy viendo sé que no me haríais ni puñetero caso, así que lo mejor es que me limite a ofreceros mi apoyo. Nuestro bufete asesora a grandes empresas españolas con intereses en Nueva York, donde tenemos un despacho abierto y socios importantes. Conozco a muchas personas influyentes de aquella ciudad. Si queréis, puedo hablar con alguna de ellas.

Jara le agradeció el ofrecimiento y le prometió que lo llamaría si lo necesitaba, y Gayo se levantó, le dio un beso a su hija, estrechó con fuerza la mano de Orlando, miró el reloj y se fue sonriendo. Aquel rato había sido uno de los más productivos de los últimos tiempos, pensó mientras atravesaba el salón con paso firme. Y como si fuera un juego,

en el aquel mismo momento empezó a urdir una estratagema para engañar a Aristóteles Alvarado.

–Ya tengo una estratagema, pero está coja. Le falta soporte –fue de lo primero que dijo Elvira cuando los vio en la T4 del aeropuerto Adolfo Suárez, y enseguida sacó un cómic de la mochila que le servía de equipaje de mano y se lo mostró–. Tengo unos colegas que dibujan como verdaderos demonios, y que se inventan unas historias que te cagas.

Por el camino, Jara le habló del ofrecimiento de su padre y Elvira lo aplicó al punto como apoyo para su treta.

–Dime su número de teléfono, que lo voy a llamar ahora –indicó.

–Llámallo con el mío, y así es seguro que lo coge.

Gayo tenía una idea de cómo era Elvira por la forma casi pictórica con que la había descrito Orlando y mientras hablaba con ella se imaginó que el piercing que tenía en la lengua se le enganchaba en el teléfono.

–Venid a mi despacho –le dijo–. Yo también he pensado algo. Vemos los detalles que sean precisos y luego cenamos en el Centro Riojano, que está cerca.

Dejaron el equipaje en el coche y se fueron andando. El barrio de Salamanca de Madrid es elitista y clásico y dista mucho de ser como el Friedrichshain de Berlín. Si Roderick llamaba la atención en el Friedrichshain por su enorme estatura, por su porte desmembrado y por su larguísima e inseparable gabardina negra, en el barrio de Salamanca debía añadir a su imagen singular sus piercing y su peinado de cresta y coleta. Mientras anduvo por la calle, a todo el mundo asombró su aspecto. Fueron bastantes los que al verlo pasar se volvieron, y hubo quien le hizo fotos e incluso quién lo grabó, con la sospecha de que se hallaba ante algún divo de la música o del cine que había ido a una de las tiendas exclusivas del barrio a comprar ropa intencionadamente estafalaria de alguna marca cara. Pero más aún llamó la atención cuando entró en el edificio del bufete precedido, por este orden, por Orlando, por Elvira y por Jara. Llamó la atención hasta a Gayo, que estaba sobre aviso por la detallada descripción que de él había hecho Orlando.

–No habla español, y de inglés descifra lo que dicen los carteles y poco más –dijo Elvira cuando vio que Gayo intentaba ser amable y le hacía preguntas sobre el viaje–. Mejor que te entiendas conmigo, y yo le traduzco.

Se sentaron en la mesa de reuniones que tenía el despacho. Elvira había realizado numerosas exposiciones por razón de su trabajo y, tras presentar con eficacia las líneas maestras y las lagunas de su plan, dejó sobre la mesa el cómic que había sacado en el aeropuerto, como si con ello dejara probado lo que había dicho. Entonces, Gayo se levantó, cogió un papel de la mesa de su despacho y lo dejó junto al cómic. Jara tomó el papel y le echó un vistazo.

–Solo es el resguardo de un billete de avión –dijo Gayo–. Casualmente, me voy a Nueva York mañana. Y casualmente, en el mismo vuelo que vosotros, aunque en primera clase. Y tengo reservado un hotel no lejos de vuestro albergue, aunque al otro lado de Central Park y un poco más al sur. No es casual, sin embargo, que haya pensado un plan que puede ser complementario del vuestro. Como el azar ha hecho que vayamos a coincidir en esa ciudad que me encanta, si queréis trabajamos juntos, bien entendido que yo solo soy un personaje secundario de esta historia y vosotros, los protagonistas de ella.

Capítulo 27

Un apartamento de la avenida *Ámsterdam*

Aristóteles Alvarado se acordaba perfectamente de aquel nombre, *Nógdam*, porque fue uno de los primeros dominios que contrató cuando se puso por su cuenta y porque fue el primero de un cliente europeo. «Somos un equipo de expertos en todas las disciplinas relacionadas con la creación y el diseño de páginas web que trabajamos para dar una respuesta a la medida de sus necesidades», decía la página en la que ofrecía sus servicios. «La sede central de *Aristohost* se encuentra en el corazón de Manhattan, Nueva York», continuaba, y enseguida tenía impresa en negrita una dirección de *Amsterdam Avenue* que se correspondía parcialmente (solo decía el número de la avenida, pero no la planta ni la puerta) con la de un apartamento de una habitación, una cocina, un cuarto de baño y un salón, todos pequeños, que había alquilado por la cantidad de dos mil dólares mensuales, un apartamento en el que cabían con holgura todos los componentes de su equipo multidisciplinar porque solo estaba formado por una persona, él, que para trabajar únicamente necesitaba de un ordenador funcionando y de otro de sustitución.

Internet admitía propuestas como esa, que eran verdad y contaban con el respaldo de palabras y expresiones llenas de contenido, como «equipo de expertos», «creación y diseño» o «a la medida de sus necesidades», y con el respaldo no menor que daba el nombre de la ciudad donde se ubicaba, Nueva York, y dentro de Nueva York, Manhattan, y dentro de Manhattan no una calle, sino una avenida.

En la página había un formulario de contacto, un teléfono y una dirección de correo electrónico, y se anunciaba que se contestaría en inglés, español, francés, alemán, italiano, portugués y chino, aunque él solo hablaba inglés y español, porque entendía que siempre podría utilizar el traductor de Google para las conversaciones por escrito y porque atraería a más hablantes de inglés y de español si decía que sabía otros idiomas. «En todo caso, si me llaman muchos hablantes de francés, contrato a alguien que lo hable», se dijo. «Ya me gustaría tener ese tipo de problemas».

Aunque nunca la desarrolló, *Nógdam* fue una de las páginas que tuvo en su porfolio de clientes durante los primeros meses, hasta que creó páginas específicas para clientes

imaginarios, como «Los antiguos alumnos del Colegio Urbano de Cambridge», «La Asociación de Historiadores Progresistas de Mali», «La Biblioteca Universal de Antonia» y «La Bolsa de Artistas Urbanos de Central Park». Durante varios meses se dedicó a hacer páginas y más páginas imaginarias, cada vez con más soltura, cada vez más atractivas y más eficaces para la labor que supuestamente debían desarrollar, como lo probaba el hecho de que le llegaran escritos de todo el mundo con peticiones relacionadas con ellas. Había gente que le pedía libros a la inexistente Biblioteca Universal de Antonia, que solicitaba afiliarse a la Asociación de Antiguos Alumnos del Colegio Urbano de Cambridge, que exigía un mayor compromiso político a la Asociación de Historiadores Progresistas de Mali y que demandaba un cambio de estatutos de la Bolsa de Artistas Urbanos de Central Park, por ejemplo.

Si soy bueno, si soy barato, si estoy en el mejor sitio y tengo un equipo multidisciplinar que atiende en varios idiomas, ¿por qué no me contratan?, se decía, ¿por qué contratan a otros que son peores, más caros, están en lugares desconocidos y solo atienden en inglés? Porque su cartera de clientes verdaderos se reducía a unos cuantos dominios con sus cuentas de correo anejas y al diseño de varias páginas webs para restaurantes y tiendas de conocidos, por las que cobraba cantidades ridículas que, en conjunto, no le daban para pagar el alquiler, por lo que a los pocos meses consumió todos sus ahorros y debió emplearse como reponedor suplente en un supermercado de la misma avenida, en el que tenía como compañeros a varios jóvenes silenciosos y tristes de origen mejicano y, en la caja, a varias muchachas silenciosas y tristes de origen vietnamita.

Así, con los reducidos ingresos que le daban la intermediación de los dominios y sus creaciones, su trabajo esporádico en el supermercado y, sobre todo, gastando menos de lo imprescindible, tenía lo suficiente para seguir tirando, exhibir en las redes sociales su triunfo ante su familia de Honduras y alimentar el espíritu del sueño americano.

—¿Es Aristohost?

—Sí, señora, para servirle. Dígame, ¿en qué podemos ayudarla?

—Me gustaría que me informaran sobre un dominio.

—¿Quiere continuar siendo atendida en inglés o prefiere que la atendamos en otro idioma?

–En inglés está bien.

–Un momento. La paso con nuestro departamento de dominios. No cuelgue.

Elvira oyó una música y enseguida una voz muy parecida a la anterior.

–Aristohost dominios a su servicio. Dígame, ¿en qué podemos atenderla?

–He visto que tienen ustedes un dominio sobre el que me gustaría obtener información.

–Dígame, ¿cuál es el nombre del dominio?

–Nogdam.com.

–Un momento, por favor, estoy mirando en nuestra base de datos. Un momento, no se retire. Sí, sí, es de un cliente nuestro. Aquí está. ¿Qué quería?

–Me gustaría ponerme en contacto con él.

–¿Ha mirado en su página?

–Está en construcción. Y no tengo dato alguno sobre él. Bueno, sí, tengo un correo, *cardenio@nogdam.com*.

–¿Le ha escrito?

–Sí, pero no me contesta. Y estaría muy interesada en hablar con él.

–Lo siento, pero no puedo darle a usted datos sin su consentimiento.

–Ya. ¿Puedo hablar con su jefe?

–Un momento, voy a ver si está disponible.

Elvira volvió a oír la misma música y acto seguido se puso una voz muy parecida a las dos anteriores.

–Aristóteles Alvarado a su servicio, señora. Me han contado su problema. Quería usted información sobre uno de nuestros clientes, ¿no es así?

–Sobre el titular de nogdam.com.

–¡Cómo lo siento, no puedo darle esa información!

–¿La conoce?

–Claro. Nógdam es uno de nuestros clientes más antiguos.

–Dígame, ¿el dueño de nogdam.com es el señor Cardenio?

–Si ya lo conoce, para qué quiere que le dé su nombre

–No lo conozco. Y, según el precio que me pidiera, podría interesarme comprarle el dominio.

–Tenemos un apartado específico para compras de dominios en nuestra página. Si quiere, podemos hacer de intermediarios. Pero es todo lo que podemos hacer.

–Escúcheme usted, Aristóteles. ¿Aristóteles ha dicho que se llamaba, no?

–Sí, señora, como el filósofo griego, aunque soy de origen centroamericano, como habrá podido deducir por mi apellido.

–Bien, Aristóteles. Yo quiero saber quién es Cardenio y usted lo sabe. Dígame cuánto vale esa información.

–No es una cuestión de valer, señora. Esa información no vale nada porque no se la puedo dar sin el permiso del interesado. Y si tuviera el permiso del interesado tendría que dársela gratis.

–¿Qué podemos hacer?

–Iniciar el protocolo para la adquisición del dominio. Y si quiere otro que esté libre, se lo podemos reservar a un precio muy económico.

–De acuerdo, gracias. Ya veré lo que hago.

Cuando colgó el teléfono, Aristóteles Alvarado se puso a darle vueltas a la conversación. Había visto en la televisión y en el cine lo que costaba la información ilegal que se despachaba en la barra de un bar o en el recibidor de un hotel, que era unos cuantos billetes. Quizá aquella mujer estuviera dispuesta a pagar más, pero no parecía que pudiera ser mucho más. ¿Y cuánto era mucho más? Cien dólares, mil dólares, dos mil dólares. Nadie en su sano juicio pagaría más de dos mil dólares por una información tan simple. Y dos mil dólares eran una ridiculez, no eran nada, para el dueño de una empresa que se jactaba de contar en Manhattan con un equipo de expertos en todas las disciplinas vinculadas con la creación y el diseño de páginas web. «Somos Aristohost, señora. Esto es una empresa seria», se dijo Aristóteles Alvarado mientras se comía un bocadillo de mortadela junto a la única mesa que tenía en el apartamento, ocupada por sus dos ordenadores. Si hubiera podido, se habría sincerado con alguien, pero no tenía a nadie y, como cuando terminó el bocadillo seguía con las mismas ganas, salió a la calle decidido a sincerarse casi con cualquiera. De hecho, al pasar por delante del supermercado donde trabajaba vio a

través del cristal a su compañero Óscar reponiendo paquetes de leche en una estantería y se fue directamente hacia él:

—¿Cuánto estarías dispuesto a pedir por una información confidencial? —le preguntó a bocajarro.

—¿Cómo?

Al encargado no le gustaba ver a los empleados hablando, y mucho menos hablando en español. Se suponía que los empleados no tenían que hablar más que para intercambiarse mensajes relacionados con su trabajo, y si estaban relacionados con su trabajo debían ser entendidos por él, y él no hablaba español.

—Si un cliente te pregunta dónde están las galletas se lo dices gratis —lo ilustró Aristóteles—, porque eso es lo que debes hacer. Pero si el encargado te ordena que no le digas a nadie dónde están las galletas, aunque te lo pida, ¿cuánto estarías dispuesto a cobrar bajo cuerda si te lo piden?

—¿Cómo?

La principal misión del encargado era vigilar que todo estuviera como tenía que estar. Los empleados sabían que ellos tenían que estar callados excepto el tiempo imprescindible para informar a los clientes, y Aristóteles no era un cliente, sino un compañero, un compañero sustituto, además.

—Te estás volviendo loco. Ve a buscarte una novia, y si es corajuda, mejor. Creo que necesitas a alguien que te recorte un poco los pensamientos —le contestó su compañero sin dejar de trabajar.

Buscarme una novia para que me recorte los pensamientos, ¡vaya tontería!, pensó Aristóteles Alvarado mientras caminaba hacia el Midtown. Le habían dicho montones de veces que se buscara una novia, pero siempre para fines más entendibles, como para cogerle el culo, para que se sintiera acompañado o para desfogarse, pero nunca para algo tan incomprensible como recortar los pensamientos. No parecía sino que los pensamientos eran como un seto que había que domesticar a fuerza de tijeretazos. ¿Y los creadores de Apple, y los de Google, y los de Microsoft, y los de Facebook, también tenían novias que les recortaban los pensamientos? ¿Por qué el mundo les reconocía a ellos sus creaciones y las suyas seguían perdidas en el universo virtual de internet?

Cuando llegaba a Columbus Circle y empezaba a ver turistas, se encontraba mucho mejor. Después de todo, los turistas pagaban miles de dólares por pasar unos cuantos días en la ciudad en la que él estaba viviendo, que bien podía considerarse la capital del mundo. Era una alegría balsámica pero pasajera, pues junto a los turistas también se encontraba a residentes de Manhattan que tenían grabado en su aspecto el éxito en los negocios, y al reconocerlos se subía en un vagón del metro que iba hacia el sur y se bajaba en Fulton, desde donde caminaba hasta las proximidades de la Bolsa de Nueva York, a cuya vera solía vagar confundido con una nube de turistas que se hacían fotos con el edificio a la espalda y con una emoción pareja, como si fuera un extranjero en su propia ciudad.

Capítulo 28

Una cascada de monedas de oro

A Gregorio casi le da un patatús cuando vio aparecer a Elvira en la cocina. Se le quedó la boca abierta con un trozo de tostada con mermelada de naranja dentro y la mirada se le trabó en el rostro de la muchacha, lleno de contrastes pálidos y negros y repleto de piercing. «Hola, tío», se presentó Elvira, a lo que Gregorio, con el bocado sin tragar, balbució algo ininteligible. Pero peor aún fue su respuesta cuando unos segundos después entró en la cocina Roderick. Para entonces, el trozo de tostada estaba pasando por su garganta y el puñetazo de estupor le mandó la comida hacia los pulmones. Tosió y tosió hasta que el mismo Roderick le dio una palmada en la espalda que le hizo lanzar el bocado hasta los pies de Dorotea, que tenía un cuchillo enorme en la mano y miraba embobada la escena, sin capacidad de contestación alguna.

—¿Estás bien, tío? —le preguntó Elvira al fin.

Gregorio contestó afirmando con la cabeza. Respiraba sin dificultad, pero todavía estaba entumecido por el asombro, y había perdido el apetito. Todo lo contrario de lo que le pasaba a Roderick, que tenía en el desayuno a su comida favorita.

—¿No hay huevos revueltos o, mejor, ya que estamos en España, no le puedes preparar unos huevos fritos? —le dijo Elvira a Dorotea.

—¿Cuántos? —las dimensiones de Roderick y su delgadez hacían razonable esa pregunta.

Elvira le trasladó la cuestión a Roderick y luego le pidió a Dorotea:

—Tres, solo tres. Pero que sean fritos, y con aceite para mojar sopas. Gracias.

Dorotea aún estaba friendo los huevos cuando entró en la cocina Gayo, que dio los buenos días con una alegría aparatosa. Fue él el que presentó a Elvira y Roderick, que hasta entonces habían pasado por unos okupas de la habitación de invitados.

—Son amigos de Jara y amigos míos, y nos vamos a ir a Nueva York todos juntos dentro de un rato.

La jovialidad de Gayo y su relación afectiva con Elvira y Roderick añadieron más espanto todavía al conmocionado ánimo de Gregorio, que no podía ponerse de pie e irse

porque había perdido toda capacidad de reacción. Poco después, llegaron Jara y Orlando, y Jara mostró sin rodeos su euforia. Se había levantado de la cama con la persona que quería, tenía en su casa a los amigos que había hecho en Berlín, su padre estaba compartiendo con ellos el desayuno a pesar de lo diferente de sus maneras de ser y de manifestarse y dentro de unas cuantas horas se iría a Nueva York con todos ellos.

La mesa tenía seis plazas y seis personas se hallaban sentadas a su alrededor. De ellas, cuatro hablaban con un entusiasmo contagioso, una comía sin cesar y otra estaba agarrotada, como una figura del museo de cera. Dorotea, la señora de cincuenta años que llevaba quince en la casa, los miraba de reojo, atónita, mientras cortaba cebolla sobre una encimera de granito. «¿Qué habrá dicho la señora cuando haya visto a esa muchacha? ¿Y cuándo haya visto a ese hombre? ¿Los habrá visto o se habrá ido a trabajar sin saber que se han acostado en su casa? ¿Qué habría dicho si los hubiera visto comer?».

–Don Gayo, veo que su invitado está desayunando como si almorzara. ¿Cree usted que debemos ofrecerle vino? –le preguntó Dorotea al señor cuando este pasó cerca de la encimera para coger un salero.

–Claro, Dorotea. Vino de las bodegas de la señora. Yo lo cojo, gracias.

Y Gayo sacó una botella de la bodega y se la enseñó a Roderick mientras le decía a Elvira:

–Dile que voy a descorchar una botella de vino que no va a olvidar en su vida.

–¿Para desayunar, papá?

–¿Por qué no? Venga Dorotea, saca para todo el mundo una copa. Seis copas, Dorotea. Qué digo seis, siete. Saca una para ti también, que vamos a brindar los siete por el éxito de nuestro viaje.

Dorotea sacó seis copas y las fue repartiendo por la mesa mientras Gayo descorchaba la botella y luego sacó otra y la puso sobre la encimera.

–Dile a Roderick que esta botella de tinto cuesta más de cien euros –le dijo Gayo a Elvira cuando después de servir a Dorotea empezaba a verter el vino sobre las copas de la mesa.

Dorotea no había bebido vino de aquel más que a escondidas y como al pelo, para que no se notara, cuando sobraba algo y la señora lo guardaba para la noche. De todas

las personas de la casa, era la que más lo estimaba, y cuando a petición de Gayo se acercó a brindar y llevó la copa hasta sus labios, recibió el contenido en su boca con los ojos cerrados.

—¿Qué te pasa Gregorio, no bebes este manjar de tus bodegas? —lo invitó Gayo.

Porque hubiera parecido hacerle un feo a su madre y al padre de su madre y a los demás antepasados suyos que había trabajado para que aquel vino fuera uno de los más prestigiosos de España o porque el pasmo lo obligaba a no oponerse, el caso es que Gregorio tomó su copa, la levantó temblorosamente y bebió un poco, casi nada, lo justo para mojarse los labios, solo lo necesario para cumplir con la familia y con la invitación.

—¿Oye, ese individuo con pinta de gilipollas que había en tu casa quién era, tu hermano?

A Elvira le había venido como un exabrupto el recuerdo de aquel muchacho que estaba en la cocina pero como si no estuviera y había dicho lo primero que le había venido a la cabeza. Llevaban un par de horas de vuelo y tenían desplegada la bandeja de la comida y, sobre ella, había unos cuantos recipientes de plástico con comida envuelta en plásticos y un vasito, también de plástico, con bebida. Elvira y Jara estaban separadas por el pasillo. Al lado de Jara, iba Gayo, que había cedido a Roderick su sitio en primera clase para que pudiese desplegar sus largas piernas con comodidad. Elvira se dio cuenta de que Gayo, que podía ser el padre del gilipollas, la había oído y le pidió disculpas.

—Muchas veces tendría que meterme la lengua en el culo —dijo enseguida.

—No, no, si tiene pinta de gilipollas. Y además no es mi hijo. Ya venía en el paquete cuando me casé con mi mujer, que no es la madre de Jara —respondió Gayo.

Elvira no se enteró de primeras del vínculo familiar de unos y de otros, pero como le importaban un rábano los parentescos tampoco hizo por enterarse luego. Desempaquetó su comida y fue comiéndosela con cuidado de que no se cayera nada, y mientras tanto le iba contestando a Gayo, que había aprovechado el inicio de la conversación para seguirla. A Gayo le interesaba absolutamente todo de ella. Cómo era su familia, cómo se hizo ingeniera, cómo aprendió alemán y se fue a trabajar a Alemania, cómo era la empresa en la que había trabajado y si tenía contactos con España, por qué había decidido abandonar su trabajo e irse a Berlín y cómo era la vida en una vivienda de okupas. Eran muchas

preguntas y muchas respuestas, pero tenían tiempo de sobra y entre los dos existía una extraña afinidad. A Elvira le parecía sincero el interés de Gayo por conocer los motivos de sus decisiones. No era una curiosidad insana o de repudio, de la que solo sirve para reafirmarse en las posiciones de inicio, sino de fondo. Gayo quería saber para comprender, porque entendía que había diversas formas de enfrentarse a la complejidad del mundo, algunas de ellas erróneas, pero otras muchas tan válidas como la que le habían inculcado sus padres.

Cuando al cabo de nueve horas llegaron a Nueva York, aún no había acabado la charla, de manera que siguieron hablando mientras hacían los numerosos trámites de entrada e iban a coger el mismo taxi para seguir haciéndolo, pero Jara los paró y les dijo:

–Ya está bien de tanta cháchara, y a ver si somos un poco lógicos. Papá, vete tú solo, que vas a un hotel, y nosotros cuatro nos vamos juntos a nuestro albergue.

Era una reprimenda tan juiciosa que cayó como un halago y los afectados se rieron. Quedaron para dos horas más tarde en la esquina de la Quinta Avenida con la calle 59, junto a la tienda de Apple. El taxi que llevó a Jara y a los demás jóvenes tardó una hora en llegar al albergue de la avenida Ámsterdam. De los cuatro, solo Elvira había estado en Nueva York, y por el camino fue dándoles algunos datos sobre los edificios o los lugares por los que pasaban, especialmente cuando dejaron atrás Queens, atravesaron el East River y entraron en Manhattan.

En el albergue se registraron y saludaron a dos chicas danesas con las que compartirían la habitación. Las dos eran rubias y muy altas, aunque no tanto como Roderick, quien pudo hablar con una de ellas, que había hecho el erasmus en Graz y sabía alemán bastante bien. Según contó Roderick luego, eran voluntarias para realizar trabajos de servicios sociales en la organización no gubernamental Sprout, y acababan de volver de un viaje de seis días a Washington con nueve «participantes», pues así es como había llamado a los usuarios a los que debió prestar atención.

Del albergue al lugar de la cita con Gayo fueron andando por Central Park. Era un tramo de unos pocos kilómetros que hicieron pendientes de los pequeños espectáculos que protagonizaban ciudadanos anónimos y sin echarle cuentas a su propio cansancio. Cuando salieron del parque, sin embargo, el agotamiento les vino tan de golpe como a

los bebés. Habían viajado a favor de la luz y le habían ganado al día un buen trecho, pero aunque en Nueva York estuviera anocheciendo su cuerpo aún seguía con la hora de Madrid, donde en aquellos momentos era más de la una de la madrugada. El único que parecía inmune a la fatiga era Roderick, que se había pasado buena parte del vuelo durmiendo.

–Un paseo cortito y nos vamos a descansar, que estamos hechos polvo –les dijo Gayo cuando los vio aparecer.

Caminaron por la Quinta hasta la tienda de Zara, no más. Allí, mientras Jara miraba los escaparates y comparaba precios y modelos con la tienda del mismo nombre más próxima a su casa de Madrid, decidieron torcer hacia el oeste por la 42, comprar un perrito caliente en un puesto callejero y sentarse a comérselo en una de las terrazas públicas de Bryan Park. Cerca del puesto, no obstante, Gayo se ofreció a invitarlos por una sola vez en un establecimiento más caro, «porque estamos cansados y hemos comido eso que nos han dado en el avión, no os creáis que esto va a ser todos los días», aseguró, y, como quiera que aceptaron, se sentaron en el restaurante grill que hay en el parque, a la espalda de la Biblioteca Pública de Nueva York. Con un argumento similar les pagó un *gintónic* al terminar de comer y un taxi. Y les hubiera pagado una entrada para uno de los cercanos espectáculos de Broadway si hubieran estado más fuertes. Como les hubiera costado un hotel si con ello no los hubiera humillado. Aquellos muchachos eran estupendos y lo estaban tratando como a uno más, entre aquellos muchachos estupendos estaba su hija y él tenía dinero, y tenía conciencia de lo que ese dinero costaba y para lo que servía. Nunca lo había empleado mejor que entonces, pero no podía utilizarlo con abuso, porque ni quería que dejaran de ser como eran ni quería que dejaran de verlo como a uno más de ellos.

El dinero, precisamente, era la base fundamental del plan que Elvira y él habían urdido para hacerse con la información sobre Cardenio, si es que a aquello podía llamársele plan. Para ponerlo en práctica, quedaron a las diez de la mañana del día siguiente, hora local, en la confluencia de Ámsterdam con la 74, un lugar intermedio al que podían ir andando todos. Poco antes de las diez, sin embargo, Jara llamó a su padre para decirle que se retrasaba la cita, porque se habían levantado a deshora y aún no habían ido a des-

ayunar. Gayo oyó el teléfono desde la cama, donde la llamada de su hija lo había pillado durmiendo después de una noche en la que le había costado conciliar el sueño y convino con ella una cita mucho más tardía, a las once. Como todos llegaron antes de esa hora, a las once estaban caminando hacia el norte por la avenida Ámsterdam y unos minutos más tarde se hallaban frente a un edificio de cuatro plantas con las tradicionales escaleras de incendios en la fachada que coincidía con la dirección que figuraba en la página web de Aristohost.

—¿Nadie había mirado en el Street View?

La duda era de Elvira y venía a cuento porque todos estaban sorprendidos de la antigüedad del edificio y de que no hubiera ninguna señal indicativa de la empresa en la fachada. Ninguno había mirado, en efecto, y en la web de Aristohost solo se mencionaba el número de la casa.

—Dale a cualquier botón y pregunta por la empresa —le dijo Gayo.

Elvira pulsó uno a uno todos los botones y en unos no le contestaron y en otros lo hicieron negativamente. Uno de los que respondió negativamente fue Aristóteles Alvarado, al que la llamada pilló en calzoncillos delante de su ordenador haciendo una página ficticia para Artemio Romero, supuesto candidato a las elecciones a Gobernador de la provincia guatemalteca de Blandón. Cuando llamaban al timbre preguntando por Aristohost, siempre respondía negativamente. Su mundo era internet y su sede era su página. Si querían ponerse en contacto con él, que le mandaran un correo electrónico o que lo llamaran por teléfono.

—¿Tienes su teléfono? —le pidió Jara a Elvira.

—Lo tengo.

—Pues llámalo.

Enseguida, sonó el teléfono de Aristóteles.

—¿Aristohost?

—Aristohost, dígame.

—Soy un seguidor de su web de *Amigos de las Causas Perdidas*. Me gustaría mandarle un obsequio en agradecimiento a su afán. ¿Puede decirme su dirección postal?

—Estamos en Manhattan, señora.

—Ya, ¿pero en qué parte de Manhattan?

—Estamos en Manhattan, pero nuestra sede verdadera es virtual. No aceptamos obsequios físicos. Firme en nuestro libro de visitas y ténganos en la memoria para cuando necesite un equipo de expertos en todas las disciplinas relacionadas con la creación y el diseño de páginas web. Ese es el mejor premio que puede darnos. Muchas gracias.

A los pocos minutos, sonó el timbre de la puerta del bloque. Tras mirar en los bloques de arriba y de abajo, habían llegado a la conclusión de que no debían preguntar por la empresa, sino por su dueño.

—¿Aristóteles Alvarado? —dijo Gayo a través del interfono.

—¿Quién pregunta por él?

—Vengo de parte de su casero. Creo que se ha retrasado en el pago.

—¿Que me he retrasado en el pago? Un momento. Ahora abro.

Aristóteles Alvarado pasaba mil y una necesidades para pagar a tiempo el alquiler, pero pagaba, porque sabía que de su formalidad dependía el que viviera en Manhattan, a poco más de media hora a paso ligero de Times Square. La culpa tenía que ser del banco. Se puso unos pantalones y esperó a que llamaran a la puerta.

—¿Aristóteles Alvarado?

—Sí, yo soy.

Estaba frente a una mujer sorprendente, con varios tatuajes y un montón de piercing repartidos por los recovecos más inverosímiles de la cara, y a su lado había un hombre con un traje sastre, un corte de pelo impecable y la piel brillante y bronceada.

—Yo he pagado. Estoy al corriente. Hasta el día cinco del mes que viene no tengo que pagar otra vez.

—Ya lo sabemos, no se preocupe.

—¿No vienen de parte de mi casero?

—No —contestó Elvira riendo—. Nosotros venimos a hacerle una proposición. ¿Nos deja que entremos?

En el piso de Aristóteles Alvarado no entraba nadie que no fuera él desde hacía meses, tal vez años.

—¿Qué quieren? —respondió desde el entreabierto de la puerta, sin hacer ademán alguno de dejarlos pasar y muy serio.

Aristóteles Alvarado era muy pequeño y estaba delgado de no comer para poder pagar el alquiler del apartamento. Cuando Gayo dio un paso al frente y empujó la puerta, se asustó. Elvira aprovechó el sobresalto para iniciar la acción de entrar y pasar a su lado mientras decía:

—Gracias, no creo que sean más de cinco minutos.

Detrás de ella, pasó Gayo, que cerró la puerta tras de sí ante la atónita mirada de Aristóteles, quien los siguió por el corto pasillo hasta la salita comedor, en la que había un frigorífico, una estantería, una mesa con dos ordenadores y tres sillas. Menos una de las sillas, todo tenía encima revistas viejas, ropa dejada caer de cualquier manera y envases de los más variopintos productos. Elvira miró y olió antes de hablar y no reconoció aquel desorden en ninguno de los pisos okupas que frecuentaba.

—Hace unos días hablé con usted por teléfono —dijo Elvira, y antes de seguir sacó un sobre de la bolsa que llevaba, dejó la bolsa colgada sobre el borde del respaldo de una silla y sacó del sobre un cómic, que dejó delante de la pantalla del ordenador—. Mire. ¿Recuerda ahora nuestra conversación?

Elvira dio un paso atrás para quitarle sombras a la mesa y Aristóteles se acercó a ella, cogió el cómic, lo abrió y le echó un vistazo. El ambiente de las viñetas era oscuro, los personajes eran seres como ellos y el texto estaba escrito en un idioma extraño. Pero, aparte de eso, nada le pareció revelador de nada.

—¿Ha reparado en el título? —insistió Elvira.

—Nógdam —leyó Aristóteles en voz alta.

—Es el nombre de una ciudad y el título del cómic.

Ahora sí, ahora recordó Aristóteles la conversación.

—Usted es la que quería saber quién era el titular del dominio.

—Correcto. ¿Entiende por qué?

—Porque quieren un dominio que coincida con el título del cómic.

—Exacto. Y ese dominio está pillado.

Aristóteles hablaba sin dejar de mirar al cómic. Tenía a un lado a Elvira y al otro, a Gayo, y ambos lo estaban mirando, y él sentía sus miradas.

—Ya le dije que podían comprarlo. Y el precio siempre depende de lo que acuerden el comprador y el vendedor. Pero también le dije que antes debo ponerlo en conocimiento del titular del dominio, pues él mismo determinó que esa titularidad se mantuviera oculta hasta que él lo decidiese.

—Verá, señor Alvarado, yo tengo que saber con quién estoy tratando antes de empezar a negociar. Hay mucho dinero en juego. El creador del cómic es un poco caprichoso, como buen artista, y quiere que su ciudad se llame Nógdam. Podría llamarse Nógdame, o Nogdan, con ene, o Nóggdam, con dos ges, y entonces usted y yo no estaríamos hablando, porque no tendríamos este problema, pero esa ciudad tiene que llamarse Nógdam. El creador del cómic está interesado en trabajar con nosotros hoy, pero mañana podría irse a Marvel, y en tal caso, dígame, ¿cómo podríamos retenerlo? Somos una empresa pequeña, no podemos pagar más de unos cuantos miles de dólares por esa marca. Y está en juego un futuro muy prometedor. Ya tenemos un libro en cartera. Y hay una productora importante dispuesta a financiar un proyecto en Hollywood si el cómic triunfa. Este cómic tiene que triunfar, ¿entiende?, y para ello necesitamos un dominio que se llame como su título.

Aristóteles entendió que aquellos individuos podrían administrar un proyecto multimillonario, para lo cual debían contar necesariamente con su colaboración, y se le llenaron los ojos de billetes.

—No estamos faltos de conocimiento, señor Alvarado —continuó Elvira—, sabemos que esa información no es oficial y que vale dinero, y por eso estamos decididos a gratificarlo más que generosamente. Y sin ningún compromiso para usted, por supuesto, porque el procedimiento es muy limpio. Usted nos dice quién hay detrás de nogdam.com, nosotros estudiamos al titular del dominio para saber cómo tenemos que gestionar la presión a la hora de negociar y, antes de ponernos en contacto con él, se lo decimos a usted, para que sea usted el que le dé a él la noticia de nuestro interés. Ya ve, nadie se enterará de que usted nos dio una información confidencial y todos estaremos contentos. Ellos habrán obtenido un buen pellizco por una marca que antes no valía nada, un testa-

ferro nuestro habrá pagado por ella menos de lo que nos habrían pedido a nosotros y usted habrá sacado un buen puñado de dólares.

¿Cuánto era un buen puñado de dólares? Ninguno de los dos parecía dispuesto a pillar los dedos con una cifra. Porque lo importante ya no era la idoneidad moral de la conducta, sino la cifra.

—El señor Taylor —y Elvira señaló a Gayo— trabaja en la firma consultora que orienta nuestros pasos. Él sabe hasta dónde podemos llegar. Pídale un precio y si él lo estima conveniente, doy la orden para que se le pague a usted de inmediato. En metálico, claro. Recuerde que necesitamos la información completa del dominio: el nombre de su propietario y, en su caso, el de su administrador, su dirección postal, su dirección de correo electrónico y su teléfono. Asegúrese de que tiene todos esos datos, porque si no los tiene no podremos pagarle nada. Ahora, si los tiene —y Elvira punteó con la mirada algunos lugares de la caótica salita antes de contestar—, podrá mejorar mucho su situación. No le quepa duda.

Gayo metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una tarjeta de visita que entregó a Aristóteles mientras le decía:

—Llámeme por teléfono o visite nuestra sede. Estamos en la calle 42.

La calle 42 es una de las más legendarias de la ciudad más mítica de la Historia Moderna y su nombre sonó en los oídos de Aristóteles Alvarado como una cascada de monedas de oro.

Fue un ruido que no hizo sino incrementarse cuando aquellos dos extraños y opuestos individuos se fueron y que se oyó desde el otro lado de la puerta, tras la cual, sentado en las escaleras que llevaban a los pisos de arriba, se hallaba Roderick con un ordenador.

—Lo tengo —dijo—. Estoy con su wifi en su ordenador. Está mirando las credenciales de la asesoría de Taylor. Ha marcado la calle 42 y la busca con el Google Maps. Ahora utiliza el Street View. Creo que ha picado el anzuelo.

Elvira se sentó junto a él a mirar en la pantalla.

—Todo va como tiene que ir —le tradujo a Gayo—. Roderick es un fenómeno en esto del pirateo.

No pasaron ni dos minutos antes de que Aristóteles comprobara que tenía todos los datos que le había pedido Elvira.

–Ya ha entrado en su base de datos. Mira en nogdam.com. Sí, aquí está lo que buscábamos: su propietario, su administrador, su teléfono, su dirección y hasta los nombres de las cuentas de correo electrónico anejas –y Elvira enarcó sus cejas, una de las cuales estaba atravesada por un arito negro, y dijo luego–: ¡Y qué quieres que te diga, no puedo creerlo!

Abajo, en la avenida, Orlando y Jara esperaban con la espalda contra la pared. Habían comentado, con cierta envidia, que era a ellos a quienes en sentido estricto correspondía el trabajo que se estaba haciendo arriba, porque habían sido ellos los que habían iniciado la investigación, y se hallaban en silencio, entretenidos con el paso de la gente, cuando se abrió el portal.

–Estamos en ascuas. Decidnos, ¿cómo ha ido todo el proceso? –preguntó Jara.

–Ya sabemos quién es el administrador de nogdam.com –contestó Elvira–. El problema es que no puede administrar nada, porque está muerto.

Capítulo 29

La cita

En *Chanson Egocentrique*, Franco Battiato se repite varias preguntas:

¿Quién soy? ¿Dónde estoy?

Cuándo estoy fuera de mí,

¿de dónde vengo? Dime dónde voy.

Y confiesa por dos veces que está a oscuras («mi vida a oscuras»), una estando en Park Avenue y otra en Central Park. Y canta:

Me dice: estoy tan solo, y ella tan lejos.

Cuando la veas, dile que la quiero.

—¿Qué será de nosotros cuando volvamos a España y cada uno vaya por un lado? — dijo Orlando.

Caminaban por Park Avenue hacia el norte y tenían frente a sí la fachada sur de Grand Central Station. El personaje de la canción de Battiato iba por la misma avenida y sentía una melancolía similar. Delante de ellos, iban Gayo y Elvira hablando del caso y, delante de todos, iba Roderick, que de vez en cuando volvía la cabeza y se detenía, para esperarlos.

Jara cogió la mano de Orlando y, solo mucho después, le contestó:

—¿Te vas a quedar en Aleda para siempre?

Siempre era demasiado tiempo.

—No sé dónde acabaré —dijo Orlando.

—Yo tampoco. Pero podemos intentar acabar en el mismo sitio. Ese destino no debemos dejárselo al Destino, si no nos interesa de verdad.

El destino o el Destino, la melancolía de lo perdido y la del tiempo perdido, el conflicto entre los proyectos profesionales y los vitales y otros contenidos con una enjundia

semejante pasaban de uno a otro por sus manos unidas y por sus espíritus entrelazados sin que se hablaran, pero a veces se hablaban y tejían conversaciones como esa, más propias de las páginas de un libro o de ser pronunciadas por los labios de un cantante que de la vida real.

En la vida real estaban Gayo y Elvira, y quizá Roderick, aunque Roderick parecía un rodal de color, un aditamento insólito, un figurante extraño, y resultaba difícil de encajar en la razón de la historia. En la vida real estaban Gayo y Elvira, cada uno con una realidad distinta, el sistema y el antisistema, que se habían encontrado en un punto extraordinario, el mismo en el que se hallan ideas tan distintas como el ir y el volver, el placer y la fatiga, la saciedad y la sed. Gayo y Elvira se habían encontrado y se entendían como nadie, y se complementaban.

Cuando se pararon a tomar un café, cada uno siguió a lo suyo: Orlando y Jara a mirarse embelesados, Gayo y Elvira a seguir con sus preguntas y sus respuestas sobre el caso y Roderick a continuar en su burbuja, como ausente, pero fue la conversación de Gayo y Elvira la que acabó imponiéndose.

—Hay que hablar con Purificación —dijo Elvira de modo que pudieran oírla todos—. El administrador oficial de nogdam.com pudo ser oficialmente Feliciano Abril y el domicilio recogido en la inscripción la calle Gramática, nº 1, pero mi tío no sabía ni hacer la o con un canuto en materia de informática y en Sevilla no existe ninguna calle Gramática. Difícilmente fue un invento suyo o de esa fantasiosa de su viuda. Purificación, en cambio, sabe mucho de informática y, según nos ha dicho Orlando, es la que utiliza el correo electrónico de Epifanía. Si ha habido alguna administradora de hecho del dominio, ha sido ella. Ella debe de saber quién se esconde detrás de cada uno de los usuarios de las cuentas de correo.

Gayo miró a su hija y a Orlando, reafirmando de ese modo lo que Elvira había declarado.

—Y si no lo sabe, estoy seguro de que podrá ayudarnos —dijo—. Elvira y yo llevamos un buen rato pensando en cómo podríamos obtener esa información y no se nos ocurre ninguna manera distante y sin riesgos.

Se detuvo, como se detienen los narradores de misterio al final de un capítulo, con la evidente intención de que fuera la imaginación de quienes lo oían la que continuara con su argumento, pero erró el tiro.

–Venga, papá, déjate de amagar y dinos lo que tenéis pensado –lo conminó Jara.

–No se nos ha ocurrido una manera ajena y sin riesgos, pero sí una bastante arriesgada...

–Por favor, sigue.

Y Gayo siguió contando lo que habían pensado, lo contó a medias con Elvira, mientras Roderick los miraba pendiente de sus gestos y mientras la cara de Jara y, sobre todo, la de Orlando iban perdiendo color. Lo contaron y lo repasaron después, ya con la intervención de Jara, en tanto cenaban, en los días que vivieron en Nueva York, en el avión que los llevó hasta Madrid, en Madrid y en Sevilla, donde Gayo contrató un apartamento de dos dormitorios en la calle Santander, cerca de la Torre del Oro y del río Guadalquivir, «para estar concentrados», dijo, aunque él debía dormir en un sofá del salón, «como si fuera un colegial».

Varios días antes, Elvira había llamado a Purificación por teléfono para mostrarle su interés en mantener una conversación reservada con ella y Purificación la había citado en el piso de su madre, que parecía otro desde que visita a visita había implementado en él buena parte de las funcionalidades de orden y estéticas que había visto en la casa de Epifanía. Purificación le puso café y pastas en el juego de café incluido en una vajilla de La Cartuja que había comprado de ocasión a través de una página web y una copa de Pedro Ximénez que guardaba en una vieja botella de Cardhu personalizada con una placa en plata con las iniciales de su nombre y su segundo apellido.

–Del primero, mejor que no me acuerde, porque quien me lo puso no sabe nada de mí desde que era niña –le explicó.

Se habían sentado cada una en un sillón, al amparo de una mesa camilla, y estaban arropadas con los faldones. Purificación le había dicho al entrar que podía hablar con total libertad, porque su madre había perdido mucha capacidad intelectual y se enteraba a medias de lo que oía y casi nada de lo que no encajaba en sus hábitos, pero lo cierto es que, aunque la madre estaba de cara a la tele, la miraba a ella de reojo, con desconfianza,

como si fuera incapaz de comprender por qué una muchacha guapa como ella era capaz de ponerse tan horrorosamente fea con aquellas sortijas, más propias del hocico de los cerdos que del rostro de los seres humanos. De hecho, se lo dijo al cabo de unos pocos minutos.

—¿Estás enferma, niña?

—¿Por qué se lo dices, madre?

La mente de la madre de Purificación se empantanó, porque intuía que no debía decir lo que quería decir, pero tampoco era capaz de hilar una excusa.

—No está enferma, madre —se atrevió a contestar Purificación—. Es que vive en el extranjero. En el extranjero hay mucha gente como ella.

El extranjero fue un concepto que calmó a la madre. «¡El extranjero!», exclamó con la vista perdida, como si aquella palabra fuera una solución definitiva: ¡el extranjero, claro, ahora caigo, el extranjero!

En la conversación que siguió, Elvira no le dio a Purificación demasiadas explicaciones y las que le dio no fueron ni completas del todo ni verdaderas del todo, porque habían llegado a la conclusión de que convenía al artificio que Purificación no supiera la verdad, o por decirlo de otra forma, el artificio empezaba justo en aquel momento, y Purificación ya era parte de él. Le dijo que había recogido el paquete que le envió y que quería publicar el libro de su tío, pero que le faltaba una hoja, la que incluía las páginas 312 y 313, y le apuntó que desde el correo electrónico *cardenio@nogdam.com* alguien le había confesado que disponía del libro completo.

—No sé cómo se ha enterado ese Cardenio de mi correo electrónico y mi interés por el libro. Y mucho menos sé de dónde ha sacado un vídeo que ha tenido a bien mandarme, en el que aparece Epifanía y un muchacho joven retozando en la cama ante un selecto grupito de *voyeurs*.

Aunque Purificación tenía todo el rostro cubierto, a excepción de los ojos, Elvira pudo descubrir en ella el asombro con el que eran acogidas sus palabras.

—El administrador de *nogdam.com* era mi tío. No viene al caso ahora explicar cómo lo he descubierto, pero sé que ese dominio tenía seis cuentas asociadas.

Y Elvira las citó. Eran:

carrasco@nogdam.com

cardenio@nogdam.com

carloto@nogdam.com

clenardo@nogdam.com

corchuelo@nogdam.com

curiambro@nogdam.com

—Nógdam era el nombre de una editorial desaparecida a la que mi tío, y es de suponer que sus amigos, le tenían mucho aprecio. Los nombres de todas esas cuentas de correo se corresponden con los de personajes del Quijote. El Quijote sirve para abrir los debates que modera Epifanía, a los que acuden, entre otras, las personas que salen en el vídeo pornográfico que me remitió Cardenio. Según me dijo Cardenio en su correo, las páginas 312 y 313 del libro que escribió mi tío revelan un secreto relacionado con su propia muerte.

La información era confusa y había en ella algo terrible. Cuando Elvira se calló, resultó obvio que correspondía a Purificación darle luz al asunto.

—Yo manejaba nogdam.com en nombre de tu tío, que como sabes era un negado para la informática —señaló—. Tu tío era *carrasco@nogdam.com*, y hace varios años recibió y mandó algunos correos desde esa cuenta a otras del mismo dominio, pero nunca me dijo quiénes eran sus titulares. Es más, dudo mucho que nadie salvo él los conociera a todos, aunque todos compartían con tu tío la afición de ver a Epifanía practicando sexo con otros.

—¿No sabes quién había detrás de *cardenio@nogdam.com*?

—Ya te he dicho que no sé quiénes hay detrás de ellos, si exceptuamos a Carrasco, pues Carrasco era tu tío.

Aunque era obvio que sabía más de lo que decía, Purificación poco más le refirió. Consintió, eso sí, en aceptar el protagonismo de la parte del plan que le habían asignado.

—El vídeo que me remitió Cardenio está protagonizado por Orlando, un muchacho que tenía interés en conseguir el libro de mi tío —dijo Elvira—. El azar nos ha llevado el

uno hacia el otro y ahora nos conocemos. He hablado con él y está dispuesto a participar en el juego, el mismo para el que necesito tu colaboración. Y es que Epifanía citará electrónicamente a todas las personas que tenían correo de nogdam.com. A Carrasco, a Cardenio, a Carloto, a Clenardo, a Corchuelo y a Curiambro. Los citará individualmente, pero se encontrarán todos ellos con Orlando, quien les hará los cargos de lo que ha pasado y los desenmascarará.

Purificación se llevó la mano a la barbilla, que seguía oculta tras el pañuelo. Sus ojos brillaban como pocas veces lo habían hecho.

—¿Cómo sabes que aceptarán? —dijo.

—Porque a todos ellos les puede el vicio y el vicio será lo que Epifanía les ofrezca.

—¿No sospecharán cuando reciban el mensaje en un correo secreto o medio secreto?

—Tal vez lo hagan. Pero el mensaje será de Epifanía, la viuda de uno de ellos y su musa, de la que todos están obscenamente enamorados. No creo que la sospecha sea superior a la atracción que quien les va a citar tiene sobre ellos.

Elvira dejó que el silencio posara sus razones y continuó luego.

—Además, espero de ti que me digas qué día es el mejor para la cita y que lo grabes todo.

—¿El día mejor para la cita? —murmuró Purificación.

—Imagínate que los invitados habituales de las tertulias quieren darle una sorpresa a Epifanía. Debe ser un día común, deben estar todos y debe estar ella. Cuando lo sepas, me lo dices.

Se lo dijo dos días más tarde. Fue entonces cuando redactaron entre todos el correo que mandó Purificación en nombre de Epifanía.

Estimado ...

¿Recuerdas a aquel muchacho de mi pueblo, Orlando, que vino en febrero a mi casa? Vendrá otro día y tendré una sesión especial con él. Será especial porque me propongo realizar prácticas que te sorprenderán y porque me gustaría tenerte a ti, solo a ti, con nosotros.

La cita es para el jueves próximo a las ... horas. Ya sé que no hace falta recordártelo, pero no me quedo tranquila si no te pido la máxima discreción, incluso con nuestros compañeros.

Te espero (y por favor, sé puntual). Un beso.

Epifanía.

Capítulo 30

La ficción

Orlando llamó al timbre a las 19:10 horas y, en tanto le abrían, se quedó mirando las aldabas doradas de la puerta.

—¿Está doña Epifanía? Le traigo unos dulces del pueblo y unos mensajes de alguien que la recuerda con cariño.

No era costumbre en aquella casa aceptar visitas que no estuviesen anunciadas. Con cualquier otro, Matilde habría cogido el paquete, le habría dado las gracias a su portador y lo habría despachado sin más contemplaciones, pero aquel muchacho le había caído bien, era pariente de la señora y estaba haciendo de embajador de otros. Además, venía vestido con un traje impecable y la señora no tenía otra labor que hacer en toda la trashedada.

—Espere usted, don Orlando. Le diré que está aquí.

—Gracias, Matilde.

Matilde le había abierto la puerta de la calle y, luego, había abierto la puerta que había en la cancela de rejería para coger el paquete con los dulces y la había vuelto a cerrar, de modo que él se había quedado en el zaguán, y miraba al patio, en cuyo centro había un estanque hexagonal forrado de azulejos blancos y verdes y, en el centro del estanque, una fuente que lanzaba un chorrito en el que el agua que subía se mezclaba con el agua que bajaba. En esa simpleza del agua, en el orden de las macetas del patio y en el concepto de simetría pensó para no ponerse nervioso, y pensó en que tenía el respaldo de sus nuevos amigos, y pensó en Jara y, al pensar en ella, sintió la fuerza que saca a los enamorados de los más insondables aprietos.

—Pase, la señora lo espera.

La otra vez que estuvo allí, el monseñor pasó delante de él y entró enseguida por la primera puerta que daba a la galería, mientras Matilde lo llevaba a él hasta la galería de enfrente y lo hacía subir por unas escaleras. En esta ocasión, sin embargo, Matilde se detuvo frente a esa primera puerta, empujó un poco y, tras anunciarlo, se apartó a un lado y

lo dejó pasar, para pasar luego detrás de él y quedarse parada, con los brazos cruzados, en un discreto segundo plano, a la espera de las órdenes de la señora.

—Ay, Orlando, qué alegría, mi niño.

Todo el artificio que tenían dispuesto se basaba en la suposición de que Epifanía ni tenía intención de salir ni de recibir a nadie, pero al verla en aquella sala tan grande y vestida y adornada como otra persona cualquiera lo estaría en una fiesta, Orlando sospechó que estaba preparada para recibir a alguien de mucho fuste, tal vez a varios.

—Será un minuto. No quiero molestarla.

—¿Molestarme? ¡Qué tontería! Estoy encantada con que hayas venido. Así podrás contarme habladurías del pueblo.

—¿No tenía pensado recibir a nadie?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Porque está usted en esta sala tan grande, donde nos recibió a sus amigos y a mí la otra vez. Bueno, y porque está usted vestida muy guapa.

—¡Mi niño! ¡No digo yo que eres un encanto! Hay gente que para sentirse cómoda se pone fea. Yo, cariño, solo me siento bien si me siento guapa. Y lo mismo te digo de los lugares donde estoy. Para mí siempre será más cómodo un palacio que un apartamento, y será más cómodo el palacio cuanto más grande sea. ¿Me entiendes, cariño?

Le contestó que sí. La idea era decir y hacer lo que le exigiera el sentido común, sin reparar en miedos o en timideces. Le contestó que sí y añadió:

—Si para sentirse bien debe sentirse usted guapa, debe de sentirse muy bien, porque es usted la mujer más hermosa que he conocido.

El reconocimiento ajeno de su belleza formaba parte de ese bienestar que procuraba Epifanía, que en ella era un bienestar adictivo. Como no era tonta, lo sabía perfectamente, y ayudaba a su aprecio por sí misma el hecho de no negarlo, sino al contrario.

—¡Cómo me gusta que digas esas cosas, niño!

—Ya lo sé, doña Epifanía. Pero que conste que no se lo digo solo por eso. Se lo digo porque no puedo dejar de decírselo sin hacer un esfuerzo enorme. Que a usted le guste, además, me gusta.

Y así siguió la conversación hasta que llamaron a la puerta de la calle. Eran las 19:30 horas. Matilde hizo entonces un gesto de contrariedad y Epifanía volvió la cabeza y le dijo:

–No estamos para nadie, Matilde.

Matilde, no obstante, volvió al cabo de unos pocos segundos con noticias de la persona que había llamado.

–Es don Romualdo, señora.

Don Romualdo había sido Presidente de la Junta de Andalucía y era un habitual de la casa. Epifanía entendió que no podía dejarlo en la calle sin faltar a su fama de perfecta anfitriona y le ordenó a Matilde:

–Si es don Romualdo, que pase.

Don Romualdo venía vestido como la primera vez que compartió con Orlando la charla sobre el Quijote, quizá con el mismo traje, estaba recién afeitado y olía a gel de baño y a perfume de marca.

–Don Romualdo, qué casualidad. Precisamente está conmigo don Orlando –dijo Epifanía, y como don Orlando siguió tratándolo luego.

Don Romualdo, que había sido citado por Epifanía para un encuentro entre los tres, entendió que aquella apelación a la casualidad era una manera de disimular el ardid de la señora de la casa y se relamió de gusto ante lo que se avecinaba.

–¿Cómo está usted, don Orlando? Aún recuerdo lo impactados que quedamos mis amigos y yo con esa llamada de atención que nos hizo sobre la importancia que tienen los nombres en el Quijote.

–Pues le confieso, don Romualdo, que he meditado mucho sobre esa particularidad, y he llegado a algunas conclusiones que después, si le parece bien a usted y a doña Epifanía, me gustaría resumirle en unas cuantas palabras.

–Hágalo ahora, don Orlando. No nos tenga usted en ascuas más tiempo –le pidió Epifanía.

–Me gustaría servirme de algún ejemplo extraído del libro al azar, y quizá fuera mejor hacerlo cuando nuestra conversación estuviera más asentada. Pero si usted quiere, doña Epifanía, lo hago ahora.

–No, lleva usted razón, don Orlando. Luego, cuando nos hayamos comido alguno de esos dulces caseros que me ha traído de nuestro pueblo.

–¿Ha traído usted dulces, don Orlando? –dijo don Romualdo.

–Muchos y muy buenos, don Romualdo –contestó por él Epifanía, quien añadió después dirigiéndose a Orlando, como si le confesara un secreto–: Don Romualdo es un viciosillo. Cuando de dulces se trata, no puede parar.

De dulces y de otros vicios menores hablaron hasta que llamaron a la puerta y Matilde salió de la estancia. Eran, exactamente, las 19:40 horas.

–Es don Casildo, señora.

«¡Don Casildo!», exclamó Epifanía. No era normal que coincidieran dos de sus tertulianos habituales fuera de una tertulia, y más que lo hicieran con Orlando, pero el hecho era que habían coincidido y que no podía obviar esa realidad.

–Si es don Casildo, que pase.

Don Casildo, aunque jubilado, dedicaba buena parte de la jornada a leer libros de autores antiguos sobre la materia de la que había sido catedrático, la Historia de las Ideas Políticas, y siempre tenía la mente embarrada por conceptos que se oponían y se superponían, lo que hacía que reparase más en lo que tenía dentro de su mollera que en lo que había fuera de ella. Por eso, cuando entró en la sala, vio primero a Orlando y a Epifanía, de lo que se alegró mucho, y solo unos segundos después advirtió que con ellos estaba don Romualdo, lo que no supo cómo encajar.

–Don Casildo, qué casualidad más grande. Mire usted quiénes están conmigo: don Orlando y don Romualdo. Ha llegado en el mejor momento, porque íbamos a probar unos dulces que me ha traído don Orlando de nuestro pueblo –le dijo Epifanía.

Con los saludos y las preguntas anejas a los saludos y sus correspondientes contestaciones se les fueron unos minutos. Iba a ordenar Epifanía a Matilde que trajera lo necesario para acompañar los dulces, cuando llamaron a la puerta. Eran las 19:50 horas.

–Estamos todos, Matilde –ordenó la señora un punto contrariada, aunque no tanto como se habían quedado don Romualdo y don Casildo.

Matilde volvió al rato. Los presentes se quedaron mirando su rostro arrugado, expectantes, antes de que les anunciara.

–Es don Basilio, señora.

Ya era demasiada casualidad para ser una casualidad. Pero, fuera la que fuese la razón de lo que estaba pasando, Epifanía no podía decirle que no.

–Si es don Basilio, que entre.

Don Basilio había oído en el confesionario toda clase de bajezas, incluso de labios de los supuestamente más dignos y honorables, y tenía de la naturaleza humana un concepto muy pobre, el mismo que tenía de él, lo que le servía para disculparse siempre, por indignos que fueran sus pensamientos y mucha rienda suelta que diera a sus inclinaciones. Aunque casi nada le sorprendía, le sorprendió ver allí a don Romualdo y a don Casildo, cuando por correo le habían prometido una diversión a tres bandas. Su extrañeza, sin embargo, apenas se notó en su rostro, que solo curvó muy ligeramente los labios.

–Don Basilio, ¿no me diga usted que pasaba por aquí y le dieron ganas de entrar? –le dijo Epifanía.

–Algo parecido, doña Epifanía. Aunque debe saber que a mí siempre me dan ganas de pasar por aquí y, siempre que paso por aquí, me dan ganas de entrar. De hecho, si no estoy aquí siempre es en contra de mi voluntad –le contestó él.

–¡Qué galante es usted, don Basilio, cómo se nota que lo han formado para la alabanza!

–Yo sería capaz de hacer una letanía inacabable con sus virtudes sin prepararla y sin repetirme, doña Epifanía, y el mérito no sería mío, sino suyo, porque es usted la mayor inspiración que pueda tener el pensamiento creativo de un hombre –alegó don Basilio.

–Deje usted la inspiración para don Mercenario, que es el poeta oficial de nuestras reuniones –respondió Epifanía–. Por cierto, estando ustedes aquí, me resulta raro no verlo.

Y fue decir esto, y sonar el timbre de la puerta. Eran las 20:00 horas.

–¿A que es él? –se preguntó entonces Epifanía.

Matilde volvió pronto con la confirmación de la sospecha:

–Es don Mercenario, señora.

Epifanía miró a unos y a otros con un gesto de estupor.

–¿No habrán organizado ustedes una fiesta sorpresa? –dijo, antes de ordenar a Matilde–: Si es don Mercenario, que pase, y veamos cómo justifica su aparición.

Por razón de su oficio o de sus pasatiempos, los tertulianos de Epifanía estaban acostumbrados a llenar de palabras huecas el aire de las salas a las que concurrían, como si parieran por la boca globos de colores, y don Mercenario no era de los que menos globos soltaban, pero aquella vez se quedó mudo por el asombro y creyó que la fiesta sorpresa se la habían preparado a él.

–Don Mercenario, ¿cuál es su excusa?

–¿Cómo dice usted, doña Epifanía?

–¿También usted pasaba por aquí?

–No, doña Epifanía. Fui citado. Aunque la cita no responde a lo que esperaba. Si es una broma, por favor, díganmelo ustedes pronto. No me gustan las sorpresas de las que soy protagonista.

La confesión de don Mercenario hizo que unos se miraran a otros y que poco a poco empezaran a confesar el motivo que los había llevado hasta allí.

–Yo también fui citado –dijo don Romualdo.

–Y yo –aseguró don Casildo.

–Y yo también –reconoció don Basilio.

El único que faltaba por confesar era Orlando.

–¿Y usted, don Orlando? –le preguntó Epifanía.

–Yo recibí un correo citándome para las 19:10 de hoy, en el que me pedía que fuera muy puntual.

–A mí me citaba usted, doña Epifanía, a las 19:30 en punto –dijo don Romualdo.

–A mí me citó a las 19:40, también en punto –declaró don Casildo.

–Yo vine a las 19:50 en punto porque a esa hora me citó usted –admitió don Basilio.

–El correo que me envió usted decía que estuviera aquí a las 20:00 en punto y a esa hora he venido –aclaró don Mercenario.

Aunque en algún momento se habían sentado, se habían levantado todos para saludar a don Mercenario y aún estaban de pie. Todos miraban a la anfitriona pidiéndole una explicación.

—Yo no he citado a nadie, señores, ni nadie les ha citado en mi nombre. Por favor, vamos a acomodarnos y a intentar aclarar esto. Si es una broma agradable, debemos seguirle la corriente —dijo Epifanía, que ordenó a Matilde mientras sus imprevistos invitados se sentaban—: Pregúntale a Purificación si ha mandado un correo a estos señores y, luego, haz que nos traigan lo habitual y que pongan unos platitos para comernos los dulces.

Epifanía no permitió que se ahondara en el asunto en tanto Matilde no estuvo preparando la bebida. Hasta ese momento, el ama de llaves salió durante unos minutos de la sala y volvió después con el recado de Purificación de que ella no había mandado correo alguno y acompañada de una criada mayor que ella, con falda larga, cofia y delantal, que portaba sin demasiada seguridad una bandeja con copas de cóctel, una jarra con hielo, una heladera, una botella de Martini, otra de Beefeater, un colador y un platito con cáscaras de limón.

—A ver, por dónde empezamos —expuso entonces Epifanía—. ¿Qué decía la carta que supuestamente les he mandado?

Como el contenido de la carta contenía una traición al grupo y, además, no podía hacerse público delante de Orlando, unos posaron la vista en el primoroso reloj de péndulo que había sobre la mesa, otros en una de las varias lámparas de pie que había repartidas por la estancia y don Mercenario sobre las espaldas de Matilde, que había empezado a preparar el Martini seco, pero nadie respondió. Solo Orlando, cuando el silencio se hizo notoriamente espeso, dijo:

—A mí no me ha citado usted.

—Creí que había dicho usted eso, don Orlando.

Las miradas de todos los presentes se dirigieron hacia él.

—Yo dije que me habían citado, pero no la mencioné a usted, doña Epifanía. A mí me ha citado un tal Cardenio.

—¿Cómo dice? —la extrañeza de Epifanía quedó reflejada en su rostro, que no perdió por ello su extraordinaria hermosura.

—Una persona que firmó como Cardenio, para ser más exactos. Me mandó a mi dirección personal un correo desde la dirección *cardenio@nogdam.com* en el que me decía que

viniera hoy a las 19:10 para tener una reunión como la de la última vez, aunque en esta ocasión el tema no se sacaría al azar, sino que sería el de los nombres de los personajes del Quijote.

—¡Qué raro! ¿Y no le chocó a usted una propuesta tan fuera de lo que es usual en esta casa? —le preguntó Epifanía.

—Al contrario. Yo le di toda la verosimilitud. Cardenio sabía que yo había estado aquí y que participé en una conversación en la que yo mismo saqué a colación el tema de los nombres del Quijote. De hecho, decía que el debate de hoy volvería a tratar ese asunto, y me proponía algunos nombres concretos para mi lucimiento, que curiosamente empiezan todos por C: Carrasco, Cardenio, Carloto, Clenardo, Corchuelo y Curiambro.

Los tertulianos volvieron a evadir la mirada. La de Epifanía, por el contrario, se concentró en los ojos de Orlando.

—Eso es que nos conoce, ¿no cree usted? —dijo.

—Estoy seguro de ello. Es más, yo pensaba que iba a estar aquí, aunque muy posiblemente me haya equivocado.

Matilde empezó a repartir las copas de Martini, y lo hizo por don Mercenario, que compartía con Orlando el sofá frontero al sillón de Epifanía. Don Mercenario, precisamente, fue el que habló, cuando aún Matilde no había terminado el movimiento de incorporarse desde la mesa, que era muy baja.

—Habla usted de una forma que me cuesta trabajo entenderlo —comentó con disgusto—. ¿Quiere usted decir que ese Cardenio ha preparado esta reunión y luego no se ha presentado?

Orlando aguardó a que Matilde pusiera una copa delante de él y dijo después:

—Creo que no se ha presentado, en efecto, aunque esperaba que ustedes me lo confirmaran.

—¡Cómo! —el enfado de don Romualdo era notable—. ¿Qué está insinuando usted? ¿Acaso cree que formamos parte de esta farsa? Recuerde que nosotros no somos los citadores, sino los citados.

Por entonces, Matilde andaba en las proximidades de don Basilio, y no le tiró encima el Martini de milagro.

—Ha dicho usted que lo ha citado doña Epifanía, pero ni ha indicado qué decía la citación ni a qué dirección iba dirigida —el estar cargado de razón hacía que Orlando pensara con presteza y dijese lo que pensaba, y a esa fuerza interior le ayudaba mucho que Elvira, Roderick, Gayo y, sobre todo, Jara lo estuvieran viendo en su apartamento por una de las cámaras que había montado Purificación.

—Dígame usted si lo sabe. Y si lo sabe dígame cómo lo ha sabido —dijo don Romualdo.

—Algo sé, en efecto —continuó Orlando—. Sé que su seudónimo es Carloto, y que su dirección para los escabrosos asuntos relacionados con esta casa es *carloto@nogdam.com*. Sé que don Casildo es Clenardo, y que su dirección es *clenardo@nogdam.com*. Sé que don Basilio es Corchuelo, y que su dirección es *corchuelo@nogdam.com*. Y sé que don Mercenario es Curiambro, y que su dirección es *curiambro@nogdam.com*. Cómo he sabido eso no importa, pero digamos que después de lo que me ocurrió en esta casa la última vez tenía motivos más que suficientes para hacer algunas averiguaciones.

—Antes citó usted seis nombres y ahora solo ha citado cinco direcciones de correo: las cuatro de los señores presentes y la de Cardenio —observó Epifanía.

—En efecto, porque la sexta dirección era *carrasco@nogdam.com*, la del administrador del dominio *nogdam.com*, la de su difunto marido, don Feliciano Abril.

Si hay bombas de silencio, una muy gorda cayó en aquella sala, y fue efectiva hasta que Matilde dio unos golpecitos con los platos de dulces que puso sobre la mesa.

—Hay mucho que contar de lo que acontece de puertas adentro de esta casa —dijo Orlando—. Y se puede contar de dos maneras, con palabras o con imágenes. Lo que se cuenta con palabras puede desmentirse con facilidad, especialmente por ustedes, que son maestros en el arte de utilizarlas para nada. Lo que se cuenta con imágenes no puede desmentirse nunca.

Todos esperaban que Orlando siguiera. Por eso mismo, se paró y le dio un trago a su Martini y un bocado a un dulce, que puso luego sobre el platito que le había dispuesto Matilde.

—Cardenio me ha mandado el vídeo de lo que ocurrió durante la noche que pasé en esta casa —continuó—. Se nos ve a usted y a mí, doña Epifanía, en plena faena, si me per-

dona la expresión, y se ve a estos cuatro señores mirándonos complacientemente a través de un cristal. Se les ve y se les identifica –dejó que aquella idea tomara el asiento que se merecía y prosiguió–: Comprenderán que me encuentre preocupado. Cardenio no me ha pedido dinero, porque no lo tengo, ni me ha amenazado con publicarlo, pero me ha citado aquí y me ha puesto junto a ustedes, tal vez con el único objetivo de reunirnos a todos los que aparecemos en él y situarnos frente a nuestra miserable realidad. ¿Qué pretende con ello? Es una buena pregunta. Pero yo no tengo la respuesta. Díganmelo ustedes, que lo conocen.

–No sabemos quién es –contestó don Basilio, el canónigo–. Yo al menos no lo sé.

–Yo tampoco –dijo don Mercenario, el poeta.

–Ni yo –alegó don Casildo, el catedrático.

–Ni yo –reconoció don Romualdo, el político.

El único que comía dulce era Orlando.

–¿No se conocían entre ustedes? –preguntó con un trozo en la boca.

–Claro que sí. Solemos utilizar ese correo para comunicarnos entre nosotros, pero solo entre nosotros. De no utilizarlo con asiduidad, no habríamos venido hoy –respondió don Basilio–. Pero yo pensaba que solo había cinco direcciones de correo, las nuestras y la del pobre Feliciano. No sabíamos que existiera una a nombre de Cardenio.

–Pues existía, ya ven.

–Nunca hemos sido más que nosotros cuatro y Feliciano. No hemos querido serlo porquenuca nos hemos fiado de nadie más.

Esa confesión llamaba al origen del correo que habían recibido: si no se fiaban de nadie más, si solo lo utilizaban para relacionarse entre ellos, ¿por qué atendieron una llamada desde el correo personal de Epifanía, que no era de nogdam.com? Cuando Orlando lo planteó, el que primero contestó fue don Basilio:

–Me extrañó, qué duda cabe, pero no era una dirección tan ajena a nosotros como podría serlo otra cualquiera, y, sobre todo, me cegó el afán de obtener lo que se prometía en el correo, que era estar a solas con doña Epifanía y con usted, que el Señor me perdone.

–A mí me pasó lo mismo –respondió don Romualdo.

–Y a mí –añadió don Casildo.

–Y a mí también, y bien que lo siento –sentenció don Mercenario.

Aquellos señores casi ancianos parecían sinceros. Y estaban sinceramente alarmados. Todos tenían una posición social y muchas personas cercanas a ellos que podrían verse afectadas por el deterioro de su imagen. Había llegado el momento de ir un poco más allá. Orlando sacó un papel del bolsillo y, tras dar cuentas brevemente de lo que era, leyó:

... y para garantizar su seguridad, Walter hizo un vídeo vulgar e inocente explicando lo que pasaba en su casa y lo subió a Youtube. «Abí tenéis la verdad», les dijo a los afectados en el correo electrónico que les mandó junto con la dirección y las palabras clave para acceder a él. Abí tenéis la verdad y espero que nunca deis motivos para que salga a la luz.

–Les recuerdo que Feliciano, el autor del libro en que aparece esto, murió en extrañas circunstancias solo un poco después de terminarlo, y que unos matones arrancaron esta página del original hace unos cuantos días –completó Orlando, que debió leer el párrafo de nuevo antes de que se pronunciara sobre él alguno de los presentes.

–Don Orlando –dijo entonces don Casildo, el catedrático, girándose hacia él–, al parecer hay alguien que está jugando con todos nosotros, alguien que bien puede ser ese tal Cardenio. Y puede ser que Cardenio tuviera algo que ver con la muerte de don Feliciano. Pero no sé si se da cuenta usted de que nosotros somos unas víctimas más. Le puedo asegurar que a mí nadie me ha mandado un vídeo vulgar e inocente explicando lo que pasa en esta casa y que no he recibido un correo electrónico con una dirección de internet y unas palabras clave para acceder a un contenido determinado de Youtube. Y creo que a los demás les ha pasado lo mismo –y miró a los demás, que le respondieron con un gesto de asentimiento–. Nosotros tenemos un vicio que compartimos en secreto, de acuerdo, pero ese párrafo se refiere a otra gente y a otros asuntos indecorosos, téngalo usted por seguro.

–Y si podemos ayudarle a desenmascarar a ese Cardenio –completó don Romualdo–, le ayudaremos. Ojalá y pueda descubrir pronto cómo llegar a ese vídeo que, según parece, don Feliciano colgó en Youtube.

El objetivo de aquel acto era cazar a Cardenio o, en su defecto, extraer de aquellos señores de alta posición social y bastante edad toda la información que fuera posible para ello. Orlando no había podido conseguir lo primero y solo había logrado un poco de lo segundo, pero al menos podía contar con su colaboración, que en el caso de don Romualdo debía de ser muy relevante, dada la implicación de su nombre en el asesinato de don Ginés.

—Les tomo la palabra —dijo, aunque prefirió dejar el ofrecimiento para más tarde, porque imaginó que uno a uno y a solas aquellos señores darían más información y mejor que si lo hicieran en grupo

Capítulo 31

¿Un hombre honrado?

–No hemos averiguado mucho, pero al menos sabemos que no ha sido ninguno de ellos –dijo Orlando.

Había sido recibido en el apartamento con un aplauso de pie y el abrazo sostenido de Jara, que de postre le había dado un beso extenuante en la boca mientras Gayo los miraba complacido.

–Has estado mejor que el mejor detective. Y lo hemos grabado todo, así que volveremos a verlo tantas veces como sea necesario para ver si podemos extraer más información de lo que ha ocurrido –puntualizó Elvira.

–¿Crees que se puede extraer más información? –preguntó Orlando.

–¿No supondrás que todos han sido sinceros? –contestó por ella Gayo.

–Me ha parecido que sí. Han ido a la hora que les hemos citado y, de esa manera, hemos podido conocer cuáles eran sus apodos, lo que les ha sorprendido y ha limitado su capacidad de reacción. Todos menos Cardenio, que estaba citado el primero y se ha olvidado lo que iba a pasar.

–O lo sabía, y en ese caso debemos reducir nuestra búsqueda al ámbito de quienes se hallaban al corriente de nuestros planes, y ahí debemos meter a Purificación. O no sabía nada y ha ido, y está ahí grabado, en el vídeo –alegó Gayo.

–Estaba citado a las 19:20 –arguyó Jara.

–Y también pudo estarlo a otra hora si Cardenio era, además, otro de ellos, es decir, si Carloto era Cardenio, pongo por ejemplo.

–Si era además otro de ellos, habría descubierto que se trataba de un engaño en el mismo momento de la citación, porque las habíamos mandado con la promesa de que estarían a solas. Y no te digo nada lo que habría pensado durante la charla. Orlando ha confesado que fue Cardenio el que lo citó, y se ha dado a entender que también fue el que citó al resto.

–Por eso es tan sustancial que repasemos el vídeo y veamos los ademanes de los presentes. Nadie, por muy buen actor que sea, puede sustraerse a una mentira tan grande sin

delatarse en algún instante —respondió Gayo—. Y, por cierto, Orlando, si no te importa, me gustaría ver el vídeo en el que apareces con Epifanía. Quizá haya en él algo que se nos ha pasado.

Orlando, exhausto por el esfuerzo mental, asintió con la cabeza y se sentó en el sofá cama, en el que ya se hallaba descansando Roderick, que miraba a los presentes intentando extraer de sus rostros signos con los que seguir la conversación. Fue un gesto que no pasó inadvertido a Jara.

—¿Nos vamos a cenar o pedimos una pizza por teléfono y nos la comemos aquí? —le preguntó.

Elvira contestó antes de que pudiera hacerlo Orlando.

—El que quiera que se quede. Vosotros vivís permanentemente en España, pero yo no, y no pienso desaprovechar ni un minuto del clima de esta ciudad.

Nadie se opuso a semejante propuesta, porque nadie tenía tanta energía como ella y porque todos, incluidos Orlando y Jara, querían disfrutar de Sevilla. Salieron a la calle, anduvieron un rato por las vías próximas a la catedral, se metieron en un par de tabernas tradicionales, en las que comieron en la barra a base de cervezas y tapas, se tomaron un dulce en una confitería cercana a la FNAC de la avenida de la Constitución y se sentaron en la terraza de un bar de la plaza del Salvador, donde se bebieron entre risas un par de *gintónic* de los más caros («tomaos el que queráis, que yo pago», les dijo Gayo), que no les supieron mucho mejor que los que solían tomarse cuando corrían de su cuenta.

Aunque era bastante tarde cuando llegaron al apartamento, Gayo encendió el ordenador y le pidió a Orlando que le mandara el vídeo de él con Epifanía a su correo electrónico.

—¿Ahora, papá? —le preguntó Jara, extrañada.

—Tengo menos sueño que tú, y tú todavía no te vas a dormir. ¿Me equivoco? —le respondió mientras miraba a Orlando con una sonrisa picante.

Picante fue también la forma en que al día siguiente le dio los buenos días a su hija.

—No dejes nunca a ese muchacho, niña. He visto lo que tiene y lo que hace y creo que no encontrarás jamás a otro hombre como él.

Orlando se estaba duchando y padre e hija podían tener sin trabas ese tipo de complicidades, pícaras y gruesas, más propias de una relación entre amigos que de la que los vinculaba a ellos. Pero es que Gayo se sentía cómodo en aquel ambiente. Cuanto más conocía a los muchachos con los que estaba pasando esos días, más hondos y más limpios le parecían sus espíritus y más placer le sacaba a su compañía. Para él, además, estaba siendo un verdadero descubrimiento la nobleza con que aquellos jovenzuelos se enfrentaban al destino de la colectividad en la que les había tocado vivir y a su propio destino. Estaba acostumbrado a oír de labios de sus colegas y de sus socios reproches continuos hacia las generaciones que habían de sustituirlos al frente de la sociedad, a las que achacaban falta de preparación, falta de compromiso, falta de coraje, falta de capacidad de sacrificio y otras faltas de similar contenido, y ahora resultaba que aquellos jóvenes estaban mejor preparados académicamente y más armados moralmente que ellos, y resultaba que la mayor diferencia entre los que se hallaban establecidos y los que aspiraban a establecerse era que los primeros tenían una bonita fachada opaca y los segundos tenían una fachada transparente.

Gótica, bárbara e incómoda a la vista era la fachada de Elvira, al menos a sus ojos de señor maduro de clase alta, pero era, sobre todo, diáfana a cualquier mirada sensible y lúcida, y detrás de la fachada tenía una inteligencia fuera de lo común, una voluntad de acero y un alma llena de matices. Con ella había empatizado especialmente, tal vez porque desde el primer momento lo había considerado como su igual y no había tenido hacia él ningún prejuicio, un comportamiento del que él, por el contrario, no podía enorgullecerse. Entre ambos había nacido una relación de admiración mutua y de afecto no declarado que, sin embargo, se palpaba en el entorno. Ellos también lo notaban, y lo agradecían. Se lo consultaban casi todo, se daban ideas y se pedían opiniones, hasta el punto de que se sentían un poco al margen de los demás, como si el hecho de haber estado acostumbrados a mandar les diera un plus de liderazgo al dominio que ya tenían por ser los mayores del grupo.

Aquella mañana, por ejemplo, cuando Elvira se levantó (y fue la segunda), Gayo le enseñó los vídeos y le hizo algunas observaciones con las que ella estuvo de acuerdo, que, no obstante, los dos se guardaron para sí, aunque luego tuvieron consecuencias para

todos. Una de ellas fue que Orlando debió ir a visitar a don Romualdo, el ex Presidente de la Junta de Andalucía, aprovechando que durante la reunión del día anterior en la casa de Epifanía se había ofrecido a ello para cuando mejor le viniera.

–Después de explicarle quién era don Ginés y la relación que tuviste con él, le lees el correo completo que le envió a Cardenio y le detallas las fatales secuelas que tuvo su intento de chantaje, a ver si don Romualdo encuentra entre sus conocidos a alguien que pueda encajar en el perfil que buscamos –le apuntó Gayo.

Habían bajado a desayunar y habían encontrado una cafetería donde ponían chocolate con churros. Orlando estaba metiéndose uno en la boca con cuidado de que no le chorreara encima cuando oyó el nombre de don Romualdo y, del aldabonazo que sufrió su entendimiento, se le emborrónó el resto de la idea.

–Que vaya a su casa, a casa del ex Presidente de la Junta de Andalucía, a preguntarle, ¿yo? –dijo.

–Eso es –ratificó Gayo.

Parecía lo más natural del mundo, pero hasta unos cuantos días atrás no hubiera ido ni a pedir una pizca de sal a casa del exalcalde de su pueblo.

–No es más que un señor mayor, y se encuentra entre la espada y la pared. Te dirá lo que queremos saber a poco que le aprietes las tuercas –argumento Elvira.

Tanto Gayo como Elvira (y, al parecer, también Roderick, porque lo miraba con sarcasmo) habían examinado el vídeo de sus juegos amorosos con Epifanía y habían visto y vuelto a ver su intervención durante el atardecer del día anterior, donde había sido capaz de alternar en condiciones muy difíciles con don Romualdo, con don Casildo, con don Basilio, con don Mercenario y con Epifanía. Si ellos consideraban que era capaz de apretarle las tuercas a alguien que había gobernado Andalucía durante decenios, o estaban locos o, efectivamente, él era capaz de apretarle las tuercas.

–Vale –dijo.

Y Jara le cogió la mano y afirmó con ostentoso orgullo:

–Este es mi chico.

Aún tuvieron que pulir algunos detalles, pero no demasiados, de manera que tras pasar un rato junto al Guadalquivir, Gayo, Elvira y Roderick («vamos, Roderick», le indicó

Elvira en español) se fueron a «hacer un par de gestiones» relacionadas con el caso, en palabras de Gayo, y Orlando y Jara se dirigieron andando a la casa de don Romualdo, a la que llegaron como media hora más tarde.

–Cuando termines, me llamas, que voy a estar por ahí dando un paseo –le dijo Jara en la misma puerta de la casa.

Don Romualdo vivía en un bloque común de un barrio céntrico de clase media. Vivía con su mujer, que fue la que lo recibió.

–He llamado por teléfono. Me llamo Orlando.

–Ah, sí, Orlando. Pasa, pasa.

Su mujer era una señora mayor, alta, de pelo blanco y corto, a la que se le notaba la educación y la prestancia incluso con el mandil floreado que llevaba puesto.

–Me disponía a preparar una tarta de tres chocolates. Esta noche vienen mis nietos, ¿sabes? –le dijo–. Todos. Tengo nueve, nada menos que nueve.

Se la notaba sumamente satisfecha con lo que hacía, y lo que hacía tenía poco que ver con lo que estaba haciendo don Romualdo, que se hallaba en su despacho leyendo en el ordenador los argumentarios que los líderes de su partido mandaban diariamente a los que tenían algún poder interno para fijar una respuesta unitaria ante la opinión pública.

–Cierra la puerta, Orlando, por favor –le dijo, después de exponerle en lo que se mantenía entretenido.

El despacho era bastante normal y era común todo lo que había en él. Don Romualdo, por ejemplo, se encontraba sentado en un sillón giratorio que podía pasar por el de un oficinista cualquiera. Las estanterías, aunque cubrían casi todas las paredes y estaban llenas de libros, eras lisas y baratas, y eran vulgares los bolígrafos que había en una cubitera, las dos sillas para las visitas, la papelera que reposaba a un lado de la mesa y la mesa misma.

–Mi mujer no tiene por qué enterarse de lo que vamos a hablar. No se ha enterado nunca, así que menos aún debe hacerlo ahora.

Don Romualdo parecía dispuesto a confesarse antes de saber a lo que había ido Orlando.

–Me siento orgulloso de ella. Es una mujer fenomenal, que ha aguantado siempre las neuras que yo traía a casa y se ha tragado sin rechistar mis ausencias. Ha tenido seis hijos y a todos los ha criado prácticamente sola. Y sin dejar de trabajar, porque el sueldo de un Presidente honrado no da para mucho, te lo aseguro, especialmente si ese Presidente tiene los hijos que te he dicho y los quiere mandar alguna vez al extranjero a aprender idiomas.

«Un Presidente honrado». Don Romualdo estaba satisfecho con esa afirmación sobre sí mismo. Para él, honrado quería decir respetuoso con el erario y, quizá, al servicio del interés público. Un expresidente honrado vivía en un piso como aquel, que había debido pagar con una hipoteca.

–Yo siempre he tenido una idea clara: yo no podía acabar como esos virreyes de las autonomías que para evitar la crítica dicen que la patria son ellos en tanto que por detrás le roban a los ciudadanos la cartera. Yo era profesor de Historia en un instituto y sé que el mayor peligro de quien maneja el argumento de la Historia es el de creerse impune porque puede fabricar mentiras creíbles con eslóganes sencillos y la televisión pública, porque puede comprar voluntades y porque tiene el boletín oficial, que es una especie de fábrica de los sueños que tenemos los políticos. Yo he buscado en los archivos y en las confesiones de la gente y he descubierto el verdadero rostro de muchos personajes venerados, que es un rostro lleno de pus y de gusanos. Yo...

Y entonces se dio cuenta de la forma en que estaba comenzando todas las frases.

–Me vas a perdonar que hable de mí –dijo–, pero es que yo nunca he actuado para que mis hijos tengan un trabajo mejor que el del resto de los ciudadanos. No lo he querido, no me ha parecido decente ni bueno para su formación, que debía ser, antes que nada, moral. Yo siempre he querido que fueran honrados y trabajadores antes que ricos. De mis seis hijos, uno está en paro y otro trabaja de camionero. Ninguno es empleado público, ni trabaja en una empresa pública, ni en una empresa que tenga relación con la Junta. Ninguno ha seguido mis pasos en el partido ni yo he movido un dedo para que sea de ese modo. Ni siquiera sé a qué partido votan.

Toda aquella declaración de honestidad no era baladí. Don Romualdo estaba mostrándole lo verdadero de su esencia antes de formular su defensa: yo soy así, esta es

mi verdad y así es como debo pasar a la Historia: mi mujer y mis hijos, mis años de servicio público y mi fama de hombre honrado.

—Lo demás, lo de la casa de Epifanía, pertenece al ámbito interno y ahí es donde debe quedarse. Un vicio lo tiene cualquiera. Yo no he hecho daño a nadie.

Por favor, muchacho, échale un vistazo a mi hoja de servicios, venía a decir aquel venerable anciano de melena blanca bien recortada y barba blanca, al que le temblaban ligeramente las manos mientras le estaba hablando. Échale un vistazo a mi familia. ¿Qué va a ser de mi mujer, de mis hijos y de mis nietos? ¿Cómo soportarán la vergüenza de verme en las portadas de esas revistas groseras que viven de los mocos, de la sangre y de la mierda? Échale un vistazo a mi hoja de servicios antes de juzgarme y, luego, ten compasión de mí. Porque era compasión lo que aquel hombre estaba pidiendo.

—No se preocupe, don Romualdo, nunca estuvo en mi intención hacerle daño a usted. Por supuesto que no haré público nada. Porque no lo creo justo y porque también estoy interesado en que nada de esto salga a la luz.

Pero no dependía solo de Orlando, y así se lo dijo. Alrededor de la casa de Epifanía había habido algo más que actos vergonzosos de unos señores respetables. Había habido muertes, como la de don Feliciano Abril, que muy probablemente no había sido un suicidio, y la de don Ginés, que claramente había sido un asesinato.

—Poco antes de que lo mataran, don Ginés pidió un millón de euros a Cardenio a cambio de no publicar el vídeo en el que usted aparece mirándonos a Epifanía y a mí.

Y Orlando sacó de un bolsillo un papel que tenía doblado en cuarterones y se lo entregó mientras le decía: «Este es el mensaje». Don Romualdo desdobló el papel, leyó con mucha atención lo que decía, lo volvió a doblar y se lo entregó a Orlando.

—Es la primera vez que tengo conocimiento de este escrito —dijo mirando a la mesa—. Si hubiera llegado hasta mí el chantaje, no sé qué habría hecho. Igual habría pagado, aunque hubiera tenido que meter la mano en la caja del partido —Y entonces levantó la mirada y afirmó—: Pero nunca ha llegado hasta mí. Te doy mi palabra, muchacho.

Fue una declaración solemne, a la que siguieron unos segundos durante los cuales se estuvieron mirando sin hablarse, que fueron rotos por unos golpecitos en la puerta.

—¿Molesto? —era su mujer—. ¿Queréis un té con limón? Yo me voy a tomar uno.

Don Romualdo contestó que sí y Orlando se giró y sonrió, un poco estúpidamente, con lo que aquella señora entendió que debía traer dos tés. Lo hizo unos minutos más tarde, con dos bombones añadidos en cada uno de los platitos que dejó sobre la mesa del despacho. Para entonces, don Romualdo le había dado a Orlando varios nombres de miembros de su partido de los que él podía sospechar, porque habían manejado dinero y tenían pocos escrúpulos.

–Nunca me he preocupado de esos temas. No me apetecía. O, tal vez, no quería saber nada y prefería mirar hacia otro lado –reconoció.

Eran nombres de personas totalmente desconocidas, de individuos grises que tenían el sigilo como sinónimo de fidelidad y guardaban a los líderes de la formación en la que habían militado desde la adolescencia la misma lealtad que los perros guardan a sus dueños.

–Borra al último de la lista –dijo luego–. Era un hipócrita y un lameculos, además de un novelista fracasado, aunque hubiera publicado un par de títulos, pero se me había olvidado que está muerto.

–¿Qué le pasó?

–Se suicidó. Se lo encontraron colgado del techo de la notaría en la que trabajaba, creo.

Capítulo 32

Todavía más perverso

Habían quedado a la una en la terraza de un bar de la Puerta de Jerez, pero Jara y Orlando llegaron con retraso y, aun así, llegaron antes que los demás. Todos se hallaban satisfechos con la información que traían, pero lo primero que hicieron cuando se juntaron fue hablar del clima y dejar constancia de lo bien que se estaba allí, viendo pasar a la gente y dejándose arrastrar por esa corriente dulce que en Sevilla es el transcurso del tiempo. Hasta varios minutos más tarde, no se contaron nada. Empezó Orlando, que dio cuenta de la conversación con don Romualdo alternando la descripción de los diálogos con la del ambiente en que se había desarrollado, como si fuera un novelista, como tal vez hubiera hecho ese novelista fracasado que trabajaba en una notaría y era uno de los que llevaban las finanzas del partido de don Romualdo.

—Un momento. ¿Trabajaba en una notaría? —lo cortó Gayo echándose hacia adelante. Orlando había terminado prácticamente el relato de los sucesos.

—Eso me dijo don Romualdo.

—¿No te indicó en qué notaría?

—No. ¿Por qué? ¿Tiene mucha importancia?

—Podría tenerla.

Orlando había escrito los nombres que le había dado don Romualdo en el reverso del papel en el que llevaba el mensaje de don Ginés a Cardenio. Lo sacó y se lo entregó a Gayo, quien en ese mismo instante extrajo su teléfono de un bolsillo interior de su chaqueta e hizo una llamada.

—Me lo dirán en un minuto. Tengo muchos y muy buenos amigos en Sevilla —dijo cuando hubo terminado.

—Y muy influyentes —añadió Elvira—. Puedo dar fe de ello.

Jara hizo un gesto a medio camino entre el desagrado y la conformidad.

—Gracias a ellos hemos conseguido algunos datos relevantes —se excusó Gayo.

—Papá, por favor, no te des tanto pisto de detective y ve al grano.

Gayo se bajó las gafas de sol hasta la punta de la nariz y miró a un lado y a otro con abundante prosopopeya, se las subió y dijo:

–En la sala había más gente.

Debieron pasar unos segundos y cruzarse varias miradas antes de que alguien venciera al estupor y hablase. Fue Jara:

–¿En la sala había más gente? ¿Qué quieres decir?

–Cuando Orlando fue a casa de Epifanía a hablar con los tertulianos y con ella, había más gente en la sala.

–¿Más gente? ¿Quién? –preguntó Orlando.

–A ver, vamos a repasar sus nombres –dijo Gayo–: Epifanía, Orlando, Romualdo, Basilio, Casildo, Mercenario... y... y...

–Y nadie más –afirmó Jara.

En lugar de dar la respuesta, Gayo quiso dar otra pista.

–Tú no has visto el vídeo de Orlando con Epifanía, pero si lo hubieras visto sabrías...

–Sí lo he visto –lo cortó Jara.

–¡Vaya, no lo sabía! –Gayo bromeó con un gesto exagerado de ingenuidad y continuó–: En ese caso sabrás que además de los cuatro tertulianos había otra persona mirando.

–No me di cuenta.

–No aparece en la imagen, pero se le ven los brazos, cruzados de la misma forma que salen en el vídeo al que me referí antes, el del salón.

–¿Matilde? –dijo Orlando. No era una aseveración, no podía serlo porque no resultaba lógica la respuesta.

–Matilde, en efecto –confirmó Gayo.

–Matilde está en todas partes. Pero es como si no estuviera. Esa mujer es la típica extensión de otro, como lo es una mano o un pie. Da la impresión de no ser capaz de actuar por sí misma –consideró Orlando.

Había algo más. Gayo había enunciado el origen de su reflexión, pero no cómo la terminó.

—Pues lo es, estoy seguro de ello. Me llamó la atención que estuviera en todas partes, callada y con los brazos cruzados, y sospeché enseguida de ella. ¿Quién era esa mujer?, me pregunté. Es decir, ¿de dónde venía?, ¿cuál era su familia?, ¿en qué había trabajado antes?, ¿qué pasado tenía, en fin? Cuando se lo confesé a Elvira, estuvo de acuerdo conmigo en que había zonas oscuras en Matilde que debían esclarecerse.

—Y no nos dijisteis nada —le reprochó Jara.

—Bueno, tal vez fuera una tontería —continuó Gayo—. El caso es que en el Ayuntamiento me han confirmado su identidad. Se llama Matilde, en efecto, pero de segundo nombre. Su nombre completo es Flora Matilde, y por Flora debía de ser conocida en su pueblo de origen, al que no va desde que siendo muy niña salió de él, hace de eso casi setenta años.

Gayo le dio un trago a la cerveza que tenía ante sí con el evidente afán de dilatar su exposición. Su hija, sin embargo, no quiso darle el placer de sentirse solicitado y esperó pacientemente a que siguiera.

—¿Y no os podéis imaginar de dónde es Flora Matilde? —prosiguió luego.

—De Aleda —contestó Jara por contestar algo.

—¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía. ¿En serio?

—Y tan en serio. De Aleda, del pueblo de Orlando y, para lo que conviene aeste caso, del pueblo de Epifanía.

—¿Y no la conocías? —le preguntó Jara a Orlando.

Orlando se encogió de hombros. Fue Gayo el que respondió por él.

—No podía conocerla. Es demasiado joven para eso. Es más, no creo que nadie la conozca en Aleda, porque se fue del pueblo hace un montón de años, como el resto de su familia, y nadie le ha echado cuentas desde entonces.

Vale. Epifanía y Matilde o Flora Matilde son del mismo pueblo. ¿Y?

—Y lo más importante no es eso: los apellidos de Matilde son Abascal y Ávila.

—Como los de la madre de Epifanía —continuó Elvira, más cansada que Jara de las dilaciones de Gayo.

—O sea, que Matilde es tía carnal de Epifanía —concluyó Gayo.

Y en ese momento Gayo se echó hacia atrás y se quedó pendiente de la lejanía, como eclipsado, protegido de las miradas inquisitivas de Orlando y de Jara por sus gafas de sol.

–Tu padre y yo creemos que debemos darle un giro a la investigación –dijo Elvira–. Quizá no sean tan significativos los vídeos, después de todo. O, para decirlo de otra forma, quizá los vídeos no nos estén dejando ver lo que hay detrás de ellos.

Jara cada vez entendía menos. Lo refirió, y pidió por favor que le contaran todo lo que sabían.

–No sabemos nada más –le contestó su padre–. ¿Pero ahora tenemos un montón de preguntas que antes no teníamos? Y, sobre todo, tenemos la intuición de que Matilde es en esta historia bastante más que un personaje secundario.

Y en esto lo llamaron por teléfono.

–La notaría donde trabajaba ese individuo está aquí al lado –dijo cuando colgó.

El nombre del empleado de la notaría a que se había referido don Romualdo era Guillermo Espina. Espina era también el apellido del notario, al que Gayo fue a ver enseguida.

–¿No serían ustedes hermanos? –le preguntó Gayo al notario a poco de iniciar la charla.

–Primos. Nuestros padres sí eran hermanos. Y le digo algo: solo por eso trabajaba conmigo, y no le digo más porque está muerto.

Sin decir nada, el notario había dado una opinión muy explícita sobre su primo, y no parecía decidido a guardar demasiado sigilo si se le preguntaba, máxime teniendo en cuenta que detrás de Gayo estaba uno de los despachos de abogados más importantes de España y, en consecuencia, una fuente posible de negocio. Después de unos años muy boyantes, el ritmo de la notaría se había hundido tanto como lo habían hecho el negocio inmobiliario y el crédito financiero, y ahora la actividad profesional del notario estaba avalada con su patrimonio personal, el cual no se hallaba garantizado en absoluto, a pesar de un expediente de regulación de empleo que había reducido a tres el número de sus trabajadores.

–Apriétale. Está casi en concurso de acreedores –le dijeron a Gayo los compañeros de Sevilla que le habían dado la información.

La situación de dependencia de uno sobre otro se encontraba en el ambiente, y si uno estaba preparado para aprovecharla, el otro estaba dispuesto a dejarse influir por ella.

–Verá usted, me temo que no podremos dejar de hablar de su primo Guillermo, aunque esté muerto, porque precisamente vengo a preguntar por él –le indicó Gayo–. Y es de un asunto muy valioso para mí y para el despacho que represento.

–No se preocupe. Pregunte lo que quiera. Seré extremadamente escrupuloso con la verdad y, si eso perjudica a la memoria de mi primo, no será culpa de usted ni culpa mía –contestó el notario.

Gayo se inventó una introducción en la que metió a don Romualdo, dejando entrever una relación de connivencia entre la institución que este político había gobernado y su despacho de abogados de Madrid.

–Mi primo era no sé qué importante de la tesorería del partido –indicó el notario–, y creo que personalmente no le fue mal, al menos en lo económico. Aunque sospecho que utilizó más de una vez su trabajo aquí para medrar en lo personal.

Lo que no dijo el notario es si esa actividad ilegítima no le sirvió también a él, como conjeturó Gayo.

–Y creo que era poeta o novelista –mencionó Gayo como de puntillas.

–Le gustaba escribir. Y publicó unos pocos libros de poesía y un par de novelas. Ya ve, uno se piensa que los poetas son como las poesías que escriben, que su espíritu está lleno de metáforas y que aman tanto y tan dulcemente como dicen, pero es todo mentira. Su corazón no está lleno de atardeceres y de mariposas, sino de las mismas moscas de la mierda que pueden volar en el corazón de cualquiera.

Cada uno estaba sentado en una silla, frente a frente, con los codos apoyados sobre la mesa en la que el notario leía a carrera abierta las escrituras y hacía las advertencias legales antes de que sus desorientados clientes estamparan su firma. Después de aquella aseveración tan gruesa, Gayo temió que el notario se arrepintiera y se volviera más reservado.

–Lleva usted razón –dijo–. No conozco a gente más vanidosa y más teatrera. Y más envidiosa, especialmente con los que practican la misma afición que ellos.

—Pues si esa es la norma común entre los escritores, imagínese lo que debía ser en mi primo.

El notario era bajito y regordete, estaba calvo y tenía gafas pasadas de moda. Quizá fuera mucho más joven de lo que aparentaba. Gayo se lo imaginó estudiando las oposiciones y cantándole los temas a un preparador severo, en tanto su primo se daba la vida padre. Y se imaginó que se tenían envidia mutuamente: el primo envidiaba del notario su despacho y su posición social, mientras el notario envidiaba del primo su desparpajo y el frenesí de su juventud.

—Me da apuro decirlo, pero mi primo era un elemento de cuidado —remachó el notario.

No daba la impresión de que le diera apuro, sino más bien al contrario: daba la impresión de que estaba deseando rajarle de él y que aquella era una oportunidad única para desahogarse y ajustarle las cuentas.

—¿Sabe si su primo conocía a doña Epifanía Alfaro?

El notario trocó el mohín del amigo por un rictus cadavérico.

—¿Por qué lo dice? —balbuceó.

Tanto fue el cambio, que Gayo temió de nuevo que el notario se pusiera a la defensiva y no colaborara.

—Porque es el asunto que me trae hasta aquí —dijo Gayo—. Pero no la represento a ella, sino a alguien de su familia. O para ser más exactos, de la familia de su difunto marido, don Feliciano Abril.

Al mentar a Feliciano, el notario se puso aún peor. Se removió en la silla y empezó a sentir un tic que le estiraba el carrillo derecho desde el labio hacia el ojo, que intentó ocultar poniéndose la mano en la cara.

—¿Don Feliciano Abril? —preguntó estúpidamente, para ganar tiempo.

«Aquí hay gato encerrado», pensó Gayo, sin saber si debía recular o presionar con fuerza al notario. Y pensó que tal vez aquel hombre participaba de alguna manera de los vicios que se celebraban en la casa de Epifanía.

—Don Feliciano Abril, el mismo —confirmó—. ¿Lo conocía usted?

—Claro, claro. Murió, el pobre. ¿A quién dice que representa?

Gayo no conocía a otro familiar de Feliciano que a Elvira, que era sobrina suya. Porque debía echar mano de alguien, echo mano de ella.

—A Elvira, su sobrina —dijo.

—Ah, Elvira. Una joven muy guapa.

—¿La conoce?

—De oídas.

Las salidas del notario iban de mal en peor. Hasta él se dio cuenta. Y se dio cuenta de que estaba a merced de aquel individuo que en marzo tenía un moreno playero, que lucía modales impecables y hablaba como hablan los de Madrid.

—Me tendrá que contar qué es lo que sabe usted, señor notario.

Gayo no tenía ni idea de qué es lo que estaba ocultando aquel hombre, pero intuía que tenía que ver con el caso.

—No dije nada a la policía porque enseguida dijeron que se había suicidado. Y si la policía lo dijo, sus razones tendría, pero siempre sospeché de mi primo, incluso luego —apuntó.

—¿Y por qué no fue a la policía?

—¿Para decirles qué, que don Feliciano quería hacer testamento en favor de doña Elvira? Habrían metido a esta notaría en el embolado. Y lo más probable es que no hubiera tenido ninguna trascendencia.

Gayo vio de pronto la luz: en el Derecho Común español, los cónyuges heredan al difundo en ausencia de descendientes y ascendientes en el supuesto de que no haya testamento. Y Feliciano, que no tenía descendientes ni ascendientes, quería hacer testamento en favor de su sobrina, tal vez para dejarle todos sus bienes. Es decir, la única beneficiaria de aquella muerte era Epifanía, su mujer. Y la más perjudicada, Elvira. Y el notario estaba al corriente.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Gayo—. ¿Sabe usted de qué forma se ha perjudicado a mi clienta?

El notario asintió con la cabeza.

—Mi primo —dijo medio llorando.

—¿Su primo? —Gayo se echó adelante y habló encorajinado.

–Fue él el que se lo refirió a doña Epifanía, yo no. Él era amigo de don Feliciano. Era escritor y pertenecía a una sociedad de amigos de la Literatura o algo así. Don Feliciano y mi primo eran gente rara, muy rara, con vicios extraños, con vicios perversos...

El notario hablaba como si conociera los vicios e intentando exculparse se estaba metiendo en un lodazal.

–Vicios con doña Epifanía en los que participaban los amigos del marido –lo corrigió Gayo mirándolo fijamente.

–Yo no participé, ni mi primo. Él recibía los vídeos por correo electrónico y alguna vez me los enseñó.

Aquel hombre parecía un honrado padre de familia y un católico ejemplar cogido en un desliz.

–Por favor, don Gayo, por favor. Yo me limité a guardar silencio cuando debí hablar y a echarle una miradita a esos vídeos, nada más. Fue mi primo, se lo aseguro. Y mi primo está muerto.

Cuando Gayo volvió a la terraza, los demás estaban igual que él los había dejado, aunque tomándose otra cerveza.

–Empieza por el final, papá, y no te enrolles mucho, que te conocemos –le dijo Jara cuando se sentó.

–¿No habéis visto esas series de televisión en las que se sabe desde el principio quién es el asesino y el argumento se centra en determinar la forma en que se prueba el asesinato?

–Sí, algunas hemos visto –le contestó Orlando.

–Papá, por favor, al grano.

–Al grano: ya sabemos quién o quiénes son las culpables, y ahora se trata de resolver los matices, para que no queden flecos sueltos.

No dijo quién era o quiénes eran las culpables, sino que se fue al origen de la charla con el notario, y fue exponiendo la conversación con él al tiempo que detallaba los modos en que aquel hombre se movía y hasta los cuadros y las fotografías que tenía sobre la mesa.

–Tiene tres hijos, seguro, porque en su escritorio había una fotografía en la que estaba con una mujer muy guapa y tres niños, dos varones y una hembra.

–¿Nos vas a decir ahora cómo de guapa era la mujer, papá?

Hasta el final no reveló quién o quiénes eran las culpables. Y, justo antes, se dirigió a Elvira y le indicó:

–Lo siento, Elvira, pero lo que voy a decir no te va a gustar nada. Aunque algo sospechabas al respecto.

Y todavía explicó que la causa última del crimen estaba en el interés económico y no en los vicios turbios que tenían algunos de los protagonistas de la historia.

–Cardenio era Guillermo Espina, el primo del notario –dijo–. Guillermo Espina era miembro de la misma sociedad de amigos de la Literatura que Feliciano y compartía con él y con otros el vicio de ver a Epifanía teniendo sexo con otras personas. Pero Guillermo no asistía a las reuniones, no era de los que estaban detrás del cristal, sino que recibía vídeos por correo electrónico, como me ha confesado el notario. Por eso don Romualdo y los otros no conocían esa faceta suya, ni sabían quién era Cardenio.

Gayo se calló, porque había llegado el camarero con una cerveza para él, y cuando el camarero se fue, continuó:

–Feliciano quería hacer testamento en favor de su sobrina Elvira, a pesar del amor que le profesaba a Epifanía, tal vez porque ese amor era fruto de una relación depravada y de dominio de ella sobre él. Con ese fin, contactó con la notaría que tenía más a mano, que era la de su amigo Guillermo Espina. Pero Guillermo Espina lo traicionó y se lo contó a Epifanía, que no sabía nada y que era la gran perjudicada, pues si Feliciano moría sin hacer testamento ella lo heredaría todo.

Estaba entre el sol y la sombra y en Sevilla el sol achucha, aunque sea al principio de la primavera. Antes de seguir hablando, Gallo se movió para buscar el amparo de la sombrilla, al que solo se hallaba Orlando.

–Hasta ahí, lo que sabemos –siguió luego–. Lo demás, debemos conjeturarlo. Pero es fácil adivinar lo que siguió: Epifanía, sola o con la ayuda de su tía Flora Matilde, se deshizo de su marido y heredó toda su fortuna. El notario se calló, como un cobarde, y Gui-

lermo Espina percibió algún tipo de remuneración por sus servicios, probablemente en metálico, si hemos de atenernos a lo que le gustaba el dinero.

—O la chantajeó —matizó Jara—, y eso lo condujo a morir colgado en el hueco de las escaleras de la notaría.

—O la chantajeó, sí —concedió su padre.

Pero no todo estaba tan claro.

—¿Y el libro? —preguntó Orlando—. ¿Y la muerte de don Ginés?

Y hubo algunos puntos oscuros más para los que aún no tenían respuesta, aunque dieron muchas, todas solventes y posibles.

—El resto del caso ya no está en nuestras manos —aseguró Gayo—. Lo accesorio se resolverá cuando se tenga solucionado lo principal, que es demostrar con pruebas la implicación de los asesinos. Y para ese fin debe de ser fundamental el vídeo al que se refiere el libro, el que grabó Feliciano cuando supo que su vida corría peligro y colgó luego en Youtube.

—El vídeo se refiere a un grupo de amigos que comparten una debilidad indecente —matizó Elvira, que había estado un rato como embelesada.

—La debilidad indecente bien puede ser el afán desmedido de dinero —apuntó Orlando—. ¿No os parece el vicio de robar tan indigno como el de mirar a través de un cristal cómo juegan al amor una señora adulta y un muchacho de pueblo?

—Más, mucho más —confirmó Elvira.

Y todos estuvieron de acuerdo.

—Sea lo que sea, debemos dejarlo en manos de la policía. Se debe interrogar a Epifanía y a Flora Matilde y se debe hacer un registro minucioso de la casa donde viven y de los apuntes de sus cuentas bancarias, y eso no podemos hacerlo nosotros —resolvió Gayo.

La suerte estaba echada, al menos para ellos. Aquella jornada la dedicaron a disfrutar de Sevilla y de su propia compañía.

Capítulo 33

¿Sabe usted lo que es un correo electrónico?

—¿Está doña Epifanía Alfaro?

—¿Quién pregunta por ella?

—Me llamo Héctor Pavón Pacheco, y soy inspector de policía.

—¿Inspector de policía?

—Sí señora, y la persona que me acompaña es Oriana Patiño, subinspectora.

—¿Qué quieren ustedes?

—Hablar con doña Epifanía.

—Hablar de qué.

Héctor Pavón no estaba acostumbrado a que le hicieran tantas preguntas. Normalmente, el que preguntaba era él. Pero no demudó el semblante. Se acordó de lo más extraño que había oído del caso y respondió según le venía el pensamiento.

—De un libro que se parece a las canciones de Franco Battiato —dijo.

Matilde trocó su cariz adusto por otro más amable.

—¿Ustedes también?

—¿Cómo?

—No son los primeros que vienen para hablar de ese libro.

—Bueno, nosotros lo queremos tratar desde un punto de vista estrictamente policial.

—Pues no le interesará a la señora. Lo siento.

Matilde hablaba desde el otro lado de la reja. Detrás de Matilde brincaba sin apenas ruido el agua de la fuente. La subinspectora Oriana Patiño había estado más pendiente de la armonía del patio que de la charla, pero la resistencia del ama de llaves y las cachazas de su compañero Héctor acabaron por sacarla de su ensimismamiento.

—Le interesará, seguro. O su señora habla con nosotros aquí o la llevamos a la comisaría —dijo levantando el tono de voz.

Era alta y atlética. Le gustaba correr cada atardecer que podía por las márgenes del Guadalquivir y los fines de semana jugaba al balonmano. Solía recogerse el pelo en una coleta y casi siempre vestía camisa y cazadora, además de pantalones vaqueros. Estaba

soltera y no tenía pareja. Si le gustaba el hombre con el que salía, se lo llevaba a la cama enseguida, pero no le prometía nada, porque estaba enamorada de Héctor, su compañero y jefe inmediato, con el que no se insinuaba porque Héctor estaba casado y tenía un hijo y en modo alguno quería estropearle la vida.

Héctor la miró con desaliento, sin regañarla, y Oriana le sostuvo la mirada y le hizo un ruido de transgresión con la lengua.

—¿Has visto lo pronto que me ha hecho caso, Franco Battiato? —dijo.

Héctor no le contestó, porque Oriana llevaba razón y porque aunque no la hubiera llevado habría sido inútil discutir con ella.

—Está bien. Recuerda que disponemos de una hora, no más —señaló, y miró el reloj.

—Una hora, Franco Battiato —asintió Oriana antes de soltar una carcajada.

—¡Vaya tela! ¡Buena me ha caído contigo!

—No te enfades, Franco Battiato.

Héctor no se enfadaba, no lo hacía nunca. Era de material plástico y se deformaba ante la presión, como la arcilla ante el puñetazo de un boxeador. Pero eso no quería decir que fuera blando, sino que en lugar de reaccionar mecánicamente lo hacía cuando más le conviniera a él o mejor le viniese al caso.

—La señora los recibirá en la sala de tertulias —dijo Matilde.

«La sala de tertulias» sonó bien.

—¿La sala de tertulias? —preguntó Oriana con un tonillo burlón.

—Sí, señora: en la sala de tertulias.

Epifanía se hallaba sentada en el sillón de esa sala y, al anunciar Matilde a Oriana y a Héctor, se levantó y se giró hacia la puerta. Héctor estaba sobre aviso de la belleza de Epifanía, pero esa belleza superaba cualquier aviso previo y atolondraba. Cuando quiso decir buenos días, dijo buenas tardes, y se confundió de nombre.

—¿Doña Engracia Alfaro?

—No, señor. En todo caso, doña Epifanía.

—Usted perdone, doña Epifanía. ¿Podemos hablar con usted?

—Les advierto que ya estoy cansada de ese cuento del libro. Por mí, lo mejor que habría pasado es que no se hubiera escrito nunca.

—No venimos a hablarle del libro, sino de su autor, su difunto marido —le respondió Héctor.

Aún estaban de pie, junto a la puerta de la habitación y bastante cerca. Epifanía identificó la marca de la colonia de Héctor, midió de un vistazo la anchura de sus hombros, valoró la conjunción de su chaqueta y su camisa y reparó en que no llevaba corbata, observó el brillo de sus ojos negros detrás de las gafas y pensó que quizá tuviera una pistola oculta en la sobaquera. Se sintió atraída por él y le dieron ganas de preguntarle si estaba casado, pero les indicó a ambos:

—Por favor, siéntense —y cuando se sentaron, en el mismo sofá que solía hacerlo don Casildo, añadió—: Decían que querían hablarme de mi marido.

—Sí, señora. A solas, si es posible —le contestó Oriana.

Epifanía tardó en percatarse de que la que sobraba era Matilde, que había tomado su habitual posición de plantón junto a la puerta y los miraba casi sin pestañear, con los brazos cruzados. Tampoco ella echó de ver que era la aludida, y cuando lo advirtió no hizo nada para cumplir con los deseos de la policía. Tuvo que mediar Epifanía para que saliera de la habitación y cerrara la puerta tras de sí.

—Su tía se ha puesto un poco pesada —dijo entonces Oriana.

—¿Cómo dice usted? —le respondió Epifanía.

—Le digo que Flora Matilde, su tía, se ha hecho el tonto más de la cuenta.

La casa era principal y la señora no estaba acostumbrada a ese tono, pero tampoco lo estaba a que llamaran Flora Matilde a Matilde y mucho menos a que le recordaran el parentesco que las unía, que habían tenido oculto desde siempre. Estaba claro que aquellos señores no eran como los que visitaban habitualmente la casa, ni era igual la relación que los unía, ni podría su belleza inclinar la balanza de la relación en su favor, al menos mientras aquella joven de la coleta se hallara presente.

—¿Cómo saben que es mi tía?

Era una pregunta estúpida. Y a pregunta estúpida, respuesta estúpida.

—Nosotros, señora, sabemos casi todo lo que hay que saber, pues por algo somos la policía —le dijo Oriana.

Y casi todo lo que sabían lo contó Héctor a renglón seguido, haciendo especial mención de los beneficios que Epifanía había sacado al no cumplirse la intención de su marido de testar en favor de Elvira.

—Un momento. ¿Están insinuando que yo maté a mi marido? —preguntó Epifanía luego.

—Sí, señora. Lo estamos insinuando —confirmó Oriana.

—¿Que yo le até un saco a la cabeza y lo tiré al río? —la cara de Epifanía mostraba más burla que preocupación.

—Usted o alguien por orden de usted.

—¿En serio?

Héctor le preguntó si conocía a Guillermo Espina, amigo de Feliciano y empleado de una notaría, y ella contestó que no. Le preguntó si conocía a un notario apellidado Espina, y también respondió que no. A la pregunta de si su marido le había revelado su intención de testar en favor de su sobrina, contestó que no. Contestó que no a todo lo que tenía que contestar que no y que sí a todo lo que tenía que contestar que sí, y a todo contestó con un aplomo y una convicción más propios del inocente que del culpable.

—No tengo ni idea de correos electrónicos. No sé ni encender un ordenador. Ni Dios, en su infinita sabiduría, lo permita —les dijo.

Y les dijo:

—Sí, en efecto, a esta casa vienen señores muy principales para debatir sobre el Quijote y lo que el Quijote nos enseña, y algunas veces me desnudo ante ellos, y otras veces me ven a través de un cristal cómo estoy haciendo el amor con alguien, pero no creo que eso sea un delito, es más, a mi marido le gustaba y lo promocionaba, y no me van ustedes a señalar con el dedo de la moralidad porque se lo cojo y me lo llevo a donde ustedes pueden imaginarse para disfrutar con él.

Conforme iban haciéndole más preguntas, más fuerza cogía ella, y más perdía las buenas formas.

—Los vídeos los grababa él, precisamente, y jamás salieron de aquí, que yo sepa —les explicó—, y si salieron fue en contra de mi voluntad y de la voluntad de los que participa-

ron en los actos, como fácilmente puede comprenderse. Y, además, ¿qué tienen que ver los vídeos con la herencia de esa muchacha, Elvira?

No tenían nada que ver, en efecto, pero a Héctor y sobre todo a Oriana se les estaba yendo la mano intentando presionar a Epifanía, hasta el punto de que en un momento ella se plantó y dijo:

—¿Están seguros de que este interrogatorio es legal?

Tenían una hora para hablar con ella. Pasada una hora, llegaría la secretaria del Juzgado y la Policía Judicial y harían un registro en toda regla. Héctor miró el reloj. Solo faltaban unos cuantos minutos.

—¿Y su tía? —dijo.

—¿Qué quieren de ella?

—¿Nunca hablaron ustedes de la herencia de su marido?

—Por supuesto que no.

—Por favor, dígame que venga.

Matilde estaba plantada detrás de la puerta, con los brazos cruzados. Cuando entró, Héctor le pidió que se sentara en el sofá que había frente a ellos. No le preguntó si sabía que Feliciano quería hacer un testamento en favor de su sobrina, ni por el notario, ni por el empleado de la notaría, sino por las cuestiones accesorias del caso, para ir avanzando poco a poco hacia las principales.

—Sale usted en los vídeos que hemos visto. ¿Siempre se hallaba usted presente cuando doña Epifanía estaba... estaba... Bueno, siempre estaba usted presente?

—Sí, señor. Por si los señores o ella necesitaban algo.

—¿Está presente en todas las reuniones que se celebran en esta sala?

—Sí, señor. Por si hay que traer el Martini, o los dulces, o el café, o la cena...

—Ya, ya. ¿Sabe usted quién era Cardenio?

—No, señor, pero he oído ese nombre en alguna de las reuniones.

—¿Sabe usted lo que es un correo electrónico?

—¡Claro!

—¿Sabe mandarlos?

–Y recibirlos. Sí, señor. Me enseñó Purificación hace varios años. Tengo un ordenador en mi habitación y mando correos y hablo por Skype con mi familia de Francia.

Con su familia de Francia, se quedó rondando en la mente de Héctor antes de que sonara el timbre de la puerta.

–¿Puedo ir? –preguntó Matilde.

Daba la impresión de que Epifanía no sabía mandar un correo electrónico, ni lo que era una escoba, ni sabía cómo se abría la puerta de la calle y el enrejado del zaguán.

–Vaya, vaya. Creo que sabemos quién es –apuntó Héctor.

Matilde fue a cumplir con su obligación.

–Son unos señores del juzgado –dijo cuando volvió.

–Tendrá que dejarlos pasar. Vienen a hacer un reconocimiento judicial en toda regla –les concretó Héctor.

Unos días más tarde, Héctor le hablaría a Gayo de aquel reconocimiento y Gayo se pondría en contacto con el comisario de aquel distrito para enterarse de los pormenores del caso, que ya se tenía por prácticamente resuelto. Gayo se lo contó a su hija mientras desayunaban, y llamó a Orlando por teléfono para explicarle los detalles y tuvo una videoconferencia con Elvira en la que hablaron de eso y de otros asuntos. A Elvira le dijo:

–Lo más importante es que encontraron un ordenador portátil en la habitación de Matilde y que poco después de encenderlo se percataron de que tenía grabada la contraseña de la cuenta *cardenio@nogdam.com*, que Matilde debía de haber conseguido de Guillermo Espina, su titular originario. Entraron en ella y descubrieron varios mensajes enviados y recibidos a personas desconocidas pero a todas luces miembros del hampa, entre los que había uno detallando la dirección de don Ginés. Y lo más interesante de todo es que había un correo muy antiguo de *carrasco@nogdam.com*, es decir, de Feliciano, con unas claves para acceder a un vídeo de Youtube, y que el vídeo existe y es demoledor.

–¿Qué dice?

–Sale tu tío, solo él, revelando el parentesco entre Epifanía y Matilde. Pone a Matilde como a una mujer pervertida, dominadora y extremadamente ambiciosa, que gestiona todos los asuntos relacionados con Epifanía, y dice de Matilde que, tras enterarse por el empleado de una notaría de su intención de testar en favor de su sobrina, intentó presio-

narlo de todos los modos posibles para que no lo hiciera, incluyendo la amenaza de muerte.

—¿Y don Ginés? ¿Qué pintaba él en todo esto?

—Don Ginés no sabía que Guillermo Espina había muerto y el correo que le mandó a él lo recibió Matilde. La intención de don Ginés era ponerlo todo patas arriba, y a Matilde eso era lo último que le interesaba.

Gayo se tomó unos segundos antes de continuar.

—Una de las consecuencias para ti es que no podrás suceder a tu tío. Ya era problemático que hubiera podido cumplirse su voluntad, que era la de cederte todos sus bienes, muriendo como murió antes de poder firmar el testamento, pero ahora es prácticamente imposible, porque está claro que su mujer no tuvo nada que ver con el crimen, cuyos autores fueron unos sicarios pagados por su tía.

Elvira se rio.

—Lo único que me interesa de mi tío es su intención, y esa la heredo, por mucho que hiciera Matilde para quitármela —dijo.

Gayo no contestó. Como al lector apasionado, el fin de la aventura lo había dejado vacío. Quería que siguiera el contacto con ella y con Orlando, y quería no perder la forma en que durante un tiempo se había relacionado con su hija. Ellos no eran lectores, sino protagonistas, y el final de los cuentos que terminan bien es el final del cuento para los lectores, pero el principio de una vida feliz para los protagonistas.

Capítulo 34

El final de la aventura

Desde la detención de Matilde, había cambiado mucho la vida de aquella casa. Se habían acabado definitivamente las tertulias, la señora no recibía a ningún personaje principal de Sevilla porque ninguno se atrevía a ser relacionado con su aura escandalosa y Purificación había pasado a ser el personaje central de la existencia de Epifanía. Excepto abrir la puerta de la calle, operación que correspondía a una criada, los demás oficios de Matilde los había asumido ella, y además seguía con sus faenas de siempre. Ella era la que determinaba qué debía comerse y la que servía la mesa, ella la que estaba pendiente de su imagen, ella la que la acompañada durante las tardes en la salita de estar en la que se había recluso a ver la televisión y ella la que le servía de mediación con el exterior, al que prácticamente había renunciado, atosigada por una melancolía que solo mitigaba la continua presencia de Purificación.

—Señora, está usted hermosísima.

Epifanía se había duchado y las dos se hallaban frente al espejo de cuerpo entero del cuarto de baño, desnudas.

—¿Crees de verdad que soy hermosa?

Purificación se acordó de aquel día en que Epifanía se asomó a la habitación de su piso y, delante de su madre, le dijo:

—Tú, que eres fea y pobre, debes de sentir fascinación por la belleza y el dinero. ¿No te gustaría tenerlos cerca y saber qué sienten las personas que los disfrutan?

Y le dijo también:

—¿Te gustaría ponerte joyas caras? ¿Te gustaría tocar mis abrigos de visón, mi ropa interior, mis pijamas de seda? ¿Te gustaría ponerte mis perfumes, comer lo que como y ver a mis visitantes sin que te vean? ¿Te gustaría bañarte en mi baño? ¿Te gustaría saber cómo miro y cómo me miran los que me desean? Soy muy hermosa, ¿te gustaría verme desnuda?

Purificación recordó esas palabras como había hecho cada minuto desde aquel día. Se había puesto sus joyas, sus abrigos de visón, su ropa interior, sus pijamas de seda y sus

perfumes. Había comido lo que ella y había observado a sus invitados sin que la vieran. Se había bañado en su baño, había observado cómo la miraban los que la deseaban y, sobre todo, la había contemplado desnuda a su lado y había podido comprobar la inmensa diferencia entre su cuerpo y el de ella.

—No sabe usted hasta qué punto lo creo de verdad, señora: es usted la mujer más hermosa que existe.

Nada había podido contra esa atracción el modo sádico con que Epifanía la había tratado. Al contrario, cuanto más laceraba su amor propio, más se incrementaba la admiración que tenía hacia quien la maltrataba.

Sin que la señora lo supiera, había tejido por toda la casa una red de cámaras web para verla mientras dormía, mientras se duchaba, mientras comía, mientras hablaba con sus invitados y hasta mientras tocaba con sus dedos las flores de las plantas del patio. Ningún movimiento se le escapaba de ella y de quienes la rodeaban, hacia los que sentía unos celos enormes. La quería para sí y por completo. La quería más que nadie: más que su marido, más que su tía, más que sus amantes y más que esos viejos chochos y verdes a los que se les caía la baba cuando le veían una teta o la contemplaban tirándose a un muchacho, a los que metía en los vídeos sin que ellos lo supieran.

Si no hubiera sido porque actuó a tiempo, no habría sido Epifanía, sino esa sobrina estúpida y tonta la que habría heredado toda la fortuna de Feliciano, un ser despreciable que se masturbaba mientras veía a su mujer acostándose con otro. Ella, que tenía acceso a todas las claves de la casa, incluidas las de las cuentas bancarias y las de correo electrónico, había descubierto que Feliciano le pedía a Guillermo Espina una cita en la notaría, porque quería hacer testamento en favor de su sobrina Elvira. Ella fue la que anduvo lista y, después de rastrear mucho en internet, encargó a unos sicarios que mataran a su jefe, de forma que pareciera un suicidio. «Pero que parezca un suicidio muy estúpido, porque él es muy estúpido y así debe ser recordado», les escribió tras abonarles el primer pago convenido con una transferencia que hizo desde una de las cuentas familiares del propio asesinado en Luxemburgo, con la esperanza de que sobre la estúpida ejecución del suicidio rondara siempre la sospecha de un crimen.

A Elvira no le mandó más que unas cuantas fotos antiguas que enmascararan el libro en el que iba su coartada. Feliciano había copiado y hecho suyo el original de un pobre infeliz y había insertado un capítulo nuevo en el que enunciaba las aberraciones que sus amigos y él cometían en su casa con su mujer. A ella se le ocurrió la genial idea de cambiar el final de ese capítulo y remitir a los lectores a un vídeo de Youtube. El vídeo lo hizo ella misma cortando y pegando secuencias de los miles de vídeos que tenía, de manera que en él acabó reflejándose claramente cómo Feliciano declaraba sentirse amenazado de muerte por Matilde, y ella fue la que acabó colgándolo en ese sitio web.

La idea era denunciar anónimamente el crimen y quitarse de en medio a Matilde con la ayuda del empleado de la notaría y del libro que le había enviado a Elvira, pero el empleado de la notaría tuvo el mal acuerdo de suicidarse y Elvira nunca fue a recoger el libro. El caso es que el tiempo pasó, los sucesos se digirieron por completo y las emociones fueron asentándose poco a poco hasta que, mucho después, apareció aquel muchacho del pueblo de Epifanía con la pretensión de leer el libro que había plagiado Feliciano y su situación de privilegio en el control intelectual de la casa le dio la oportunidad de manejar el escenario a su antojo, como lo habría hecho el escritor de una novela moviendo a sus personajes, incluso cuando las circunstancias se desviaban y los personajes querían actuar con independencia.

Ella, que controlaba la cuenta de Cardenio, fue la que mandó eliminar a don Ginés, un idiota que se atrevió a chantajear al más ilustre de los visitantes de la señora y, de esa forma, declaró su intención de romper lo que hiciera falta por dinero, incluido el orden de la casa, un orden en el que estaban Epifanía y ella y que ella quería corregir para adoptar en él una posición de privilegio.

Ella fue la que, cuando se enteró de que Orlando quería ir a Lille, practicó las medidas necesarias para recomponer el plan de la remisión a Youtube del único capítulo original del libro, al que, después de haber comprobado que le hacían una fotocopia, le quitaron la hoja clave por orden suya para asegurarse de que Elvira repararía especialmente en ella. Fue una jugada arriesgada, pero salió como estaba prevista, y para el caso de que no hubiera salido bien tenía el original del libro en soporte digital, preparado para ser utilizado de otra manera, y, lo mejor de todo, siempre estaba el vídeo con la confesión de

Feliciano en Youtube, colgado desde hacía años, dispuesto para ser descubierto por la policía cuando a ella le conviniera.

Y ella fue la que enseñó a Matilde a manejar los correos electrónicos y la que le cambió el ordenador portátil cuando vio por la cámara de la sala de tertulias que la policía había dado con el quid de la cuestión. En él estaban los correos electrónicos que Carrasco, es decir, Feliciano, había intercambiado con Cardenio, y en un archivo oculto aparecían las palabras clave para llegar al vídeo de Youtube que incriminaba a Matilde.

–Gracias, Purificación, eres la única persona que me queda. No sé qué haría sin ti – comentó Epifanía, un punto acongojada.

Purificación era feliz. Epifanía dependía de ella, de su atención continua y de su fealdad.

–¿Ha visto usted, señora, lo fea que soy, y lo bella que es usted?

–Sí, cariño. Es verdad que soy hermosa. ¿Crees que se me nota el paso de los años?

–No se le nota en absoluto, señora. Está usted mejor que nunca. Es usted la mujer más hermosa del mundo. Y yo le tengo verdadera adoración.

Así es como acaba, generalmente, la realidad de los crímenes, con el hecho metabolizado por la sociedad y los asesinos insertados entre las gentes de bien. Cuando eso ocurre, nada se cuenta por la calle ni se escriben historias como esta, porque nada de ellos se sabe. Si se ha escrito esta historia sobre los crímenes de Purificación, es porque, finalmente, su autora fue descubierta. Acusaban a Matilde todos los indicios, todos menos uno: las teclas del ordenador portátil que había en su habitación estaban sospechosamente limpias de huellas digitales y, en especial, en las ranuras de entre las teclas había muchos cabellos y una enorme variedad de restos orgánicos de Purificación, pero ninguno suyo. Cuando la policía hizo ese descubrimiento, no tuvo más que tirar del hilo de las cuentas corrientes y de las cuentas de correo que manejaba Purificación, que acabó confesándolo todo.

EPÍLOGO

Lo mejor de los relatos de misterio no es el misterio mismo, sino la relación entre los personajes bien configurados. Gayo se lo dijo así a Elvira cuando finalizó el enigma.

—No me gustaría que nuestra aventura terminara con la conclusión del caso —le confesó—. Hay una aventura permanente que es la amistad, especialmente cuando une a dos personas tan en apariencia distintas como nosotros.

Elvira le contestó que la amistad entre ellos no tenía por qué concluir.

—Si te quedas en Berlín, no será igual, por cerca que estén Berlín y Madrid. La amistad hay que cultivarla. El roce tiene que ser permanente o, de otra forma, pronto seríamos como esos hipotéticos amigos que solo saben hablar del pasado que compartieron.

—Vale, vente con nosotros a Berlín.

—¿A vivir en un piso okupa?

—Sí, a vivir en un piso okupa.

Ahí se hallaba la diferencia. Gayo creía en la superioridad moral de su modo de ver las cosas y, además, no estaba dispuesto a renunciar a los placeres de su alto nivel social.

—¿Por qué no te vienes a trabajar a una de mis empresas? Estoy seguro de que podrías desempeñar un puesto de mucha responsabilidad. Tráete a Roderick, ya le buscaremos algo a él también —le había dicho a Elvira.

Cuando los cuentos terminan bien, los personajes se igualan en el estatus social más elevado. No en vano, las cenicientas siempre acaban casándose con los príncipes. Si no es así, es como si el cuento no terminara bien, probablemente porque los narradores de cuentos prefieren el apego de los grandes y la gloria antes que el cariño de los débiles y el olvido.

—¿No puede el príncipe dejar sus carrozas y sus criados y rebajarse a la vida sencilla de los siervos? Vente con nosotros a trabajar en el mercado turco —le había respondido ella.

Era como si hablasen dos idiomas distintos.

—Iré a veros cuando vaya a Berlín. ¿Me invitaréis entonces a vuestra casa okupa?

–¡Claro! A tomar un té y a dormir, si quieres.

–No te lo tomes a mal, pero prefiero dormir en un hotel.

–No te preocupes, no me lo tomo a mal. Sé a qué mundo pertenecemos cada uno.

–Espero que eso no nos aleje.

–No tiene por qué ser así, y en todo caso dependerá de nosotros.

Gayo le había hecho un ofrecimiento similar a Orlando.

–¿Te vienes a trabajar conmigo, a mi despacho?

–¿Me habrías efectuado esta oferta si no saliera con tu hija?

–Por supuesto, no tiene nada que ver. Pero si por estar saliendo con mi hija no quieres trabajar conmigo, te recomendaré a otro despacho o a otra empresa. Creo que eres bueno, y la empresa que no te contrate está haciendo un mal negocio.

–Prefiero que me recomiendes a que me contrates, al menos por ahora. No es por ti, sino por Jara. No quiero que mis relaciones personales dependan de mis relaciones laborales ni quiero que a ella le pase lo mismo.

–Lo entiendo, y me parece perfecto.

A Jara le costó trabajo entenderlo. Se había reconciliado con su padre y no entendía cómo las dos personas que más quería en el mundo no podían trabajar codo con codo. Se lo dijo a Elvira en cuanto tuvo ocasión, que fue apenas un mes después de que se despidieran. Estaban los cinco en un bar del Friedrichshain de Berlín, mordiendo cada uno un kebab. Elvira y Roderick habían ido desde su piso y Gayo, Orlando y ella lo habían hecho desde una habitación del Ritz Carlton, en la Potsdamer Platz.

–Bueno, todavía es pronto. Dale tiempo al tiempo –le contestó–. ¡Quién sabe! Quizá algún día trabajéis los tres juntos.

–¿Yo, con estos? Ni muerta –sentenció Jara.

–¿Por qué no? Fíjate en Roderick y en mí, tenemos un tenderete entre los dos en el mercado turco y nos va de maravilla.

Cuando Roderick oyó su nombre, le preguntó a Elvira de qué iba la conversación.

–Que aún no han puesto el quiosco juntos y ya se están tirando los trastos a la cabeza –le respondió en español, para que lo entendieran todos menos él.

Roderick sonrió e hizo un gesto que era de incomprensión y de ingenuidad.

–¡Ay, qué guapo es mi niño! –le dijo Elvira en español mientras le pellizcaba la mejilla–. ¡Cómo queréis que me vaya a España! ¿Y qué hago yo con mi compañero de fatigas?

Elvira se volvió hacia Orlando y, apuntándole con el dedo, le explicó muy seria:

–Si algún día escribes una novela sobre esta historia, no se te olvide dejar bien a Roderick, aunque no haya dicho ni mu desde el principio.

A Orlando no se le había pasado por la imaginación escribir nada al respecto, pero le contestó:

–Claro que sí: os dejaré bien a todos.

–Y a ti también, ¿vale? No te juzgues demasiado severamente, que te conozco.

Luego hablaron cada uno de cómo podía ser su personaje, le pidieron a Orlando que, puesto que iban a ser los protagonistas, mantuviera una cierta complicidad entre ellos y los lectores y se pusieron a buscarle un título sugerente al libro. No recuerdo ahora si fue Gayo el que propuso el que finalmente fue aceptado por unanimidad, y que resultó ser el que no por azar encabeza estas páginas.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

Juan Bosco Castilla Fernández nació en Pozoblanco (Córdoba-España) en 1959. Es licenciado en Derecho y en Ciencias Políticas y Sociología y trabaja como secretario de Ayuntamiento, función que desempeña actualmente en Torrecampo. Ha escrito ensayo político, teatro, libros de narración y novelas. En 2005, fue galardonado con el premio Almuzara por su novela *El farero*. En 2018, publicó la trilogía de Occidente, compuesta por las novelas *Sholombra*, *De Sholombra a Nógdam* y *Nógdam*. En 2020, publicó *Tratado de lo que ignoro*, en la que se recogen artículos aparecidos en su blog.

El hombre que amaba a Franco Battiato recibió el premio Solienses en 2017.

Hay más información sobre el autor y su obra en juanboscocastilla.com.